Mariano Fazio

La América ingenua

RIALP

INTRODUCCIÓN

La América ingenua que tiene sangre indígena,

Que aún reza a Jesucristo y aún habla en español

RUBEN DARÍO, Oda a Roosevelt

Con ocasión del V Centenario del Descubrimiento de América hubo en el mundo un gran debate histórico-filosófico. La valoración del hecho que sucedió el 12 de Octubre de 1492 será distinta según sean los principios morales e ideológicos de los que se parta. Sin embargo, los más entusiastas defensores y los más convencidos detractores de la labor de España en América coinciden en afirmar que el hecho reviste gran importancia y es uno de los hitos de la historia de la humanidad.

Quizá exageraba Francisco López de Gómara, en la dedicatoria que hiciera al Emperador Carlos V de su *Historia General de las Indias cuando escribía que la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y Muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias*. Exageración o no, nadie duda, pasadas cinco centurias, que el mundo efectivamente tomó otros rumbos tras el grito de *¡Tierra!* que salió de la andaluza garganta de Rodrigo de Triana.

En torno al descubrimiento y conquista de América la polémica surge fácil. Se ha puesto en tela de juicio la misma palabra *descubrimiento*, que denotaría una visión histórica europocéntrica, instalada en la otra orilla del Atlántico. Algunos prefieren hablar de encuentro entre dos razas que vivían hasta entonces ignorándose mutuamente. Cabría decir que el encuentro equivaldría a «mutuo descubrimiento»: el asombro de Colón y sus compañeros al ver gentes *de la color de los canarios, ni negros ni blancos*, con *cabellos gruessos quasi como sedas de cola de cavallos* —son palabras del Almirante— sería similar al que tuvieron los indios cuando observaron por primera vez a unos europeos vestidos en manera tan extraña.

Fue un encuentro, es verdad. Y un encuentro decisivo. En pocos años, las dos razas se fusionarían en una, surgiría de la tierra americana una sociedad distinta a la peninsular, aunque no completamente otra, y distinta a la aborigen, aunque tomando muchos elementos de ella. La historia —la de la conquista como todas— pudo haber sido buena o mala, justa o injusta. Pero lo que no se puede hacer con dicha historia es borrarla de un plumazo. El descubrimiento y la conquista se dieron, y con tal fuerza, que modificaron creencias, usos y costumbres de todo un continente: se creó un Nuevo Mundo. Nuevo,

por contraste con la Vieja Europa, y nuevo también por contraste con la Antigua América de las culturas indígenas. El hecho histórico está allí: de él dependemos americanos y españoles a distancia de medio milenio.

La historiografía sobre el descubrimiento y la conquista, tanto la surgida de plumas españolas como de americanas, es abundante. En ella podemos encontrar tendencias ideológicas de amplio espectro. Hay para todos los gustos. Con miopía, muchos han querido ignorar las barbaridades realizadas por huestes y conquistadores hispanos. Miopía más frecuente aún es la de quienes se empeñan en no ver nada positivo en la labor civilizadora y evangelizadora de España en América. Hay leyendas negras y hay leyendas blancas. Y como escribe Pereyra, *convertir leyendas negras en leyendas blancas es tan ilegítimo como lo contrario*.

El Imperio Español, *con sus grandes concepciones y sus flacas realidades* —cito a Álvaro del Portillo— fue una estructura de largo aliento. A él pertenecimos durante siglos, y ese imperio configuró de modo decisivo nuestra fisonomía espiritual. Nuestro deseo es que, después de la lectura de estas páginas, alcancemos una valoración más objetiva de nuestro pasado americano común. Ojalá lo logremos.

I

LOS PROTAGONISTAS

Todo descubrimiento presupone un encuentro. Y el encuentro siempre se da entre dos realidades diversas. Las diferencias culturales entre los dos protagonistas de esta historia no podían ser más grandes. Uno de ellos era una de las principales potencias europeas; el otro se encontraba, en el mejor de los casos, en un estadio neolítico de desarrollo.

Ahora bien, hablar de *dos* protagonistas del encuentro es a todas luces una simplificación. Los europeos que cruzaron el océano provenían de diversas regiones, con sus costumbres, paisajes, instituciones y modos de ser peculiares. Distinta, aunque no en términos absolutos, sería la visión de un extremeño de la de un vasco. Y más distante aún se encontraría la visión de un genovés como Colón o la del florentino Vespucio.

Si las matizaciones son convenientes para el caso de los europeos, se hacen imprescindibles al tratar sobre los pueblos americanos: no es lo mismo la sociedad jerarquizada de los incas y de los aztecas que la mera agrupación tribal de los taínos o de los querandíes.

Hubo, pues, muchos encuentros —en la mayoría de los casos, violentos— que cosecharon diversos frutos y que pasaron por diferentes vicisitudes. Frente a la idealización que se ha hecho del mundo americano prehispánico —proceso en el cual tiene su parte el mismo Colón, con la imagen paradisíaca del Caribe que transmitió a Europa en su *Carta anunciadora del Descubrimiento*—, trataremos de señalar las luces y las sombras de las civilizaciones y culturas precolombinas.

La España Descubridora

1492 es año clave para España. Después de ocho largos siglos, la Reconquista llegaba a su fin. Doña Isabel de Castilla y Don Fernando de Aragón entraban en los primeros días de enero a la ciudad de Granada, último bastión moro de la Península Ibérica. El rey Boabdil, postrer representante del pueblo que invadió España en el 711, tuvo que

escuchar de labios de su madre el duro reproche: *Llorad como mujer, ya que no habéis sabido defenderos como hombre*. Los pendones de Castilla flameaban campantes desde la Alhambra.

El punto final de la Reconquista constituía de por sí un suceso importantísimo para España: era la coronación de un proceso que había incidido decididamente en la formación del pueblo español. Un continuo empujar la frontera contra el moro hacia el sur, desde Asturias hasta Andalucía, fue objetivo primordial de los distintos reinos peninsulares. Portugal y Aragón habían cesado en la lucha siglos antes. Sólo Castilla tuvo que proseguir la reconquista de su territorio hasta finales del siglo XV. El pueblo castellano, recio como su naturaleza austera, había templado su espíritu guerrero a través de generaciones y generaciones de duros labradores y esforzados soldados.

Cuando se logró la toma de Granada, ya se habían puesto las bases para la reunión de las coronas de Castilla y Aragón, mediante el casamiento celebrado en 1469 entre Isabel y Fernando. Los dos reinos más importantes de la Península, tradicionalmente enfrentados por políticas e intereses opuestos, seguirían siendo dos reinos distintos, con sus instituciones y tradiciones propias, pero unidos en el matrimonio real. La descendencia de los Reyes Católicos debía llegar a ser, con los derechos que da la herencia en una monarquía, reyes de Castilla y Aragón. La reunión de los reinos estuvo a punto de naufragar por un sinnúmero de circunstancias fortuitas: muertes, nacimientos, incapacidades mentales, etc. Al fin, el nieto de Fernando e Isabel e hijo de Juana la Loca, Carlos, nacido en Gante el año de 1500, se convertirá en rey de Castilla y Aragón: será Carlos I de *todas las Espannas*. Si bien no hubo unificación de los reinos —que sólo se alcanzaría con Felipe V a comienzos del siglo XVIII—, la reunión de éstos bajo una misma corona ahorró a España estériles luchas fratricidas y la dotó de un poder jamás antes alcanzado, que la puso en el primer lugar entre las potencias europeas.

Entre las causas del poderío español cabe anotar, además de la liquidación del problema moro y la unión con Aragón, la política decidida de fortalecimiento de la Corona llevada a cabo por Isabel de Castilla. La creación de la Santa Hermandad, que quitaba a la nobleza atribuciones a la hora de dictar justicia, la revocación de mercedes otorgadas a los grandes nobles, la preeminencia del mérito personal a la clase social para el nombramientos de cargos, fueron algunas de las medidas adoptadas por la gran reina para asentar definitivamente el poder del trono sobre la revoltosa y orgullosa gran nobleza castellana.

Libres de problemas interiores urgentes, y con el trono fortalecido, los reyes —y en especial Fernando— realizaron una política internacional astuta que convertirá a los monarcas españoles en árbitros de Europa. Sus tercios, guiados por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, conquistarán resonantes triunfos en Italia. En Roma, la Silla Pontificia la ocupa un español, Alejandro VI, de la familia Borja. La preponderancia española irá en ascenso hasta 1588, cuando la Armada Invencible sea calamitosamente vencida en un desafortunado combate contra los navíos británicos.

La Corona que capitula con Colón en Santa Fe, junto a Granada, está en pleno proceso de crecimiento y consolidación. Las grandes energías vitales, acumuladas en la lucha

contra el moro, el afán de la Corona por conseguir medios económicos para sostener el recién conquistado poder político, el espíritu de cruzada en defensa de la fe, acrisolado por su enfrentamiento al infiel musulmán, encontrarán una nueva frontera que conquistar, allá, al otro lado de la mar océano. La circunstancia histórica, por parte de España, era la mejor.

El poblamiento de América

Si vamos a narrar el *encuentro* entre dos razas, y hemos realizado ya un somero análisis de la circunstancia española de 1492, nos vamos a referir ahora al otro protagonista del encuentro: el hombre americano.

¿Cuándo se pobló América, y desde dónde? A esta pregunta se le han dado muchas respuestas. Hubo un investigador argentino, Florentino Ameghino, que argumentó que el origen de la humanidad estaba en América, y más en concreto en la Pampa argentina. Los restos óseos que utilizó para dar apoyatura científica a su teoría fueron examinados posteriormente y todo acabó en un fiasco.

Un húngaro, Hrdlicka, sostuvo que el hombre americano proviene de oleadas sucesivas de asiáticos que pasaron por el estrecho de Bering en una fecha indeterminada entre el 10.000 y el 7.000 antes de Cristo.

Paul Rivet defendió sus tesis de poblamiento múltiple basado en serios estudios de antropología física, etnografía y lingüística. América, según el francés, se habría poblado por Bering y por dos corrientes oceánicas, procedentes la una de Australia y la otra de la Polinesia.

Los medios que habrían utilizado los primeros pobladores para llegar a América no ofrecen mayores problemas. Los provenientes de Australia y Polinesia habrían salvado la inmensa distancia con rústicas embarcaciones, ayudados por las corrientes oceánicas. En cuanto al estrecho de Bering, el paso del hombre a través de los noventa kilómetros que separan Asia de América vendría dado por un fenómeno físico ocurrido durante el período Wisconsin de las glaciaciones. Como la cantidad de agua del planeta es constante, la formación de hielos supuso un descenso de los niveles de mares y océanos. Por el estrecho de Bering convertido en puente pudo pasar el hombre asiático y la fauna transcontinental.

La tesis múltiple de Rivet es la que goza en la actualidad de mayor aceptación. Si hay consentimiento casi generalizado en torno al problema de su origen, mucho más polémico ha resultado el establecer una posible fecha del ingreso del hombre a América. La datación de los instrumentos líticos más antiguos encontrados en Estados Unidos oscila según los distintos arqueólogos entre los 100.000 y 30.000 años a. de C., e incluso se discute si son verdaderos instrumentos humanos o simples piedras transformadas por la naturaleza. A medida que se avanza hacia el sur del continente, la cronología desciende. Esto es otro argumento importante para sostener la tesis del estrecho de

Bering como principal vía de acceso del hombre hacia América. Parece prudente sostener que el hombre llegó a su nueva tierra antes del 20.000 a. de C.

Los ricos hallazgos arqueológicos realizados en el continente han permitido establecer una clasificación de las culturas prehistóricas. El período *Paleoindio*, cuya ubicación cronológica aproximada sería 10.000-6.000 a. de C., está caracterizado por una cultura de cazadores que utilizaban puntas de proyectil líticas. El período *Arcaico*, 6.000-1.200 a. de C., corresponde a la transformación del hombre de cazador a recolector y agricultor. En este período se darían las primeras aldeas, la producción de tejidos, la cerámica y los primeros centros religiosos. En el período *Formativo*, 1.200 a. de C.- 100 d. de C., se observa la creación de dos polos de desarrollo cultural: Mesoamérica, con la cultura olmeca, y la región andina peruana con la cultura Chavín, en donde los restos arqueológicos manifiestan ya una vida socio-económica más desarrollada, con autoridades políticas, centros de culto, producción agrícola y textil diversificada, etc. Las culturas formativas serán el origen de las altas civilizaciones americanas: mayas, aztecas e incas.

Los mayas

A comienzos de la era cristiana surge un pueblo en los territorios de Yucatán y de las actuales repúblicas de Honduras y Guatemala: los mayas, que alcanzaron un alto desarrollo cultural si lo comparamos con sus congéneres americanos.

Las fuentes escritas con las que contamos para conocer la historia maya no son muy abundantes: entre las más significativas se encuentran el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*, de origen indio, y la *Relación de las cosas del Yucatán*, del obispo de Mérida Diego de Landa. Además, las excavaciones arqueológicas del último siglo han dado a conocer muchos aspectos de la vida de los mayas.

La historia de este pueblo se estructura en dos grandes períodos: el Viejo Imperio (317-987) y el Nuevo Imperio (987-1697). En el Viejo Imperio surgen varias ciudades-estado —Tikal, Copán, Palenque— y se consolidan las formas culturales en arquitectura, escultura y cerámica. El fin del Viejo Imperio es aún un enigma histórico: en el siglo X se abandonan las ciudades —que habían alcanzado por lo menos el número de diecinueve—. Una explicación plausible de este fenómeno la dio Morley, al afirmar que el crecimiento de la población no pudo ser soportado por una deficiente tecnología agrícola, y los pueblos debieron emigrar en busca de nuevas tierras de labranza.

El Nuevo Imperio se caracteriza por la venida de gentes extranjeras, procedentes del valle de México, quienes ocupan la ciudad de Chichén-Itzá, que alcanza su esplendor en este período. El mal llamado Imperio es en realidad una confederación de ciudades: la liga de Mayapán, integrada por Chichén-Itzá, Mayapán y Uxmal. Una guerra entre Chichén-Itzá y Mayapán, la victoria de esta última, el intento de Mayapán por imponer su hegemonía, y su posterior caída frente a la resistencia de las otras ciudades es el inicio de la desintegración de la Confederación y de su fase decadente. Llegamos así al siglo

XV. Los españoles intentaron penetrar en los territorios mayas, sin mayor éxito, y la postración de esta civilización continuó hasta que Martín de Ursúa entró en Itzá en 1697.

La organización política de los mayas estuvo caracterizada por la formación de ciudades-estado y confederación de ciudades. El poder político fue compartido por la nobleza y la clase sacerdotal. Diversos funcionarios civiles —el *nacom* para tiempos de guerra, el *halach-uinic* para los de paz— se complementaron con los sacerdotes para detentar el poder.

La agricultura se estructuró alrededor de la *milpa*, sistema de cultivo que permitía trabajar ciento noventa días al año, logrando producir excedentes para su comercialización. Los días restantes podían utilizarse, entre otras actividades, para la construcción de obras públicas. Los mayas destacaron en arquitectura. Las ciudades fueron esencialmente centros ceremoniales y políticos. La construcción religiosa más importante, la pirámide, tiene como originalidad maya la decoración de sus superficies. Destacan los edificios dedicados a la recreación, como los famosos Juegos de Pelota de Chichén-Itzá, y el arte de los bajo-relieves en las fachadas de los edificios.

En cuanto a su religión, creían en un Padre de los dioses, cuyos hijos eran deidades celestiales, terrestres y de otros mundos. Ofrecieron sacrificios humanos, y, en ocasiones, parece que realizaron ritos canibalescos, comiendo el cadáver de la víctima humana sacrificada.

Su escritura fue jeroglífica, y aún queda mucho por descifrar. El contacto con los españoles hizo que aprendieran el alfabeto latino y nos dejaran las crónicas de su historia. La astronomía y las matemáticas fueron cultivadas con gran capacidad por este pueblo, que unió sus conocimientos científicos a sus teorías religiosas. Sorprende que un pueblo que descolló tanto en importantes actividades humanas, no haya sido capaz de crear una estructura política duradera, minada como estuvo su historia por la discordia entre ciudades, que la llevaron a su ruina.

Los aztecas

El valle de México se convirtió en el centro del desarrollo cultural de Mesoamérica cuando comenzó la declinación maya. Dos culturas que alcanzaron importantes logros técnicos y sociales precedieron allí a la civilización azteca: Teotihuacán, de la cual hoy se pueden apreciar impresionantes testimonios arquitectónicos, y la cultura tolteca, en torno a Tula.

A fines del siglo XII los toltecas estaban en franca decadencia. Por esas fechas llegan al valle de México, procedentes del Noroeste, siete clanes o *calpullis* aztecas que portaron la imagen de su dios tribal, Huitzilopochtli. El siglo XIII es tiempo de guerra con los diferentes pueblos del valle. Los culhúas —herederos de la tradición tolteca— logran arrojar a los aztecas a Tizapán —*lugar de serpientes*—, y al huir en 1325 por el lago Texcoco encuentran, según la tradición, un islote rocoso en donde un águila está

comiéndose una serpiente sobre un nopal. En aquel lugar, por motivos religiosos vinculados a la visión, fundan la ciudad lacustre de Tenochtitlán.

En este período de su historia se dió un proceso de *toltequización* de los aztecas. Nación guerrera por antonomasia, pero de escasos valores culturales, supo absorber los elementos de una cultura superior. Esta aculturación incluso les lleva a procurar que se les dé como señor a un príncipe —*tlatoani*— de sangre no azteca: Acamapichtli. Esta actitud amistosa frente a sus vecinos —el *tatloani* estaba emparentado con las principales tribus del valle— llevó a un engrandecimiento de Tenochtitlán. En el siglo XV los aztecas se lanzan a una política de alianzas bélicas que a la postre les llevará a consolidar un imperio. Moctezuma I (1440-1469) amplía la hegemonía azteca sobre territorios bastante alejados del valle de México, y es el principal impulsor de las obras públicas fabulosas que viera Cortés en su capital. Los sucesores de Moctezuma I continuaron con una política de ampliación del Imperio. Cuando los españoles lleguen a México, la casi totalidad de los pueblos de su paso serán tributarios de Moctezuma II.

Los aztecas estaban organizados en *calpullis*, que podríamos traducir por clanes, formados por lazos familiares, de amistad y de alianza. La sociedad azteca fue estamentaria. En la cumbre del poder civil, militar y religioso se hallaba el *tatloani*, cargo originariamente electivo, y posteriormente hereditario. Los *pipiltin* formaban parte de la nobleza de nacimiento, emparentada con el *tatloani*. La masa de la población estaba integrada por los *macehualtin*, organizados política, religiosa y militarmente a través de los calpullis. Más abajo en la escala social se encontraban los *mayeques*, arrendatarios de las tierras de los *pipiltin*.

Los aztecas lograron una importante y diversificada producción agrícola. Los mercados llamaron la atención de los conquistadores, y los compararon sin desmedro a los de España. El *calpulli* poseía un territorio comunal. Parte de él estaba labrado por todos los integrantes del clan, y el producto de esa parcela estaba destinado a gastos de interés general, en tanto que cada familia poseía una pequeña parcela propia, con obligación de cultivarla. El Estado también poseía territorios propios, destinados al sostenimiento de los altos funcionarios. Sin embargo, el mayor ingreso del Estado no fue éste, sino los tributos de los pueblos sometidos.

La arquitectura azteca tomó elementos de las culturas anteriores del valle de México, y su construcción más característica fue la pirámide escalonada. Al igual que los mayas, elaboraron un calendario muy sofisticado, fruto de sus exactos conocimientos matemáticos y astronómicos. No tuvieron escritura alfabética sino jeroglífica. Pocos códices prehispánicos llegaron hasta nosotros.

Como todo pueblo mesoamericano, la religión fue elemento central del pueblo azteca. Politeístas, adjudicaron divinidades a los distintos fenómenos climáticos. Su dios más tradicional fue Quetzalcoatl, serpiente emplumada. Es un dios civilizador que enseñó a los hombres a cultivar el maíz, contar el tiempo, etc. Su influencia se extendió por toda Mesoamérica. En la época de Cortés, el dios tribal Huitzilopochtli, encumbrado tras la consecución de la hegemonía azteca, gozó del favor oficial. Los dioses fueron adorados

mediante sacrificios humanos constantes, extrayendo los corazones palpitantes de las víctimas en medio de fastuosas ceremonias.

Las creencias religiosas de Moctezuma II explican en parte la caída súbita del Imperio azteca, cuando creyó ver en los hombres blancos y barbados a los enviados del dios Quetzalcoatl. Muchos morirían por el fatal engaño.

Los incas

En el sur del continente americano, y en particular en la zona centro-andina, se desarrollaron a lo largo de los primeros siglos de nuestra era culturas bastante organizadas que dejaron testimonios arqueológicos importantes: en la costa, las culturas Nazca y Mochica primero, y Chincha y Chimú después; Tiahuanaco junto al lago Titicaca. Todas estas culturas del llamado período clásico tuvieron una sociedad diversificada, con centros ceremoniales, cultivo de plantas, desarrollo de la pesca. Los hallazgos arqueológicos demuestran el alto grado de perfección que alcanzaron en la cerámica y en la industria textil.

Contemporáneo a las culturas Tiahuanaco, Chimú y Chincha es el comienzo del Imperio Inca. El primer inca, Manco Cápac, personaje entre la historia y la leyenda, habría vivido a comienzos del siglo XIII. El núcleo originario incaico fue la zona del Cuzco, donde se hablaba el quechua. En el siglo XV los datos históricos sobre los incas son ya seguros: Pachacútec (1408-1471) y Tupac Yupanqui (1471-1493) extendieron la dominación incaica por el Norte hasta Ecuador y por el Sur hasta Chile y el Noroeste argentino, habiendo sometido antes a los aymarás, en la zona donde floreció la cultura Tiahuanaco. Por último, Huayna Cápac (1493-1527) extendió el imperio hasta el sur de Colombia. Los hijos del último gran inca, Atahualpa y Huáscar, protagonizarán una guerra civil cuando los españoles toquen las puertas del imperio.

El inmenso territorio incaico —600.000 km2 en su máxima extensión— se mantuvo unido gracias a la capacidad organizativa de los incas. La autoridad suprema, a quien se consideraba *Hijo del Sol*, fue el Inca, ayudado en el gobierno por los orejones —grandes nobles— y por los funcionarios que se encargaban del gobierno de un número determinado de familias, hasta llegar a los *curacas*, de quienes dependía la administración de entre 100 a 10 familias.

La organización estatal inca intentó abarcar toda la vida de los hombres, manifestación del totalitarismo que rigió su estructura. La tierra, propiedad del Estado, se dividía en tres partes: una para el Sol —mantenimiento de los templos—, otra para el Inca, y una tercera para el pueblo. Los *ayllus* o comunidades de aldea se encargaban de trabajar la tierra. Los excedentes de producción, en previsión de guerras o catástrofes naturales, se almacenaban en bodegas.

La sociedad estuvo organizada en castas: en su cumbre se encontraba el Inca y la familia imperial; más abajo, los grandes nobles y los sacerdotes; por último, el pueblo común y los *yanaconas* o siervos. Las campañas bélicas, el trabajo en las minas, la

construcción de obras públicas fueron realizadas gracias a la subordinación casi total del hombre a los fines del Estado. Cuando las circunstancias políticas o bélicas lo requerían, se trasladaron pueblos enteros de un sitio a otro del imperio: fueron los llamados *mitimáes*.

Las obras públicas que más admiración causaron a los españoles fueron las extensas vías o caminos que, saliendo del Cuzco, unían Chile con Colombia. Se construyeron puentes colgantes para salvar abismos, tambos o bodegas para reaprovisionamiento, sistema de correos o chasquis, etc. Nivelaron terrenos e hicieron obras de riego notables, con lo que consiguieron una buena producción de alimentos. A pesar de sus indudables logros, los incas carecieron de escritura. Los *quipus*, sistema de cuerdas y nudos, fueron sólo un sistema de contabilidad.

La religión inca dio culto al sol como dios supremo, y a un gran número de dioses tribales y familiares. Los sacrificios humanos fueron escasos, y no hicieron imágenes representativas de sus divinidades.

Los métodos despóticos que utilizaron los incas para someter a las diversas nacionalidades indígenas, y la misma extensión de su imperio, fueron los grandes enemigos a la hora de defenderse de los españoles: numerosos pueblos se unieron a los invasores para liberarse del yugo incaico, y los focos de rebelión no pudieron someterse por las excesivas distancias. Si sumamos la circunstancia de la guerra civil, fácil es comprender el rápido éxito de Pizarro, quien munido de una tecnología superior, conquistó en poco tiempo el Imperio del Sol.

El mundo indígena americano en 1492. Un balance

Tras haber hecho un rápido análisis de los principales pueblos indígenas, se nos impone la tarea de una visión conclusiva y valorativa de los logros alcanzados por el hombre americano antes de 1492. Además de las altas civilizaciones que hemos analizado anteriormente —mayas, aztecas e incas— la población indígena americana formó otras culturas de desarrollo inferior.

Los chibchas ocuparon el actual territorio de Colombia, y sus familias llegaron hasta Nicaragua y el norte del Ecuador. De desarrollo cultural medio, su orfebrería en oro y algunas ceremonias religiosas relacionadas con el precioso metal hicieron que en torno a ellos se formara la leyenda de Eldorado, que atraerá a muchos conquistadores a esa región.

Los grupos indígenas que conoció Colón, así como los habitantes de la selva amazónica, las costas de Venezuela, el Chaco, la Pampa, Chile y el sur de los Estados Unidos tuvieron un lento y pobre desarrollo. Cazadores y pescadores, con escasos conocimientos agrícolas, nómadas unos, caníbales otros, en el siglo XV hubo grupos que no habían pasado las fronteras del Paleolítico Superior.

Dejando de lado las culturas periféricas, los grandes avances técnicos de mayas, aztecas e incas palidecen al constatar que ninguno de ellos conoció la escritura

alfabética, deficiencia importante de índole cultural. En el aspecto técnico-industrial, sorprende que las grandes construcciones de Mesoamérica y la zona central andina —Bolivia, Perú y Ecuador— hayan sido realizadas sin la ayuda de la rueda, invento elemental e indispensable para un desarrollo tecnológico importante.

Si grandes son estas lagunas, mayores son las que se encuentran en el terreno moral. Atendamos primeramente a la religión. Además de profesar un politeísmo desprovisto de racionalidad, no encontraron reparos morales —en Mesoamérica en particular— para ofrecer sacrificios humanos sangrientos y sádicos.

Así mismo, las instituciones políticas americanas pre-hispánicas no garantizaron la defensa de los derechos de la persona humana a los que debe tender toda organización social. El carácter primordialmente guerrero de estos pueblos condujo a un militarismo deshumanizante, que en ocasiones se manifestó en la crueldad con que fueron tratados los pueblos vencidos. Baste recordar las guerras floridas de los aztecas para conseguir víctimas para sus sacrificios religiosos, a la institución de los *mitimáes* entre los incas.

Desde este punto de vista, la crítica común que endilga a España el haber destruido civilizaciones avanzadas ha de ser tomada con reparos. Fueron avanzadas si las relacionamos con los otros pueblos americanos que, como queda apuntado, no habían sobrepasado la barrera del Paleolítico. Mayas, aztecas e incas alcanzaron desarrollos importantes, pero que ya se habían producido en Asia, Europa y el Norte de África milenios atrás. La crueldad y el sojuzgamiento de los indígenas eran realidades en América muchos años antes de que llegaran Colón, Cortés y Pizarro. Esto no justifica en nada los abusos y tropelías cometidos. Pero la imagen de un paraíso americano pre-hispánico dista mucho de ser verdadera: era necesario que se importaran concepciones e instituciones más humanas, más acordes con la naturaleza espiritual del hombre.

Es un error histórico, consecuencia de una ideología miope, el hablar de los *quinientos años de resistencia indígena*. Porque si con ese término se desea referirse a la resistencia ante una invasión extranjera, los quinientos años se quedan cortos: con la sola excepción de los naturales del Cuzco y los del valle de México, los indígenas sufrieron las invasiones incaicas y aztecas, más crueles e inhumanas que las europeas. Cuando, por ejemplo, en vez de celebrar la fundación de Quito se quiere conmemorar la resistencia aborigen, cabe preguntarse: ¿resistencia contra quién? ¿Contra el puñado de españoles que llegaron con Benalcázar, o contra los miles de cañaris que se sacudieron del yugo incaico?

II

LOS ANTECEDENTES

Una de las tareas más difíciles para el historiador consiste en acertar en las causas múltiples de un determinado hecho histórico. En torno a los antecedentes del descubrimiento de América se han escrito muchas páginas, de desigual valor. Ofrecemos a continuación tres breves reflexiones sobre el tema. En una abordamos el problema de la prioridad temporal del descubrimiento. En la segunda damos una visión panorámica de las tesis tradicionales acerca de los antecedentes del 12 de octubre: los progresos en la navegación, la búsqueda de nuevas rutas comerciales después de la caída de Constantinopla, y los viajes de circunnavegación africana llevados a cabo por los portugueses. Por último, presentamos el proceso de conquista de las Islas Canarias como precedente importante de lo que sucederá en América a lo largo del siglo XVI.

Los vikingos en América: ¿descubrimiento?

Muy agria ha sido la polémica alrededor de la prioridad temporal del descubrimiento de América. Los países escandinavos reclaman para sí tal gloria. La cuestión no deja de tener su interés. Lamentablemente, los nacionalismos cerrados han enturbiado este problema histórico.

Parece hoy ya cosa segura que los vikingos llegaron al continente americano en el año 1000 o 1001 de nuestra era. La gente de la Península Escandinava, impulsada por el exceso de población en una tierra como la suya, relativamente pobre en recursos naturales, se lanzaron a la conquista de otros mares y tierras. Normandos —*hombres del norte*—, vikingos, sentaron las bases de Inglaterra, Normandía, Sicilia, Rusia. Su espíritu aventurero y su audacia en el arte de la navegación les hicieron llegar a Islandia primero y a Groenlandia después. En esta última isla, descubierta al parecer por Erik el Rojo, fundaron una colonia y reconocieron la soberanía del rey de Noruega.

Según la saga de Erik de Rojo, un hijo de éste, Leif Eriksson, vio una tierra que producía vino, trigo silvestre y madera. Carente Groenlandia de madera, el viaje fue hecho a propósito y no por azar. Un pariente de Leif, Thorfinn Karlsfeni, realizó un viaje a esas tierras acompañado por 160 hombres, y a los tres años (1005-1007) regresaron a Groenlandia. En 1014 hubo otra expedición, de escasa trascendencia.

Los estudios han localizado la tierra descubierta por Leif Eriksson, y que él llamó Vinland o *tierra de vino* —otros afirman que Vinland sería la *tierra del viento*—, como

la actual Nueva Inglaterra. Los viajes sucesivos habrían llegado a Terranova y Labrador. Los hallazgos de restos nórdicos en América —en concreto, en las tierras más arriba mencionadas— dan suficiente crédito a la veracidad de las sagas escandinavas. Además, Vinland fue conocida en la literatura medieval europea extra-nórdica.

El hecho, por tanto, se dio. Los vikingos llegaron al continente americano en el principio del segundo milenio. Ahora bien, ¿fue un verdadero descubrimiento? La respuesta categórica es no. Fue un hecho histórico aislado, no significativo, ya que no trajo ninguna consecuencia de interés ni desde el punto de vista cultural ni desde el punto de vista material. En primer lugar, no se tuvo conciencia de haber llegado a un nuevo continente: Groenlandia era considerado un territorio extremo de las islas del Atlántico Norte y, en consecuencia, Vinland se constituyó simplemente en una tierra más extrema aún. El contacto superficial que tuvieron los vikingos con la nueva tierra, y su rápido abandono, hizo que no hubiera ningún cambio cultural apreciable, con excepción de la mera constatación del hecho en las sagas. Y en lo que respecta a la economía, la producción de Nueva Inglaterra, Terranova y Labrador era similar a la de Noruega. Pudo haber paliado la necesidad de madera en Groenlandia, pero los vikingos prefirieron buscarla en su tierra natal en vez de aventurarse a lo desconocido.

Si de prioridad temporal se trata, el primer hombre que pasó por el estrecho de Bering ha de llevarse la palma. Pero si analizamos las cosas con criterio histórico, el *encuentro* se produjo en 1492. Ni antes ni después.

Especias y astrolabios

Todo hecho histórico depende en su mismo ser de causas anteriores de la más variada índole. No cabe en la ciencia del pasado el exclusivismo causal. Al tratar sobre el Descubrimiento de América se nos impone analizar cuales fueron los elementos —económicos, políticos, religiosos, técnicos— que hicieron posible el encuentro de 1492.

En el siglo XV el Viejo Continente seguía manteniendo las relaciones que con el Extremo Oriente había estrechado algunas centurias atrás. Los viajes de Marco Polo y otros, en el siglo XIII, iniciaron un ininterrumpido tráfico comercial entre Oriente y Occidente, que estuvo a cargo sustancialmente de mercaderes venecianos y genoveses. Las sedas de China —Cathay—, las piedras preciosas de Ceylán, los algodones de la India, y sobre todo las especias, atravesaban las inmensas superficies asiáticas y sus mares interiores con destino a Europa.

¿Qué importancia tenían las especias? La mejora de la calidad de vida europea y el consecuente cambio en la dieta alimenticia hicieron necesario desarrollar un sistema de conservación y condimentación de las carnes. Para este fin eran indispensables las especias: pimienta, canela, nuez moscada, clavo, jengibre. Estos productos, por consiguiente, se convirtieron en mercaderías de alto valor comercial.

Mientras los puertos italianos se enriquecían con el comercio oriental, los reinos ibéricos, y en particular Portugal y Castilla, se encontraban en lucha contra el moro. Al

haber conseguido desalojar a los musulmanes del territorio portugués, la Corte de Lisboa decidió continuar la lucha en territorio africano. Si esta empresa tenía mucho de cruzada religiosa, también fue importante el móvil económico: el Norte de África y su costa atlántica ofrecían riquezas suficientes como para que Portugal incidiera en forma sustancial en el tráfico comercial europeo-asiático. Alentados por la casa real, y sobre todo por el Infante Don Enrique el Navegante, los marinos portugueses se lanzaron a la exploración de las costas africanas, y a la ocupación de las islas del Atlántico: Azores, Madeira, Porto Santo.

Cuando en 1453 cae en poder de los turcos la capital del Imperio Romano de Oriente, Constantinopla, y en consecuencia se cierra el paso asiático hacia el Oriente, los marinos portugueses se esforzarán en conseguir llegar a la India y a China bordeando las costas africanas. El Papa, última instancia en su época para resolver conflictos entre reinos cristianos, mediante las bulas *Romanus Pontifex* (1454) e *Inter Caetera* (1456) garantizó la exclusividad portuguesa para navegar por los mares cercanos al Continente Negro. Con ese aval jurídico, Portugal no encontrará obstáculos para llegar en 1477 al Cabo de Buena Esperanza, con la expedición de Bartolomé Días. Unos años más tarde —en 1499 — Vasco da Gama conseguía llegar a la India.

Estos éxitos portugueses no se habrían logrado sin la ayuda de importantes avances técnicos. Enrique el Navegante había creado un centro náutico en Sagres, en el extremo sur de Portugal. Recogiendo la tradición marinera del Mediterráneo —la de catalanes, genoveses, venecianos, árabes, etc.— consigue capacitar a los nautas lusitanos en las ciencias del mar. Las naos y las carabelas, la difusión del astrolabio y el cuadrante, el perfeccionamiento en la aplicación de los conocimientos astronómicos a la navegación de altura, facilitaron el éxito de Portugal en su búsqueda de nuevas rutas comerciales.

Por esos años, un genovés albergaba en su interior un proyecto tan ambicioso o más que el de los marinos portugueses: alcanzar las soñadas tierras de Marco Polo, pero avanzando de Oriente a Occidente y no al revés. Cuando Bartolomé Días regresaba a Lisboa tras haber llegado al Cabo de Buena Esperanza, otro Bartolomé, que se hallaba en ese entonces en la capital portuguesa, le transmitió la noticia a su hermano Cristóbal. Su proyecto tendría la misma meta: Cathay y Cipango, pero por un camino que, erróneamente, el futuro Almirante concebía muy corto. Fue este el error más fructífero de la historia.

Las Islas Afortunadas

Cuando Colón llegó a las costas de Guanahani había realizado antes una breve escala en las islas Canarias. Se iniciaba así un provechoso tráfico entre las islas y las Indias, que se mantendría por siglos. Dice Uslar Pietri: «Hubo también, y se olvida muchas veces, un puesto avanzado en la ruta del océano, que vino a ser como la víspera y la entrada de América. Este gran papel histórico lo desempeñaron las Canarias, las legendarias Islas Afortunadas de los antiguos. Las Canarias fueron por todo el mayor tiempo de la

conquista y de la población de las Indias puerta, cabeza de puente, despensa y huerta de las lejanas tierras occidentales».

Lo similar de los climas canario y antillano permitió que en La Española, Cuba y Puerto Rico se transplantaran desde las islas sin mayores dificultades de aclimatación, cultivos nuevos como la caña de azúcar. Y con los nuevos cultivos pasaron nuevas técnicas, nuevos animales y, lo que es más importante, nuevos hombres, que tenían evidentes ventajas sobre castellanos, extremeños o vascos para comprender la desconcertante realidad del Nuevo Mundo.

Pero la importancia de las Canarias en la historia del descubrimiento y la conquista de América no se agota en ser cabeza de puente oceánico o proveedora de hombres, cultivos y ganados. La conquista de las Canarias presentó a la Corona problemas similares a los que suscitó el descubrimiento de América. Los Reyes Católicos pudieron contar con un precedente a la hora de encontrar posibles soluciones a tales problemas.

En efecto, el archipiélago en cuestión, conocido por los antiguos desde remotos tiempos, entra en la neblina histórica durante la Alta Edad Media, pero a partir del siglo XI surge de la oscuridad. Parece que en 1016 el Papa adjudicó las islas al conde Claramont. Le concedió el título de rey con la obligación de predicar el evangelio en esos territorios. Nada se hizo entonces. En el siglo XIV hay diversas expediciones italianas, mallorquines y castellanas. En 1344 el Papa Clemente VI otorgaba las islas a Don Luis de la Cerda, infante de Castilla y Almirante de Francia. Don Luis era nombrado Príncipe de la Fortuna. Las tentativas de conquista de las islas pasaron por distintas vicisitudes. Se consiguen logros eficaces cuando la iniciativa pasa a la Corona de Castilla. Entre 1478 y 1496 se alcanza el pleno dominio del archipiélago, durante el reinado de los Reyes Católicos.

El lector podrá colegir la importancia de este proceso en relación a la historia americana. La Corona conquistaba unas islas habitadas desde la más remota antigüedad por sus legítimos poseedores: los canarios o guanches. Castilla se amparaba en las bulas pontificias que le concedían el territorio, siempre con la obligación de predicar el evangelio en él. Lo que sucedió en las dos últimas décadas del siglo XV en Canarias es una anticipación de lo que sucedería en América a lo largo del siglo XVI: conquista armada —en la que se destaca Alfonso Fernández de Lugo, ancestro de gobernadores indianos—; conquista espiritual, en la que se da un paso importante con la conversión del reyezuelo Tenesor Semidán; y política de colonización con fundación de ciudades y repartimiento de naturales.

Los guanches fueron los antecesores de los aborígenes americanos. Cuando los teólogos y los juristas se pregunten por la licitud de la conquista, se pensará en el antecedente canario: donación papal de unas tierras de infieles con la obligación de evangelizar. Y cuando se intente clasificar a los infieles para establecer el mejor modo de evangelización, el caso de los indios americanos será idéntico al de los habitantes de las islas: infieles nunca sometidos a reyes cristianos, que no habían hecho daño alguno a la religión católica. Ni los musulmanes, ni los protestantes, ni los judíos entraban en esa

categoría: sólo los primitivos habitantes de las islas Canarias, conocidas desde los tiempos antiguos como las Islas *Afortunadas*.

III

EL CICLO COLOMBINO

La primera etapa histórica propiamente americana después del Descubrimiento se desenvuelve alrededor de la figura del Descubridor. Pocos personajes en la historia han sufrido una mitificación tal como la padecida por el Primer Almirante de la Mar Océano. Desde su lugar de nacimiento hasta el sitio donde reposan sus restos han sido objeto de polémicas, cuentos y leyendas. El avance de la ciencia histórica ha permitido clarificar muchos aspectos oscuros de la vida de Colón. Otros quedan aún en la penumbra. En las páginas siguientes hemos tratado de ofrecer al lector los datos seguros como seguros, y los probables como meras hipótesis.

La actividad descubridora y colonizadora de Colón dio origen a nuevos problemas de orden internacional —las bulas papales, los viajes ingleses, franceses y portugueses— y a nuevas empresas de descubrimiento organizadas bajo los pendones de Castilla. Todas estas materias han sido incluidas en este ciclo colombino, que abarca desde el nacimiento de Colón en 1451 hasta su muerte, ocurrida en 1506.

El Descubridor. 1451-1485

Las gestas históricas no son producto de un solo hombre. Hay una interacción continua entre personas que sostienen deseos, intereses, puntos de vista particulares e incluso opuestos. Pero no cabe duda que de vez en cuando surgen hombres fuera de serie, superiores, que catalizan la energía de una época. Uno de estos hombres fue Cristóbal Colón.

Hoy ya casi nadie pone en tela de juicio, superados nacionalismos trasnochados, la cuna genovesa de Colón. Hijo de Domenico Colombo y Susanna Fontanarossa, Cristoforo, primogénito de cinco hermanos, vio la luz en 1451. Siguiendo las investigaciones del colombinista Paolo Emilio Taviani, diremos que estudió sus primeras letras en la escuela de la Corporación de Laneros de su ciudad natal. Sus primeros viajes marinos los realiza por la costa ligur, llegando a Niza y al norte de Córcega. En 1470 la familia se traslada a Savona. Cristóbal decide en esa época dedicarse por entero a las actividades del mar: no en vano había nacido en una de las ciudades de tradición marinera más acendrada de Europa.

Su primer viaje largo lo hace a la isla de Quío, en el Mar Egeo. Quío servía como enclave comercial entre Génova y el oriente. Allí Colón entró en contacto con el mundo

oriental. Tras su regreso, Cristóbal navega hacia el Atlántico, rumbo a Flandes e Inglaterra. Frente a las costas portuguesas su nave es atacada por piratas franceses, y el futuro almirante logra llegar sano y salvo a Lisboa.

Si su patria poseía una gran tradición marinera, Portugal se encontraba en ese momento en la avanzada de la tecnología naviera. Colón vivirá nueve años en tierra portuguesa, desde 1476 a 1485, cuando pasa a Castilla. Desde Lisboa proseguirá su viaje por el Atlántico. Llegará a Inglaterra, Irlanda, y probablemente a Islandia. Al oeste de Irlanda afirma haber visto a un hombre y una mujer llegados del Cathay en un leño. También estuvo en Guinea, Porto Santo y Madeira. En este período contrae cristiano matrimonio con Felipa Monis de Perestrello, hija del ex-gobernador de Porto Santo, de quien tiene su único hijo legítimo, Diego.

Es en esta etapa portuguesa cuando concibe su proyecto Atlántico. El ambiente lusitano favoreció sin duda la maduración del mismo. Además, Colón contó con indicios materiales —maderas de árboles desconocidos arrastrados por el mar, cadáveres de gentes de otras razas, noticias de pilotos que afirmaban haber visto o estado en islas ignotas— que aportaron nuevas luces a sus convencimientos geográficos. ¿Qué convencimientos eran éstos? La esfericidad de la Tierra —idea comúnmente aceptada para aquel entonces—, distancia relativamente pequeña entre Europa y la India, y habitabilidad del hemisferio meridional.

Algunos destacados colombinistas —sobre todo Juan Manzano Manzano a través de una acuciosa investigación— han sostenido la hipótesis del pre-descubrimiento de América como origen del genial proyecto: un marino desconocido, víctima de un naufragio, habría llegado a las Antillas, y *la misma tormenta que lo llevó a ver estas incógnitas tierras, esa lo volvió hacia nuestra España, tan perdido y destrozado que murió de pocos días*. El protonauta habría llegado a Madeira, a casa de Colón, quien le atendió y escuchó sus noticias. Colón habría revelado su secreto sólo a fray Antonio de Marchena. Esto explicaría que el franciscano fuera el único que apoyara resueltamente las tesis colombinas. En el texto de las capitulaciones de Santa Fe del 17 de abril de 1492, según Manzano, se daría razón a su tesis histórica: los reyes se refieren a lo que Cristóbal *ha descubierto en las Mares Océanas* antes de emprender su viaje. Lo habría descubierto no personalmente sino mediante la información del protonauta.

La hipótesis, sin duda, es sugestiva, y explicaría la tenacidad de Colón en llevar adelante sus planes contra viento y marea. Sea como fuere, Cristóbal acudirá en alguna fecha por nosotros desconocida entre 1483 y 1485 a la corte de Juan II de Portugal para ofrecer su proyecto atlántico. Una junta de matemáticos reunida por el monarca para estudiar el proyecto lo rechaza de plano: Colón ya viudo, marcharía a Castilla.

1485-1489. La tenacidad colombina

Los siete años que van de 1485 a 1492 han sido calificados por Juan Manzano Manzano como decisivos para la vida del Almirante. Y en efecto lo son.

Tras sus desafortunados tratos con la corte portuguesa, Colón decide marchar al vecino reino castellano. Entrará precisamente por el que él convertiría en famoso puerto de Palos. Corre 1485 cuando hace su primera visita al monasterio franciscano de La Rábida, distante de Palos unas pocas leguas. Allí conoce a Fray Antonio de Marchena, fraile cosmógrafo, quien desde ese momento será el mejor aliado de Cristóbal. Años después, el Almirante escribirá que su proyecto fue tomado a burla por todos *salvo aquel padre fray Antoño de Marchena*.

Decidido a llegar hasta los mismos Reyes Católicos, Colón se encamina hacia la corte. Tal corte no tenía lugar de residencia fijo: era itinerante, aunque en estos siete años el centro de atención de Doña Isabel y de Don Fernando fue Andalucía, de donde se debía expulsar a los moros. Por esta razón, la ciudad preferida por los reyes para su residencia fue Córdoba. Ya en la corte, Colón procurará relacionarse con los miembros del Consejo Real, y encontrará una especie de protector en Don Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla. Recomendado por él o por algún otro personaje influyente, el genovés consigue su primera audiencia real el 20 de enero de 1486, en Alcalá de Henares. Los reyes le escuchan complacidos, aunque escépticos. Sin embargo, acceden a que se forme una comisión de expertos para dictaminar la conveniencia y validez científica de los proyectos de Colón.

La comisión de expertos, presidida por Don Hernando de Talavera, confesor de la reina y de alma noble y ascética, se reúne en Salamanca primero y en Córdoba después al filo de los años 1486 y 1487. Frente a los letrados, sabios y marineros, Colón expone sus ideas cosmográficas y su proyecto náutico. Del análisis de los documentos referidos a este suceso se desprenden una serie de conclusiones ciertas: Colón tiene en mente llegar al Cathay y a Cipango (China y Japón) navegando en línea recta hacia el Occidente. Según sus errados cálculos, el genovés estaba convencido que a 750 leguas al oeste de las islas Canarias se encontraba Cipango, y el Cathay a 375 leguas de ésta. Sus razonamientos los apoya en la *Geografía de Ptolomeo*, en la *Imago Mundi* de Pedro de Ailly, en la relación de Marco Polo sobre su viaje a Oriente, en una carta de Toscanelli y en algunos otros textos menores. Sus conclusiones fueron juzgadas absurdas por los expertos. En realidad, ellos estaban en posesión de la verdad: Cathay y Cipango se encontraban mucho más allá de lo que pensaba Colón. El dictamen negativo de la junta de expertos hace honor a la ciencia castellana.

Los reyes, oído el parecer de sus asesores, despiden al ligur, aunque no le cierran del todo las esperanzas de volver a tratar el asunto cuando finalice la guerra contra el moro. Entre tanto, Colón no se apartará de la corte. Permanecerá una larga temporada en Córdoba. Ahí, fruto de sus amores ilícitos con Beatriz de Arana, nacerá su segundo hijo, Hernando.

La guerra contra el moro se alargaba, y las esperanzas de Colón se desvanecían. En 1488, Cristóbal recibe una carta del rey de Portugal para que regrese a Lisboa a entablar negociaciones. Así lo hace, pero en octubre ya está de regreso en Castilla, tras un nuevo fracaso en la corte lusitana. El infatigable marino, dando muestras de una tenacidad inusitada, intentará otra vez poner en práctica sus planes. Ahora los expondrá ante el

duque de Medina Sidonia, recomendado por Fray Antonio de Marchena. Otro fracaso se suma a los anteriores. Acude en consecuencia a Don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli. Don Luis, entusiasmado con el proyecto, decide llevarlo a la práctica, pero como buen vasallo informa a su reina sobre sus planes. Doña Isabel no tarda en contestar: Colón debe regresar a la corte. Corría mayo de 1489. Tres años más debían transcurrir para cerrar las negociaciones entre Colón y la Corona.

1489-1492. El triunfo de la tenacidad

Si las negociaciones con Don Luis de la Cerda hubieran fracasado, Colón habría dirigido sus pasos rumbo al Norte, hacia Francia. Además desde tiempo atrás, su hermano Bartolomé estaba en negociaciones con la corte de Londres. De ahí que Cristóbal le escriba más tarde a los reyes: *Por servir a Vuestras Altezas yo no quise entender con Francia, ni Inglaterra, ni Portugal, de los cuales Príncipes vieron Vuestras Altezas las cartas*. De no haber encontrado final feliz las negociaciones con los Reyes Católicos, otra hubiera sido la historia de la humanidad.

En Jaén tiene lugar la segunda entrevista de Colón, aunque esta vez será sólo con Doña Isabel. Alonso de Quintanilla y el Cardenal Mendoza, apodado el *tercer rey de España*, le introdujeron en la real presencia. La reina le dio *esperanzas ciertas de que acabando lo de Granada se resolvería su negocio*. Sin embargo, la guerra se complica por la postura que adopta Boabdil, último rey moro, que se niega a entregar la ciudad de la Alhambra: el proyecto colombino vuelve a pasar a un plano secundario en el ánimo de los monarcas.

Colón, desesperanzado, decide, ahora sí, pasar a Francia. Antes acude al convento de La Rábida. Será en esta segunda visita a los buenos franciscanos donde conocerá a Fray Juan Pérez, quien interesándose por el proyecto atlántico decide intervenir en favor del extranjero y va a ver a la reina, de quien había sido su confesor. Las conversaciones entre Doña Isabel y el fraile alcanzan un éxito total: la reina le manda llamar nuevamente, y le auxilia con dinero. Cuando Colón llega a Santa Fe, nueva ciudad levantada por los cristianos junto a los muros de Granada, la guerra estaba llegando a su fin. El 2 de enero de 1492 la Cruz vencía a la Media Luna y la ciudad se entregaba a los Reyes Católicos. La situación era propicia para las negociaciones colombinas.

En Santa Fe se reúne una nueva comisión de expertos para tratar el proyecto atlántico. Otra vez, los representantes de la ciencia, con sobradas razones, le dieron las espaldas a Colón. Y nos dice Las Casas que *llegó a tanto el no creer ni estimar en nada lo que Cristóbal Colón ofrecía, que vino en total despedimiento, mandando los reyes que le dijesen que se fuese en hora buena*.

Por enésima vez, las puertas se le cierran a Colón y el genovés se aleja de la corte. Pero mientras el marino emprendía la triste retirada, los amigos de Colón en la corte convencieron a los reyes de la conveniencia de aceptar la propuesta del ligur. Luis de Santángel ante la reina, y Juan Cabrero y Fray Diego de Deza ante el rey, contando con

la no oposición de Fray Hernando de Talavera, logran inclinar la balanza a favor de la aventura. El argumento empleado por los cortesanos es cristalino: «el hecho —apunta Manzano— de la desproporción evidente entre el mínimo gasto que exigiría la empresa y las fabulosas ganancias que se podría alcanzar con ella si el éxito llegaba a coronar el viaje transatlántico».

Así las cosas, se le vuelve a llamar a Cristóbal. Después de siete años —*Ya saben Vuestras Altezas, que anduve siete años en su corte importunándoles por esto; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia que todos no dijesen que mi empresa era falsa*, se quejará años después— por fin, el 17 de abril de 1492 se firmaban las capitulaciones entre la Corona y Colón. Doña Isabel y Don Fernando hacían merced al pobre genovés y a su descendencia del honorífico tratamiento de *don*, del título de Almirante y Virrey-gobernador de las tierras que descubriere, y de pingües beneficios económicos. Además, se le dieron cartas para los grandes príncipes orientales, el Gran Kan incluido, con el fin de establecer relaciones económicas y dar comienzo a la evangelización.

El desconocido genovés enfilaba rumbo a Palos. De allí partiría en unos meses la expedición naval más decisiva de la historia de la humanidad. Fue fruto de la tenacidad colombina. Pero no deben caer en el olvido los nombres de Fray Antonio de Marchena, Alonso de Quintanilla, Luis de la Cerda, el Cardenal Mendoza, Fray Diego de Deza, Fray Juan Pérez, Luis de Santángel, Juan Cabrero y muchos otros personajes, anónimos quizá, pero que facilitaron la puesta en práctica de los designios de la Providencia.

El mar tenebroso

Cuando zarparon del puerto de Palos la nao Santa María y las carabelas Pinta y Niña, Colón ya había resuelto arduos problemas que se le presentaron no más llegar al puerto andaluz. Uno de ellos fue el reclutamiento de la tripulación. Los avezados marinos paleños no querían arriesgar el pellejo en una expedición con rumbo desconocido en busca de una tierras quizá inexistentes. Sobrevivían aún en la conciencia colectiva los temores a adentrarse en el Océano Atlántico, bautizado por los árabes como *Mar Tenebroso*. No en vano la imaginación mediterránea había inscrito en el simbólico pórtico sostenido por las columnas de Hércules, que la geografía mitológica sitúa en el estrecho de Gibraltar, la categórica frase: *Non Plus Ultra* (No Más Allá).

Monstruos marinos, abismos insondables, tormentas descontroladas se agolpaban en la imaginación de los rudos marinos paleños. ¿No sería tentar a Dios aventurarse hacia lo desconocido?

Así como la fantasía fue en la gente de Palos una rémora para lanzarse a la aventura, también fue un impulso para el espíritu europeo, que se sintió atraído por las islas imaginarias que suponían existían al otro lado del océano.

En la Antigüedad se colocaban en el extremo occidental del mundo los Campos Elíseos y las Islas Afortunadas, que los europeos no tardaron en identificar con las Islas

Canarias. Algunas leyendas medioevales ubicaban allí a la Tierra de Promisión. En el transfondo de estos mitos se encuentran tradiciones célticas, clásicas e incluso orientales.

Fuentes fecundas de leyendas son también las narraciones de los imaginarios viajes de algunos monjes irlandeses, y en particular los atribuidos a San Brandan en el siglo VI. La tradición del monje viajero permaneció viva hasta el siglo XVI. Los nombres de algunos lugares americanos —la Bahía de Samborondón en Argentina o el pueblo de Samborombón en Ecuador— son deformaciones del nombre de San Brandan.

También se creía en la existencia de las Islas de las Siete Ciudades, donde se habrían refugiado siete obispos españoles con sus feligreses, tras la invasión musulmana del 711. El nombre de Antillas actual proviene de otra isla legendaria: *Antilia o Anteínsula*. Brasil es también un nombre proveniente de una isla legendaria que como tantas otras forjó la imaginación europea.

Los viajes de Colón se encargarían de echar por tierra o confirmar la existencia de estas islas fabulosas. De momento, los atemorizados marinos paleños se serenaron al escuchar las confiadas palabras de los frailes de la Rábida y al constatar el entusiasmo que por la empresa colombina demostró uno de los hombres más prestigiosos de Palos, Don Martín Alonso Pinzón. Los aproximadamente noventa tripulantes partirían rumbo a lo desconocido, confiando en la Virgen Madre de Dios y en la sabiduría del genovés.

¿Cuántos eran y de dónde provenían los marineros? Miss Gould, en un profundo estudio, logró identificar 87 tripulantes, y ofrece los nombres de otros 9 que da como dudosos. De todos ellos la inmensa mayoría eran españoles, con un alto porcentaje de andaluces y un corto número de vascos. Extranjeros fueron sólo cinco: Colón, otro genovés, un calabrés, un veneciano y un portugués. Todos provenían de naciones con larga tradición marinera. A pesar de lo repetido hasta la saciedad, sólo viajaron cuatro delincuentes, que obtuvieron el perdón real para enrolarse en la expedición.

En Palos, mujeres y niños iniciaban sus novenas a todos los santos. Una nueva época se abría en la historia de la humanidad.

La travesía

Era un viernes 3 de agosto de 1492 cuando las tres célebres naves abandonaban la rada de Palos y comenzaban el viaje decisivo. Junto al Almirante de la Mar Océano viajaban Martín Alonso Pinzón, su hermano Vicente Yáñez, Pero Alonso Niño, maestre de la carabela más marinera, la Niña, Rodrigo de Escobedo, *escribano de toda la armada*, y otro puñado de capitanes y marineros.

La pequeña armada española enrumba hacia las Islas Canarias, único territorio de soberanía castellana cercano a las costas de Guinea. En cumplimiento de los tratados hispano-portugueses, Colón no puede internarse en aguas lusitanas. Necesariamente debe llegar a las Canarias y partir de allí en dirección al oeste. Tardaron cinco días en llegar al archipiélago africano. Permanecieron en él hasta el 6 de septiembre, día en que zarparon del puerto de la Gomera. Es a partir de esta escala que comienza la verdadera

aventura. La travesía entre Palos y Canarias era harto conocida y frecuentada por los marineros andaluces. Pero dirigirse en línea recta hacia el Occidente era otro cantar.

La trascendencia histórica del viaje, preñado de consecuencias de toda índole, inclina a pensar que tuvo mucho de dramatismo y tragedia. Sin embargo, mal que nos pese, tiene toda la razón el almirante estadounidense Samuel Eliot Morison cuando afirma que «el que fuera el más trascendental viaje de la historia moderna, fue también uno de los más fáciles desde el punto de vista naútico». En efecto, tras cinco días transcurridos desde que partieron de las Canarias, navegados todos con mar calma, el 11 de septiembre comienzan a encontrar señales evidentes de la existencia de tierras más allá del horizonte: trozos de madera, aves, hierbas. Además, salvo una leve llovizna el 16 de septiembre, dice Colón que *de allí adelante hallaron aires temperantísimos, que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores*.

En el Mar de los Sargazos se sorprenden al ver grandes extensiones de hierba verde. Allí encontraron un cangrejo vivo, *el cual guardó el Almirante*. El ambiente en los barcos, una vez que se difuminaron en las supersticiosas mentes de los marinos los peligros de monstruos y abismos, era inmejorable. En el *Libro de la Primera Navegación y Descubrimiento de Indias*, como titula el Padre Las Casas al diario de Colón, se lee *que iban muy alegres todos, y los navíos, quien más podía andar, andaba por ver primero tierra*.

A pesar de que todo transcurría sin sobresaltos, el 10 de octubre se hizo notar por parte de la tripulación un cierto descontento: era la reacción lógica después de dos largos meses de navegación. En el diario se lee: *Navegó al Ouestesudueste. Anduvieron a diez millas por hora y a ratos 12 y algún rato a 7, y entre día y noche 59 leguas. Contó a la gente 44 leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje. Pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con la ayuda de Nuestro Señor*.

Poco más tendrían que navegar para divisar tierras americanas, que Colón imaginara asiáticas. Sólo unas leguas más. Leguas que Colón rebajaba a los marineros para que no se asustaran de la inmensa distancia ya recorrida: *porque siempre fingía a la gente que hacía poco camino porque no les pareciese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje: el menor fue el fingido; y el mayor el verdadero*.

Tras dominar la situación difícil que presenta el desánimo de la tripulación, el Almirante también comienza a impacientarse. Por sus cálculos ya tendría que haber hallado las islas que Marco Polo afirma que existían delante de las costas de Asia.

Al día siguiente, la Pinta se adelantaba a la nave almiranta. Allí, en el castillo de popa, Rodrigo de Triana oteaba el horizonte.

¡Tierra!

Y porque la carabela Pinta era más velera e iba adelante del Almirante, halló tierra y hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vio primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana... El día viernes llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de Indios Guanahani. Luego vieron gente desnuda. Se produjo el encuentro. Con estas sencillas palabras del Diario de Colón se describe uno de los momentos más trascendentales de la historia.

El 12 de octubre Colón tomó posesión de la isla. Los tripulantes le reconocieron como Almirante y Virrey. Y en su loca ansiedad por alcanzar las tierras de Cipango y de Cathay, la armada sigue su marcha por entre las islas caribeñas. Tocarán diversas islas Bahamas, y alcanzarán Cuba —bautizada Juana y confundida con Cipango y con las tierras del Gran Kan— y Santo Domingo, que recibe el nombre de La Española.

El 21 de noviembre, antes de llegar a dicha isla, Martín Alonso Pinzón, con la tripulación de la Pinta, se separa del Almirante aparentemente en busca de oro. Se volverá a unir con Colón el 6 de enero de 1493. Se iniciaba así, tan temprano, una larga cadena de traiciones que malean la historia de la conquista.

En la víspera de Navidad, cerca del Cabo Haitiano, la Santa María encalló en unos arrecifes. Sólo se salvó el cargamento, recuperado gracias a la ayuda de los aborígenes. Los restos de la nao capitana sirvieron para construir el fuerte Navidad. Allí quedaron 39 hombres al mando de Diego de Arana, pariente de Beatriz, la cordobesa amante de Colón: todos no cabían en la Niña.

La Pinta y la Niña emprenden el regreso, que resultó más difícil que el apacible viaje de ida. Cerca de las Azores se desató una gran tormenta que separó a las dos carabelas. Colón pudo llegar —tras hacer voto de peregrinaciones— al archipiélago portugués y el 4 de marzo, no quedándole otra salida, atracaba en el puerto de Lisboa. Martín Alonso Pinzón, por su parte, llegaba a Galicia.

En el viaje de regreso Colón escribe a Luis de Santángel una famosa carta en donde da cuenta de su victoria: había llegado a las inmediaciones de las tierras descritas por Marco Polo, y había tomado posesión de las mismas en nombre de Don Fernando y Doña Isabel. En la carta describe a los indios como dóciles, pacíficos, de *fermosa estatura*, aunque atrasados materialmente, pues *no tienen fierro ni acero*, y considera que *son muy dispuestos* a la conversión al Cristianismo.

El genovés exagerará hasta llegar a algo muy parecido a la mentira cuando describe la riqueza de las islas: de Cuba afirma que hay *muchas minas de metales*; en La Española alaba sus ríos: *los más de los cuales traen oro, hay muchas especierías, y grandes minas de oro y otros metales*. Promete a los reyes que con muy poca ayuda *yo les daré oro cuanto ovieren menester*, y todo tipo de especias.

Conocido es que en el Diario de Colón el vocablo oro se escribe más de 140 veces. Igual de cierto es que la preocupación por la conversión de los indios y el convencimiento de ser instrumento en las manos de la Providencia ocupan en el alma de Colón un puesto nada desdeñable. Basta leer al Almirante cuando, refiriéndose a los indígenas, escribe: *Conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a Nuestra Santa Fe con Amor que no por fuerza*. El último párrafo de la carta colombina habla por

sí solo: *Así que pues nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros Ilustrísimos rey e reina é a sus reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, y dar gracias solemnes a la Santísima Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, en tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe*.

Si se leen párrafos aislados del Diario y la carta, la leyenda puede tomar colores cercanos al blanco o al negro. Si se analiza con criterio histórico toda la documentación, la leyenda se troca en ciencia histórica, en análisis del pasado del hombre, ese ser tan material y tan espiritual a un mismo tiempo.

Dos entrevistas reales

El rigor de los elementos hizo que Colón tuviera que allegarse, en su tornaviaje de tierras americanas, a Lisboa. Era ésta una escala políticamente peligrosa: Don Juan II de Portugal había rechazado casi diez años antes el proyecto del ligur de alcanzar la India por occidente. Ahora, en el Monasterio de Santa María das Virtudes, el monarca portugués recibía nuevamente a Colón. Don Juan no podía estar sino nervioso, ansioso por inquirir la verdad de lo que ya se decía en el puerto: que el aventurero genovés había llegado a la India. Esto trastocaba toda su política internacional. La pequeña nación lusitana estaba empeñada en alcanzar la India por el oriente, y he aquí un don nadie, un mercader italiano, que le arrebataba la presa.

La escena que se da en el monasterio es, sin duda, paradójica. Magistralmente describe Levillier la ironía: «Colón fascinado por el triunfo de una idea y un hallazgo... que no eran tales, y Don Juan, dolido por una frustración... que no se había producido. Catay no fue alcanzado, y la India, con el descubrimiento del paso sudafricano, seguía al alcance de las proas lusitanas». Por el momento, Don Juan le advierte a su interlocutor que lo descubierto por él le pertenecía, basándose en una capciosa interpretación del tratado hispano-portugués de Alcaçovas-Toledo.

Cristóbal zarpará de tierras portuguesas el 13 de marzo de 1493. El 15 llegaba a Palos unas horas antes que Pinzón, quien constató con sumo disgusto que la Niña ya estaba surta en el puerto andaluz. Colón triunfaba. Cruzaría España entera para ver a sus monarcas en Barcelona. Pinzón, mientras tanto, moría acalorado por las fiebres.

La ciudad condal se engalanó para recibir al avezado nauta. Los reyes habían confiado en él y él no los había defraudado. Los indios, los loros, los productos exóticos y algunas muestras de oro eran suficientes pruebas para demostrar la verdad de sus aseveraciones escritas en la Carta anunciadora del Descubrimiento. El 28 de mayo los Reyes Católicos confirman todos los títulos prometidos en las capitulaciones de Santa Fe. Colón ya era Don, contaba con blasón, gozaba de las prerrogativas del Almirantazgo de Castilla, podía nombrar funcionarios: había llegado a su cénit.

El triunfo de Colón se vio confirmado por la decisión de los monarcas españoles de continuar con su política oceánica. Poco tiempo iba a transcurrir —cinco meses desde

que llegara a Barcelona— hasta que zarpara una segunda expedición, mucho mayor que la primera, con destino a las Indias recién descubiertas.

Aunque hubo mentes proféticas que expresaron sus dudas acerca de la identificación de las Indias con las tierras colombinas, la opinión generalizada coincidía con la del Almirante. De ahí que encontrara feliz acogida el término *Indias* con que se denominó al archipiélago antillano primero, y al resto del continente después.

El 25 de septiembre de 1493 diecisiete naves españolas se preparaban para levar anclas en el puerto de Cádiz. A bordo iban nada menos que 1.500 personas, bajo el mando del Almirante. Cristóbal había pasado previamente por el monasterio de Guadalupe, en Extremadura, para cumplir las promesas que había hecho en el viaje de regreso. Cuando la flota cruzara la línea imaginaria que unía los dos polos y que pasaba a cien millas de las Azores y Cabo Verde, se encontrarían navegando en aguas de soberanía española. En Roma, Alejandro VI donaba a los Reyes Católicos las islas y tierras firmes descubiertas o por descubrir, con el fin de realizar la evangelización. En Lisboa, Juan II aprestaba el envío de embajadores a Castilla para entablar negociaciones directas con Fernando e Isabel. Entre tanto, sin darse cuenta, el mundo entraba en la era moderna.

La repartición del mundo

Los descubrimientos colombinos pusieron sobre el tapete problemas internacionales nuevos, a los que había que hallarles solución. En el siglo XV, el hallazgo de tierras gobernadas por príncipes no cristianos era motivo válido para adueñarse de las mismas por parte del reino descubridor. A su vez, el papado era aún la última instancia para resolver problemas internacionales. Las herejías protestantes y el cisma anglicano todavía no habían surgido, y Europa entera se mantenía sometida, por lo menos moralmente, a la autoridad papal.

Cuando Portugal comenzó su expansión, la Santa Sede donó las tierras llamadas *de Guinea* a la corona portuguesa, y salvaguardó la exclusividad lusitana en la navegación de las costas africanas. En 1480 Portugal y Castilla firmaron el tratado de Alcaçovas-Toledo, mediante el cual se respetaba la exclusividad portuguesa en África y se reconocía la soberanía castellana sobre las Canarias. Los marinos españoles podrían navegar hacia el archipiélago, pero no más al sur. Nada se decía en el tratado ni en las bulas portuguesas sobre la navegación hacia el oeste.

Cuando Colón regresa de su primer viaje, la Corona inicia inmediatamente las gestiones con el Papa Alejandro VI, a fin de obtener los mismos privilegios que unas décadas atrás había otorgado Roma a Portugal. Así, con estos antecedentes, el Papa concedió mediante cuatro bulas lo solicitado por los Reyes Católicos.

En el breve *Inter Caetera* del 3 de mayo de 1493 se concede la posesión de todo lo hallado por Colón y se ordena el envío de misioneros; en otro documento del mismo título se señala una línea demarcatoria de polo a polo, que pasaba a cien millas al oeste

de las Azores y de Cabo Verde. Al occidente de dicha línea podría Castilla proseguir sus descubrimientos, mientras que al oriente lo podría seguir haciendo Portugal. En una tercera bula se otorgaba a la corona de Castilla los mismos privilegios que gozaba la de Portugal en sus dominios. Por último, en la *Dudum siquidem* se permitía a Castilla descubrir y conquistar por occidente todo lo que Portugal no hubiese descubierto u ocupado por oriente.

El valor que se otorgó a las bulas fue diferente según funcionarios, épocas y autores. Oficialmente la Corona se basó en la donación papal como título legal de dominio. Pero no faltaron quienes interpretaron que sólo se trataba de una comisión para evangelizar las nuevas tierras, ya que el Papa no tenía poder temporal para donar tierras que tenían legítimos poseedores: los indios. Surgió así el problema de los *Justos Títulos*, que trataremos oportunamente.

Portugal reaccionó rápidamente ante la ofensiva diplomática castellana: envió embajadores al vecino reino y propuso demarcar los mares y tierras alargando la línea horizontal de Alcaçovas-Toledo por la que se impedía a los españoles avanzar hacia el sur de las Canarias. Así se habría dividido el mundo en Norte Castellano y Sur Portugués. La propuesta fue rechazada de plano. No así una segunda: alejar la línea demarcatoria de Alejandro VI hasta 370 leguas al oeste de Cabo Verde. Los embajadores de ambos reinos se reunieron a mediados de 1494 en Tordesillas, y el acuerdo fue rápido. Los Reyes Católicos deseaban la paz con Portugal, y en consecuencia no dudaron en ceder ciertas ventajas. En 1529 se demarcó, mediante el tratado de Zaragoza, el meridiano oriental, a 180 grados de la línea de Tordesillas. La Especiería sería portuguesa.

En Tordesillas se estableció que todo territorio que se encontraba a un lado u otro de la línea demarcatoria pertenecía a Castilla o a Portugal, independientemente de la prioridad del descubrimiento. Así, aunque quizá las proas castellanas fueron las primeras en llegar al Brasil, el territorio, situado al este de la línea, fue de soberanía portuguesa. Se eliminaba de este modo para Portugal el peligro que representaba el principio de prioridad, establecido en la *Dudum siquidem*.

En la pequeña villa castellana Portugal y España se repartieron el mundo. Francia e Inglaterra hicieron caso omiso de lo acordado: faltaba poco para que John Cabot surcara aguas de teórica soberanía ibérica.

El fin de la utopía

Diecisiete naves se aprestaban a salir del puerto de Cádiz. Aproximadamente 1.500 personas se encontraban a bordo. Era, sin duda, un grupo heterogéneo, compuesto por hidalgos y soldados, labradores y artesanos. Este segundo viaje de Colón era un verdadero proyecto de colonización. Iban con el Almirante futuros descubridores y conquistadores: Alonso de Ojeda, Diego Velázquez, Ponce de León. También se encontraban, por primera vez, los religiosos. Allí estaba fray Ramón Pané, gran

evangelizador y el primer etnógrafo del indio americano, y el P. Boil, legado pontificio. Para cerrar la constelación de personajes añadiremos al autor del primer mapa de América: Juan de la Cosa.

Habiendo cruzado el Atlántico por una ruta más meridional que la anterior, la flota española va avistando las Pequeñas Antillas, hasta llegar a Boriquén —Puerto Rico—, en cuyas costas anclaría el 20 de noviembre de 1493. Una semana más tarde, los ojos del Almirante contemplaban con horror que el fuerte Navidad era un montón de escombros. Los treinta y nueve hombres que habían quedado allí habían rendido juicio ante el Creador. Los indios los habían exterminado.

La tenacidad de la que hizo gala Colón al defender su proyecto se pone de manifiesto una vez más: no se venga de los indios, pero en vez del fuerte Navidad erige la primera ciudad española en América, la Isabela, al norte de la actual República Dominicana. Cerca de allí, Ojeda encuentra oro.

En febrero, doce de las diecisiete naves regresan a España, al mando de Antonio de Torres: faltaban alimentos, se extendían las enfermedades. Había que regresar con medicinas, animales, y un permiso solicitado por Colón para esclavizar a los indios caribes.

Pero el descontento de quienes se quedaron en La Española crecía: los beneficios económicos sólo irían a parar a los regios bolsillos y a los de Colón, los hidalgos sólo recibían un sueldo e incluso el Almirante los había obligado a trabajar para construir la Isabela: el trabajo manual, en la mentalidad de un hidalgo del siglo XV, era incompatible con la nobleza de su estirpe. A esto se sumaban actitudes un tanto excéntricas de Don Cristóbal: en abril salió a explorar con tres naves. Descubrió Jamaica y se allegó a Cuba, donde ya había estado en el viaje anterior. Allí obligó a sus compañeros a jurar que se hallaban en tierra firme y no en una isla, bajo pena de cortarles la lengua. Las tierras del Gran Kan se iban convirtiendo en obsesión.

Cuando Colón regresa a La Española, tras realizar sus exploraciones, el panorama que se le presenta no es alentador. Tuvo la alegría, sí, de ver que había llegado su hermano Bartolomé con una escuadra de socorro, pero también constató que el P. Boil había desertado de la empresa junto con el jefe militar, Pedro Margarit. La ausencia de este último había desatado los excesos de los colonos contra los indios, que se sublevaron. Salió Colón a someterlos, tomó 500 prisioneros que envió a España, y les impuso un tributo en oro a los restantes. Comenzaba el trabajo forzoso en La Española.

Entre tanto, llegaba a la isla Don Juan de Aguado. Cuando Boil y Margarit regresaron a la península, comenzaron a difamar a Colón, a quien, además, daban por desaparecido tras la larga ausencia de sus exploraciones. Los reyes deciden enviar un delegado —Aguado—, quien llevaba órdenes expresas de impulsar la evangelización y de establecer un régimen de economía privada en la isla: los hidalgos podrían participar en las ganancias obtenidas.

En marzo de 1496 Colón decide regresar a España para aclarar cuestiones turbias difundidas por sus enemigos. Lo hace en compañía de Aguado. En La Española quedaba

como gobernador Bartolomé Colón, quien por orden de su hermano fundaría Santo Domingo.

Los indios, tan bien dispuestos según el genovés en el primer viaje, tenían la obligación de pagar tributos y algunos estaban repartidos entre los colonos. La evangelización, en consecuencia, entraba en un compás de espera. Colón se presentaba en Burgos ante sus Majestades para *desfacer entuertos*. Y los paradisíacos reinos del Gran Kan se convertían en una pobre isla revoltosa. Era el fin de la utopía.

Los rezagados

Las cortes inglesa y francesa habían rechazado los ofrecimientos que un día les hiciera Bartolomé Colón. Pero las noticias vuelan, y cuando Giovanni Gabotto —castellanizado Juan Caboto y llamado John Cabot por los ingleses— se presentó ante el trono de Enrique VII de Inglaterra, el monarca no estuvo dispuesto a dejar pasar la oportunidad una segunda vez. En mayo de 1497 Caboto salía del puerto de Bristol a bordo de su única nave, la *Mathew*, rumbo al oeste.

Caboto había nacido presumiblemente en Gaeta —cerca de Nápoles— pero en su juventud se nacionalizó veneciano. Ofreció sus servicios a Fernando el Católico para realizar construcciones portuarias en Valencia, que quedaron en nada. Años más tarde lo vemos en la corte británica.

El puerto de Bristol, estratégicamente situado para servir de enlace entre Inglaterra y el Sur de Francia y el Norte de España por un lado, e Islandia por el otro, era el segundo en importancia en las Islas Británicas. Según las informaciones que el embajador español en Londres, Pedro de Ayala, dirigía a los Reyes Católicos, desde allí se armaron varias expediciones en busca de las legendarias islas de Brasil y de las Siete Ciudades.

Ciertas o no tales expediciones, lo importante es que Caboto consigue avistar tierra: el 24 de junio de 1497 divisa la isla de San Juan —hoy *Belle Isle*— en el norte de Terranova. Siguió recorriendo la costa y tomó posesión de la isla en nombre del rey inglés. De haber tocado Cabo Bretón o algún otro punto de tierra firme —cosa que algunos suponen pero que parece improbable por la rapidez del viaje— se habría adelantado a Colón en pisar el continente. Se estima que el genovés tocó Sudamérica en su tercer viaje, al año siguiente, aunque Manzano afirma que lo hizo en 1494, en una de las exploraciones del segundo viaje.

El 6 de agosto de 1497 regresaba Caboto a Bristol. Convencido como Colón de haber llegado al Cathay, organizó otra expedición con cuatro navíos, con escasas consecuencias. Se desconocen las circunstancias de su muerte.

Un hijo de Juan, Sebastián, quien acompañó a su padre en el segundo viaje, realizó otra travesía atlántica al servicio de Inglaterra en 1509. Parece que llegó al estrecho de Hudson, pero tuvo que regresar por el hielo y por el amotinamiento de sus tripulantes.

Los franceses también se lanzaron al nuevo continente, aunque en forma tardía. Francisco I, enemigo acérrimo del Emperador Carlos, patrocinó una expedición en busca

de un paso hacia Oriente en el norte del continente americano. En 1523 se embarcaba al servicio de Francia el florentino Giovanni Verrazano. Recorrió gran parte de las costas de los Estados Unidos. Al año siguiente regresaba, sin hallar paso alguno, al puerto de Dieppe.

Diez años después, Jacques Cartier salía del puerto bretón de Saint Malo. Recorrió la ya conocida Terranova, el golfo de San Lorenzo y la bahía de Chalonner. Regresó a Francia para organizar una nueva expedición. En esta oportunidad se internó por el río San Lorenzo hasta los actuales territorios de Quebec y Montreal. Hubo aún un tercer viaje con intentos de colonización, que fracasaron por falta de alicientes económicos. Habría que esperar hasta el siglo XVII para ver asentamientos franceses estables en América, con la sola excepción de algunas colonias protestantes en Florida y la costa atlántica brasileña, eficazmente barridas por españoles y portugueses respectivamente.

Londres y París abandonarían pronto sus proyectos de descubrimientos y colonización americanos. Encontraron una tarea más rentable y menos comprometedora en la piratería. Esta actividad, como la primera, manifestaba un total desconocimiento —un desprecio olímpico— de los acuerdos entre Castilla y Portugal en Tordesillas. Las protestas castellanas al enterarse de los preparativos de la expedición de Caboto fueron vanas. Un siglo más tarde, Grocio escribía su tratado *Mare Liberum*, donde se justificaba teóricamente la libre navegación de los mares.

Iberoamérica conviviría con trece colonias inglesas en el norte, con el Canadá francés, y con enclaves franco-británicos en el Caribe y Sudamérica. La exclusividad luso-castellana era una utopía destinada al fracaso.

El paraíso terrenal y las cadenas infernales

6 de agosto de 1498. El Almirante Cristóbal Colón toma posesión en la boca del río Guiría, actual territorio venezolano, de la tierra firme en nombre de sus Católicas Majestades. La flota había salido dos meses y medio antes del puerto de Sanlúcar de Barrameda. Venía el genovés dispuesto a repartir tierras en La Española para que los hispanos se avecindaran. Y como lógica consecuencia, los indígenas tendrían que cargar con el duro peso de las faenas agrícolas. Eran los primeros esbozos de la encomienda.

Mas por el momento aún no llega a La Española. Se embelesa ante el paisaje tropical de tierra firme. En carta dirigida a los reyes, da rienda suelta a su fibra poética y a sus alucinantes concepciones bíblicas. Refiriéndose al Orinoco escribe: *Y digo que, si no procede del Paraíso Terrenal, que viene este río y procede de tierra infinita, puesta al Austro, de la cual fasta agora no se a avido noticia. Mas yo muy ascentado tengo el ánima que allí, adonde dixe es el Paraíso Terrenal*.

Colón pisaba el continente americano. Quizá lo hubiera hecho ya en 1494, como asegura Manzano; quizá John Cabot lo hizo en 1497 si tras descubrir Terranova desembarcó en el Cabo Bretón; quizá Vespucio, en expedición comandada supuestamente por Solís, llegó en ese año 1497 a Centroamérica, como afirma Levillier.

Pero frente a todos los quizá la carta de Colón a los Reyes Católicos es una prueba irrefutable de que el Almirante se dio cuenta allí y en ese momento que había arribado a una *tierra infinita*. Aún más: a otro mundo. Escribe textualmente el genovés: *Vuestras Altezas tienen acá otro mundo, de adonde puede ser tan acrecentada nuestra santa fe y de adonde se podrán sacar tantos provechos. Deo Gracias*.

Esa certeza del Almirante, no obstante, no es la de haber descubierto América. Colón piensa que está al sur de Asia. La tierra firme se encontraría abajo de Cathay y Cipango. El mundo tendría que esperar unos años más para destruir el error de Colón. Error con el que el Almirante bajó a la tumba.

Si las tierras sudamericanas le parecieron el paraíso terrenal, cuando el ligur llega a La Española el ambiente era bien parecido al infierno. Su hermano Bartolomé, fundador de Santo Domingo —ciudad bautizada así en recuerdo al padre, Domenico Colombo— había impuesto un régimen duro. Frente a su férrea autoridad se rebeló el alcalde mayor, Francisco Roldán. Los indios, alentados por las falsas promesas de Roldán, se hallaban en pie de guerra. Al llegar el Almirante a la isla, se aboca a solucionar la conflictiva situación. El 20 de noviembre de 1498 firmará un acuerdo con los sublevados, y en agosto de 1499 repondrá en su cargo a Roldán. Mas los problemas no se solucionaron: frente a la debilidad demostrada ante Roldán, la dureza se hace presente para someter a nuevos rebeldes. Eran las fluctuaciones de carácter de un hombre mal preparado para gobernar. Enterados en la Corte de la incapacidad colombina en el gobierno de La Española, deciden enviar a un juez pesquisidor. Don Francisco de Bobadilla, personaje siniestro para los Colón, llega a Indias en agosto de 1500. Poco tarda en enjuiciar al Almirante y a su hermano Bartolomé. Acusados de tiranía y de mal gobierno, ambos son destituidos de sus cargos. Los grilletes se cierran en torno a las muñecas del nauta genovés, grilletes que, por voluntad propia, no se abrirán en el viaje de retorno, en airada manifestación de protesta.

Quien un día regresara triunfante a la Corte, vuelve hoy preso y abatido. Los reyes, sus benefactores, recriminarán la bárbara conducta de Bobadilla y recibirán con afecto a Cristóbal. Pero sus cargos de gobierno no le son repuestos: era la oportunidad de la Corona para ir quitando parte de los excesivos privilegios que acumulaba la persona de Colón. En la península, los reyes habían vencido a la revoltosa nobleza castellana: no permitirían que en Indias retoñase el régimen señorial. Se abría la época de los funcionarios públicos; nacía la burocracia americana, que tras cinco siglos de vida aún hoy goza de demasiada buena salud.

América la bien llamada

La confianza que los reyes habían depositado en Colón no había desaparecido por completo tras el tercer viaje, pero sí se hallaba en franco declive. Las riquezas soñadas de Oriente no llegaban a los puertos españoles, y el gobierno de las Indias causaba serios problemas a la Corona. Esta «caída en desgracia» de Colón hace que Don Fernando y

Doña Isabel organicen expediciones de descubrimiento y rescate prescindiendo del Almirante. Entre 1499 y 1501 se realizaron varios viajes, al mando de Alonso de Ojeda, Pero Alonso Niño, Cristóbal Guerra, Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe, Vélez de Mendoza y Rodrigo de Bastidas, que son conocidos como los viajes menores.

En su conjunto no reportaron a la Corona grandes beneficios materiales, con la sola excepción de la expedición de Rodrigo de Bastidas, descubridor del Golfo de Urabá, y que tras mil peripecias logró regresar a la península con una sola carabela y mostrar sus tesoros de perlas y oro a los asombrados españoles que encontraba camino a la corte. Pero desde el punto de vista geográfico, estos viajes ampliaron el horizonte en una medida impresionante: se reconoció gran parte de la fachada atlántica de Brasil, toda la costa venezolana y la costa norte colombiana. El descubrimiento del Brasil, realizado por Pinzón y Lepe, no tuvo consecuencias políticas, pues como recordará el paciente lector ya estaba firmado el tratado de Tordesillas, que otorgaba la soberanía portuguesa a los territorios situados al este de la línea de demarcación. El viaje de Pedro Alvares Cabral en 1500 hará efectiva la soberanía lusitana en el Brasil.

Entre los tripulantes de los viajes menores se hallaban personajes que ocuparán un lugar de primera magnitud en la historia de los descubrimientos. Baste citar al cartógrafo Juan de la Cosa, a Vasco Núñez de Balboa o a Américo Vespucio. Detengámonos en este último navegante. Desde los tempranos tiempos del Padre Las Casas se encendió una vivísima polémica en torno a la personalidad, ambición y veracidad de los viajes vespucianos. Algunos han criticado al florentino por su supuesto exceso de vanidad que le habría llevado a adjudicarse una primacía en el descubrimiento de tierra firme —cosa que nunca hizo—; otros acusan sin reparos de mentirosas las noticias que da en sus cartas sobre viajes que suponen ellos nunca fueron realizados. Por último, existen autores que no conciben que el nombre de América haya perpetuado la fama del florentino, cuando lo lógico sería que el continente se llamara *Colombia* en honor al genovés.

Tratemos de aclarar algunos puntos. En 1507 un cartógrafo lorenés, Waldseemüller, colocó en el mapa de su factura el título de *América* al continente descubierto por Colón. Sin conocimiento ni presión por parte del florentino, el nombre halló rápida acogida en la Europa no española. En la Península se siguió usando por décadas el nombre de Indias Occidentales. ¿Qué culpa pudo haber tenido Vespucio en que un cartógrafo de Lorena quisiera honrar su memoria sin haberle consultado nada? La vanidad vespuciana, en este caso, se desvanece.

Han llegado hasta nosotros una colección de cartas que Américo dirigió a altos personajes de su Florencia natal: Lorenzo di Pier Francesco Medici, Pietro Soderini, etc. En ellas relata sus cuatro viajes al continente. Los estudios de Levillier en su libro *América la bien llamada* concluyen que efectivamente realizó los cuatro viajes que Vespucio describe en sus cartas: uno en 1497 supuestamente bajo las órdenes de Solís, que recorrió la costa centroamericana hasta los actuales Estados Unidos; un segundo en 1499 con Alonso de Ojeda en la costa norte de Sudamérica; y dos más, bajo bandera portuguesa en la costa este de Brasil y Argentina. Otros estudiosos, no obstante, afirman

que sólo realizó dos viajes, dando por inventadas algunas de las cartas vespucianas. Este no es el sitio más adecuado para adentrarse en la polémica. Pero hay una cosa que sí surge cristalina de la lectura de una de sus cartas: Américo Vespucio fue el primero que aseguró categóricamente que las tierras descubiertas constituían un nuevo continente que nada tenía que ver con Asia. En carta de 1503 dirigida a Lorenzo di Pier Francesco de Medicis, declara: *Es justo llamar a estas tierras Nuevo Mundo... Hay muchos pueblos y está habitado como nuestra Europa, o África o Asia, y también el aire es más templado y tibio que en cualquier región conocida*.

El cartógrafo Waldseemüller hizo honor a quien transmitió al mundo europeo la gran noticia: más allá del mar había un Nuevo Mundo.

El fin del Almirante-Profeta

Mientras Ojeda, Lepe, Pinzón reconocían las costas sudamericanas, a la corte española llegaba una noticia inesperada: Don Manuel el Afortunado, rey de Portugal, había ganado la carrera hacia la India. Vasco da Gama alcanzó con sus naves la ciudad de Calicut, bordeando la costa de África, y se abría para el pequeño reino ibérico un futuro comercial promisorio. Esta circunstancia es importante a la hora de entender el porqué de la nueva muestra de confianza que los Reyes Católicos otorgaron a Colón para emprender una cuarta navegación, el *Alto Viaje*, como lo llamará el Almirante. Había que poner todos los medios para que naves españolas tocaran otras tierras orientales antes que los portugueses.

El Almirante parte de Cádiz en 1502 al mando de cuatro carabelas. Recibe órdenes de hacer nuevos descubrimientos, pero tiene prohibido tocar La Española: ya nunca más podría ejercer cargos de gobierno, después de las tristes experiencias pasadas.

La navegación caribeña fue muy dificultosa a causa del mal tiempo, el cual no impidió que recorriera las costas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Allí, en la tierra que denomina Veragua, encontró abundantes indicios de oro. Más cauteloso que en 1493 escribe lo siguiente a Sus Majestades: *Cuando yo descubrí las Indias, dixe que eran el mayor señorío rico que ay en el mundo. Yo dixe del oro, perlas, piedras preciosas, especerías, con los tratos y ferias, y porque no pareció todo tan presto fui escandaliçado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De una oso dezir, porque ay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Beragua mayor señal de oro en dos días primeros, que en la Española en cuatro años*.

El 7 de noviembre de 1504, después de salvar los obstáculos presentados por las sublevaciones de parte de su tripulación, ataques de indios y enfermedades propias y ajenas, Colón atracaba en el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Pocos días más tarde, el 26 de noviembre, la gran reina Isabel moría en Medina del Campo. Faltaba sólo año y medio para que Colón acompañara a su benefactora al otro Mundo.

Los últimos meses de la vida de Colón se debaten entre la defensa de sus derechos frente a la Corona y la culminación de un libro que había comenzado a escribir después de regresar de su tercer viaje. Era éste el *Libro de las Profecías*, en el que le fue de fundamental ayuda su amigo cartujo Gaspar Gorricio. Allí se confiesa Don Cristóbal como instrumento en las manos de Dios para realizar el Descubrimiento, y para una tarea que habría de realizar con las riquezas de Indias: la recuperación del Santo Sepulcro.

En lo que respecta a la defensa de sus derechos, queda ya anotado que sus cargos de gobierno jamás se le restituyeron. En el aspecto económico logró que de La Española le remitieran parte de lo que le correspondía, aunque no todo. Estos bienes ayudaron a Colón a tener un relativo buen pasar en sus últimos meses: la pobreza de su muerte es una bonita leyenda, pero leyenda al fin.

Entre las últimas cartas que escribe el viejo Almirante sobresale una dirigida a Diego, su hijo, en que hace referencia a Américo Vespucio. Las siguientes palabras son un mentís a las temerarias afirmaciones del Padre Las Casas: *Hablé con Amerigo Vespucci, portador de ésta, el cual va allá llamado sobre cosas de navegación. Él siempre tuvo deseos de me hacer placer, es mucho hombre de bien. La fortuna le ha sido contraria, como a muchos otros; sus trabajos no le han aprovechado tanto como la razón requiere, él va por mío y en mucho deseo de hacer cosa que redunde en mi bien*.

A los pocos meses de enviar esta carta de febrero de 1505, Cristóbal se dirige a Segovia y se entrevista con el ya viudo rey Don Fernando. Pero poco puede hacer el viejo monarca en beneficio de Colón: su hija Juana la Loca estaba a punto de llegar con su esposo Felipe el Hermoso para hacerse cargo del reino de Castilla.

En Valladolid, cuando como en sus tiempos jóvenes seguía a la corte por toda España exigiendo que se le hiciera justicia, un 20 de mayo de 1506 Colón entregaba su alma al Creador. El que había fijado la frontera entre el mundo medioeval y moderno, el navegante osado, el visionario profético, dirigía a su Dios estas últimas palabras llenas de fe: *Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu*.

IV

PRIMEROS ENSAYOS: EL ÁMBITO ANTILLANO

A pesar de los tempranos descubrimientos de Tierra Firme gracias a los dos últimos viajes de Colón y a los llamados «viajes menores», el primer ámbito de colonización española en América se dio primordialmente en la isla Española —actuales República Dominicana y Haití— y secundariamente en las otras Antillas Mayores —Cuba, Puerto Rico y Jamaica—.

Este reducido territorio de las islas caribeñas se convirtió en un verdadero laboratorio, en donde se ensayaron distintos proyectos de colonización, y se intentó dar soluciones viables a los nuevos problemas que fueron surgiendo. En este período el cambio de timón en la política indiana es importante: se deja de lado el sistema señorial pretendido por Colón y se abre el camino a una organización burocrática oficial con una dependencia estrecha de la Corona de Castilla.

El problema indígena se muestra en toda su crudeza cuando se advierten los primeros síntomas de declive demográfico, y se intentan distintos sistemas socio-laborales para el aprovechamiento de las riquezas de la tierra que no vayan en desmedro de la dignidad humana de los naturales. Una cadena de fracasos que jalonan la triste historia de la desaparición de los indios antillanos va paralela a las primeras batallas por la justicia que se dieron en España y en América.

A su vez, las Antillas fueron el campo de aprendizaje y la primera toma de contacto de los más importantes conquistadores con el mundo americano. Allí llegaron Vasco Núñez de Balboa, Alonso Ojeda, Diego Velázquez, Hernán Cortés, Pánfilo de Narváez, Francisco Pizarro, Sebastián de Benalcázar.

En este período, la creciente complejidad de los problemas indianos da origen a distintas instituciones en la Metrópoli. Poco a poco se va estructurando una organización burocrática especializada en las Indias, que no hará sino crecer conforme aumente el ámbito de influencia española en el Nuevo Mundo.

La Española: laboratorio social

La experiencia del gobierno colombino había dejado tras de sí decepciones y amarguras. La Corona se vio obligada a nombrar un juez pesquisidor, Francisco de

Bobadilla, quien se hizo cargo del gobierno de La Española. Sin embargo, su gestión no estuvo exenta de dificultades. Las noticias llegadas a España del caos indiano y las injusticias cometidas contra los Colón por parte de Bobadilla hicieron que los reyes decidieran su reemplazo: el 15 de abril de 1502 desembarcaba en Santo Domingo el nuevo gobernador, Frey Nicolás de Ovando, Comendador de la Orden de Alcántara. Junto con el venían dos mil quinientos españoles entre hombres, mujeres y niños. Uno de estos peninsulares muy pronto alcanzaría renombre: Bartolomé de Las Casas.

La cifra de los desembarcados es impresionante si se considera que en La Española sólo había por aquel entonces 360 hispanos. Ovando venía munido de instrucciones bien precisas, que reflejaban toda una ideología regia: el gobernador tendría que establecer el principio de autoridad real por encima de las divisiones internas de los españoles; había que impulsar la evangelización de los indios y se debía civilizarlos, en el sentido de procurar que su *modus vivendi* se adaptara en lo más posible a los cánones occidentales: vivir en poblaciones estables, llevando un tenor de vida similar al de los labradores castellanos.

El primer aspecto del plan regio fue cumplido a cabalidad. El gobierno de Ovando entre 1502 y 1509 representa el triunfo de la autoridad real sobre las aspiraciones personalistas, el triunfo de la concepción moderna de la monarquía sobre una concepción feudalizante y señorial. En estos primeros años del siglo XVI se establece en Santo Domingo y en las quince villas que fueron surgiendo en la isla, el régimen municipal. Y tal régimen se dio en América bajo su forma más democrática: todos los regidores serían electos por los vecinos, sin haber ninguno de nombramiento real. La conciencia política que se alcanzó en este período queda evidenciada por el hecho de que las villas enviaron sus procuradores ante los reyes para elevar sus peticiones, tal como lo hacían las ciudades de la Península. Esto manifiesta, por otra parte, que las Indias fueron consideradas desde un principio como un reino más de la Corona y no como colonia o factoría ultramarina.

Después de que Ovando superara un primer período difícil por la negativa de los indios a suministrar víveres a los españoles, con las consecuentes guerras y hambrunas —en 1502 se calcula que murieron la mitad de los españoles recién llegados— la isla comienza a prosperar económicamente: los ganados vacuno, porcino y equino traídos de España se reprodujeron velozmente en medio de los feraces pastizales dominicanos, con lo que se aseguró la alimentación. Nuevas remesas de pobladores llegaron a la isla —en una de ellas un ex-estudiante de Salamanca, extremeño, de nombre Hernán Cortés— y con ellas artesanos, albañiles, sastres. Estaba surgiendo una nueva sociedad.

Ovando propició la creación de nuevas villas. Fijados los términos de las poblaciones, se repartió la tierra entre los vecinos. Los que más tarde llegaban al repartimiento, menos recibían. Y así, en esta América más igualitaria que el Viejo Continente, nacía una nueva aristocracia: la de los primeros pobladores.

Cuando Diego Colón, el hijo del Almirante, se hizo cargo del gobierno de la isla en 1509, era muy distinto el panorama que se abría ante sus ojos en comparación con el que viera su padre. Santo Domingo estaba en vías de convertirse en ciudad, con casas de

piedra, con caminos que saliendo de ella unían las principales villas; se había comenzado o se estaba a punto de comenzar la expansión hacia Cuba y Puerto Rico. Sin embargo, había un problema preocupante: los indígenas estaban desapareciendo. El programa real no pudo ser completado por Ovando. Muy pronto la voz de Fray Antonio de Montesinos se dejaría escuchar desde el púlpito.

¿Genocidio?

Entre las instrucciones que recibió Ovando para el buen gobierno de La Española constaban las del trato con los naturales. En 1503 tiene lugar el primer plan indigenista ideado por la Corona. Se estimulaba a que los indios vivieran en poblados y no dispersos por los montes. De tal modo se facilitaba la evangelización y se mejorarían las costumbres familiares. Por otro lado se designaba a una persona para que viviera en los pueblos indígenas, a quien se *encomendaba* la tutela de los indios y la justicia entre ellos. Se les debía instruir en las técnicas agrícolas europeas y gozarían de la propiedad privada de una parcela de tierra para el sustento familiar.

Junto con este proyecto se anima a Ovando a emplear mano de obra indígena en las minas de oro, aunque se establecía que *los indios no sean maltratados ni agraviados por los dicho cristianos, como hasta aquí lo han sido, e sean pagados sus jornales*. Además, el trabajo en las minas debía ser voluntario.

Lamentablemente las relaciones entre las dos razas no eran las mejores: los españoles se habían dedicado preferentemente al trabajo en las minas, abandonando por consiguiente la agricultura. Se obligó a los indios a entregar víveres. Cuando la población aumentó sustancialmente, los indios se rebelaron. Las guerras de Jaragua y de Higüey entre españoles e indios fueron muy duras y de consecuencias lamentables para los de raza nativa.

Muy distinta era, pues, la realidad en Indias, y el primer proyecto indigenista quedó tan sólo como un *desideratum*. Proyecto que fue suplantado por los primeros esbozos de la encomienda. El 20 de diciembre de 1503, desde Medina del Campo, se daba una cédula real donde se lee que *a causa de la mucha libertad que los dichos indios tienen, huyen e se apartan de la conversación e comunicación de los cristianos, por manera que aún queriéndoles pagar sus jornales no quieren trabajar e andan vagamundos, ni menos los pueden haber para los doctrinar*. En consecuencia, la Corona ordenaba que *en adelante compeláis e apremiéis a los dichos indios que traten y conversen con los cristianos... e trabajen en sus edificios, e coger oro e sacar oro e otros metales, e en facer granjerías e mantenimientos*. Los caciques debían presentarse ante los encomenderos y poner a su disposición la fuerza de trabajo de los indios, siempre con pago de jornales y siendo tratados *como personas libres, como lo son, e no como siervos*.

Los efectos del trabajo indígena en las minas y en las tierras fueron contraproducentes: los indios huían a los montes y se produjeron nuevos levantamientos. Las enfermedades importadas por los españoles —para las que los indígenas carecían de

defensas—, el abandono de sus tierras habituales por otras más inhóspitas, el quebrantamiento de su sistema de valores trajo como consecuencia la desaparición del pueblo indígena de La Española primero, y del resto de las Antillas después.

El hecho histórico está allí y es inocultable. A partir de él hubo quienes superficial y maliciosamente inculparon a España de genocidio. El diccionario define al genocidio como el exterminio sistemático de un grupo social por motivos étnicos, políticos, religiosos o de otra índole. Jamás hubo una política oficial de exterminio por parte de la Corona. Muy por el contrario, la política regia se mantuvo siempre en la más pura tradición cristiana y del derecho natural. Fueron los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II los grandes defensores de los indios frente a los abusos de encomenderos y funcionarios sin escrúpulos.

La catástrofe demográfica antillana habrá sido mayor o menor según el número de indígenas que se considere vivían en las islas antes de la llegada de los españoles. Las Casas baraja alegremente *muchos cuentos de almas* (=millones de personas), pero no pudo contar con un método censístico serio en qué basar sus afirmaciones y contabilidades. Las escuelas de demografía histórica modernas han llegado a resultados muy distintos entre sí, y creo que se carece aún de datos suficientes como para asentar una conclusión definitiva.

Sin conocer exactamente la dimensión de la catástrofe, no hay duda que ésta se produjo. A nosotros, más que los números nos interesan las causas. Varios cronistas coinciden en achacar a la codicia del oro la muerte de tantos indígenas. Pero una desaparición tan vertiginosa de casi toda la población aborigen antillana no tiene —no puede tener— una causa exclusiva. Y entre las causas concurrentes todo hace pensar que la decisiva fue la falta de defensas biológicas en el organismo de los naturales para hacer frente a los virus y bacterias importados por los españoles. Alguien ha señalado gráficamente que si los españoles hubieran desembarcado en América con el sólo fin de vender rosas, el declive demográfico hubiera sido similar. Hubo malos tratos y abusos inicuos. Pero no sólo eso. De ahí a la acusación de genocidio hay un paso ilícito.

El segundo almirante

Don Diego Colón, hijo legítimo del Almirante, fue nombrado en 1508 súbitamente gobernador general de La Española en reemplazo de Frey Nicolás de Ovando. Casado con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba, había entroncado con lo mejor de la nobleza castellana. Su designación responde a una decisión política del rey Fernando: la llegada de los flamencos junto con Juana la Loca y Felipe el Hermoso —grupo que crecería en poder durante la juventud del heredero, el Príncipe Carlos—, ponía en peligro la influencia castellana en Indias. Un Colón en La Española era garantía de lealtad a la corona de Castilla. Sin embargo, el pleito acerca de los derechos heredados por Don Diego no estaba solucionado. Recién en 1511 se llegaría a una solución de compromiso: la Corona reconocía el derecho de Don Diego al cargo de virrey sobre las

islas *que el almirante don Cristóbal Colón, su padre, descubrió en aquellos mares, y de aquellas islas que por industria del dicho su padre se descubrieron*. En consecuencia, Don Diego pasaba a ser virrey de La Española, isla de la cual dependerían jurídicamente Cuba, Jamaica y Puerto Rico.

Con la llegada de Don Diego a Santo Domingo arriba la pompa y el fasto del poder. Las maneras sencillas del Comendador Ovando son reemplazadas por el boato de la Casa de Alba. El cambio no es sólo superficial. Diego Colón intentará subvertir la sociedad igualitaria de tiempos de Ovando, y modificará repartimientos de tierra e indios en atención a la *calidad* de las personas, y no a los servicios prestados en la conquista. También boicoteará la autonomía municipal, amañando las elecciones de regidores.

Ovando se había constituido en un obstáculo insalvable para el propósito de algunos encomenderos abusivos: el tráfico inmisericorde de indios desde las islas Lucayas hacia La Española. El progresivo despoblamiento indígena hacía necesario suplir la falta de mano de obra. Además de la importación de esclavos africanos se pensó en los indios de las islas del norte del Caribe. Don Diego, al contrario que su predecesor, impulsó las *armadillas* a las Lucayas, aparte de importar negros, cosa ya realizada en el gobierno anterior.

Pero no todo es negativo en el gobierno del segundo Colón. Bajo su impulso se expande el ámbito antillano ocupado por los españoles. A principios de 1510 envía a Juan de Esquivel a poblar Jamaica con sesenta hombres. Allí, Esquivel funda Sevilla la Nueva y comienza la colonización con la introducción de ganados y nuevas técnicas de cultivo. En 1511, Diego Velázquez, hombre de confianza de los Colón, se dirigía al Sudeste de la isla de Cuba. Allí fundaría Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa. En tres escasos años se produce en Cuba una gran expansión colonizadora. Fruto de ella son las fundaciones de Santiago de Cuba, por el mismo Velázquez, y de San Cristóbal de la Habana, por Pánfilo de Narváez.

Distinta es la historia de la colonización de Puerto Rico, asociada a un nombre: Juan Ponce de León. Ovando había organizado la expedición a Boriquén y confió su dirección a Ponce de León, quien se había distinguido en las guerras de Higüey. Este capitán vallisoletano fundará Caparra, al norte de la isla, que será la base de la actual San Juan. Sus preocupaciones se centraron en la aclimatación de diversos cultivos y la cría de animales europeos en la isla tropical. Juan Ponce de León une a sus méritos de colonizador los de descubridor: el 27 de marzo de 1513 descubría la península de Florida. Cuando en 1521 regrese a esa tierra, será mortalmente herido en una refriega con los aborígenes. A los 61 años bien vividos moría en Cuba. Su sabiduría en el gobierno viene demostrada por el hecho de que la división político-administrativa que realizó en Puerto Rico en 1515 perduró hasta 1815.

En 1515 Don Diego regresaba a España para protestar por la cortapisa que suponía a su poder el nombramiento de jueces de apelación. Con la sentencia de La Coruña de 1520, mediante la cual se ampliaban sus facultades, Don Diego regresará a La Española y gobernará hasta 1523. En este segundo período de gobierno efectivo —en el interín los frailes jerónimos rigieron los destinos de las islas— impulsará la instalación de ingenios

azucareros, dando inicio a la actividad económica más importante de la historia de la región. En 1526 moría en España cuando se aprestaba a asistir a la boda del Emperador Carlos. Su viuda, María de Toledo, seguiría los interminables pleitos colombinos ante la corona castellana. Pero para ese entonces, y tras los descubrimientos de México y Perú, el ámbito antillano había pasado a un segundo plano.

La burocracia creciente

Cuando en 1492 los Reyes Católicos capitularon con Colón, el resultado de la aventura era incierto y los trámites burocráticos fueron relativamente simples. Con el transcurso de los años, el sucederse de viajes y descubrimientos fueron dando, poco a poco, las verdaderas dimensiones de las nuevas tierras y de sus posibilidades económicas. La complejidad de los problemas indianos fue en aumento, y la Corona se vio obligada a designar funcionarios que se especializaran en ellos. También se crearon instituciones *ad hoc*. Primero fue la vida y después vino el derecho, la norma institucional.

Desde un primer momento los reyes delegaron el seguimiento de los problemas indianos a Juan Rodríguez de Fonseca, miembro del Consejo de Castilla, quien contó con la ayuda de un tesorero y otros funcionarios menores.

Muy pronto, en 1503, los Reyes Católicos fundaron la Casa de Contratación. Esta institución, llamada a perdurar siglos, era un organismo encargado del comercio con las Indias y de todo lo pertinente al alistamiento de las flotas. Funcionó hasta 1717 en un cuerpo del edificio del Alcázar Viejo de Sevilla, llamado «de los Almirantes». Allí se debían almacenar las mercaderías que se enviarían a América, y las que de allí se allegarían a Sevilla. También estaba prevista una sala de sesiones en donde se reunirían el factor —máximo organizador de la Casa—, el tesorero, encargado de recibir mercancías y dinero, y un contador o escribano ocupado en llevar los libros de todo el movimiento comercial hispanoamericano.

Si bien la finalidad primordial de la Casa fue mercantil, sucesivas instrucciones reales le añadieron otras funciones: ejercer justicia en los pleitos de comercio y vigilar la pureza de la emigración. Con respecto a este último punto, las ordenanzas para la Casa de Contratación de 1531 prohibían que pasaran a Indias *ninguno nuevamente convertido de moro o de judío a nuestra sancta fee... ningund reconciliado ni hijo de reconciliado ni hijo ni nieto de quemado o condenado en rebeldía a quemar por el delito de eretica pravedad*. A pesar de los intentos de crear una sociedad plenamente ortodoxa, algunos moriscos y judíos pasaron al Nuevo Continente, aunque en número reducido.

La Casa de Contratación contó también con los servicios técnicos de un Piloto Mayor, encargado de «examinar y graduar pilotos y censurar las cartas e instrumentos necesarios para la navegación». Este cargo es claro ejemplo de cómo la experiencia de los años forzó a la creación de una nueva figura jurídica. En el nombramiento otorgado a Américo Vespucio en 1508 se decía que a causa de la falta de instrucción técnica de los

pilotos *les han acaecido muchos yerros, e las gentes que debajo de su gobernación navegan han pasado muchos peligros, de que Nuestro Señor ha seido deservido, e en nuestra hacienda, e de los mercaderes que alla contratan se ha recibido mucho daño e pérdida*. Por estas razones había que mejorar la preparación académica de los pilotos de navegación. Dos de los tres primeros Pilotos Mayores fueron italianos: el citado Vespucio y Sebastián Caboto. El español fue Juan Díaz de Solís, futuro descubridor del Río de la Plata, a cuyas orillas fallecería trágicamente.

Con el transcurso de los años la burocracia peninsular se multiplicaría aún más. El secretario real, Lope de Conchillos, pasó a ser el nexo entre Fonseca y la Casa de Contratación. En 1524 se crearía el Consejo de Indias, que ampliaba las facultades que tenía el miembro del Consejo de Castilla encargado de los negocios ultramarinos.

El tiempo de los entendimientos directos entre los Reyes Católicos y Colón había pasado. Quienes quisieran a partir de ahora organizar una flota y hacerse a la mar debían jugar con las influencias de los altos funcionarios para conquistar el favor regio; habían de dirigirse a la Casa de Contratación y negociar precios y contratas; los pilotos designados debían aprobar los exámenes del Piloto Mayor; las mercaderías y el avituallamiento serían contados, pesados y apuntados escrupulosamente para que se ciñeran estrictamente a las órdenes reales; la pureza de sangre de toda la tripulación debía ser consignada y demostrada.

El Alcázar Viejo de Sevilla fue paso obligado de Pedrarias y de Magallanes, de Pedro de Mendoza y de Hernando de Soto. Y Sevilla se convertiría en el siglo XVI en la guardiana de los intereses reales y en la única puerta lícita para entrar a España desde América.

El púlpito acusador

Cuarto domingo de Adviento del año del Señor de 1511. Fray Antón de Montesinos, uno de los primeros cuatro dominicos llegados a América, está predicando desde el púlpito. Le escuchan los funcionarios públicos y los encomenderos. La gente principal de Santo Domingo está allí. El dedo acusador señala a cada uno de los oyentes: *Esta voz dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios?*

La reacción de los sorprendidos feligreses es negativa. Se sublevan ante la posibilidad de que un humilde fraile les indique lo que pueden o no pueden hacer. Las quejas de los pobladores, empezando por las del gobernador Diego Colón, llegarán hasta Fernando el Católico. Se acusará de subversión a la orden dominicana, que habló por boca de fray Antón.

Corre marzo de 1512. El rey Fernando dicta una carta dirigida al segundo Almirante de la Mar Océano. Allí le indica a Don Diego que recuerde a los buenos hijos de Santo Domingo que Su Santidad el Papa Alejandro VI donó esos territorios a la Corona de

Castilla, y que los repartimientos de indios eran conformes a la justicia divina y humana. Si no fuera por el aprecio que sentía por la orden dominicana, ya habría mandado meter a todos los frailes en un barco y expulsarlos de La Española.

Pero los dominicos no se arredran. Fray Antón de Montesinos cruzará el océano para hablar con el Rey Católico. Sus informaciones hacen mella en el corazón real. Don Fernando tenía derechos en Indias, pero sus súbditos se servían de ellos en forma abusiva. El rey decidirá reunir una junta en Burgos para que teólogos y juristas traten acerca del problema indígena. Se iniciaba así la lucha por la justicia en América.

Las conversaciones mantenidas en Burgos darán origen el primer cuerpo de leyes socio-laborales para las Indias. Los presupuestos de esta legislación —las conclusiones a las que llegan los miembros de la Junta— son, según escribe Pedro Borges Morán, las siguientes: «1) los indios son libres y deben ser tratados como tales; 2) deben ser instruidos en la fe; 3) se les puede obligar a trabajar sin detrimento para la cristianización y con provecho para ellos; 4) el trabajo debe ser moderado; 5) deben poseer casa y haciendas propias; 6) se deben comunicar con los españoles para progresar en la fe; 7) se les debe remunerar por su trabajo, pero en especie».

En las leyes propiamente dichas —a las que se añadirán otras dictadas en Valladolid en 1513 por iniciativa de Fray Pedro de Córdoba, superior dominicano en La Española— no se suprime la encomienda —repartimiento de indios entre los españoles con obligación de trabajo o tributos a cambio de instrucción religiosa y protección— sino que se estipulan las condiciones para que ésta no sea abusiva y conforme a la dignidad de seres racionales y libres. Los indios deberían vivir junto a los españoles; trabajarían cinco meses, con descanso de 40 días; se les alimentará con carne; no se les cargará; se prohíbe en absoluto el trabajo de las indias embarazadas; se les dará casa y vestido; no habrá castigo de palos o látigo. Por otro lado se ordena erigir templos en todas partes, adoctrinar a los indios, administrar gratuitamente los sacramentos, se ha de procurar generalizar la monogamia. Así, el fin teórico de la encomienda —la instrucción religiosa — sería una realidad.

Las leyes reflejaban el profundo humanismo cristiano de la Corona y de la mayoría de sus consejeros. Lamentablemente, del dicho al hecho hay mucho trecho. Las leyes no se aplicaron a cabalidad. Tras la muerte de Fernando V, el Regente de Castilla, Cardenal Cisneros, tomaría cartas en el asunto. Según él, las Indias estaban *corrompidas con interesse*. Y tenía razón.

Un cardenal y tres frailes

El sermón de Montesinos y las leyes de Burgos fueron el inicio de una batalla planteada en España y en América por la justicia y la defensa de la dignidad de la persona humana. Si la conquista española tuvo semejanzas con otras por su violencia y por el constante derramamiento de sangre —que los hubo, aunque no en mayor medida que en otras conquistas a lo largo de la historia— tiene, sin embargo, una nota particular,

que la diferencia y eleva por encima de las demás. Dice Hanke: «Otras naciones enviaron osados exploradores y establecieron imperios. Pero ningún otro pueblo europeo, antes o desde la conquista de América, se lanzó a una lucha por la justicia como la que se desarrolló entre los españoles poco después del descubrimiento de América y continuó a través del siglo XVI».

Este afán por encontrar soluciones justas a los problemas indianos, y muy en particular al problema indígena, se acentúa cuando después de la muerte del rey Fernando, ocurrida el 23 de enero de 1516, el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros se hace cargo del reino de Castilla como regente. Su atención por los problemas de ultramar no era nueva, pero es ahora cuando podrá poner por obra lo que él consideraba más necesario: sanear la administración española de Indias, que se hallaba *corrompida con interesse*. Ni corto ni perezoso remueve de sus cargos a Juan Rodríguez de Fonseca, al secretario real Lope de Conchillos y a algunos funcionarios de la Casa de Contratación. En La Española aprovechará la ausencia de Diego Colón para nombrar tres jueces-comisarios. La elección —insólita— recae sobre tres frailes jerónimos. Estos religiosos, que vivían entregados a la contemplación y al cultivo de sus huertos —pensaba el cardenal— serían las personas más idóneas, por su carencia de intereses materiales, para ir a La Española e *in situ* informar sobre la situación reinante y los medios más apropiados para solucionar el problema indígena. Las leyes de Burgos prácticamente no se habían aplicado, y los encomenderos seguían explotando a los naturales, que ya se encontraban en franco declive demográfico. A su vez, el cardenal nombrará a un ex-encomendero arrepentido, del que ya escribiremos con detenimiento, Bartolomé de las Casas, como *Protector de Indios*.

Los tres jerónimos —Luis de Figueroa, Bernardino de Manzanedo y Alonso de Santo Domingo—, munidos de instrucciones y dotados de amplísimos poderes, llegan a Santo Domingo en diciembre de 1516. En abril de 1517, los tres frailes-funcionarios realizaron una encuesta oficial a trece pobladores de entre los más antiguos de La Española. De las siete preguntas formuladas, la tercera atacaba directamente al problema central: Si los indígenas *son de tal saber y capacidad... para ponerlos en libertad entera y que cada uno de ellos podrá vivir políticamente... conforme a la manera que lo haría un hombre labrador de razonable saber, de los que en Castilla viven*. La inmensa mayoría de los encuestados respondió negativamente a la pregunta: ya se había experimentado mucho en la isla, y sólo se cosecharon fracasos; si se daba libertad completa a los indios, éstos volverían a sus ocios, holgazanerías y vicios.

Los jerónimos —vista la casi unánime respuesta— hubieron de mantener el sistema de encomiendas, con gran disgusto de Las Casas. Vigilaron que se cumplieran las mejoras de las leyes de Burgos y reunieron a los indios en poblados bajo la tutela de frailes y administradores. Por desgracia, esto último resultó nefasto, a pesar de la buena voluntad de los frailes, pues estalló una epidemia de viruela que diezmó la ya escasa población indígena.

El cardenal Cisneros apoyó la labor de los tres jerónimos y mandó que se suprimieran las encomiendas otorgadas a españoles ausentes y a funcionarios públicos. Pero tras la

muerte del cardenal, el 8 de noviembre de 1517, los jerónimos quedaron desatendidos. El nuevo rey, el joven Carlos I, se desentendió por completo en esos meses de los problemas indianos: ni las cartas enviadas por los frailes eran contestadas siquiera. Después de mucha insistencia por parte de los jerónimos —que afirmaban con mucho tino que los asuntos de gobierno no eran cosas de frailes— a fines de 1518 se les notifica su relevo. Un año después se embarcaban rumbo a España.

La reforma cisneriana estuvo llena de buenas intenciones. Algo se logró, aunque poco y efímero. Como escribe Morales Padrón, «realidad y teoría; intereses e idealismo seguían enfrascados en una lucha constante de la historia americana».

Ahí vienen los flamencos

En noviembre de 1517 moría el Cardenal Cisneros. Había gobernado Castilla con mano firme. No fue tarea fácil. Desde la muerte del rey Fernando, en enero de 1516, el poder se hallaba dividido en dos centros distantes: Flandes, donde residía el heredero, Carlos de Habsburgo, nieto de los Reyes Católicos, y la Corte de Castilla. Carlos I tardará unos cuantos meses en llegar a Castilla, en donde se hará reconocer como rey por las cortes reunidas en Valladolid. Mientras esto no se producía, una larga caravana de españoles ávidos de congraciarse con las nuevas autoridades iniciaban su camino hacia el norte. Allí fue, entre otros, el depuesto secretario real, Lope de Conchillos.

Cisneros fue un dique que desde Castilla frenó la apetencia de los cortesanos flamencos de Don Carlos. Los insistentes pedidos que llegaban desde Flandes para que les remitiera los tesoros conseguidos en Indias fueron sistemáticamente parados por el cardenal mientras le fue posible. Por filtraciones de información, en Flandes se enteraron que el cardenal guardaba los tesoros en sus habitaciones —no para provecho propio sino para bien de Castilla— y tuvo que ceder cuando le llegó una orden que textualmente decía que enviara *los dineros que están recogidos en vuestras cámaras, así de las Indias como de la Cruzada y otras cosas*.

La llegada de Carlos a Castilla el 19 de septiembre de 1517 no mejoró las cosas. Venía rodeado de flamencos dispuestos a copar el poder. El primer Habsburgo nombró canciller mayor del reino —super ministro, *alter ego* del rey— a Jean de Sauvege, quien se ocuparía tanto de los asuntos de Castilla como de los de Indias. Con la muerte de Sauvege, el 7 de junio de 1518, hacía su reaparición en la Corte Don Juan Rodríguez de Fonseca, servidor de los Reyes Católicos y de Don Fernando. Los flamencos no conocían las realidades indianas y fue necesario contar otra vez con sus servicios.

En este nuevo período oficial de Fonseca su figura se hace más simpática: fue otro freno para las siempre crecientes ambiciones flamencas. Ambiciones alentadas por algunos españoles dispuestos a venderse a los nuevos amos. Como bien escribe Luis Javier Ramos Gómez, «este afán de servir de muchos españoles, el afán de pedir de los flamencos y la facilidad de conceder de Don Carlos tuvieron escandalosas consecuencias». Si las anteriores palabras son aplicables a los reinos peninsulares, lo es

más aún en lo que respecta a las Indias. Baste decir que Carlos I, entre los años 1517 y 1520, hizo entre otras cosas, las siguientes concesiones a los flamencos: a Lorenzo de Gorrevod, gobernador de Bressa, le dio el monopolio del comercio esclavista con América. La importación de negros se hizo cada vez más necesaria por el descenso demográfico de los indígenas. El monopolio subió los precios de este comercio inhumano, pero a pesar de que el rey Carlos recibía protestas de todo el mundo nada hizo hasta 1520 por variar la situación. A Guillermo de Croix, señor de Chièvres, se le dio la provisión de todos los oficios *que en adelante vacaren* en América. Al Almirante de Flandes se le otorgaba en feudo el recién descubierto Yucatán e incluso —y esto ya era el colmo— la isla de Cuba. También se nombraron dos obispos flamencos: Pierre Barbier para la diócesis de Darién, y Juan de Ubite para la de Santiago de Cuba. Para terminar, añadiremos que a la esposa del Señor de Chièvres se le concedían todas las perlas indianas depositadas en la Casa de Contratación.

Algunas de estas mercedes no se hicieron efectivas. Don Diego Colón —colocado por Don Fernando con tanta prudencia y previsión en La Española precisamente para frenar la influencia flamenca— protestó airadamente por la concesión hecha de territorios y oficios que en justicia le pertenecían, y fue escuchado. Fonseca, por su parte, supo impedir mayores avances flamencos, y logró que el 14 de abril de 1519 Carlos I declarara a las Indias incorporadas para siempre a su corona real: ya no podría vender o ceder ningún territorio indiano.

El cambio de política de Carlos I, que le hace inclinarse por los grupos económicos alemanes, y las violentas reacciones que se dieron en España contra los extranjeros alejaron del círculo de poder a los flamencos. Será Carlos I, este rey aún poco españolizado, a quien le corresponda capitular nada menos que con Magallanes, Cortés y Pizarro, por citar a los más destacados descubridores y conquistadores de su período regio, ya superado el ámbito antillano.

V

LAS GRANDES CONQUISTAS ARMADAS

El ámbito antillano se supera cuando se suceden con un ritmo que da vértigo los grandes descubrimientos y conquistas. En 1513 Balboa avista el Océano Pacífico, en 1519 comienzan las hazañas de Magallanes y Cortés, en 1526 se toman los primeros contactos con el Perú.

Las dimensiones descomunales de los territorios descubiertos y la crónica carencia de dinero en las arcas reales obligan a la Corona a regresar al régimen señorial: se capitula con los conquistadores y se otorgan grandes privilegios a cambio de la financiación de la expedición y conquista de los nuevos territorios.

Las grandes conquistas no fueron simultáneas: cuando Pizarro tomaba prisionero a Atahualpa hacía más de una década que el poder español había sentado sus reales en México, mientras que Chile permanecía casi inexplorado. A su vez, el período de conquista propiamente dicho —desde que se entra en contacto con un territorio hasta que los conquistadores son reemplazados por funcionarios reales, generalmente mediante la creación de virreinatos y audiencias— es más o menos largo según los casos. Por motivos de claridad en la exposición hemos decidido adoptar un criterio cronológico-geográfico. Analizaremos el proceso completo de conquista de cada territorio comenzando por los que más tempranamente fueron conquistados.

El paciente lector ha seguido las vicisitudes de la vida de La Española en los primeros años de dominación hispánica. Ahora nos toca saltarnos el Caribe y pasar al continente. Allí veremos a Balboa descubriendo el Pacífico, a Cortés conquistando Tenochtitlán, a Magallanes cruzando el Estrecho o a Pizarro entrando en el Cuzco. Es imprescindible, antes de adentrarnos en esta apasionante historia, explicar someramente cómo se organizaron jurídicamente las empresas de descubrimiento y conquista.

Casi desde que el mundo es mundo el Estado tuvo necesidad de mayores recursos de los que poseía. La España de los siglos XV y XVI no fue la excepción. Muy por el

contrario, las arcas reales se vieron siempre necesitadas de unos ingresos adicionales. El sometimiento de la nobleza, la guerra contra el moro y la conquista de Granada costaban sus buenos doblones de oro a los Reyes Católicos. Y no se diga de las necesidades que pasó el tesoro real en tiempos de Carlos I de Habsburgo, siempre alentando nuevos proyectos bélicos, y en los de su hijo Felipe II, heredero de igual penuria económica.

El Estado español, pues, carecía de recursos para hacer frente a las necesidades económicas que comportaba toda empresa de conquista. Recurrió, en consecuencia, a las capitulaciones con particulares —contratos de derecho público— mediante las cuales se otorgaban privilegios y beneficios presentes y futuros al capitulante, a cambio de un servicio —la organización y financiamiento de la empresa de conquista— prestado a la Corona. En las capitulaciones, el rey —o quien hiciese sus veces— autorizaba la conquista de un determinado territorio ya descubierto, o la exploración de tierras aún ignotas. Se otorgaba al particular unos cargos de gobierno para ejercer en los nuevos territorios —solían ser los de adelantado, gobernador, capitán general y justicia mayor —, se concedía la tenencia de algunas fortalezas que se debían levantar, se ordenaba fundar poblaciones, cumplir con las ordenanzas reales —en especial, las referentes al buen trato con los naturales—, respetar a los oficiales reales, representantes de los intereses económicos de la corona en la empresa, y se estipulaban los beneficios tanto de la corona como del conquistador. Habitualmente, los reyes se reservaban el *quinto real* de los metales preciosos que se obtuvieran en la empresa. El resto era para el conquistador y su gente, ya que en la inmensa mayoría de los casos eran ellos quienes se hacían cargo de todas las inversiones necesarias para poner en marcha la conquista.

La mayoría de los conquistadores tuvieron que preocuparse de conseguir el dinero necesario para la compra o construcción de las naves, las armas, la alimentación y la recluta de gente. La hueste que acompañaba al conquistador arreglaba con él lo referente a la paga. Si el conquistador le dio las armas, el soldado se las pagaría de lo que recibiese en el botín. Por el contrario, si el que se alistó en la expedición se presentó con sus propias armas, e incluso con caballo o con perro, obtendrá una mayor participación en las ganancias.

Como se ve, las empresas de descubrimiento y conquista se realizaron bajo la tutela del Estado, pero fueron fruto de la iniciativa privada. La corona no tenía más remedio, vista su escasez de recursos, que entregar privilegios a los particulares si quería que la empresa americana continuara. A medida que el poder español se va asentando en los diversos territorios, los conquistadores van siendo reemplazados por los funcionarios: virreyes, presidentes de audiencias, gobernadores con sueldo pagado de las arcas reales.

Esta afirmación del concepto moderno del Estado por sobre las aspiraciones señoriales de los conquistadores, una vez realizada la conquista, no fue fácil. En el proceso rodarán cabezas. Cuando lleguemos a las postrimerías del siglo XVI habrán quedado atrás las gobernaciones ganadas a viva fuerza por Cortés, Pizarro o Benalcázar, y veremos instaladas en toda la geografía americana a las cortes virreinales, a las audiencias y a los gobernadores de nombramiento, sueldo y remoción real.

EL MAR DE BALBOA

Un polizón endeudado

Pocas semanas antes de que se nombrara a Don Diego Colón gobernador general de La Española, el rey Fernando capitulaba con Alonso de Ojeda y con Diego Nicuesa: cada uno gozaría de una gobernación en Tierra Firme. Ojeda, ya experto indiano, se haría cargo del territorio situado entre el Cabo de la Vela y el Golfo de Urabá; Nicuesa, del Darién y de Veragua. Los tesoros que desde allí Bastidas había llevado a la Península dieron buena reputación a esas tierras, y desde el trono se pensó en una colonización en tierra continental, superando el ámbito antillano.

Tanto Ojeda como Nicuesa perecerán en el intento. Don Alonso se internó por las selvas para capturar indios, pero los naturales ofrecieron ruda resistencia. El mismo Ojeda es asaeteado, aunque esta vez se salva de la muerte cauterizándose la herida con un hierro candente. Será él quien funde la primera población en Tierra Firme, en el Golfo de Urabá: San Sebastián, en honor al santo flechado. Corría marzo de 1510. Poco tiempo después, Ojeda regresaba a Santo Domingo en busca de refuerzos. Un capitán todavía obscuro, Francisco Pizarro, quedaba al mando de la diezmada población. Ojeda, tras naufragar en el Caribe, moría en La Española.

Los refuerzos por los que Ojeda esperaba ya habían salido de Santo Domingo al mando del Bachiller Fernández de Enciso. En alta mar, el capitán advierte la presencia de un polizón —Vasco Núñez de Balboa— quien se había escondido en un tonel o entre las velas —los cronistas difieren en este punto—. Era un extremeño de Jerez de los Caballeros, que huía de Santo Domingo cargado de deudas. Los ruegos de los tripulantes hacen que Enciso desista de abandonarle en una isla desierta, y es contado como uno más en la expedición.

Cuando los 150 hombres de Enciso llegaban a Tierra Firme, Pizarro había despoblado el efímero sitio de San Sebastián. Enciso ordenó regresar al primitivo asiento español. En estas circunstancias surge la capacidad de liderazgo de Balboa. El extremeño conocía estas costas, pues había tomado parte en la expedición de Bastidas. Convenció a sus compañeros que era más conveniente cruzar el golfo de Urabá y establecerse del otro lado: allí no habían indios con flechas envenenadas. Así, por iniciativa de Balboa, se fundaba Santa María de la Antigua. El nuevo líder fue elegido alcalde de la flamante villa, al tiempo que Enciso perdía el dominio de la situación.

La suerte del otro gobernador designado en Tierra Firme, Nicuesa, no fue mejor que la de Ojeda. Naufraga en las costas panameñas, y a duras penas, hambriento y casi desnudo, logra llegar a Antigua. Pero allí nadie le reconoce sus títulos, y es embarcado casi a la fuerza en una frágil embarcación. Nicuesa y trece infortunados acompañantes se pierden en la lejanía. Nunca más se supo de ellos. Balboa, que había demostrado sagacidad para conquistar el favor de los soldados, se había adueñado del poder. Es la cabeza visible del gobierno de Tierra Firme. Enviará procuradores a Don Diego Colón y

a la Corte para que le consigan un título de gobernador. Mientras tanto, inicia una política de acercamiento con los naturales, que le será de gran provecho a la hora de rescatar riquezas y de averiguar, como se decía entonces, el secreto de las tierras.

El hijo del cacique Comagre, Panquiano, le dio noticias de un vasto mar que se extendía al otro lado de las montañas, y de un rico país donde todo era de oro. Balboa aprovechará la buena disposición de los indios para organizar una expedición en busca del inmenso mar. Los 800 indios y los 200 españoles navegarán por un río en un bergantín y en canoa hasta el puerto de Acla. Allí se internan por selvas y montañas. Además de los obstáculos que presenta una naturaleza hostil, deben vencer la resistencia de los indios del cacique Torecha. Pero el esfuerzo y las muertes dieron sus frutos. Al coronar la cordillera, un 27 de septiembre de 1513, Balboa y sus hombres contemplaron por primera vez el Mar del Sur. Dos días más tarde, con la espada desenvainada y bajo el pendón de Castilla, Vasco Núñez, internado en las aguas, tomaba solemnemente posesión del Océano Pacífico en nombre de Don Fernando y su hija Doña Juana.

La gloria que alcanzó ese día cubrió su turbulento pasado. En la Corte se despacharía su nombramiento de gobernador. De poco le valdría. Muy pronto, las circunstancias se volverían contra él.

Pedrarias Dávila, el resucitado

Las noticias que transmitió Balboa aun antes del descubrimiento del Pacífico, así como la llegada del bachiller Enciso a la corte para reclamar sus derechos, confirmaron que Tierra Firme abría un panorama nuevo para España en Indias, más alentador que el antillano.

Desde 1512 la corona organizó la expedición conquistadora-colonizadora más grande hasta ese momento, y que tenía como meta la tierra llamada *Castilla del Oro*. Tal era su fama. Después de mil y un preparativos, y luego de que se le entregaran unas detalladísimas instrucciones en donde se mandaba el buen trato de los indios y se prohibía el juego y las blasfemias, Pedro Arias de Ávila —Pedrarias Dávila— salía el 11 de abril de 1514 de Sanlúcar de Barrameda, al mando de 22 naos y carabelas a cuyo bordo estaban 2.000 españoles. Según uno de ellos, Pascual de Andagoya, era *la más lucida gente que de España ha salido*. Entre ellos se contaban Hernando de Soto, Diego de Almagro, Bernal Díaz del Castillo y el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo.

Pedrarias, miembro de una familia ennoblecida, había nacido en Segovia en 1440. Cuando partía rumbo a América contaba nada menos que con 74 años. Dejaba tras de sí un honorable pasado guerrero en Granada, Portugal y Orán, fama de galán, y el apodo de *resucitado*, pues después de una batalla le enterraron vivo pensando que estaba muerto. El segoviano, cuando cada año se cumplía el aniversario de su fallida *muerte*, se hacía rezar los oficios de difuntos, mientras meditaba en el más allá tendido en su cajón fúnebre.

El singular Pedrarias, al desembarcar en su nueva gobernación, acompañado de su mujer y fiel valedora Isabel de Bobadilla, era la figura opuesta de Balboa. El uno era todo pompa y fastuosidad; el otro se encontraba remendando el techo de una choza cuando le anuncian la llegada del gobernador. El primero basaba su eficacia en la autoridad y la rigidez; el segundo procuraba ganarse los corazones de sus subordinados con comprensión y espíritu de servicio. Fácilmente chocarían estas dos almas, aunque nadie preveía el resultado trágico de tal enfrentamiento.

Dos mil españoles recién llegados, poco adaptados a los rigores del trópico, hidalgos en su mayoría, causaron un desequilibrio en Santa María de la Antigua, poblada tan sólo por 500 personas. Pronto se hizo presente el hambre: más de la mitad murieron en los primeros meses, y otros, como Bernal Díaz del Castillo, emigraron a las Antillas. En consecuencia, había que entrar a las selvas en busca de víveres y tesoros que compensaran los sufrimientos padecidos.

La política inteligente de Balboa de alianza y amistad con los indios fue reemplazada por las *entradas* para rescatar riquezas. Las barbaridades —no cabe otro nombre, y así se lo dijeron sus contemporáneos— cometidas por uno de los capitanes, Juan de Ayora, contra los indios trajo como resultado el levantamiento de vastas tribus. Hubo muchas entradas hacia todas las direcciones. Santa María se convirtió en un foco de intensa actividad conquistadora.

El carácter bélico que se dio a estas incursiones tenía una excusa jurídica nueva: Pedrarias fue el primero que trajo escrito, entre otros documentos, el famoso *Requerimiento*. Era éste una explicación que se debía de hacer a los indios acerca de las principales verdades cristianas, del poder del Romano Pontífice, de la donación que hizo de las Indias a los Reyes Católicos, y la consecuente obligación de acatar a la autoridad española. Si los indios no la aceptaban, la guerra que se haría contra ellos sería justa. Como bien dice Morales Padrón, el Requerimiento, «fruto del legalismo hispano fue un momentáneo tranquilizante de conciencias y un sustituto de la declaración de guerra». De muy difícil aplicación en la práctica —ausencia de traductores, ataques indígenas sorpresivos— por lo menos denota que en España se procuraba encontrar razones éticas valederas que justificaran la política hasta entonces llevada. La sincera preocupación moral de la corte y de sus consejeros queda de manifiesto en que a nadie satisfizo la solución formalista dada por el *Requerimiento*. Si bien en muchos de sus párrafos Bartolomé de las Casas es un exagerado, es fácil comprender su enojo al calificar el Requerimiento como *injusto, impío, escandaloso, irracional y absurdo, infamante para la fe y para la religión cristiana*.

Con las conciencias superficialmente acalladas por la lectura del *Requerimiento*, los capitanes de Pedrarias avanzaron hacia Centroamérica, se internaron en Colombia y surcaron las aguas del Pacífico.

El bueno y el malo

La rivalidad entre Pedrarias Dávila y Balboa surgió espontáneamente: sus caracteres eran antagónicos. Se acentuó aún más cuando desde la corte enviaban al descubridor del Pacífico los títulos de *adelantado de la Mar del Sur* y de gobernador de Coiba y Panamá. El rey Fernando no podía dejar de recompensar el inmenso servicio prestado al poner a su disposición todo un inmenso océano inexplorado. En Santa María de la Antigua se formaron dos grupos de opinión: uno, formado por los soldados y el obispo Juan de Quevedo, que apoyaba a Balboa; el otro, integrado por los oficiales reales y por los supervivientes de los recién llegados, en torno a Pedrarias.

Balboa dirigirá alguna de las *entradas* que con tanta frecuencia salían de la Antigua. Acompañado de 190 hombres, enrumbará hacia el Golfo de Urabá en busca de minas en tierras del cacique Dabeiba. La expedición fue un fracaso, y Balboa casi pierde la vida en ella.

Con los nombramientos llegados de España, Balboa recuperaba su prestigio y posición. Pedrarias ya no podría ignorarlo. Poco a poco las fricciones ceden paso al entendimiento. Incluso se llegará a arreglar el casamiento entre Balboa y la hija menor de Pedrarias e Isabel de Bobadilla, María. El matrimonio se contrajo por poder ya que la consorte residía en la Península. Suegro y yerno hacen las paces. El gobernador permite a Balboa organizar una expedición hacia el Mar del Sur, para hacer un reconocimiento de la costa pacífica panameña. Balboa emprende con entusiasmo la tarea: hay que trasladar piezas de madera para armar barcos sobre el Pacífico, mas la empresa no resulta tan fácil. Los plazos dados por Pedrarias expiran, pero su yerno está decidido a continuar. En ese momento se suman una serie de circunstancias adversas para Balboa: el obispo Juan de Quevedo se ausenta de Antigua, con lo que pierde un importante aliado; corren rumores acerca de un nombramiento de un nuevo gobernador, y en cartas interceptadas por hombres de Pedrarias se evidencian los propósitos de desobedecer su autoridad y hacer pasar a Balboa como el nuevo gobernador de Tierra Firme. Todo esto hace que el suegro llame al yerno a su presencia. Cuando éste se pone en camino, Francisco Pizarro y unos soldados le detienen y le conducen a Acla. Allí es encarcelado y juzgado: recaían sobre él las sospechas en torno a la muerte de Nicuesa, la usurpación del poder de Fernández de Enciso, el desacato a la autoridad de Pedrarias. En enero de 1519, Balboa y cinco de sus fieles fueron degollados en la plaza de Acla, nombre que significa *huesos de hombres*. Moría el descubridor del Mar del Sur. Sus delitos y la rigidez de Pedrarias le llevaron al patíbulo.

Pedrarias gozará aún de largos años de vida. En 1519 fundaba la primera ciudad asomada al Pacífico, ese océano que los españoles intentaron convertir en un nuevo *mare nostrum*. El 19 de agosto se cumplían todas las ceremonias previstas para la erección de Nuestra Señora de la Asunción de Panamá. El Pacífico triunfaba sobre el Atlántico: la Antigua caía en una decadencia irreversible, y la costa sur se convertiría en un foco de actividad descubridora y colonizadora incesante. Internándose desde esa misma costa, tres años después se fundaba Natá.

En 1520 expiraba el mandato de Pedrarias en Tierra Firme. Pero su sucesor, Lope de Sosa, moría al llegar a su destino. Así, Pedrarias se mantendría en el poder hasta 1526.

En su juicio de residencia sale bien librado, pero según los cronistas fue gracias al juego de influencias. Posteriormente sucederá a Gil González Dávila en la gobernación de Nicaragua.

Pedrarias fue convertido por la historiografía en la quinta-esencia del conquistador cruel y abusivo. Esto se explicaría, según Gasteazoro Rodríguez, porque los cronistas de Indias —y en particular Fernández de Oviedo— fueron sus enemigos personales y cargaron las tintas sobre sus excesos; por el carácter bélico de sus *entradas*; por haber puesto excesivo empeño en la conquista de tierras marginales, habiendo descuidado el sur, donde se hallaba Perú. Pero sobre todo, por su enfrentamiento con Balboa, *canonizado* por Quintana y Washington Irving como el conquistador bueno.

Ni Balboa fue tan bueno ni todo es negativo en Pedrarias. Pero la primera conquista en territorio continental fue excesivamente violenta. La política de acercamiento con los indígenas llevada a cabo por Balboa respondía más cabalmente a los ideales cristianos. Esos ideales que debían imbuir la conquista, según las directrices dadas desde el trono de Castilla.

LA BÚSQUEDA DEL ESTRECHO

El mar dulce

Colón había muerto sin conocer que las tierras por él descubiertas no eran las codiciadas Indias, y que el camino por él recorrido no era el más apto para llegar a las Islas de las Especias, también llamadas Molucas. Los siguientes descubrimientos geográficos, y el Mar del Sur avistado por Balboa llevaron a la conclusión en Europa de que América era tan sólo un gigantesco obstáculo para alcanzar las soñadas islas tropicales del Índico, llenas de riquezas sólo usufructuadas por los portugueses. Todavía Cortés no había llegado a Tenochtitlán, y Pizarro aún merodeaba por el Istmo. Potosí era sólo una quimera. Las riquezas inmensas que España anhelaba recibir de sus dominios ultramarinos no llegaban nunca, y el Nuevo Continente ofrecía más rompederos de cabeza que soluciones a los urgentes problemas peninsulares.

Si América se interponía entre España y la Especiería, habría que salvar el obstáculo. Un estrecho, un paso tendría que haber entre el Mar del Norte —Atlántico— y el Mar del Sur —Pacífico—. Los portugueses, dueños de la ruta de circunvalación africana, también aprestaron expediciones para intentar la ruta occidental.

España decide apresurar una expedición en busca del dichoso paso interoceánico. Fernando el Católico le encomendará al piloto mayor de la Casa de Contratación, Juan Díaz de Solís, la dirección de la empresa. Solís ya había capitulado con la Corona para explorar 1700 leguas de costa al sur de Castilla del Oro. Pero mientras se aprestaba la expedición llega a la península la noticia del descubrimiento de Balboa. En

consecuencia, en las instrucciones recibidas por Solís se incluye la misión específica de buscar el paso.

El 8 de octubre de 1515 zarpan de Sanlúcar de Barrameda Don Juan Díaz de Solís y sesenta hombres, repartidos en tres carabelas. No alcanzarán el anhelado paso, pero al internarse por un ancho estuario presienten que están a las puertas del gran descubrimiento. Las carabelas se internan por el río, que, dada su anchura descomunal, bautizarán como Mar Dulce. Era el mismo río que los guaraníes llamaban Paraná-Guazú (*agua grande como mar*), y que a los pocos años se llamaría Río de Solís: es que allí dejaría su vida el capitán. Tras enterrar en una isla al despensero Martín García —isla que hoy lleva el nombre del finado— Solís desembarca en la actual costa uruguaya con un grupo de españoles. Los tupí-guaraníes les tenían preparada una emboscada, y todos los expedicionarios menos uno perecieron en el intento. Las costas del Río de la Plata serían su inesperada tumba.

La infausta muerte de Solís decide el regreso de las carabelas. Sólo dos llegarían a Sevilla. La tercera naufraga en la costa brasileña de Santa Catalina. Sus tripulantes logran sobrevivir entre los indios. Uno de ellos, el portugués Alejo García, se sintió atraído por las noticias que le dieron los aborígenes acerca de una sierra de plata, un lago donde dormía el sol, un rey blanco y un vasto imperio que había allá, en el oeste. Acompañado por un nutrido ejército indígena, García atraviesa selvas brasileñas y paraguayas y llegará a los contrafuertes de los andes bolivianos. Potosí, el lago Titicaca, el Inca y el Tahuantinsuyo eran reales, pero García sólo vio grandes trozos de plata que, tras su muerte a orillas del Paraguay, llevarán los indígenas a los españoles que quedaron en la costa. Algunos otros marinos españoles pasarían por allí —pensaban los náufragos — y ya irían con ellos hacia los Andes. Pero los españoles tardaron en venir, y cuando muchos años más tarde, en 1548 Nuflo de Chávez parta desde el Paraguay para descubrir la realidad de los mitos indígenas, los Pizarro habían muerto y sus sucesores estaban gobernando el Perú en nombre de su Majestad.

Por el momento, la expedición de Solís fracasaba. Era otro hombre, bajo otro monarca, quien se alzaría con el éxito. Éxito trágico, como trágico fue el fracaso de Solís.

Magallanes: ¿despecho o traición?

La muerte del Rey Católico, Fernando V, paralizó la búsqueda del estrecho interoceánico al menos durante dos años. España se debatía en problemas internos graves y América pasaba a un segundo plano.

Cuando el flamenco Carlos de Habsburgo toma las riendas del poder en España, tiene toda la apariencia de un joven abúlico y desinteresado de los problemas peninsulares. Por este motivo, llama poderosamente la atención en sus consejeros el entusiasmo que presta al plan que le propone un portugués desconocido —Fernao de Magelhaes— a principios de 1518. Basado en cálculos cosmográficos de su compatriota Rui Faleiro,

que le acompaña, y en su larga experiencia en viajes al Oriente, de donde trajo a su esclavo malayo Enrique, a quien presenta a su Majestad, el ignoto portugués ofrece una imagen de seguridad al defender sus proyectos: armar una expedición con el fin de hallar el paso entre el océano Atlántico y el Pacífico, arribar a las Molucas, tomar posesión de esas preciadas islas para España —puesto que según los errados cálculos de Faleiro, la Especiería caía dentro del sector que el Tratado de Tordesillas atribuía a soberanía española— y regresar a la península cargado de riquezas.

El éxito de la audiencia es total: el 22 de marzo de 1518 se estampaba el categórico *Yo, el Rey* en la capitulación que estipulaba las características de la magna expedición que intentaría dar la vuelta al mundo.

Pero, ¿quién era este adusto marino lusitano? Cuando se presenta ante el rey cuenta ya con 37 años, comenzados en 1480 presumiblemente en Porto. *Era fidalgo de cota de armas*, o sea noble de cuarto grado. A los 25 años comienza su vida marinera. Portugal se encontraba en pleno proceso imperialista: tras los descubrimientos geográficos y la instalación de factorías comerciales, el pequeño reino luso intentará colonizar las lejanas tierras orientales. Con este fin, Magallanes y 1500 portugueses más zarpaban de Lisboa el 25 de marzo de 1505 rumbo a Malaca. Iban bajo el mando del flamante «Virrey de Indias», el almirante Francisco de Almeida.

Siete largos años de su vida empleará Magallanes en el servicio de Portugal en mares africanos e índicos. Años llenos de aventuras y peligros, de los cuales sólo recoge heridas y faltas de reconocimiento por sus servicios. Con ocasión de injustas acusaciones hechas en su contra en una campaña militar en el norte de África, se presenta ante el rey Don Manuel para defender su honor. Arrogante se acerca al trono, cojeando por sus heridas de batalla. Tras presentar documentos en su descargo, pide —casi exige— un aumento en su pensión y algún cargo digno de sus servicios. Pero Don Manuel permanece imperturbable, y niega todo lo que Magallanes «suplica». La negativa real impone en el ánimo del portugués una dura decisión: servirá a algún príncipe extranjero.

Magallanes tenía una vasta experiencia marinera y conocía con bastante profundidad la última cartografía europea. Sus investigaciones en la *Tesoraria* —archivo cartográfico particular y secreto del rey Manuel— en donde ve un mapa de Martín Behaim en el cual consta el paso interoceánico al sur del continente, fueron decisivas para forjar su proyecto. Aunque a la postre el mapa de Behaim estaba equivocado, fue uno de esos errores prolíferos, como el de Colón.

A fines de 1517, sacudiendo el polvo de sus pies, Fernando abandona Portugal y se dirige a Sevilla. ¿Traición? Zweig dice: «Magallanes, en su calidad de hidalgo portugués y ex capitán de la flota portuguesa, cometía un delito no menor que si en nuestros días un oficial entregara unos mapas al Estado Mayor y planos de movilización a una nación rival». Uslar Pietri, más comprensivo, escribe: «Este hombre... rompe con su país de origen y hace lo que entonces se llamaba *desnaturalizarse*. Esto no era entonces tan grave como en nuestros días, porque precisamente el sentimiento nacional apenas comenzaba a surgir».

Razones tuvo Magallanes para abandonar Portugal. Sus naves se encuentran listas a zarpar de Sanlúcar de Barrameda.

El Estrecho de Todos los Santos

Las cinco naves —Trinidad, Concepción, Victoria, San Antonio y Santiago— dejan la rada de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519. Magallanes, previsor, atiborró las carabelas de víveres y bastimentos previendo una travesía de dos años. Entre los doscientos sesenta y cinco tripulantes van muchos portugueses —unos treinta— y algunos representantes de las más variadas nacionalidades europeas, aunque la mayoría aplastante es española. Entre los italianos viaja un tal Antonio Pigafetta, joven noble de Vicenza, quien logró ser incorporado en la expedición por recomendación del mismísimo Emperador. El culto italiano legará a la posteridad un relato de la primera vuelta al mundo.

Los roces entre los capitanes españoles y el Capitán General portugués no tardan en hacerse presentes. Magallanes es reservado, no consulta sus decisiones con nadie. Juan de Cartagena, segundo en el mando, pedirá explicaciones sobre la ruta seguida y la por seguir. Es despedido con cajas destempladas. El episodio terminará mal para Cartagena. Cuando decide negarle obediencia, es puesto preso por el alguacil. Ya no sería uno de sus capitanes.

En enero de 1520 llegan a la desembocadura del Río de la Plata. Como Solís cuatro años antes, piensan que están a punto de descubrir el paso. Quince días de búsqueda infructuosa. Hay que proseguir la marcha rumbo al Sur.

La Bahía de San Julián será teatro de trágicos sucesos. La tripulación se impacienta: el clima es gélido, la tierra patagónica desierta, el estrecho no aparece y el viaje ya va siendo demasiado largo. Estalla la sublevación. Tres de los cinco barcos —el San Antonio, el Concepción y el Victoria— se alzan contra el portugués. Su hermetismo, que hace que no transmita a los demás capitanes ni ruta, ni plan, ni nada, termina por echarse en su contra. Pero Magallanes, además de hermético, es astuto y logrará hacerse con los capitanes sublevados. En la fría bahía patagónica se instala el severo tribunal: Gaspar de Quesada es condenado a muerte por homicidio y sedición. El otrora indócil Juan de Cartagena y un sacerdote serán abandonados en la inhóspita tierra sureña.

Si la situación de la tripulación era preocupante, más lo era el que no se daba con el paso dibujado en el mapa de Behaim. Según la carta geográfica, ya hacía tiempo que tenían que haberlo encontrado. En el río de Santa Cruz la flota descansa dos meses invernales. El 21 de octubre divisan un blanco cabo, que bautizarán «de las Vírgenes». Tras de él se abre una bahía honda y cerrada. Anteriores bahías esperanzaron a los osados marineros, y todas los defraudaron. ¿Por qué esta iba a ser distinta? La tripulación quiere pasar de largo y no perder el tiempo en más incursiones. «Todos pensábamos y afirmábamos que era aquella una bahía cerrada», apunta Pigafetta. Pero Magallanes decide entrar. Largos días transcurren en recorrer la supuesta bahía, hasta

que, por fin, en el horizonte se divisa la inmensa masa oceánica del Mar del Sur: *Il Capitano Generale* —escribe Pigafetta— *lacrimò per allegrezza*.

El Estrecho de Todos los Santos —así lo bautizó el devoto portugués en honor a la festividad del día— había sido hallado. Magallanes, contra su costumbre, consultó a los capitanes los pasos siguientes: ¿convendría aventurarse hasta las Molucas, o regresar cuanto antes a Sevilla? Los capitanes sabían en su interior que el lusitano tenía decidido proseguir el viaje. Sólo uno, Estevao Gomes, opina sinceramente que es conveniente regresar. Y en la primera oportunidad, sabiendo que la flota seguirá rumbo al Índico, deserta con su nave y tripulación. El 6 de mayo de 1521 los desertores llegaban a Sevilla.

Magallanes quedaba con tres naves: la San Antonio huía, y la Santiago yacía destrozada en las rocas patagónicas. Los barcos sobrevivientes rompían con sus quillas las pacíficas aguas del Mar del Sur, rumbo a la Especiería.

La victoria después de la muerte

Son muy largas y cansadas las jornadas que hacen los navegantes de la primera vuelta al mundo a través del Pacífico. Tres meses sin ver tierras, a excepción de inhóspitos promontorios rocosos. Las precauciones de Magallanes no fueron suficientes, y el hambre se cuela por entre los tablones de las carabelas. El escorbuto hará sus víctimas, y diecinueve marineros entregan su alma al Creador. Sólo quedan ciento ochenta de los doscientos sesenta y cinco que partieron de Sanlúcar. Unos desertaron, otros sucumbieron.

Después de cien días de navegación los europeos llegan a unas islas que sacarán a sus estómagos de malos tiempos. Los aborígenes se acercan en chalupas a las naves y trepan a bordo. Comienzan a llevarse a manos llenas cuanto encuentran a su paso. Magallanes decide desembarcar y aleccionar a los isleños. Un par de cabañas incendiadas basta para provocar la huida de los ingenuos pobladores. Libres de trabas, los hombres de Magallanes comienzan a tomar todo lo que huela a comestible. «Una vez robados mutuamente —escribe Zweig— los más cultos le ponen este nombre a las islas: ¡Ladrones!».

Un poco más adelante en la travesía, la flota divisa un sinnúmero de islas exuberantes. Muy atrás quedaban los desolados paisajes patagónicos. Las islas por las que ahora pasan —las Filipinas— valían la pena la aventura. Los naturales reciben a los europeos con toda clase de agasajos y muestras de cordialidad. En Massawa son atendidos espléndidamente. Y en Cebú, tras rendir alguna resistencia por parte del rajá, quien pretendía hacerles pagar derechos por ingreso a su puerto, pero que es disuadido de ello por un mercader moro que conocía la potencia de las armas europeas, las cosas pintan inmejorables. El rajá decide reconocer la soberanía del rey de España, y el domingo 17 de abril de 1521 el monarca Humabon, su familia y cientos de sus súbditos reciben las aguas regeneradoras del bautismo.

Al preparar su marcha rumbo a las Molucas, Magallanes intenta dejar consolidada la autoridad del monarca español en el archipiélago. Decide fortalecer el poder del rey Carlos —nombre cristiano de Humabon— y exigir la obediencia de los restantes reyes tribales al rey de Cebú. En una isla pequeñísima, Mactan, gobernaba un pequeño reyezuelo opuesto a Humabon. Silapulapu —así se llamaba— estaba indispuesto además con los europeos por algunos excesos cometidos contra las mujeres de su isla. Magallanes tendría la oportunidad de demostar que sus hombres eran invencibles, al tiempo que reforzaba la autoridad del rey Carlos de Cebú. Desde el punto de vista militar, la tarea se presentaba como un paseo. Pero, inexplicablemente, los desnudos aborígenes resisten a los bravos españoles. Y del pobre Don Hernando, cuenta Pigafetta, *que precipitáronse a la vez contra él, y uno de ellos le abrió tal herida de un sablazo en la pierna izquierda, que le hizo caer de bruces. Enseguida, todos los indios se le echaron encima y lo acribillaron con lanzas y con otras armas. Y así quitaron la vida al que era nuestro espejo, nuestro consolador y fiel caudillo*.

Sorprendente pero cierto. Después de tocar la gloria con sus manos, Magallanes perece estúpidamente en una isla desconocida. Pero su muerte no impedirá la victoria final. Tras la desaparición de su jefe, y la muerte de varios capitanes en manos de los ahora envalentonados isleños, la Trinidad y la Victoria llegan a Molucas —la Concepción había sido abandonada—. Allí cargan con sus bodegas grandes sacos de especias, y hacen reconocer la soberanía del Emperador. Pero la Trinidad, ahora que no está su Capitán General, se resiste a navegar. Está casi desvencijada. Deberá quedarse en Tidore con la mitad de la tripulación. Será la Victoria, con su capitán Sebastián Elcano, quien regrese a la Península, tras salvar el obstáculo del hambre y la persecución de los portugueses. Después de tres años de viaje, Sevilla vio un 8 de septiembre de 1522 a la pequeña nave que había dado la vuelta al mundo. Dieciocho marineros se postraron ante la imagen de la Madre de Dios para darle gracias. Elcano se alzaba con la victoria. Sería recibido triunfalmente por Carlos V. Magallanes yacía en una insignificante isla oriental. Pigafetta se sorprendería al averiguar que a pesar de haber llevado bien la cuenta de los días en su diario de a bordo, figuraba el día siguiente en los calendarios europeos: y la ciencia se asombraba con el mundo de tamaña hazaña.

A las Filipinas. Ida... y vuelta

El éxito alcanzado por la expedición de Magallanes había sido muy relativo. Se demostró que se podía circunvalar el mundo, pero pocos eran los sobrevivientes y las enormes riquezas prometidas aún no se hacían del todo realidad. En julio de 1525 salía de España una nueva expedición hacia las Molucas. Iban siete barcos al mando de García Jofre de Loaysa. Como segundo estaba el experimentado marino Sebastián Elcano, quien había logrado completar la hazaña iniciada por Magallanes. De paje de Elcano viajaba un joven vasco, Andrés de Urdaneta.

Muchas dificultades tuvo esta segunda expedición. Las continuas tempestades patagónicas, los encallamientos y otras calamidades hacen desertar a dos navíos. El San Lesmes, arrastrado por un temporal, descubrirá el Cabo de Hornos, extremo sur del continente; y el patache Santiago, aislado de los demás barcos, logrará subir por el Pacífico hasta Nueva España y toca las costas pacíficas mexicanas. En alta mar muere García Jofre de Loaysa. Elcano recibe el mando, pero a los pocos días sucumbe él también. El nuevo capitán, Alonso de Salazar, logra llegar hasta la isla de Guam. Cuando ponía proa hacia las Molucas, se moría Salazar. Las ambiciones de los pocos sobrevivientes crece al ver que no quedaba ningún capitán de nombramiento real. Se vota, pero hay fraude. Al fin, los dos aspirantes al poder instauran un co-gobierno. Habían logrado llegar a las Molucas, pero eran muy pocos comparados con los cuatrocientos cincuenta que habían salido de La Coruña.

En la corte se carecía de noticias de la expedición. En 1526 se envía a Sebastián Gaboto en su busca, pero el italiano sólo llega hasta el Río de la Plata. Carlos I decide encargarle a Hernán Cortés el asunto, quien aprestará una expedición por el Mar del Sur al mando de su primo Álvaro de Saavedra. El 31 de octubre de 1527 sale de Nueva España (México) una pequeña armada compuesta por tres naves. Sólo una logra llegar a Mindanao. En las islas de su paso encuentran sobrevivientes de las expediciones anteriores. En Tidore deciden reparar la nave y regresar a la Nueva España. En julio de 1528 intentan el regreso. Tratarán de vencer las corrientes contrarias, pero el Pacífico dice no. Cinco meses más tarde estaban otra vez en Tidore. En mayo de 1529 lo intentan otra vez... y nada. Durante su obligada estancia en las Molucas, los choques con los portugueses y los naturales isleños son continuos. Algunos de los peninsulares se dispersan y hostigan a los lusitanos. Mucho costó a los capitanes portugueses convencer a los españoles que depusieran las armas. El único argumento que les convenció fue el comprobar que el rey Carlos había renunciado a los derechos sobre las Molucas después de la firma del Tratado de Zaragoza, en 1529, previa una indemnización de 300.000 ducados. Andrés de Urdaneta, el paje de Elcano, será el último en rendirse, después de once años de resistencia en las islas. En 1535 regresaba a Europa en un barco portugués por la vía de la India.

En Nueva España se ignoraba la suerte de los españoles que habían ido a la Especiería, y se organizan nuevas expediciones de rescate. Pero ni Grijalva, ni Villalobos, ni Ortíz de Retes logran la hazaña: el Pacífico se negaba a dejar volver a las naves españolas.

El fracaso de los intentos anteriores desanimó a las autoridades novohispanas. Durante años se olvidan de la Especiería. Sólo el entusiasmo de Andrés de Urdaneta —que se encontraba en México, donde profesó como fraile agustino— convence al virrey Luis de Velasco sobre la conveniencia de intentar el *regreso por el Poniente*. Felipe II da el visto bueno, con la condición de que no se vaya a tierras portuguesas. En 1564 zarpaba una expedición con cinco navíos. La dirigía Miguel López de Legazpi, y le acompañaba fray Andrés.

Las naves surcan el Pacífico, llegan al archipiélago filipino, y recorren gran parte de los canales que separan las numerosas islas. En la de Cebú se levantará el primer asentamiento español, el fuerte de San Pedro. Pero el principal fin de la expedición era encontrar el camino de regreso a Nueva España. En julio de 1565 inician el retorno, según las indicaciones del agustino. Tomarán la corriente del Kuro-Shivo, que saliendo de Japón se allega hasta las costas californianas. Gracias a los conocimientos náuticos de Urdaneta, el 8 de octubre llegaban a Acapulco. Se iniciaba así la conquista y evangelización de Filipinas. A fines de siglo, el célebre Galeón de Manila uniría la capital filipina con el puerto de Acapulco. Y el Pacífico, de barrera infranqueable, se convertía en puente religioso, comercial y cultural.

EN EL PAÍS DE LOS AZTECAS

Un estudiante fracasado

A principios de 1519, el mismo año en que Magallanes zarpaba rumbo a la Especiería, salían de un puerto indiano —La Habana— once navíos con destino a la vecina península de Yucatán. Desde Cuba, gobernada por Diego Velázquez con subordinación a La Española, habían salido dos expediciones anteriores que recorrieron gran parte del litoral mexicano. En 1517 Hernández de Córdoba había partido de Santiago de Cuba, y tras reconocer la totalidad de las costas de Yucatán regresó a Santiago tocando en la península de la Florida. Un año más tarde, Juan de Grijalva salía del puerto cubano de Matanzas. Realizó casi idéntico recorrido que Hernández de Córdoba, pero prosiguió unas cuantas leguas más, hasta el río Tuxpán. Además de descubrimientos geográficos, estas expediciones aportaron las primeras noticias sobre la existencia de una cultura indígena muy superior a la de los indios caribeños, y mucho más rica: el oro que rescatan los hombres de Grijalva fue tasado en 20.000 pesos.

Diego Velázquez no tardó en preparar otra expedición, y pronto pensó en su posible capitán: Hernán Cortés. Como escribe el Cronista Mayor de Indias Antonio de Solís, *antes que passemos adelante, será bien que digamos quien era Hernán Cortés, y por quantos rodeos vino a ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la Conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino*.

Era Cortés natural de Medellín, en Extremadura. Había nacido en 1485 del matrimonio formado por Martín Cortés de Monroy y Catalina Pizarro Altamirano. Apunta Solís que esos apellidos *encarecen lo ilustre de su sangre*. Por parte de madre era pariente de Francisco Pizarro.

Estudió dos años en Salamanca, pero pronto abandonó las aulas: la vida le reservaba otras lides. Estando preparado para marchar a las campañas de Italia y ponerse a las órdenes del Gran Capitán, un accidente —al parecer, ocasionado por un problema de faldas— le pone fuera de combate antes de entrar en él. En 1504 pasó a las Indias, el otro

destino posible además del italiano para los espíritus aventureros del siglo XVI. Llega a Santo Domingo cuando Frey Nicolás de Ovando era gobernador. Allí obtuvo una encomienda y el puesto de escribano en la villa de Azua. En 1511 se traslada a la vecina isla de Cuba, donde gozó de otra encomienda y prosperó económicamente gracias a sus esfuerzos en agricultura y ganadería. En Cuba contrajo matrimonio con Doña Catalina Suárez. El gobernador Velázquez estaba enamorado de una hermana de Catalina, y esta relación, aunque pasó por altibajos, al fin le consiguió a Cortés la amistad del gobernador. La decisión de Velázquez estaba tomada: el extremeño mandaría su escuadra.

Las intrigas de los parientes y allegados a Velázquez, deseosos de ocupar el puesto de Cortés, hacen que Hernán apresure los preparativos del viaje. Y los apresuró tanto que ni siquiera se despidió del gobernador. Zarpó de Santiago, hizo escala en Trinidad donde embarcó más gente. Al fin, el 10 de febrero de 1519 se hacía a la mar desde La Habana. En los once navíos iban aproximadamente seiscientos cincuenta tripulantes españoles. Se destacaban los capitanes Pedro de Alvarado, quien había tomado parte en la expedición de Grijalva, Alonso Hernández de Puertocarrero, Diego de Ordaz, Cristóbal de Olid. Entre los soldados figuraba Bernal Díaz de Castillo, quien nos dejó uno de los libros más deliciosos que se hayan escrito jamás, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. También iban dieciseis caballos y yeguas, que resultaron vitales a la hora de la verdad.

El corto trayecto marítimo fue bastante accidentado. Pedro de Alvarado se había adelantado por orden de Cortés y es el primero en arribar a la isla de Cozumel, junto a las costas continentales. Allí empieza la aventura.

Por primera vez, ojos españoles contemplarían una civilización americana, es decir, una sociedad desarrollada, organizada políticamente, con una complicada cosmovisión vital. La hora de las grandes conquistas había sonado en la campana de la historia. Eran tañidos de victoria o de muerte, según quien los escuchaba.

Decisiones tajantes

Pocos somos, pero la unión multiplica los Exércitos, y en nuestra misma conformidad está nuestra mayor fortaleza. Así les hablaba Cortés a sus compañeros de armas en la isla de Cozumel. Allí tiene su primer contacto con los indígenas y se encuentra con un español, Jerónimo de Aguilar, que vivía entre los indios desde hacía ocho años. Había sobrevivido a un naufragio de un barco que, habiendo salido de Darién, tenía intención de llegar a Santo Domingo. Los indios lo hicieron esclavo, tras salvarse de varios intentos de ser sacrificado a los ídolos. Aguilar sería de gran ayuda para los españoles, pues serviría de intérprete. En Cozumel también vivía Gonzalo Guerrero, otro sobreviviente del naufragio. Pero Guerrero se encontraba perfectamente aculturizado: *se hallaba casado con una india bien acomodada, y tenía en ella tres o cuatro hijos*, y decide no irse con los hispanos. El cronista Solís, al comentar la negativa de Guerrero de

seguir a los españoles, severamente sentencia: *No hallamos que se refiera de otro español en estas Conquistas semejante maldad, indigno por cierto de esta memoria*.

Después de cruzar al continente, en tierras del cacique Tabasco tienen el primer encontronazo con los indígenas. El número de los naturales era mucho mayor que el de los españoles, pero las espadas y sobre todo los caballos dieron una fácil victoria a los intrusos. La paz sellada con los indios fue ratificada con la entrega de veinte mujeres, rápidamente bautizadas por fray Bartolomé de Olmedo. Entre ellas se encontraba una india de sangre real, que pasará a la historia con el nombre de «Doña Marina». Si importante fue Aguilar como intérprete, aún más lo fue esta joven: conocía la lengua del Yucatán y el nahuatl hablado por los mexicanos. Su rapidez en aprender el español y sus lazos sentimentales con Cortés harán de Marina un seguro puente entre las dos culturas.

Los españoles siguieron su viaje por mar y desembarcan frente a la isla que llamaron de San Juan de Ulúa. Allí encontraron unos enviados de Moctezuma, el *tatloani* azteca, que ofrecieron a Cortés presentes en nombre de su señor. Tanto Moctezuma como sus embajadores estaban convencidos que esos hombres blancos y barbados eran enviados del dios Quetzalcoatl, que se había marchado de México con la promesa de volver por donde salía el sol. El oro entregado por los indios fue retribuido con *cuentezuelas de las de Castilla*. También les dieron un casco para que, una vez que Moctezuma lo viera, se lo devolvieran cargado de oro. Los indios hicieron dibujos de todo lo que vieron, y Cortés no perdió la oportunidad para demostrar el poder de las armas de fuego, y enseñarles las más terroríficas: los caballos, cuyos pescuezos estaban rodeados de cascabeles.

En estas tierras medanosas Cortés toma una decisión tajante: separarse legalmente de la dependencia de Velázquez. Hubo soldados que, ya contentos con el oro que habían rescatado con los indígenas, y poco animados a aventurarse a lo desconocido, manifestaron sus deseos de regresar a Cuba. Con la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz, guardando todas las formas establecidas, Cortés se erigía por el consentimiento de los nuevos vecinos en Capitán General y Justicia Mayor *hasta que su Majestad en ello mandase lo que fuese servido*. Cortaba así todo lazo jurídico con Velázquez y conseguía pleno poder sobre su gente.

Dispuso hábilmente Cortés que partiera un navío rumbo a Castilla con Alonso Hernández de Puertocarrero y Francisco de Montejo. Llevaban ricos presentes para Carlos V y la primera carta de relación, donde el conquistador narraba minuciosamente —omitiendo, claro está, todo lo que hablara en su contra— las cosas que sucedieron en los primeros días de la conquista. A su vez, solicitaba al Emperador que refrendase con su sello lo actuado en la fundación de Veracruz.

Otra decisión tomó Cortés, de largo alcance: para quitar la indecisión de algunos españoles mandó destruir la flota: ya no habría posibilidad de retornar a Cuba. No quemó los navíos, como cuenta la historia legendaria, pero sí los inutilizó por completo. La suerte estaba echada. Irían hacia el trono de Moctezuma. La muerte o la gloria los esperaban, impacientes.

Los aliados

El Imperio Azteca era en realidad una confederación de ciudades, a cuya cabeza estaba Tenochtitlán, con vastos pueblos tributarios de ella. Moctezuma enviaba sus recaudadores: exigía la entrega del tributo, pero respetaba la autonomía de las tribus y pueblos sometidos. La llegada del ejército español despertó en los pueblos dominados por los aztecas esperanzas de redención. Así fue fácil que los indios de Cempoala, en la costa, comprendieran que era preferible aliarse con los españoles y juntos derrotar a los mexicanos. Cuenta Díaz del Castillo que el cacique se quejaba *reciamente del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de pocos tiempos acá le había sojuzgado y que le ha llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados que no osan hacer sino lo que les manda, porque es señor de grandes ciudades y tierras y vasallos y ejércitos de guerra*.

La astucia de Cortés se muestra en toda su dimensión cuando, precisamente durante su estancia en Cempoala, llegan cinco recaudadores de Moctezuma. Si por un lado ordena a los indígenas que tomen presos a los funcionarios mexicanos, por otro dispone que los soldados los liberen secretamente y que sean reenviados a México con muy buenas palabras. Lograba así sellar la alianza con los indios costeños, y mantenía una política de amistad con Moctezuma.

Destruidos los navíos y enviados sus representantes a la corte no le quedaba más a Hernán Cortés que emprender la marcha hacia México. Muchos caminos se podían tomar, pero aconsejado por el cacique de Cempoala escoge el que pasaba por Tlaxcala, ya que, según el dignatario indígena, los tlaxcaltecas *eran sus amigos y mortales enemigos de los mexicanos*. Acompañado de un nutrido grupo de indígenas, la hueste de Cortés emprende el camino hacia el interior. En los pueblos de su paso son muy bien recibidos: *Como eran amigos de los de Cempoal y no tributarios de Montezuma, hallábamos en ellos buena voluntad y nos daban de comer*.

Tlaxcala era una ciudad importante, cuya población se calculaba en unas treinta mil personas. Su gente era enemiga enconada de los aztecas. Pero cuando llegan los españoles son recibidos muy mal: varias batallas deben librar los hombres de Cortés contra sus futuros amigos indios. *Quiso Dios Nuestro Señor darnos victoria*, escribe Bernal Díaz, y en consecuencia los caciques tlaxcaltecas acuden ante Cortés para pedir la paz. El cacique Xicotenga *dio muchas quejas de Montezuma y de sus aliados que todos eran contra ellos y les daban guerra, puesto que se habían defendido muy bien, y que ahora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudieron, y aun que se había juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles, y que como conocieron esto de nuestras personas que quieren ser nuestros amigos y vasallos del gran señor emperador don Carlos porque tenían por cierto que con nuestra compañía serán guardados y amparados sus personas y mujeres e hijos y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mexicanos*.

La alianza con los tlaxcaltecas fue la más importante que hizo Cortés. Fueron siempre fieles a su palabra y Cortés siempre los tuvo en cuenta. Le advirtieron que no entrara en

Cholula —ciudad enemiga de Tlaxcala y tributaria de Moctezuma— a pesar de los ofrecimientos amistosos que hacían sus caciques. En efecto, los de Cholula tenían planeado un ardid —ordenado por Moctezuma— para eliminar a los españoles. La perspicacia de doña Marina les salvó del peligro. El castigo no se hizo esperar, y la sangre corrió a raudales.

En el camino hacia México Cortés recibió varias embajadas de Moctezuma. El fondo de su alma es un enigma histórico. Sincero creyente de los mitos de su pueblo, estaba convencido de que los españoles eran enviados por Quetzalcoatl. Por eso les manda sacerdotes que les inciensan con copal, como a dioses. Los regalos de oro y tejidos de plumas siempre son acompañados de la advertencia de que no se acerquen a México. Tras el intento de eliminación física en Cholula, la resistencia de Moctezuma decae: tendrá que hacer frente a su destino y verse cara a cara con los españoles. Se aprestaron las últimas embajadas, compuestas por nobles y parientes de Moctezuma. Tenochtitlán, presionado por su sino, abriría las puertas a Cortés.

Tenochtitlán

El camino de Cholula a México-Tenochtitlán no era fácil. Había que cruzar altas montañas con nieves eternas y sortear las trampas colocadas por los aztecas. Pero eso ya había pasado. Ya se encontraban en la entrada de Tenochtitlán, la ciudad lacustre *que parecía cosa de sueño*. El pueblo, en las calzadas o sobre miles de canoas, había salido a recibir a los *teules* o dioses, y el mismísimo Moctezuma avanzaba por la calzada principal. Era el 8 de noviembre de 1519.

El encuentro entre Cortés y Moctezuma es paradigmático: dos razas, dos culturas, dos concepciones casi opuestas de la vida se encontraban frente a frente. Ingenuamente, Bernal Díaz escribe: *El Montezuma le dió el bienvenido, y nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado*.

A los españoles se les reservó el palacio del difunto padre de Moctezuma. El tatloani fue a visitar a Cortés por la tarde. En la entrevista le dirigió algunas palabras. Entre otras dijo que *verdaderamente debe de ser cierto que somos (los españoles) los que sus antecesores, muchos tiempos pasados, habían dicho que vendrían hombres de donde sale el sol a señorear estas tierras, y que debemos ser nosotros*. Lo fatídico de la religión azteca se hacía presente.

Los días siguientes se pasan en pláticas teológicas y visitas a la ciudad, comparada por algunos soldados por encima de Roma y de Constantinopla. Particular impresión causó a Cortés el adoratorio del dios Huitzilopochtli. Allí, en la altura de la gran pirámide, le pide a Moctezuma que le dé permiso para instalar una cruz, una imagen de la Virgen y un altar. La petición es denegada con escándalo, pero en cambio les permite levantar un oratorio en los aposentos que ocupaban los españoles. A pesar de lo inoportuna que parece la petición de Cortés, en este caso actuó con suma prudencia si la comparamos con sus actitudes anteriores. Desde su desembarco en Cozumel se dedicó a destruir

ídolos, erigir cruces, regalar imágenes de la Virgen, prohibir sacrificios humanos y echar discursos encendidos sobre los principios de la fe. En Cortés sobresale una viva fe y un espíritu evangelizador muy superior al de la mayoría de los conquistadores. Claro está que los métodos por él utilizados hacían caso omiso de los principios más elementales de la apologética, y así se lo hacía ver fray Bartolomé de Olmedo. Pero sus sentimientos religiosos eran auténticos, y tendrá oportunidades para demostrarlo.

Cuando se estaban realizando las pequeñas obras necesarias para la capilla, los españoles descubrieron una recámara llena de joyas y riquezas sin cuento: era el tesoro del padre de Moctezuma. Al día siguiente, por cartas traídas desde Veracruz por indios tlaxcaltecas, Cortés se entera que la villa por él fundada había sido atacada y muerto su alguacil mayor, Juan de Escalante. Era la excusa o la causa —según se juzguen los acontecimientos— para apresar a Moctezuma. Capitanes mexicanos habían atacado Veracruz, y era lógico pensar que lo hicieron por orden del *tatloani*. También se apropiaron del tesoro, cuyo reparto causó gran disgusto entre los soldados por no haber sido equitativo.

El cautiverio de Moctezuma fue conforme a su dignidad real. Se le permitió mantener el poder nominal sobre los indios, conservar su palacio, y los españoles le organizaron cacerías y diversiones. Aunque el sufrimiento moral de quien hasta hacía pocos días tenía poder sobre la vida y la muerte de sus súbditos sería casi infinito, se creó un clima cordial entre Cortés, sus capitanes y el malhadado Moctezuma. En esa triste situación, él y los caciques principales se declararon vasallos de Carlos V. Pero su cesión de derechos más fuerte se dio cuando entregó a Cortés los capitanes mexicanos que atacaron Veracruz para que fueran juzgados. El extremeño decidió condenarlos a la hoguera. Impávidos, miles de mexicanos contemplaban el suplicio, acostumbrados como estaban a los frecuentes sacrificios humanos.

Moctezuma no dejó de advertirle a Cortés que los caciques y sacerdotes se encontraban sumamente irritados con el proceder de los hombres blancos, y que los dioses aztecas habían ordenado la rebelión contra los devotos de la Cruz. La advertencia —por otra parte se percibía en el ambiente— fue escuchada y los soldados andaban noche y día armados. A esta situación se sumó la llegada de una noticia terrible para Cortés: el gobernador Velázquez enviaba una nutrida expedición desde Cuba al mando de Pánfilo de Narváez para defender sus derechos. La guerra no sería con los indios por ahora. Cortés abandonaba Tenochtitlán. Allí quedaba Alvarado con ciento cuarenta hombres. Pronto, la guerra estallaría por los dos frentes.

De la derrota a la victoria final

La habilidad diplomática de Cortés y su estrategia bélica lograron una fácil victoria sobre el ejército de ochocientos hombres que trajo Pánfilo de Narváez por orden de Velázquez. Armas y hombres pasan al ejército de Cortés, que regresa a marcha forzada a México-Tenochtitlán: la rebelión había estallado.

Pedro de Alvarado, que según el cronista Solís era *mozo de gran espíritu y valor, hecho a obedecer con toda resolución, más nuevo en el mandar*, había perdido el control de la ciudad. Durante la ausencia de Cortés permitió a los indios realizar una gran fiesta religiosa en la plaza. El temor causado por el número impresionante de indios danzando frenéticamente o las fundadas sospechas que tenían los españoles de que, al acabar la fiesta, todos los indios caerían sobre ellos, decidió a Alvarado a acometer violentamente con todos sus hombres contra los danzantes y pueblo en general. La matanza fue terrible.

Cortés regresó en junio de 1520. Distinto fue este recibimiento al que le ofrecieron los indios unos meses antes. La ciudad estaba alzada, los mercados cerrados. El extremeño criticó severamente la actuación de Alvarado. Tras escuchar sus explicaciones, Cortés *le dijo muy enojado que era muy mal hecho y gran desatino*.

Para calmar los ánimos indígenas, Cortés decide utilizar la carta más importante —casi la única— que había tenido desde su entrada a México: Moctezuma. Le sacan a una azotea para que se dirija al pueblo. Pero una de las piedras que la masa lanzó contra los españoles le hirió gravemente, y a los pocos días murió. Apunta Bernal Díaz: *Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello viendo que tan bueno era*.

La rebelión indígena no se pudo sofocar. Ya tenía su cabeza visible en Cuitlahuac, sucesor de Moctezuma. Las peculiaridades de Tenochtitlán, construida sobre una laguna y comunicada a tierra firme por calzadas unidas por puentes hizo que la lucha se diera casa por casa, metro por metro. La superioridad numérica de los indígenas obligó a los españoles a abandonar la ciudad. El 10 de junio de 1520 pasó a la historia como la *Noche Triste*. Muertos y prisioneros españoles e indios aliados los hubo por cientos. El tesoro reunido en esos meses fue a parar al fondo del lago. Todo de momento, estaba perdido. Y dicen que Cortés se puso a llorar...

Ya fuera de la ciudad, en el poblado de Otumba, las huestes desmoralizadas de Cortés y sus aliados tlaxcaltecas y totonecas de Cempoala derrotaron a una nutrida tropa mexicana. Tras la euforia de la victoria, Tlaxcala ofrecerá reposo a los españoles. Cortés, después del reparador descanso, está decidido a tomar Tenochtitlán. El 26 de diciembre de 1520 comienza su camino hacia la capital acompañado por diez mil tlaxcaltecas y totonecas. Dura fue la llegada hasta la ciudad lacustre, a la que impone un cerco que duró ochenta y cinco días.

En Tenochtitlán el sucesor de Moctezuma había muerto de viruela antes de que regresaran los españoles. Le había sucedido el cacique Cuathémoc. Bajo su dirección, los aztecas ofrecen una resistencia casi sobrehumana. Otra vez se luchó metro por metro, casa por casa. Pero la resistencia llegó a su fin cuando Cuathémoc fue apresado un 13 de agosto de 1521. Cortés había triunfado. Podría enviarle a su emperador un riquísimo tesoro conseguido entre los restos humeantes de la ciudad. Eso bastaría para conseguir su ansiado título de gobernador, capitán general y justicia mayor.

Cortés mandó levantar el nuevo México sobre las ruinas de Tenochtitlán. Se consolidaba el poder español en la Nueva España. Cesarían los miles de sacrificios

humanos. La Cruz se erigiría sobre los antiguos templos sangrientos de Huitzilopochtli y Tezcalipoca. Los aztecas habían caído con honor, pero habían caído para siempre. No pudieron resistir a esos cientos de españoles con armas de fuego y caballos, y tampoco pudieron hacerlo contra esos diez mil hermanos de sangre, tlaxcaltecas y totonecas, que aprovecharon la circunstancia propicia para cobrarse cuentas pendientes. La República de Tlaxcala fue una ayuda esencial para el triunfo de Cortés y sus huestes. En este sentido no le falta algo de razón, por triste que parezca a algunos, a la irónica frase: «En México la conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles».

El Marqués del Valle

La ciudad de México se estaba reconstruyendo e iba tomando un aspecto cada vez más hispánico. Desde allí, enviadas por Cortés, saldrían varias expediciones conquistadoras y colonizadoras: Alvarado partía hacia el Sur, a Guatemala, Gonzalo de Sandoval a Pánuco, Cristóbal de Olid a Honduras. También se alcanzaron las costas del Mar del Sur.

Carlos V, para premiar los inmensos servicios prestados a la Corona por Cortés, le nombró gobernador, capitán general y justicia mayor de Nueva España. En consecuencia, Diego Velázquez se quedaría con las ganas.

La labor civilizadora y evangelizadora realizada bajo el gobierno cortesiano es digna de todo encomio. En 1523 llegaron tres frailes enviados por el emperador: fray Juan Tecto, fray Juan de Ayora y fray Pedro de Gante. Al año siguiente, doce franciscanos iniciaban su labor de conversión de almas. El gobernador facilitó todos los medios necesarios y enseñó con el ejemplo a reverenciar a los religiosos. Los indígenas se quedaron sorprendidos al ver que Cortés recibía de rodillas y descubierto a los buenos hijos de San Francisco.

Su iniciada labor socio-económica, con repartimientos de indios sometidos —no aliados— a los principales españoles, y la introducción de cultivos tuvo que interrumpirse abruptamente: Cristóbal de Olid, que se había trasladado en 1524 a las Hibueras —Honduras— se declaró en rebeldía. Cortés abandonó México para someterlo. Fue una decisión muy criticada: durante dos largos años se ausentó del gobierno, dejándolo a cargo de los funcionarios Estrada, Albornoz, Salazar y Chirinos. Si malhadada fue la expedición a Honduras, en medio de la cual da muerte injustificadamente a Cuathémoc, quien iba junto a él como cautivo, peores fueron las consecuencias de su ausencia de México: a Cortés se le dió por muerto, los que gobernaban en su nombre intentaron conseguir la gobernación, y se cometieron toda clase de atropellos contra los indígenas y los partidarios del extremeño. Cuando en 1526 Cortés regresó a México, los indios salían a los caminos para exteriorizar su júbilo: el conquistador era el único dique capaz de frenar los abusos de sus adláteres.

Al poco tiempo de que Cortés tomaba nuevamente las riendas del poder, llegaba de España el licenciado Luis Ponce de León para iniciarle el juicio de residencia. Las intrigas de los enemigos de Cortés en la corte habían hecho mella en el ánimo imperial.

Serias acusaciones pesaban contra su persona. Entre otras arbitrariedades, se le prohibió vivir en ciudad de México. El gobierno recayó en el tesorero Alonso de Estrada, mientras Cortés se trasladó a Tlaxcala.

El conquistador extremeño decide en 1528 allegarse a la península. El emperador Carlos V lo recibirá en Monzón y le dará muestras de verdadero afecto y agradecimiento. Le recompensará los servicios prestados con el título de Marqués del Valle, con señorío sobre veintitres mil vasallos, y le mantendrá en su cargo de capitán general. Pero el gobierno efectivo lo había perdido para siempre.

En diciembre de 1528 el gobierno de la Nueva España había pasado a manos de un cuerpo colegiado, la primera Audiencia, cuyo presidente fue Nuño de Guzmán, hombre cruel e inescrupuloso. Los abusos cometidos contra Cortés y sus enemigos, las cacerías de indios para venderlos como esclavos, el enfrentamiento con la Iglesia, decidieron a Carlos V a sustituir esta primera audiencia por otra integrada por gente de gran altura moral e intelectual, entre los que sobresale Vasco de Quiroga.

El marqués del Valle, mientras tanto, alentó empresas oceánicas en el Mar del Sur e impulsó la agricultura y la ganadería. En 1540 regresa a España. Allí acompañará al emperador en alguna expedición militar. El 2 de diciembre de 1547 fallecía en Castilleja de la Cuesta.

Cortés fue un gran hombre: amado por sus soldados y por sus aliados indígenas, fue respetado por sus enemigos españoles y por los aztecas. Tuvo defectos y cometió crueldades, pero no fue el sanguinario que algunos quieren ver en él. Siempre apostó por los medios pacíficos, y se lanzó a las armas como último recurso. Constancia, tenacidad, audacia sin par, fe vibrante, lealtad al emperador son virtudes que le adornan. Poseyó una conciencia clara del alto papel que le tocó desempeñar en la historia, y sentó las bases de la nueva nación mexicana. Nación no perfecta, pero sí más justa que el antiguo México de las culturas indígenas. La gran nación mestiza le debe aún reconocimiento y gratitud.

Tonatiu, el sol aventurero

Vuestra merced me hizo merced de la tenencia de esa ciudad, y yo la ayudé a ganar y la defendí cuando estaba dentro con el peligro y trabajo que vuestra merced sabe; y si hobiera ido en España, por lo que yo a su majestad he servido, me la confirmara y me hiciera más mercedes; hanme dicho que su majestad ha proveido y no me maravillo, pues que de mí no tiene noticia, y de esto nadie tiene la culpa sino vuestra merced, por no haber hecho relación a su majestad de lo que yo le he servido, pues me envió acá: suplico a vuestra merced le haga relación de quién soy yo, y lo que a su majestad he servido en estas partes, y donde ando, y lo que nuevamente le he conquistado, y la voluntad que tengo de le servir en lo que adelante, y cómo en su servicio me han lisiado de una pierna, y cuán poco sueldo hasta agora he ganado yo y estos hidalgos que en mi compañía andan, y el poco provecho que hasta agora se nos ha seguido. La carta está

fechada el 28 de julio de 1524 en la flamante ciudad de Santiago de Guatemala. La escribía Pedro de Alvarado, y estaba dirigida a Hernán Cortés.

Fue Alvarado una ayuda importante para Cortés en la conquista de México. Extremeño como él de nacimiento, había pasado a Indias en compañía de sus hermanos. Participó en la conquista de Cuba, y tomó parte activa en la expedición de Grijalva al Yucatán. La confianza que Cortés le tenía queda patente al encargarle la custodia de la ciudad de México mientras él se dirigía a la costa para vencer a Pánfilo de Narváez. Su impetuosidad, audacia y falta de tino también quedaron patentes cuando ordenó la masacre indígena en la plaza de México, origen de la posterior sublevación azteca. Es Alvarado el principal causante de la *Noche Triste*.

Sus virtudes militares, su arrojo, su espíritu aventurero hicieron que Cortés decidiera encargarle la conquista del Tututepeque —*al sur del país*— región que gozaba de buena fama aun en el propio México. *Tonatiu* —«el sol», como le llamaban los indios por su apuesta figura— emprendió su nueva misión con la compañía de ciento treinta caballeros y trescientos peones. Una vez más, los caballos causaron el pánico entre los aborígenes. En sólo siete meses Alvarado logró asentar el poder español en gran parte de lo que hoy son los territorios de Guatemala y El Salvador.

En la conquista de los reinos indígenas de Guatemala los españoles aprovecharon las rivalidades entre los distintos pueblos. Primero se sirvieron de la alianza con los cachiqueles para derrotar a los quichés. Cuando los cachiqueles se levantaron —por la torpe política de Alvarado de maltrato a sus indios aliados— los españoles acudieron a los quichés, con quienes fue fácil vencer a los sublevados. Alvarado dió indudables muestras de crueldad en sus guerras de conquista. Cuando vence a los quichés en Ututlán, dos de los reyes indígenas son quemados vivos. En la batalla dió muerte al capitán general quiché. Este episodio fue la base para la leyenda guatemalteca de Tecun-Umán, personificación de la resistencia indígena. Cuenta esta leyenda que en medio de la batalla de Ututlán, al verse herido de muerte, el capitán se transformó en pájaro Quetzal y rápidamente alzó el vuelo.

En julio de 1524, después de incursionar en tierras salvadoreñas, donde es herido en una pierna, Alvarado fundaba Santiago de los Caballeros de Guatemala, en las cercanías de volcanes calificados por el conquistador como *espantables*.

En 1527 Alvarado se dirigirá a España. Allí se casa bien, y obtiene, en reconocimiento de sus méritos, los títulos de Adelantado y Gobernador de Guatemala, y el hábito de caballero de Santiago. Pero no era hombre para cargos burocráticos. Su ambición le llevó a organizar una malhadada expedición al Perú en 1534, a la que lleva a gran parte de los españoles afincados en Guatemala y a un buen número de indígenas. Después de este fracaso regresa nuevamente a España. Ya viudo decide casarse con su cuñada, Beatriz de la Cueva, y consigue autorización para ir a la Especiería, en Oriente. En 1541 cuando se encontraba en la costa pacífica mexicana a punto de zarpar hacia Oriente, acude en ayuda del gobernador de Nueva Galicia para sofocar un levantamiento indígena. En la acción, rueda por un barranco. El fortuito accidente le costó la vida.

Guatemala no pudo organizarse seriamente mientras duró el gobierno de Alvarado, siempre inquieto en busca de aventuras más rentables. Tras su muerte, Beatriz de la Cueva, *la sin ventura* como ella misma se llamaba, es designada gobernadora. Santiago de los Caballeros será arrasada bajo su gobierno por la furia de los espantables volcanes. Era el primer *borra y va de nuevo*, tan frecuentes en la convulsionada historia centroamericana.

El caos centroamericano

La conquista comparte con otros períodos de la historia centroamericana una característica muy suya: la vitalidad, que a veces deriva en auténtico caos. En el territorio que hoy ocupan Nicaragua y Honduras confluyeron diversas huestes conquistadoras que procedían tanto del norte, de la Nueva España cortesiana, como del sur, del Istmo gobernado con mano de hierro por Pedrarias Dávila. El caso de Guatemala y El Salvador es más nítido, ya que la conquista de esos territorios, como hemos visto, fue debida fundamentalmente a una sola hueste, la de Don Pedro de Alvarado.

En 1520 Gil González Dávila había conseguido el permiso para explorar las costas del Pacífico y enrumbar hacia las Molucas. Cuando llega a Panamá con el piloto Andrés Niño, el gobernador Pedrarias pondrá dificultades a la empresa. Recién en 1522, y teniendo como socio al mismo Pedrarias, parten las naves de González Dávila. Recorrieron la costa pacífica y desembarcaron en tierras del cacique Nicarao. En este territorio consiguieron oro y bautizaron a un gran número de infieles. De regreso a Panamá, Don Gil logró burlar a Pedrarias, se embarca en el Atlántico rumbo a Santo Domingo, y desde allí le escribirá al rey pidiéndole la gobernación de Nicaragua.

En 1523 Pedrarias enviará otra expedición a esas tierras, al mando de Francisco Hernández de Córdoba. Le acompañaban, entre otros, Hernando de Soto y Sebastián de Benalcázar. Llegados al territorio nicaragüense, lleno de lagos y volcanes, fundarán tres villas: Bruselas, de vida efímera, Granada, y Santiago de León de los Caballeros de Nicaragua, centro de la colonización posterior de esas tierras.

Al año siguiente de que partiera la expedición de Hernández de Córdoba por el sur, llegaba a las Hibueras —actual territorio de Honduras— Cristóbal de Olid, enviado por Hernán Cortés. Cuando Olid pasó por Cuba se puso de acuerdo con el gobernador Diego de Velázquez para hacer a un lado a Cortés y repartirse las ganancias de la empresa. Al llegar a los oídos de Cortés la felonía de Olid, aprestará una expedición punitiva al mando de su primo, Francisco de Las Casas. Después, el mismo Cortés emprenderá el rumbo sur. Para complicar más las cosas, Gil González Dávila regresaba a Nicaragua para hacerse cargo de la gobernación recientemente conseguida.

Francisco Hernández de Córdoba enviará a Hernando de Soto para que se enfrente con González Dávila. Este último vence al futuro descubridor del Mississipi, e irá hacia Cristóbal de Olid. Las Casas ya había caído prisionero de Olid, y Gil González Dávila seguirá ese mismo camino. Ambos prisioneros fueron tratados de acuerdo a su rango. En

una noche de descuido, los dos caerán sobre Don Cristóbal y terminarán con su vida tras un proceso judicial. Corría el 16 de enero de 1526. Las Casas y González Dávila fundarían Trujillo y seguirían viaje hacia México.

Mientras esto sucedía en Honduras, Hernández de Córdoba intentaba entrar en negociaciones con Hernán Cortés, e iba urdiendo un plan para alzarse con la gobernación de Nicaragua. Enterado el gobernador Pedrarias de los pensamientos de infidelidad de su subordinado —la noticia había llegado a través de Hernando de Soto, quien habiendo sido tomado prisionero por Córdoba logró escapar y llegar a Panamá después de mil peripecias— decide hacerlo escarmentar. A él, al *Gran Justador*, al *resucitado*, nadie le iba a tomar el pelo. Pedrarias, *furor Domini* según Fray Bartolomé de Las Casas, se presenta en León, y dicta la sentencia de muerte: Francisco Hernández de Córdoba moriría degollado.

La muerte de Gil González Dávila, producida en España, allanó el camino para que Pedrarias se convirtiera en el gobernador de Nicaragua. En ese cargo murió en 1531, cuando contaba con noventa y un años de edad.

Honduras y Nicaragua corrieron la misma suerte que Guatemala: el caos inicial. Si en un sitio las locas iniciativas de Alvarado impidieron un gobierno estable, en el otro, la multitud de huestes entrecruzadas y los derechos dudosos de sus capitanes dejaron tras de sí poca obra perdurable. León, cuna de Rubén Darío, Trujillo y Granada aún se mantienen con vida, como igualmente sobrevivían, mientras esto escribíamos por primera vez, una multitud de huestes entrecruzadas. En la actualidad, la paz conseguida promete un futuro más digno para las repúblicas centroamericanas.

LOS BUSCADORES DE TESORO

Santa Marta, la primera

«Santa Marta con sus contornos, es crisol y hervidero de donde saldrán los descubridores de la Nueva Granada y Venezuela, de Panamá y el Perú. Punto de partida de Núñez de Balboa, de Pedrarias y Pizarro. Sus costas fueron divisadas en primer término por Juan de La Cosa y Américo Vespucci, es decir, por quienes le dieron contornos y nombre al continente. De Santa Marta salió Don Pedro de Heredia, el desnarigado, para fundar Cartagena. De Santa Marta, en fin arranca Jiménez de Quesada para descubrir y poblar el Nuevo Reino de Granada. Aventureros y santos, frailes litigantes y cronistas insignes, mujeres de sangre ardiente y soldados licenciosos, todo se da la mano en Santa Marta, y hay luchas del cura con el gobernador, del padre con el hijo, del capitán con el soldado, del hombre con la mujer, del padre con los amantes de sus hijas, todo condimentado con puñaladas, estocadas, excomuniones, arrebatos y traiciones, mientras los piratas europeos rondan por la costa y los indios, a la espalda, amenazan con guazabaras». Las anteriores palabras de Germán Arciniegas expresan con

vivos colores el destino de Santa Marta: ser la primera gobernación de América del Sur que fue colonizada y que contó con un asentamiento urbano que, aunque sufrió diversos avatares en su historia, perduró hasta la actualidad. Santa Marta es, además, foco de penetración hacia el interior del continente.

Bastidas estaba afincado en Santo Domingo cuando le llegan los papeles de la corte que le conceden la gobernación de Santa Marta. El rey tenía sumo interés en comenzar la colonización. Los territorios descubiertos eran cada vez más extensos y había que asegurar la posesión española de los mismos. La nueva gobernación comprendía ochenta leguas sobre la costa y se internaba por el continente sin límite alguno: las espaldas de la costa eran aún *terra ignota*.

Cinco barcos aderezó Bastidas. Debían acompañarle honrados vecinos de Santo Domingo, preferiblemente casados. Se trataba de colonizar Tierra Firme, dejando a un lado simples incursiones para hacer oro, rescatar perlas o capturar esclavos. Pero las circunstancias propias de La Española hicieron que se alistasen en la expedición todo tipo de personas, y no precisamente de las más recomendables. Por fin se hacen al mar Caribe y en pocos días avistan la Tierra Firme.

Como se recordará, ya había estado Bastidas por esas tierras y había mostrado en España, después de solucionar problemas pendientes con la justicia, los tesoros de perlas que había conseguido en su primera expedición. El 29 de julio de 1525 Rodrigo de Bastidas cumplía todas las escrupulosas ceremonias que el derecho prescribía para la fundación de la nueva ciudad de Santa Marta. Quiere imponer el orden desde un primer momento. Inicia una política de acercamiento con los indígenas, prohíbe a los españoles que cojan oro de los naturales, y les obliga a trabajar con sus manos. Pronto surge el complot. La oscuridad de la noche cubre las intenciones asesinas del teniente Villafuerte. Entran en la habitación del gobernador y le hieren con cinco puñaladas. El ruido despierta a los vecinos y los asesinos huyen. Al ser capturados serán sentenciados a muerte. Bastidas intenta regresar a Santo Domingo para reponerse en su salud, pero la muerte lo acechaba en Santiago de Cuba, a donde lo llevaron vientos contrarios.

El caos sobreviene a la incipiente colonia tras la desaparición de Bastidas. Hay luchas por la gobernación y se deshace la política de paz con los indios. La llegada de un nuevo gobernador nombrado por Carlos V, el pacífico García de Lerma, nada soluciona. Su carácter débil no era el más propicio para gobernar un territorio en ebullición. Los intentos evangelizadores de su primer obispo, Fray Tomás Ortiz, nada consiguen frente a unos indígenas levantados en armas como respuesta a los excesos de los españoles. En 1532 terminaba sus días en Santa Marta García de Lerma y lo reemplazaba el Doctor Rodrigo Infante, oidor de la audiencia de Santo Domingo. Habría que esperar casi cuatro años para que llegara el hombre adecuado para ese territorio: el gobernador Pedro Fernández de Lugo, a quien acompañaba como su teniente general el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, futuro fundador de Santa Fe de Bogotá.

Alemanes tropicales

Carlos I de España y V de Alemania había conseguido su corona imperial gracias a los oportunos préstamos de acaudalados banqueros alemanes. Los Fugger y los Welzer eran los más poderosos. Un miembro de esta última casa entroncará por un hábil matrimonio con la familia imperial y financiará las empresas de Carlos. En 1528 los factores de los Welzer en Santo Domingo, Ambrosio de Alfinger y Jorge Ehinger, solicitaron y consiguieron la gobernación de Venezuela. Alfinger fue nombrado gobernador.

Era la costa venezolana bastante conocida. Los viajes menores la recorrieron en su totalidad, y los ricos yacimientos perlíferos y la trata de esclavos indios ofrecían perspectivas interesantes desde el punto de vista económico. Juan de Ampués, factor de La Española, había mandado fundar Santa Ana de Coro en 1527. Cuando el 24 de febrero de 1529 Ambrosio de Alfinger llegaba a la pequeña villa, comenzaba el gobierno de los alemanes en las Indias. Ampués protestó ante lo que consideraba un atropello en sus derechos, pero nada pudo hacer: los Welzer eran más poderosos en el ánimo imperial.

Fue la ciudad de Coro el núcleo inicial de penetración hacia el interior del actual territorio venezolano. Los alemanes venían dispuestos a hacerse ricos fácilmente, y por eso organizaron continuas expediciones en busca de tesoros casi nunca hallados. Alfinger se dirigió hacia el oeste. Fundó el primitivo y efímero asiento de Maracaibo, y en una nueva expedición llegó hasta el río Magdalena, invadiendo jurisdicción del gobernador de Santa Marta. En su dificultoso retorno a Coro halló la muerte en medio de una batalla con los indígenas. El sitio fue bautizado «Valle de Micer Ambrosio».

Le sucedió en el gobierno Jorge Spira, quien contó con los servicios de su teniente general, Nicolás de Federmann. Spira no esperó mucho en Coro: organizó una alucinante expedición hacia el sur, cruzó pantanos y selvas, y se acercó al legendario río Meta. Este río aparecía lleno de riquezas en las fantasiosas mentes de los conquistadores, a causa de las erradas interpretaciones que Diego de Ordáz, antiguo capitán de Cortés, dio a las noticias que escuchó de los indios en una expedición que organizó por el Orinoco unos pocos años antes. El intento de Ordáz fue un fracaso, y varios de sus hombres se perdieron en un naufragio. Los indios dieron noticias a Spira de la existencia de españoles internados en la selva, quienes *casándose con indias de aquel país, tenían en ellas muchos hijos*. Algunos soldados quisieron ir en su busca, pensando que se trataba de los hombres de Ordáz, pero Spira, cansado de luchar contra los indios y las selvas pantanosas, decide regresar a Coro con las manos vacías y con menos de un tercio de los hombres que habían salido con él dos años antes. Poco tiempo después, Spira moría.

Federmann también realizaría incursiones por territorios desconocidos para los europeos. La más famosa de sus tres expediciones es la que, habiendo salido del Cabo de la Vela, en la costa atlántica, le llevó al afamado reino de los Chibchas. Pero llegará tarde: Jiménez de Quesada ya había fundado Bogotá. El encuentro en la sabana bogotana de Federmann, Benalcázar y Jiménez de Quesada es casi irreal, teatral diríamos. Federmann acompañará a los dos conquistadores españoles a la corte para allí dirimir disputas territoriales. Nunca más buscaría fantásticos tesoros: la muerte le sorprendería poco tiempo después.

Si osadas fueron las expediciones de Alfinger, Spira y Federmann, más increíble aún resulta el intento de Felipe de Hutten por alcanzar Eldorado, mito que ya había hecho enloquecer a más de una cabeza aventurera. El teutón seguirá los pasos de Hernando Pérez de Quesada, hermano del fundador de Bogotá, y se internará por cordilleras y selvas inexpugnables. Según las crónicas, llegó hasta el reino de los Omaguas, de quien también tuvo conocimiento Orellana en su travesía amazónica. Al regresar a Coro en busca de refuerzos para someter a aquel reino indígena que suponía lleno de oro, encuentra la muerte de manos de Juan de Carvajal, quien se había apropiado del gobierno. En 1545 el emperador nombraba gobernador a Pérez de Tolosa: Carvajal moría ajusticiado por la nueva autoridad, y los Welzer se olvidaban de sus míticos tesoros. Se abría en Venezuela la época de los funcionarios reales y con ella la cadena de fundaciones: Barquisimeto en 1552, Valencia en 1553, Caracas en 1567, Maracaibo en 1569.

En los 18 años de gobierno de los alemanes no hubo fundaciones ni colonización. Sólo sed de oro. Un historiador del siglo XVII, Juan de Oviedo y Baños, resume así la labor de los Welzer en Venezuela: *como los alemanes vieron sin amor (a Venezuela), considerándola como una cosa prestada, ni atendieron a su conservación, ni procuraron su aumento, pues sólo tiraron a aprovecharse mientras duraba la ocasión, sin reparar en que los medios de que se valían para disfrutarla fuesen o no los más eficaces para destruirla, pues sin hacer asiento en parte alguna ni poblar en tan hermosos países como descubrieron llevándolo todo a sangre y fuego, no dejaron cosa que como fieras desatadas no asolaron*.

En busca de Eldorado

Mil quinientos hombres arribaban a Santa Marta en 1535. En una de las naves venía Don Pedro Fernández de Lugo, el nuevo gobernador. Sus ancestros habían conquistado las islas Canarias, y él mismo había gobernado en Tenerife y Las Palmas. Le acompañaba el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada como Justicia Mayor.

Lo lucido de la expedición contrastaba vivamente con la pobreza con que se sobrevivía en Santa Marta. La pequeña población de bohíos no podía albergar a tan crecido número de gentes. Pronto, como había sucedido en Santa María la Antigua a la llegada de Pedrarias Dávila, se hacen necesarias las *entradas* para rescatar tesoros de los indios y liberar de esta manera a Santa Marta del exceso de población, aunque una epidemia de disentería se ocuparía eficazmente de ello. En una de esas entradas, Alonso Fernández de Lugo, hijo del gobernador, encontró oro en la comarca de los taironas. Regresó a España llevándose su botín sin rendir cuentas a su padre, a quien traicionó vilmente.

En abril de 1536 salía de Santa Marta una expedición muy numerosa. Aproximadamente seiscientos hombres de a pie y setenta caballeros seguían a Gonzalo Jiménez de Quesada, recientemente nombrado Teniente General. Doscientos hombres

más irían por mar. La meta: reconocer los orígenes del río Magdalena, recorriendo su larga trayectoria desde la desembocadura en el Caribe hasta sus nacientes tierra adentro.

No era Don Gonzalo un improvisado. Frisaba los 35 años, era natural de Córdoba y abogado de profesión. No le había ido bien en sus pleitos, y piensa en las Indias como solución a sus problemas peninsulares. Ahora, al frente de la expedición, se abría ante sus ojos un embriagante mundo tropical, muy distinto a sus oriundas tierras andaluzas.

Las penalidades que pasó la tropa en su travesía son casi inefables: ciénagas, pantanos, ataques de indios, lagartos y jaguares al acecho, enfermedades, etc. La muerte, compañera inseparable de las huestes conquistadoras, cobraría cara su cuenta con el Licenciado. De los siete barcos que salieron de Santa Marta, sólo dos llegaron a la cita acordada con los que venían por tierra. Los cinco restantes encallaron o se los tragaron las aguas caribeñas. ¿Y los de tierra? Llegados a Tamalameque, donde se encuentran con los dos bergantines sobrevivientes a la odisea, son muchos los enfermos que no quieren seguir adelante. Allí Quesada manda hacer nuevas incursiones para descubrir *el secreto de la tierra*. El capitán San Martín encuentra indios con mantas de algodón y panes de sal. Los indicios de una cultura superior, similar a las que se encontraron Cortés o Pizarro —indicios que lo son también de incalculables tesoros reales o ficticios— entusiasman al abogado andaluz. Ni lerdo ni perezoso, Quesada subirá la sierra de Opón. Dejará atrás los calores, las fieras, las humedades, y los enfermos, que regresarían a Santa Marta en un bergantín. De los doscientos que intentan el regreso, sólo veinte alcanzarán su meta...

Don Gonzalo quedaba con sólo ciento setenta hombres. Después de entrar en contacto con los indios de la sierra —asustados por los caballos y las barbas de los intrusos— Jiménez de Quesada tomará una determinación que ya iba siendo costumbre en la conquista: liberarse de la subordinación del gobernador que le había mandado a descubrir. Los soldados eligen a Don Gonzalo como su capitán general, *sin faltar a la obligación de fieles vasallos de su majestad*. Y escribe Piedrahita que esta decisión «libre» de sus soldados la *aceptó con gusto, dando las gracias de la buena voluntad que demostraba tenerle*. Poco le importaría a Fernández de Lugo la insubordinación de su Teniente General: el 15 de octubre de 1536 le sorprendería la muerte en Santa Marta.

El «capitán de alzados», como le llama Arciniegas, estaba a punto de emprender la conquista del país de los chibchas, aquel pueblo cuyo rey se revestía de polvo de oro y se sumergía en una laguna sagrada a la que botaba tesoros de oro y esmeraldas. Por lo menos eso era lo que se decía...

El triple encuentro

Los chibchas habían alcanzado un grado de civilización bastante notable. Pueblos pacíficos, dedicados fundamentalmente a la agricultura y a la alfarería, no habían logrado en el siglo XVI la unidad política. Dos tribus se estaban disputando la hegemonía cuando Quesada subía por la cordillera. Al frente de ellas se hallaban el *Zipa*

de Bogotá y el *Zaque* de Tunja. No eran extremadamente ricos: el oro que poseían lo habían adquirido por el comercio con tribus de las tierras bajas. Entregaban panes de sal y recibían tejuelos de oro. En Somondoco había unas piedrecitas verdes que llamaron la atención de los españoles: eran esmeraldas.

Las huestes de Quesada aprovecharon las rivalidades internas de los chibchas para vencerles con facilidad. Los de Tunja les dicen que en Bogotá es donde están las mayores riquezas. Quesada irá sometiendo a los pueblos por donde pasa. Pero el Zipa Tisquesusa le juega a las escondidas. Cuando lo encuentran, un soldado apresurado lo mata. No encuentran tesoros. Sigue la búsqueda del sucesor del zipa, Sacresaxigua, sobrino de Tisquesusa. Después de mucho merodear, Quesada da con su paradero. Lo toma prisionero. Le hace el requerimiento: le explica que debe adorar al Dios verdadero y someterse al Emperador Carlos. El zipa replica que si lo que quiere es oro y esmeraldas, en cuarenta días llenará la mitad de una amplia habitación que allí se encontraba. Brillan los ojos de Quesada, recordando acaso las escenas de Cajamarca. El cordobés acepta.

Pasan los días y se cumple el plazo. ¡La pieza estaba vacía! Sacresaxigua, riéndose en su interior, le echa la culpa a indios enemigos, quienes son prendidos, torturados y matados por los españoles, puesto que no hablan. Otro ardid tramará el chibcha: pide que le dejen a él mismo ir a buscar el tesoro de su tío. Acceden los españoles y le acompañan llevándolo con una soga al cuello. El zipa intentará suicidarse, pero todo es vano. Engañados, los españoles comienzan a torturar al zipa para que hable, pero Sacresaxigua no habla, y se muere. Escribe Arciniegas: «Cuatro siglos más habrán de pasar y todavía seguirán buscando el tesoro de Sacresaxigua».

A pesar de este fracaso de Quesada, no se puede quejar del oro y las esmeraldas que ha recogido en sus andanzas. Decide fundar una ciudad para asentar el poder español. Escoge el sitio a donde se recogía el zipa de Bogotá en las épocas de lluvia. Al pie de dos cerros, junto a una sabana, Gonzalo Jiménez de Quesada corta ramas; el escribano toma nota. El 6 de agosto de 1538, el Padre Domingo de las Casas, primo de Bartolomé, celebraba la Santa Misa en la recién fundada ciudad de Nueva Granada, rebautizada después como Santa Fe, nombre al que se le añadiría en poco tiempo el genitivo *de Bogotá*.

1539 había iniciado su curso. Un capitán desterrado por Quesada, Lázaro Fonte, hace llegar a Santa Fe la noticia de que por el oriente se acercaba una expedición de españoles al mando del alemán Federmann. Eran cientosesenta y tres hombres, como los que tenía Quesada. Venían famélicos y demacrados. Contemporáneamente, suben los rumores desde el valle del Magdalena: otra fuerza española estaba allí acantonada. Hernán Pérez, hermano de Don Gonzalo, va al encuentro de los intrusos. Era la tropa de Benalcázar, que subía desde Quito. Sus tropas bien alimentadas y vestidas, sumaban ciento sesenta y tres hombres también. Poco después llegaba a Santa Fe el fundador de Quito, Cali y Popayán.

Mil pensamientos pasan por la mente del cordobés. ¿Guerra o paz? ¿Entendimiento amistoso o desenvaine de sables? Los capellanes de las tres tropas logran el acuerdo: los

dos españoles y el alemán irían a España para defender sus respectivos derechos. Mientras tanto, Hernán Pérez de Quesada gobernaría en Santa Fe. Los tres conquistadores, fraternalmente, bajaron por el Magdalena, arribaron a Cartagena —fundada por Heredia en 1535—, y en julio de 1539 llegaban a Sanlúcar de Barrameda.

Hernán Pérez de Quesada saldría en quimérica expedición a los llanos, en busca de Eldorado no hallado. El alemán Felipe de Hutten, desde Coro, le iría pisando los talones. El gobernador de Santa Marta se dirigía a Santa Fe para hacer valer sus supuestos derechos. Quesada, Benalcázar y Federmann atravesaban tierra andaluza. Iban a ver al Emperador en cuyos dominios ya no se ponía el sol.

Don Quijote de las Indias

Gonzalo Jiménez de Quesada se encuentra en la corte. Había conquistado una esmeralda para el imperio de Carlos V: el Nuevo Reino de Granada. Pero poco caso harán de él. No se podía olvidar que era capitán de alzados. Más derecho, según los funcionarios, tenía Don Alonso Fernández de Lugo, el hijo ladrón de Don Pedro. El vil Alonso conseguirá la gobernación que se le niega a Don Gonzalo. Es más, llegan desde Santa Marta y desde Santa Fe denuncias en contra suya. Que ha maltratado a los indígenas. Que ha defraudado al tesoro real. Que ha castigado injustamente a sus subordinados. Que... La justicia persigue a Jiménez de Quesada. Huye a Francia. Sus bolsillos van llenos de oro y esmeraldas. En el reino de Francisco I gasta en juergas y en mala vida. Pasa a Italia. Roma, Nápoles. Su honor de español se subleva al ver que sus compatriotas no son queridos en esas tierras. «Envidia», pensará el cordobés. De Italia cruza por mar a Portugal. Ya pasaron varios años y es hora de regresar a Castilla. Con el tiempo las deudas con la justicia se olvidan.

En España va a pedir un título. Le conceden el de Mariscal. Con él regresa a Indias. Mediaba el siglo XVI. El Santa Fe de 1550 era distinto al que él había dejado. Se había quedado atrás el fragor de la conquista y se entraba en el sopor de la vida colonial. Don Gonzalo también había cambiado. Había perdido su oro en Europa. Sólo le quedaban los tributos de su encomienda. Había madurado. Sus largas horas bogotanas las pasará leyendo y escribiendo. Surgía del fondo de su alma los remordimientos del buen cristiano arrepentido. *Redactará unas Indicaciones para el buen gobierno de Nueva Granada*. El torturador de Sacresaxigua defendía el buen trato a los indígenas, denunciaba el poco celo de los sacerdotes por la evangelización, pedía la erección de iglesias y conventos de frailes, exigía la reducción de los tributos, dando él mismo ejemplo al aplicar esta medida en su encomienda.

Y el buen cristiano se daba la mano con el vasallo leal. Escribió una larga defensa del Emperador Carlos V —el mismo que tan poco caso había hecho de Don Gonzalo— y de la nación española. Y muchos libros más saldrán de la pluma de este caballero de las armas y de las letras.

Su cambio era sincero. No busca pelea con las autoridades arbitrarias del Nuevo Reino. Obedecerá sumisamente. Y cuando le llamen para algún servicio, acudirá presto. El bueno de Don Gonzalo tomará parte en el Sínodo de Santa Fe, y ¡hasta escribirá unos sermones en honor de la Santísima Virgen!

Cuando llegan al Nuevo Reino las noticias de la sublevación de Lope de Aguirre, todos los ojos se dirigen al viejo Mariscal: él tendría que marchar al frente del ejército que derrotaría al tirano. Resurgen los ánimos aletargados de Santa Fe, pero todo caerá en el vacío: Lope de Aguirre colgaba ya de una soga atada al cuello. Sin embargo, el Mariscal quería salir de campaña. En su imaginación rondaba aún el mito de Eldorado. En 1568 le llega la autorización para dirigir una expedición hacia los llanos. Quinientos hombres salen de Santa Fe. Las lluvias, los mosquitos, las serpientes, diezman la tropa. Poco a poco, los soldados van desertando. Tres años pasan en la aventura. Al fin, Don Gonzalo decide regresar. Gastaba sus setenta años. El viejo conquistador llegó a Bogotá acompañado por sólo veinticinco hombres, sus más fieles amigos. Aún le quedaría vida a Jiménez de Quesada para someter una sublevación indígena en las inmediaciones de Mariquita. Allí, en febrero de 1579, a los ochenta y un años, dijo sus últimas palabras: *Espero en la resurrección de los muertos*. Y expiró.

Miguel de Cervantes se casa con Catalina de Salazar, pariente de los Quesada. Coincide en la corte muy probablemente con Don Antonio de Berrío, sobrino político de Don Gonzalo y heredero de las capitulaciones para buscar Eldorado. Y pasarán por su cabeza de novelista genial las historias de Don Gonzalo Jiménez de Quesada, o Quijada, o Quijano, *y al cabo se vino a llamar Don Quijote, de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quieren decir*.

Escribe Germán Arciniegas en su magnífico libro *El caballero del Dorado*: «Lágrimas de ternura brotarán desde los abismos de la eternidad de los ojos del fundador de Nueva Granada, al ver los descalabros de su hijo Don Quijote».

LA CONQUISTA DE TAHUANTINSUYO

El porquero de Trujillo

Hacia 1478, en la extremeña ciudad de Trujillo, veía la luz por vez primera Francisco Pizarro, signado desde su nacimiento por la afrenta de la ilegitimidad. Su padre era un hidalgo que había servido a los Reyes Católicos; su madre, una mujer del común, hija de un ropavejero. Los cronistas afirman que en su juventud Francisco criaba cerdos. No sabemos a ciencia cierta si se dedicaba a esa actividad, pero lo que no cabe duda es su origen humilde. Su condición de analfabeto lo atestigua. Ya había pasado su primera juventud —tenía veinticuatro años— cuando cruzó el Mar del Norte. Era uno más entre

los dos mil quinientos españoles que acompañaban a Nicolás de Ovando a Santo Domingo. En América, Francisco tentaría mejor suerte.

De la isla caribeña, foco de la colonización española en Indias, Pizarro saltará al continente con la expedición de Alonso de Ojeda. Ya había adquirido fama de hombre práctico y con capacidad de mando. Quedará a cargo del villorrio de San Sebastián de Urabá cuando Ojeda regrese a la Española para nunca más volver. Tomará parte en la fundación de Santa María la Antigua, estará con Balboa en el descubrimiento del Mar del Sur, acompañará a Pedrarias cuando funde Panamá. Para esa época ya había adquirido cierto poder económico y un no pequeño prestigio entre los conquistadores del Istmo.

Pascual de Andagoya surca los mares. Recorre parte del litoral pacífico colombiano hasta el río San Juan. A su regreso a Panamá, confirma las noticias que ya se tenían sobre la existencia de un rico imperio más al sur. El instinto, la ambición, la necesidad de hacer algo grande en la vida —frisaba por entonces los 50 años— le dicen a Don Francisco que su destino está allá, en el sur, y no en el norte del Istmo, en donde Pedrarias cifraba todas sus esperanzas de mayor poder y riquezas.

Un soldado manchego, Diego de Almagro, un clérigo, Hernando de Luque, y Pizarro forman una compañía para organizar una expedición por el mar de Vasco Núñez de Balboa. Los tres ponen su dinero —aunque parece que Luque fue sólo personero de Gaspar de Espinosa— y entre los tres se repartirían las ganancias de la empresa.

Corre noviembre de 1524. Dos barcos se adentran en el océano. Allí las aguas del Pacífico son traicioneras: se cruzan corrientes, hay tormentas, y, otras veces, calmas insoportables. Pizarro se acerca a las costas colombianas. Desembarcan. Sólo encuentran padecimientos, hambre, sed. Francisco es herido en una refriega con los indios. «Puerto de Hambre» bautizan al primer lugar de desembarco. A Diego de Almagro, que iba en la otra nave, tampoco le va bien. Es herido en un ojo en otro enfrentamiento con los indígenas. Regresan a Panamá dispuestos a volver a insistir. «Todo lo que cuesta vale», se dirían los capitanes españoles.

Pedrarias está empeñado en sofocar la rebelión que había surgido en Nicaragua al mando de Hernández de Córdoba. Necesita gente para la campaña. A regañadientes, vende por 1.000 pesos oro su derecho a participar en la segunda intentona, y da el permiso para que salga otra expedición.

Ciento sesenta hombres en dos embarcaciones se lanzaban nuevamente al Mar del Sur. Iban piloteados por el experto navegante de Palos, Bartolomé Ruiz. El desembarco de Pizarro en río San Juan tiene consecuencias desastrosas: enfermedades y hambre que les ponen al borde de la muerte. Ruiz, en cambio, recorre las costas hacia el sur. Llega hasta Esmeraldas. En alta mar encuentra balsas con indios peruanos que transportaban artículos de oro y ricas telas. Ruiz regresará donde Pizarro, con balsas e indios que les cercioran de la cercanía del País del Oro. En ésas llega Almagro desde Panamá. Trae nuevos hombres con el estómago lleno. Los dos capitanes emprenden el viaje hacia el sur. En Atacames libran un duro combate con los naturales. La hueste española, reclutada entre los desafortunados de Panamá, se desmoraliza. Se decide que Pizarro se

quede con parte de los hombres en algún lugar seguro, mientras que Almagro regresaría a Panamá con el oro recogido: no existía mejor anzuelo para pescar nuevos voluntarios. Pizarro se quedaba en la Isla del Gallo, sitio inhóspito y desolado, frente a las costas de Colombia. Allí esperaría los refuerzos. Pocos le ganarían en su tenacidad. Y el aparente sepulcro isleño se convertiría en catapulta para la gloria.

Los Trece de la Fama

Poco éxito tiene Almagro en Panamá. Cartas puestas subrepticiamente por los que se quedaron en la Isla del Gallo difaman a Pizarro. El reemplazante de Pedrarias, el gobernador Pedro de los Ríos, enviará dos barcos al mando de Juan de Tafur para recoger a los hombres de Pizarro y dar por terminada la expedición. Cuando lleguen los barcos desde Panamá, sus tripulantes verán el triste espectáculo de unos hombres moribundos, con la piel cubierta de pústulas, semidesnudos.

Pizarro no cederá fácilmente. Da a elegir a sus hombres entre Tafur y él. El gesto es por demás drámatico, y manifiesta la grandeza de alma del trujillano. Traza una línea en la tierra arenosa y dice: *Aquí está Perú con su riqueza, allá Panamá con su miseria. Que cada cual elija según corresponde a un castellano denodado. Por mi parte, yo marcho al Sur*. Dio un paso adelante y traspasó la línea. Trece hombres la cruzan con él. Bien dice Hammond Innes: «Pizarro en este momento de su historia adquiere rasgos de figura indomable, extraordinaria: en la arena del litoral de la isla, con su vestido andrajoso y su espada desenvainada, contempla los dos barcos que parten, los navíos que hubieran podido conducirlo a Panamá, al olvido histórico. Algo mucho más grande que el apetito de oro —la voluntad de poder, quizás el sentido de energía y habilidad frustrados, una vida malgastada y sin embargo al borde del cumplimiento— le impulsaba en aquel instante».

La resolución adoptada por Pizarro convence al gobernador Pedro de los Ríos: enviaría un barco capitaneado por Bartolomé Ruiz, quien había llegado desde la Isla del Gallo. Ruiz recoge a Pizarro y sus aguerridos compañeros en la isla de Gorgona —se habían trasladado allí por ser más hospitalaria esta segunda isla— y recorren el litoral pacífico sudamericano. Avistan la Punta de Santa Elena, se adentran en el golfo de Guayaquil, reconocen las costas de la isla Puná y, al fin, entran en la bahía de Túmbez.

Los españoles ya tenían noticias por los indios capturados por Bartolomé Ruiz acerca de los tesoros de esta ciudad. Alonso de Molina entrará en Túmbez y relatará, maravillado, las riquezas que vio. Pedro de Candía, originario de Creta, es el segundo en entrar y confirma las palabras de Molina. Pizarro mismo quería verificar estos informes, y al desembarcar comprobó que había un templo enchapado en oro y plata, que las bandejas que utilizaban los indios para servirles la comida eran de metal precioso. Los indios estaban aún sorprendidos de tan extraños visitantes, y les atendieron servicialmente. Pizarro no perdió la oportunidad en sus entrevistas con los jefes incas de

explicarles acerca del poder de su Emperador Carlos y de las principales verdades de la fe cristiana.

La nave española sigue recorriendo las costas de América del Sur. Llegarán hasta la desembocadura del río Santa. Pero era ya mucha la distancia recorrida, y deciden regresar. Mediaba 1528 cuando el barco llegaba a Panamá. Exultaba Pizarro mostrando los tesoros traídos de Túmbez y los animales exóticos allí recogidos. Sin embargo, los de Panamá se muestran reticentes cuando les propone la conquista del Imperio del sol. Eso ya era demasiado...

Pizarro decide ir a ver al rey y capitular con él. Pedro de los Ríos no se lo impide. El de Trujillo iría en representación de Almagro y Luque. Cuando llegue a la Península Ibérica deberá sufrir prisión por una deuda pendiente con el Bachiller Fernández de Enciso. Oportunas gestiones le sacan de la cárcel. En Toledo logra el visto bueno de la Corte. El 26 de julio de 1529 el analfabeto porquero de Trujillo lograba las capitulaciones por las que se le nombraba Gobernador, Adelantado y Alguacil Mayor de Nueva Castilla. Almagro había sido premiado con el título de hidalgo y con el nombramiento de alcaide de la fortaleza de Túmbez. Luque sería obispo, Pedro de Candía Artillero Mayor del Perú, Bartolomé Ruiz Piloto Mayor del Mar Austral, y los Trece de la Fama —los de la isla del Gallo— serían hidalgos, o, si ya lo fueran, Caballeros de la Espuela Dorada.

Antes de regresar a Indias Pizarro pasa por su Trujillo natal. Allí contagiará su entusiasmo a sus hermanos Hernando —único hijo legítimo y el mayor de ellos—, Juan, Gonzalo, y a Francisco Martín de Alcántara, hermano materno. Todos cruzarían el océano con otros paisanos extremeños. Almagro esperaba en Panamá. Mientras tanto, la guerra civil desangraba el Imperio del Sol.

El camino de Cajamarca

Tres barcos partían en enero de 1531 de Panamá. Pizarro había tenido que salvar muchas dificultades. La primera, el enojo de Almagro al comparar los inmensos títulos que había conseguido para sí Don Francisco, y los magros que él cosechaba. A esto se sumaba la natural antipatía que surgió entre Almagro y Hernando, el soberbio hermano de Pizarro. También fue difícil la recluta de soldados. En las capitulaciones se exigía formar una hueste de doscientos cincuenta hombres. Sólo ciento ochenta se hicieron a la mar.

En las actuales costas ecuatorianas encuentran esmeraldas, aunque harán poco caso de ellas. Parte de la expedición, con Pizarro a la cabeza —Almagro permanecía en Panamá — siguen por tierra hasta el Golfo de Guayaquil. La marcha es dura y algunos sucumben ante las enfermedades que producen úlceras en la piel de los españoles. En balsas, los sobrevivientes pasan a la isla Puná. Allí reciben los refuerzos —treinta hombres— que trae Sebastián de Benalcázar, procedente de Nicaragua. Y cuando más lo necesitaban, ya que los indómitos punáes se levantaron en armas al ver que Pizarro recibía

amigablemente a los indios de Túmbez, sus más odiados enemigos, llegaban a la Puná cien hombres más con algunos caballos. Era lo que aportaba Hernando de Soto a la expedición.

Después de una rápida evacuación de la isla, los españoles llegaban a Túmbez. Había sido la primera ciudad del imperio que habían conocido. Pero cuando entran —algunos lo hacían por segunda vez— quedaba sólo el recuerdo de las riquezas pasadas. La guerra civil que se había librado recientemente entre los hijos de Huayna Cápac había dejado su huella devastadora en la ciudad. Sólo quedaban en pie la fortaleza, el templo y las casas más sólidas.

Pizarro decide internarse en el país. La marcha, al principio, fue sencilla. Los indios que encontró a su paso se sometieron fácilmente y les proporcionaron alimento en abundancia. En junio de 1532 levantaba las bases de un primer asentamiento español estable: San Miguel de Tangarará, que pronto se trasladará a orillas del río Piura, cambiando su nombre por el actual de San Miguel de Piura. En la villa quedará una pequeña guarnición. Pizarro, sin esperar a los refuerzos que tenían que llegar desde Panamá con Almagro, quiere seguir camino. Ciento diez peones y sesenta y siete caballeros era toda la fuerza del trujillano. Caballos y armas de fuego harían de las suyas, pero eran insignificantes para conquistar el Imperio del Sol. La temeridad de Don Francisco se daba la mano con su tenacidad.

El camino desde San Miguel hasta Cajamarca presentaba serias dificultades. Dos meses emplearon en llegar al campamento del Inca. Después de abandonar la costa había que subir la sierra. El frío de los páramos helados, la agobiante soledad de las alturas, el temor a lo desconocido, todo se confabulaba para desmoralizar a la tropa. Los indios no plantearon grandes obstáculos. Y como Moctezuma con Cortés, Atahualpa envía embajadores a los hombres blancos.

Otra vez la historia nos enfrenta a un enigma: el del alma de Atahualpa. Pudo haber destruido a la pequeña fuerza hispana que se acercaba por entre las cumbres andinas. Desconociendo el terreno, aturdidos por los cuatro o cinco mil metros de altura por donde deambulaban, hubieran sido presa fácil del ejército del Inca. Pero Atahualpa no actúa. Espera que se acerquen los hombres blancos. Garcilaso de la Vega, hijo de español e inca, da una posible explicación. Le atribuye a Huayna Cápac estas palabras, pronunciadas en su lecho de muerte: *Nuestro padre el Sol nos reveló, hace mucho tiempo, que seríamos doce Incas, sus propios hijos, a reinar en esta tierra. Y que luego llegarían gentes desconocidas, que, tras lograr la victoria, subyugarían nuestros reinos y otras muchas tierras. Creo que las gentes que recalaron recientemente en nuestras costas son aquellas a quienes él se refería. Son hombres fuertes, poderosos, que nos aventajan en todo. El reinado de los doce Incas concluye con el mío. Puedo por tanto aseguraros que esas gentes volverán a no tardar, en cuanto yo os haya dejado; y con ello se cumplirá la predicción de nuestro padre el Sol. Conquistarán nuestro Imperio e iniciarán su total dominio sobre el mismo. Os ordeno obedecerles y servirles, como debe servirse a quienes son superiores en todo. Porque sus leyes son mejores que las*

nuestras, y sus armas son más poderosas que las nuestras. Quedad en paz. Mi padre el Sol me llama a su lado, y yo debo ahora cumplir su voluntad.

La pasividad de Atahualpa manifestaba resignación y el fatalismo indígena reaparecía. Pizarro ya avistaba Cajamarca.

Atahualpa

Atahualpa había salido victorioso de la guerra civil que se desató en el *Tahuantinsuyo* —«las cuatro partes del mundo», como llamaban los incas a su imperio— cuando murió Huayna Cápac sin dejar clara la sucesión. Huáscar, el derrotado, gozaba de más derechos que su hermano Atahualpa. El primero era hijo del Inca y de la Coya, es decir de la hermana de su padre, esposa oficial de Huayna Cápac. Atahualpa había nacido de los amores del Inca con una princesa quiteña, Pacha. El heredero legítimo era Huáscar, pero las circunstancias políticas favorecieron a Atahualpa. El había vivido con su padre en el norte, y era el preferido de los grandes capitanes y nobles del Imperio. Aunque se caiga en simplificaciones, cabría decir que el norte —Quito— respondió a Atahualpa, y el sur —Cuzco, capital del Imperio—, a Huáscar. Las armas le dieron la victoria a Atahualpa, y cuando Pizarro llegue a Cajamarca será el único titular del incario.

Garcilaso de la Vega nos ha dejado un vivo retrato del Inca: *salió de buen entendimiento y agudo ingenio, astuto, sagaz, mañoso y cauteloso, y para la guerra belicoso y animoso; gentil hombre de cuerpo y hermoso de rostro, por las dotes del cuerpo y del ánimo lo amó su padre tiernamente, y siempre lo traía consigo*. Los españoles pudieron comprobar, además, la extrema dureza con que trató a los vencidos. Sació su sed de venganza con el *ayllu* o familiares de su hermanastro, y no tuvo piedad con quienes contestaron su poder, como fue el caso de los cañaris.

Atahualpa sentiría viva curiosidad por conocer a esos hombres blancos y barbados que decían servir a un emperador más poderoso que él y que predicaban a un Dios crucificado. De momento, cede los palacios de Cajamarca, construidos con noble cantería, a los españoles, mientras que él esperaba a poca distancia, en unos baños termales, junto a un ejército de decenas de miles de soldados.

Al ver que nadie se acercaba a los españoles, Pizarro decide enviar a Hernando de Soto para que invitase al Inca a visitarle. Soto va al campamento indígena y encuentra a Atahualpa sentado a la puerta de su alojamiento, rodeado de sus allegados. Todos sus gestos y posturas denotaban dignidad. Sobre todo llamaba la atención su imperturbabilidad. Soto hace caracolear a su caballo. Lo para en dos patas. Lo arrodilla casi a las narices del Inca. Galopa frenéticamente de aquí para allá. Pero Atahualpa ni se inmuta, o por lo menos no manifiesta ningún sentimiento.

Hernando Pizarro, Sebastián de Benalcázar y otros veinte jinetes habían salido de Cajamarca atrás de Soto. El hermano del Gobernador logra arrancar las primeras palabras al Inca: son de queja por algunos malos tratos sufridos por los indios. Después

de intercambiar algunas frases y de ser bien agasajados, los españoles se retiran con la promesa de la visita de Atahualpa para el día siguiente.

Recién en la tarde de la otra jornada comienza el traslado del imponente campamento indígena hacia Cajamarca. Llegado a medio kilómetro del real donde se apostaban los españoles, Atahualpa decide esperar allí hasta la mañana del siguiente día. Pizarro insiste en que vaya esa misma noche a su encuentro. Inexplicablemente, Atahualpa accede. Iba derecho a su fin.

Entre los españoles reinaba una gran inquietud, por no decir miedo. Sus fuerzas eran insignificantes comparadas con las decenas de miles de indios. Pizarro había dispuesto todo para apresar a Atahualpa. La vida de los españoles dependería de lo que sucediera en la plaza de Cajamarca. «Ahora o nunca...» pensaría el trujillano. La noche anterior se había celebrado una Misa, y todos cantaron un salmo: *Exsurge, Domine*... —«Levántate, Señor, y defiende tu propia causa...»—.

Entra a Cajamarca la procesión que trae a Atahualpa sentado en una litera. Se le acerca Fray Vicente Valverde con un crucifijo y una Biblia en sus manos. Le predica sobre la fe cristiana y le entrega las Sagradas Escrituras. El Inca las tira al suelo. Se dice que señaló al sol y exclamó: *Mi Dios vive aún*. El caer de la Biblia en el suelo y el comienzo de la matanza fue todo uno. A la señal convenida, los españoles iniciaron el fuego. Las espadas se desenvainan y penetran en cientos de cuerpos cobrizos. Atahualpa caía prisionero entre los cadáveres de sus súbditos. Un imperio se desmoronaba.

El ombligo del mundo

Atahualpa había caído prisionero. Conocedor de la ambición española intenta un recurso para salvar su vida y recuperar su libertad: promete llenar una habitación con oro hasta donde llegue su brazo alzado. Brillan los ojos de Pizarro, quien añade: «Y dos salas llenas de plata». Acepta el hijo del Sol, y comienza el hormiguear de los indios por los caminos reales. Poco a poco, el montón de riquezas va creciendo en altura.

Mientras los días transcurren en Cajamarca, Hernando Pizarro se dirigirá al templo de Pachacámac, en la costa. Estaba ansioso de riquezas, y allí las encuentra con creces. Los indios se sorprenden al ver que sus ídolos se dejan tan fácilmente robar, y será este un motivo más para su resignación y sometimiento a los nuevos amos.

Otra escuadrilla había salido de Cajamarca rumbo al Cuzco, la capital imperial. En el *Ombligo del Mundo*, que no otra cosa significaba Cuzco entre los incas, los españoles serán recibidos como auténticos liberadores del yugo de Atahualpa. Pero comienzan a dudar de la divinidad o superioridad de los hombres barbados al comprobar la avidez con que buscan nuevos tesoros. Sólo cuatro peninsulares penetraron en la capital. Pronto les seguiría Don Francisco.

La estrategia política de Pizarro estaba bien planteada. Había que especular con la reposición en el trono de Huáscar, legítimo inca según la costumbre sucesoria del Imperio del Sol. Pero Atahualpa, que no en vano es juzgado por la mayoría de los

cronistas como hábil y astuto, logró enviar órdenes desde su cautiverio para terminar con la vida de su hermano. La noticia de la muerte de Huáscar, más la elaboración de una serie de cargos en su contra, en la que intervinieron la ambición, el miedo a una posible sublevación y las intrigas del intérprete indio Felipillo, darán como resultado el juicio y condena de Atahualpa, sentencia acremente criticada por el Emperador Carlos y por la mayor parte de la opinión sana de España e Indias.

Don Diego de Almagro había llegado a Cajamarca con doscientos cincuenta hombres de refuerzo. Instado por Almagro, Pizarro decide repartir el tesoro acumulado hasta ese momento. Atahualpa se dio cuenta que sus captores no respetarían el pacto. Se le acusó de fratricida, incestuoso, hereje contumaz y de estar organizando una sublevación general en el incario. Después de un rápido juicio fue condenado a morir en la hoguera. Era un 26 de julio de 1533. Antes del suplicio decidió bautizarse, y la pena le fue conmutada por la del garrote. El norte del imperio lloró su muerte y el sur se alegró. Injusta fue la muerte de Atahualpa, pero el tirano moría en su propia ley.

El 11 de agosto de 1533, Pizarro partió rumbo al Cuzco con quinientos españoles más. Contaba con la amistad de los quechuas —los cuzqueños— enemigos de Atahualpa. En el camino hubo enfrentamientos con los quiteños, manejados desde el cautiverio por el general atahualpista Calicuchima. La alianza entre españoles y quechuas, sellada por la amistad entre Pizarro y otro hijo de Huayna Capac, Manco Inca Yupanqui, decidió la victoria final. El 14 de noviembre de 1533 entraba Pizarro en la ciudad imperial. Meses después se procedió a realizar las ceremonias españolas de fundación —mero legalismo, ya que la ciudad existía desde hacía siglos— y a coronar a Manco como el nuevo titular del Imperio.

Pizarro decidió crear una nueva capital para su gobernación de Nueva Castilla. Primero pensó en Jauja, fundada el 25 de abril de 1534, pero se decidió por establecerla en la costa. El 18 de enero de 1535 se ponían las bases de la Ciudad de los Reyes —Lima— a orillas del Rímac. Pronto repartiría encomiendas.

Diego de Almagro partía en expedición hacia el sur, al Collasuyo; Benalcázar estaba asentando el poder español en el norte; los indios se encontraban sometidos bajo la autoridad nominal de Manco Inca Yupanqui. Hernando Pizarro había partido rumbo a la Corte con regalos para el Emperador; el botín de Cajamarca y los tesoros del Cuzco eran los más valiosos que se habían conseguido en las Indias, muy superiores a los de Cortés. Todo auguraba un futuro de gloria para el otrora porquero de Trujillo. Pocos meses pudo gozar de relativa tranquilidad. Todo se le vendría abajo, y la sangre correría desde el Norte, desde el Sur, desde el Este y desde el Pacífico.

El Mariscal

Hernando Pizarro había entregado su fabuloso «quinto real» al Emperador Carlos. A su regreso al Perú portaba una cédula real por la que se otorgaba a Don Diego de Almagro la gobernación de Nueva Toledo, que comprendía doscientas leguas al sur de

las que se le habían dado a Francisco Pizarro. Era un premio justo para el que más había trabajado en la conquista del Tahuantinsuyo: aunque no estuvo presente en el momento crucial de Cajamarca, sin su espíritu organizador, manifestado desde 1524, todo se le habría dificultado al de Trujillo.

Las dudas acerca de los exactos límites entre Nueva Castilla y Nueva Toledo comenzaron muy temprano. Sin embargo, un acuerdo entre Pizarro y Almagro —sellado sacramentalmente con la comunión de ambos con trozos de la misma Hostia— disiparon de momento las nubes de un posible enfrentamiento. Almagro partiría desde el Cuzco hacia el sur, a la conquista de su nueva gobernación.

La corona también comprendió con rapidez que para preservar la paz en el Perú se hacía necesaria una clara demarcación de las dos gobernaciones. Con ese fin comisionaron a Fray Tomás de Berlanga, quien poco pudo hacer para cumplir su cometido, con Almagro en preparativos para ir a Chile y con un Pizarro que brindó pocas facilidades. Sin embargo, el viaje no fue del todo improductivo: cuando navegaba desde Panamá, el 7 de marzo de 1535, el dominico descubría accidentalmente las islas Galápagos, llenas de animales mansos, imperturbables ante la presencia humana.

En junio de 1535 el Mariscal —como lo llamaba su hueste— tenía todo listo para partir. Los españoles se aventuraron hacia el sur, cruzaron el altiplano boliviano, penetraron en el noroeste argentino, y salvaron la cordillera por el paso de San Francisco, a poco menos de cinco mil metros de altura. Tras vencer la imponente muralla, se abrió a la vista de Almagro y sus doscientos cincuenta soldados —muchos habían perecido en el camino— el valle de Copiapó. Comenzaba abril de 1536.

Era Chile un territorio del Collasuyo, perteneciente al imperio incaico. Los curacas que encuentran a su paso se le someten sin mayores dificultades. En el valle del Aconcagua hallan tierras fértiles, con buenas sementeras de maíz y lavaderos de oro. Uno de los capitanes, Gómez de Alvarado, seguirá hasta el sur y tendrá el primer contacto con los bravos araucanos, al sur del río Maule.

A pesar de que la campaña no había sido negativa —encontraron más indicios de oro que en otras partes del imperio—, Don Diego, alentado y casi constreñido por sus consejeros —Diego y Gómez de Alvarado, Hernando de Sosa— decide regresar al Perú. La camarilla de la que se rodeó le convence de que el Cuzco caía dentro de su gobernación. Allí podría gozar de poder y riquezas en una forma más cómoda y segura que en Chile, donde todo estaba por hacerse. El Mariscal tomará esta vez el camino de la costa, y pasando por la actual Arequipa se presenta en el Cuzco.

1536 había sido un año muy duro para los españoles en el Perú. Manco Inca, convencido ya de que los conquistadores no le dejarían ningún ámbito de poder real, capitaneó una sublevación que puso en jaque a la misma conquista. Los denodados esfuerzos de Francisco Pizarro en Lima y de Hernando en el Cuzco lograron sofocar la sublevación de unas tropas indígenas en las que empezaba a cundir el hambre. Conocidas estas circunstancias, le fue fácil a Almagro tomar por las armas a la ciudad imperial, que se encontraba cansada de sangre y guerra. Diego presentará sus papeles al

Cabildo para que le reconozcan como legítimo gobernador, a la par que encarcelaba a Hernando —lugarteniente de Francisco— y a Gonzalo Pizarro.

Desde la Ciudad de los Reyes Francisco planea su estrategia. Cuenta con las tropas de refuerzo que recibió de todas las Indias cuando la sublevación de Manco Inca. Allí estaba Gaspar de Espinosa, Francisco de Carvajal, Pedro de Valdivia. Las tratativas que se abrieron entre los dos antiguos socios no dieron resultado. Gonzalo había logrado fugarse, y Hernando, puesto en libertad por Almagro, no cumple con su palabra de abandonar el Perú y se pone al frente del ejército pizarrista que avanza hacia el Cuzco.

El 6 de abril de 1538, agotados los esfuerzos de un entendimiento, estallaba la batalla de Salinas, en las afueras del Cuzco. Era la primera guerra civil del Perú. Hernando y Gonzalo se alzaron con la victoria. Almagro fue condenado a muerte, y ajusticiado en la Plaza Mayor de la antigua capital imperial. Gonzalo marcharía al norte, a Quito, para hacerse cargo de una gobernación que le encomendaba su hermano Francisco; Hernando viajaba a España para dar explicaciones sobre su criminal proceder, pero es encarcelado y permanecería en la oscuridad durante veintitres largos años. Mientras tanto, el Perú se aprestaba a un festín de sangre y venganza.

Morir en Perú

Las heridas abiertas entre pizarristas y almagristas no se cerraron con la batalla de Salinas. Al contrario, el ajusticiamiento de Don Diego de Almagro en el Cuzco había enconado el enfrentamiento. Diego de Alvarado pasó a España para exigir la condena de Hernando Pizarro. Entre tanto, Diego de Almagro «El Mozo», hijo del Mariscal, había heredado de su padre la gobernación de Nueva Toledo. Pero este joven mestizo, que contaba para ese entonces con escasos dieciocho años, no pudo hacerse cargo de ningún gobierno: había sonado la hora de la victoria para los Pizarro, y *los de Chile*, como se les llamaba a los almagristas que habían acompañado a Don Diego en su expedición al sur, estaban desplazados.

En España se produjo una fuerte conmoción al enterarse de los sangrientos sucesos del Perú. Se designará a un experto letrado, el Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, para *que ponga en justicia* a estos díscolos reinos ultramarinos. Esperanzados estaban los almagristas con la noticia de la llegada inminente del comisionado regio, pero éste no llegaba. Incluso empezó a circular la noticia de su muerte, supuestamente producida en un naufragio en el Pacífico, cuando intentaba llegar a las costas sudamericanas procedente de Panamá.

Corre el 26 de junio de 1541. Juan de Rada, inseparable amigo de Don Diego y cuasi tutor de su hijo tras su fallecimiento, decide no esperar a ningún enviado del Emperador o del Consejo de Indias. Tomará la justicia por su mano. Él y once conjurados más entran en la casa del gobernador, quien se encuentra comiendo. Sus invitados huyen, menos dos pajes y su medio hermano Francisco Martín de Alcántara. Después de una heroica y desesperada defensa, Francisco Pizarro caía en el suelo junto a sus fieles. *¡Viva*

el Rey, ha muerto el tirano!, se escuchó en una Ciudad de los Reyes en donde nadie se atrevía a asomarse.

El cabildo limeño elige como gobernador a Don Diego de Almagro «El Mozo». Pizarro era enterrado por un grupo de indios y negros. Don Diego había sido vengado.

¿Habría muerto Vaca de Castro? Casi... pero ya estaba en camino hacia Lima. Después de salvar ásperos escollos en el mar, había desembarcado en Buenaventura. Necesitó unos días para reponerse, hasta que juzgó sentirse con suficientes fuerzas para continuar la marcha hacia Cali. Semanas enteras tardan en subir desde la costa. El Licenciado va cargado en una silla por negros y españoles. Ya cuenta con 50 años —un anciano según la mentalidad del siglo XVI— y las fiebres están a punto de llevárselo al otro mundo. En Cali lo recibe Sebastián de Benalcázar, gobernador de Popayán. Don Sebastián acompañará a Vaca de Castro hasta Quito.

Regía en Quito como gobernador dependiente de Don Francisco su hermano Don Gonzalo. Cuando Vaca de Castro llega a la ciudad del Pichincha, tras ponerse al tanto de la muerte del Marqués de la Conquista —el Emperador le había otorgado ese título a Don Francisco—, se hace reconocer como gobernador y sigue su marcha al sur. Gonzalo aún se encontraba en el oriente, tratando de regresar de su infortunada búsqueda del País de la Canela. Cuando logró dejar atrás selvas inextricables y se aprestaba a entrar a la ciudad se entera del deceso de su hermano y de la designación del Mozo como Gobernador de Nueva Castilla. Gonzalo enviará cartas a Vaca de Castro reconociendo su autoridad y ofreciéndole su ayuda.

El Licenciado había dejado de ser un juez imparcial. Se transformó en portavoz de los pizarristas. El enfrentamiento con los de Almagro era inevitable. En los llanos de Chupas, cerca de Huamanga —la actual Ayacucho—, el 6 de septiembre de 1542 estalla la segunda batalla entre los conquistadores del Perú. Las armas de Vaca de Castro, a pesar del arrojo con que se baten los de Almagro, se alzaron con el triunfo, y el gobernador mestizo siguió los caminos de su difunto padre. En la Plaza Mayor del Cuzco —ciudad donde había intentado refugiarse— Diego de Almagro el Mozo era sentenciado a muerte, ejecutado y enterrado junto a su padre en la iglesia de la Merced.

Vaca de Castro se erigía en autoridad suprema. Su mal gobierno y su favoritismo en pro de los pizarristas abortaron las esperanzas de paz duradera. La codicia y la ambición de poder desenfrenadas habían empujado a la tumba a Diego de Almagro padre, a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro hijo. Más sangre debía de correr aún en Nueva Castilla.

Un virrey imprudente

Bartolomé de las Casas ha logrado convencer al Rey: se debía acabar con el sistema de repartimiento y encomienda de indios. En noviembre de 1542 Carlos I de Habsburgo ponía su sello en las llamadas «Leyes Nuevas». En otro lugar analizaremos con más detenimiento su contenido. Por ahora basta con decir que se suprimirían todas las

encomiendas que tenían los funcionarios públicos, las órdenes religiosas, y se les quitaban a los que habían participado en las guerras civiles del Perú. A su vez, las pocas encomiendas que se mantenían se extinguirían con la muerte de su primer titular.

La Corona pensó en un caballero de Ávila, Blasco Núñez de Vela, para que ejecutase las revolucionarias leyes en el Perú. Se erigían las antiguas gobernaciones de Nueva Castilla y Nueva Toledo en Virreinato, a la vez que se creaba la audiencia de Lima, con cuatro oidores para entender en cosas de justicia. El poder real estaba decidido a poner las cosas en claro en el Perú, y sentar su autoridad sobre los revoltosos conquistadores de la primera hora.

La llegada a Lima del flamante virrey a principios de 1544, la proclamación de las Leyes Nuevas y el descontento social fue una sola cosa. Fácil es imaginar qué pensarían los encomenderos sobre las recientes medidas adoptadas por la corona. De los cinco mil españoles residentes en Perú, sólo quinientos gozaban de encomienda. Pero todos los peninsulares dependían económicamente de ellas. La columna vertebral de la economía privada peruana lo constituía el sistema de encomiendas: la Corona cedía los tributos indígenas al encomendero. Por otra parte los conquistadores estaban convencidos de los inmensos servicios prestados al Rey, poniendo en peligro sus vidas por acrecentar los reinos de su corona, realizando proezas nunca vistas en pos de nuevos descubrimientos. Y ahora se pretendía dejarles sin ningún premio. Incluso se alegaba —y esto lo hicieron notar algunos prelados— que con la desaparición del régimen de encomiendas la cristianización de los indígenas se dificultaría.

Blasco Núñez no atendió razones. Los miembros de la Audiencia le hicieron ver lo contraproducente que podría ser la aplicación sin más de las Leyes Nuevas. Pero el abulense entendía que el cumplimiento del deber consistía en la puesta en práctica de las medidas, sin interpretaciones y sin atenuante alguno, justificados por las circunstancias sociales y políticas del reino peruano.

Francisco Pizarro, Diego de Almagro —padre e hijo— ya estaban bajo tierra; Hernando Pizarro se encontraba preso en España. Sólo había un personaje capaz de capitalizar en su favor la situación de descontento: Gonzalo Pizarro, el hermano menor del Marqués. Gonzalo —ya de regreso de Quito— se hallaba en el Cuzco cuando la llegada del nuevo virrey. Según el testamento de Don Francisco, había heredado la gobernación de Nueva Castilla. El último de los Pizarro mandará procuradores a la Corte para hacer valer lo que él pensaba era su justo derecho. A su vez, los cabildos peruanos le nombrarán Procurador General del Perú para defender los derechos de los vecinos que se sentían perjudicados con las últimas medidas.

En Lima, la situación política había estallado. Un hecho de sangre en el que se ve envuelto el virrey desencadena la ofensiva de la Audiencia en su contra. Los oidores destituyen al virrey en septiembre de 1544 y le remiten a España en un barco. El Presidente de la Audiencia, Vázquez de Cepeda, decide derogar las Leyes Nuevas. Cepeda hizo un errado cálculo: pensó que con la derogatoria calmaría las aspiraciones de los encomenderos que se encontraban apiñados en torno a Pizarro. Pero no fue así. Desde Cuzco bajaba un ejército de mil hombres, a cuya cabeza venían el mismo Gonzalo

y su jefe de estado mayor, Francisco de Carvajal, viejo de ochenta años que pasaría a la historia como «el Demonio de los Andes».

En octubre, la Audiencia cedía el gobierno del Perú al «Muy Magnífico Señor Don Gonzalo Pizarro», quien entraba en Lima con toda la pompa de un virrey. La causa principal del descontento había cesado —se habían derogado las Leyes Nuevas— pero Don Gonzalo tenía demasiada ambición de poder como para desaprovechar la coyuntura propicia. Poco a poco los encomenderos fueron retirándole tímidamente su apoyo, y el ejército pizarrista se fue convirtiendo en una horda de gañanes y buscapleitos. La situación se radicalizaba.

El virrey había desembarcado en Túmbez. La tripulación del barco decidió ser fiel al representante real. No se había extinguido en Perú la fidelidad al trono. Núñez de Vela irá a Popayán en busca de Benalcázar. Mientras tanto, Don Gonzalo tomaba el control del Pacífico y del Istmo —punto clave para evitar todo contacto con la Metrópoli— mediante los desafueros de Hernando de Bachicao, capitán de la flota pizarrista. Había comenzado la tercera guerra civil del Perú.

El Pacificador

El 18 de enero de 1546, en el llano de Añaquito, las fuerzas de Gonzalo Pizarro chocaban con las del virrey Núñez de Vela. El representante real había bajado desde Popayán hasta Quito acompañado por Benalcázar. El cansancio producido por el duro trayecto, las falsas informaciones que recibía de personas leales a Pizarro infiltradas en sus filas, y la aplastante superioridad técnica y numérica de la tropa pizarrista, frescas después de un reparador descanso en Quito, produjeron el desastre. Los setecientos hombres de Don Gonzalo no tuvieron mayores problemas para vencer a los trescientos soldados de Núñez de Vela. El mismo virrey caía en la batalla. Hasta eso se había llegado en el Perú pizarrista: un virrey muerto, a quien Don Gonzalo ordenaba se le dieran honras fúnebres. Pizarro, vestido de riguroso luto, daba el último adiós al recto y atolondrado representante real.

Mientras en España se iba siguiendo con estupor y con retraso el desarrollo de los acontecimientos indianos, en Perú se intentaba consolidar el régimen de facto de Pizarro con un revestimiento jurídico que lo legitimara. Si hubo voces que insinuaron a Don Gonzalo que se proclamara rey —la de Carvajal y la del ex-oidor Vázquez de Cepeda— nunca se atrevió a dar ese paso. Se barajaron distintas argumentaciones, que iban desde el derecho de sucesión a la gobernación tras la muerte de Francisco Pizarro, hasta los derechos de los primeros ocupantes de la tierra o la necesidad de establecer un régimen justo después de la anarquía que siguió a las medidas adoptadas por Núñez de Vela. Y en favor de la verdad, el gobierno de Pizarro, aunque ilegítimo, fue sensato.

En la Metrópoli se fueron tomando medidas *ad casum*. En octubre de 1545 se derogan los capítulos de las Leyes Nuevas referentes a las encomiendas. En febrero de 1546 se decide enviar un representante real que reemplazaría a Núñez de Vela. Su misión sería

conciliadora: era imposible —táctica y económicamente— enviar una numerosa expedición punitiva a unas tierras tan alejadas del Imperio. La persona elegida, Don Pedro de La Gasca, contaba con todas las características necesarias para llevar con éxito el plan: prudente, astuto, paciente, enérgico y tenaz, aunque su aspecto exterior no le ayudara —piernas largas y cuerpo pequeño— afirmaba que con sólo su breviario —era sacerdote— podría reconquistar las voluntades rebeldes.

Llegado a Santa Marta, La Gasca pudo comprobar lo desesperado de la situación: allí se entera de la muerte del virrey y conoce de la escuadra pizarrista que dominaba el Pacífico desde Panamá hasta el Perú. Iba La Gasca con plenos poderes para perdonar todo género de delitos, nombrar nuevas autoridades, repartir premios. También tenía en su mano un indulto general y la revocación de algunos de los capítulos más vidriosos de las Leyes Nuevas. Además, tenía en su poder una carta del rey para Don Gonzalo, en la que se animaba al trujillano a deponer actitudes y acogerse al perdón real.

La política de persuasión por parte de La Gasca se inicia en Nombre de Dios. Allí convence al capitán de la guarnición sobre la conveniencia de demostrar que era un vasallo leal. En Panamá, llave del Perú, el capitán Hinojosa también es subyugado por las argumentaciones de La Gasca y la promesa de recompensa reales, y pone a su disposición la flota pizarrista. Desde ese puerto, el Pacificador envía mensajes a Don Gonzalo, y entre ellos la carta del rey. Los rebeldes, sin embargo, se mantienen en una postura cerril: nada quedaba por probar, sino el enfrentamiento.

Las medidas conciliatorias adoptadas por la Corona convencieron a la mayor parte de los encomenderos, que se encontraban incómodos junto al poder ilegítimo de Don Gonzalo. El desembarco de Lorenzo de Aldana, avanzadilla de La Gasca, en distintos puntos de la costa peruana, reavivó el sentimiento de lealtad al rey de muchos vecinos. El mismo La Gasca llegó al norte del Perú en junio de 1547. Contaba con las tropas de Benalcázar, que había bajado desde Quito, con Pedro de Valdivia, que había subido desde Chile y con los ex-pizarristas que habían abandonado a Don Gonzalo.

A pesar de la derrota que los pizarrista habían infligido a Diego Centeno en Huarinas —Centeno había enarbolado las banderas del rey en el sur del Perú—, Don Gonzalo tenía los días contados. En abril de 1548 se enfrentaban en Jaquijahuana La Gasca y Pizarro. La desbandada del ejército pizarrista, harto ya de los excesos del «Demonio de los Andes», hizo que no hubiera casi derramamiento de sangre. Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal se entregaban al Pacificador, viéndose abandonados por todos.

El fin de la rebelión había llegado. Pizarro y Carvajal eran condenados a muerte. La Gasca repartía premios entre los leales y los ex-pizarristas arrepentidos. No fue justo el reparto, y eso traería nuevos problemas. A pesar de todo, la paz había sido restaurada. En su honor, Alonso de Mendoza fundaba en 1550 la ciudad de La Paz. Había terminado el poder de los conquistadores en Perú. Se abría la era de los funcionarios reales.

EL REINO DE QUITO

La búsqueda del tesoro

Entre los capitanes que fueron al campamento de Atahualpa, en los baños de Cajamarca, se encontraba Sebastián de Benalcázar. Era para 1532 un experimentado indiano. Había pasado a América en 1507, cuando Santo Domingo estaba gobernado por Nicolás de Ovando. Su origen era muy humilde. Criaba animales en su lugar natal, del cual tomó su nombre: Sebastián Moyano se trocó en Sebastián de Benalcázar, pueblo de la andaluza provincia de Córdoba. Una narración legendaria y divertida cuenta que un día Sebastián intentó hacer caminar a un burro que parecía clavado en la tierra. Tantos palos le dio que lo mató. Por huir de las iras de su familia se escapó de su pueblo y cruzó el océano. Toda leyenda tiene un trasfondo real, y la miseria y estrecheces de Sebastián se vislumbran tras el cuento. Las Indias —pensaría el cordobés— le abrirían nuevos horizontes más esperanzadores.

Contaba 17 años cuando llegó a La Española. En 1513 pasaría a Tierra Firme, el año en que Balboa descubre el océano Pacífico. En 1519 acompañará a Pedrarias en la fundación de Panamá, y conseguirá una encomienda en Natá. De allí pasa a Nicaragua, donde Benalcázar llegará a ser primer alcalde de León. Después de la muerte de Pedrarias y tras su frustrado intento de que se le nombre gobernador en Nicaragua, decide pasar al Perú en 1532. Aportará treinta hombres. Estará con Pizarro en la fundación de San Miguel de Piura. Sus servicios le valieron una buena parte de lo rescatado en Cajamarca: 407 marcos de plata y 9.909 pesos de oro. Aunque había recibido más que Gonzalo Pizarro, pensó que no se le había hecho justicia. Igual impresión sacó del reparto que se hizo en el Cuzco.

Antes de la muerte de Atahualpa, Benalcázar regresó a San Miguel para ejercer el cargo otorgado por Pizarro de Teniente de Gobernador. En Cajamarca Benalcázar había oído hablar de las riquezas de Quito, antigua capital del Inca ajusticiado. Su ambición le hacía urdir planes para allegarse hasta el norte en busca de tesoros reales o supuestos. La llegada a Portoviejo de Don Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, con una armada de doce barcos, quinientos españoles y cuatro mil indios le dio la excusa buscada: debía abandonar San Miguel y defender los derechos de Pizarro. El cabildo piurano fue mucho más transparente en su proceder cuando le requirió a Sebastián que fuera a Quito *por la nueva que había, que en aquellas provincias se tomaba las armas contra los castellanos, y por las grandes riquezas que en ellas había*. Tras un farisaico rechazo por parte de Benalcázar, y la respuesta del cabildo de que si no iba él nombrarían a otro capitán, viene la aceptación esperada: *Pues como ha de ir otro, yo quiero ir*.

Pizarro, una vez que entró en conocimiento de la llegada de Alvarado, envía a Diego de Almagro a su encuentro. Cuando éste llegue a Piura, Benalcázar ya había salido rumbo al norte con doscientos hombres y sesenta y dos caballos. Corría febrero de 1534.

La defensa indígena de las tierras de Quito estaba capitaneada por Rumiñahui —Cara de Piedra—. Hombre valeroso pero cruel y despiadado, supo luchar con dignidad en defensa de un imperio ya vencido. Los incas, provenientes del sur, eran invasores en las

tierras del norte. Por esta causa fue fácil que Benalcázar contara con el auxilio de los indios cañaris, quienes no dudaron, —como los de Cempoala y Tlaxcala en México— de liberarse con la ayuda de los españoles del yugo invasor.

El 3 de mayo de 1534 tuvo lugar la batalla de Tiocajas. Decenas de miles de indígenas —los cronistas no se ponen de acuerdo en las cifras, pero es considerada la batalla más importante desde un punto de vista numérico de la Conquista— se encontraron con los españoles y tres mil cañaris. El resultado de la batalla fue incierto, con bastantes muertes de indígenas y de cuatro españoles con sus respectivos caballos. Un hecho inesperado —la erupción del volcán Cotopaxi y la consecuente lluvia de cenizas— hace resurgir el fatalismo indígena. El fenómeno es interpretado como un mal presagio por los indios, que deciden retirarse. Rumiñahui se dirige a Quito, mata a las viudas e hijas de Atahualpa, esconde tesoros y quema la ciudad. El 22 de junio entraba Don Sebastián a la ciudad imperial, que resultó ser más pobre que lo que se imaginaba el conquistador.

Poco oro encontró en Quito. Por conseguir un magro tesoro en el Quinche permite una matanza de mujeres y niños, que manchará su vida. En Caranqui somete a torturas a los indios para averiguar la existencia de nuevos tesoros.

Ya era hora de regresar. Alvarado había subido la cordillera después de penalidades sin cuento. Almagro estaba ya en los Andes quiteños. Guerra o paz entre españoles eran posibilidades que flotaban en los gélidos aires de la sierra.

Fundador de ciudades

Diego de Almagro tenía que enfrentarse a las pretensiones de Pedro de Alvarado. Para alegar la posesión de la tierra, y aconsejado —según Diego Garcés Giraldo— por Benalcázar, decide fundar en el valle de Riobamba la ciudad de Santiago de Quito. Era el 15 de agosto de 1535.

Los derechos de Alvarado eran muy débiles, y los de Guatemala venían muy cansados y hambrientos del terrible viaje. La deserción comenzó a correr entre las filas de Alvarado al ver los alimentos de las otras huestes. El enfrentamiento posible cede paso al acuerdo entre las partes. Almagro ofreció a Alvarado 100.000 pesos de oro con los que compraría su armada. Ambos capitanes bajarían a ver a Pizarro.

Antes de salir, Almagro decide realizar una fundación a distancia, la de San Francisco de Quito, *en el sitio e asiento donde está el pueblo que en lengua de indios aora se llama Quito*. Las actas de fundación se elaboraron en Riobamba. Benalcázar quedaba encargado de hacerla efectiva. Para poder llevar a cabo el encargo debe vencer la resistencia de los indios. Tres meses transcurrieron antes de doblegar la voluntad de los naturales. La hueste de Benalcázar se hallaba reforzada por los hombres de Alvarado que decidieron permanecer en esas tierras. De los aproximadamente quinientos hombres que desembarcaron con Alvarado, sólo ciento ochenta y cinco regresaron con él. Fueron los de Benalcázar y los de Guatemala quienes derrotaron después de mucho empeño a la gente de Rumiñahui, quien se había escondido en su natal Píllaro, población cercana a

Ambato. Junto a Rumiñahui se capturó al «indio dorado», llamado así por los ricos adornos que lucía. Este indio, que dijo ser de una tierra llamada *Condelamarca*, dio origen a la leyenda de Eldorado, que tantas energías humanas movilizará a lo largo del siglo XVI.

Benalcázar, el 6 de diciembre de 1534 hacía efectiva la fundación de San Francisco de Quito. La villa contó con doscientos cuatro vecinos. Don Sebastián materializaba el encargo de Almagro *como teniente general de la dicha provincia por el ilustre y muy magnífico señor comendador don Francisco Pizarro adelantado, gobernador e capitán general en estos reynos de la Nueva Castilla por sus Magestades*.

La dependencia jurídica de Benalcázar con respecto a Pizarro estaba clara en los papeles, aunque no en las intenciones. Desde sus épocas en Nicaragua Don Sebastián anhelaba tener gobernación propia. Ahora que estaba en Quito tenía que seguir su marcha al norte, pasar la frontera del río Santiago, que ponía fin a la jurisdicción de Pizarro, conquistar nuevos territorios y pedir al rey la tan ansiada gobernación. Así lo hace. Primero enviará a Juan de Ampudia y Pedro de Añasco a la tierra de los Quillacingas. Él bajará a San Miguel de Piura en busca de refuerzos, fundará Santiago de Guayaquil —primer asiento, de vida efímera— y regresa al norte. En julio de 1536 fundaba Cali, y en diciembre Popayán. Sus andanzas sometiendo indios y fundando ciudades contarán con un respaldo importante: la reina Isabel, esposa de Carlos V, le enviará una carta animándole a proseguir sus descubrimientos.

Benalcázar, después de regresar a Quito, de donde había estado ausente dieciocho meses, iniciará otra incursión por el norte. Esta vez llegará hasta el Valle de los Alcázares, donde ya se encontraban Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, y Nicolás de Federmann, que había subido desde Coro, en Venezuela. Los tres conquistadores —como se relató con más detenimiento cuando escribíamos sobre Quesada— se ponen de acuerdo para ir a España a defender sus derechos frente al rey.

En 1540 las gestiones de Benalcázar en la corte tienen éxito. Se le nombra adelantado y gobernador de Popayán. Don Sebastián aspiraba también al territorio de Quito, pero no se le concede. Mientras hacía sus gestiones en España, Pizarro había enviado a Lorenzo de Aldana para detener a Benalcázar, sin conseguirlo. El enviado de Pizarro, a su vez, mandaría a Jorge Robledo a las provincias de Anserma para fundar una ciudad. Poco después, Pizarro nombraba a su hermano Gonzalo gobernador de Quito.

El flamante gobernador de Popayán se aprestaba a regresar a su ansiada gobernación. Muchas calamidades sufriría en el viaje: enfermedades que llevan a la muerte a gran número de sus acompañantes, incendios que destruyen su hacienda. Cuando llegue a su territorio una inesperada noticia le conmoverá: Pascual de Andagoya le había usurpado la gobernación. No en vano dicen que *el que se fue a Sevilla perdió su silla*. O más apropiado aún es otro dicho ecuatoriano, *el que se fue de Quito perdió su banquito*.

El vasallo leal

Pascual de Andagoya había llegado a Tierra Firme en 1514 con Pedrarias Dávila. Él fue el primero que escuchó hablar del *Birú* o *Pirú* cuando en 1522 recorrió la costa pacífica colombiana. Había sido nombrado gobernador de Río San Juan, un territorio de difícil demarcación tocante con la costa colombiana. Arbitrariamente se apropió de los territorios conquistados por Benalcázar, cambió nombres de ciudades y estableció su real en Cali, rebautizado Lili.

Cuando Benalcázar llegue a Cali en 1541, después de atravesar el áspero territorio que separa la ciudad del Cauca con el puerto de Buenaventura, no encontró mayores obstáculos para que el cabildo le reconociera los títulos que había conseguido en España. Tomará preso a Andagoya y lo enviará a Popayán. En ésas estaba Don Sebastián cuando se presenta en Cali el Licenciado Vaca de Castro. El funcionario traía amplios poderes para enjuiciar a Pizarro y atender las quejas que contra el marqués llovían. Solicita la colaboración del gobernador de Popayán, quien le acompañará hasta Quito. Allí se enteran de la muerte de Pizarro en manos de los almagristas. Vaca de Castro decide que Benalcázar regrese a Popayán, agradeciendo los servicios prestados a la causa de Su Majestad.

Durante los diez meses en que se ausentó de su gobernación habían sucedido cosas alarmantes. Jorge Robledo, quien había sido enviado por Aldana a fundar alguna ciudad en las provincias de Anserma, había continuado sus conquistas y fundado Santa Fe de Antioquia. Corría 1542. Robledo era en parte un *alter ego* de Benalcázar. Dependiendo jurídicamente de él, el éxito de sus conquistas le hace abrigar deseos de una gobernación propia. Intentará llegar al Mar del Norte (Atlántico) —como hizo Benalcázar unos años antes— pero en Cartagena es apresado por el gobernador Heredia y remitido a España en calidad de preso.

Benalcázar emplea ese año de 1542 en intentos de pacificación de la gobernación. Los indios del valle del Cauca y de las regiones adyacentes eran en extremo belicosos y en su mayoría antropófagos. Habían matado a los capitanes Añasco y Ampudia. Benalcázar sale a vengarlos. Las batallas entre españoles e indígenas fueron terriblemente crueles y la sangre corrió a raudales: en ninguno de los dos bandos había finos cortesanos.

Si las sublevaciones indígenas causaron problemas a Don Sebastián, tres asuntos provenientes de España le causarían aún más preocupación. El primero, la llegada de las Leyes Nuevas que suprimían las encomiendas. Benalcázar adopta una actitud prudente: acata las disposiciones, pero suspende su ejecución hasta que se resuelvan las apelaciones que envían los encomenderos a la península.

El segundo, la llegada del virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela. Como el virrey venía huyendo de Gonzalo Pizarro y se refugia en Popayán, el gobernador no tuvo más remedio que alistarse junto al representante real, y acompañará a Núñez de Vela hasta Quito. A pesar de los consejos del cordobés, el virrey estaba decidido a enfrentarse con las tropas más poderosa de Gonzalo Pizarro. En Iñaquito morirá el virrey, y Benalcázar es tomado prisionero. Aunque todo hacía prever el ajusticiamiento de Don Sebastián, Pizarro resolverá dejarlo en libertad: Benalcázar sería un dique en el norte que frenaría las Leyes Nuevas, y eso le convenía al hermano del difunto Marqués.

En mayo de 1546 estaba otra vez de regreso en Popayán. Ahora le tocaba el turno a su tercer problema: Jorge Robledo había regresado de España con el título de Mariscal, y se había casado con una dama noble, María de Carvajal. Robledo se dirigió a Antioquia ostentando el ilegal cargo de Teniente de Gobernador. Benalcázar irá en su busca, lo apresará y decidirá su castigo: el 5 de octubre de 1546 Robledo sufría pena de garrote.

Al año siguiente, por tercera vez, Benalcázar se veía envuelto en los problemas del Perú, siempre del lado del rey. Acude con doscientos hombres en auxilio del Pacificador La Gasca, y toma parte en la acción de Jaquijahuana, donde es derrotado Gonzalo Pizarro.

Los tres últimos años de la vida de Benalcázar son tristes. El juez designado para tomarle residencia estaba emparentado con la viuda de Robledo, y el juicio no será justo. Cuando apela al rey e intenta dirigirse a la península, morirá en Cartagena a fines de abril de 1551.

Benalcázar fue grande entre los conquistadores. Cometió crueldades como casi todos ellos, pero dejó una obra duradera tras de sí. Tuvo algo o mucho que ver en la fundación de Panamá, León, Piura, Guayaquil, Quito, Popayán, Cali, Timaná, Neiva, etc. Valiente, incansable, audaz, destaca por su fidelidad constante al rey. Como escribió a Carlos V comentándole la muerte de Robledo: *Convino a vuestro real servicio que muriese*. Benalcázar pudo haber sido todo menos un mediocre. Y eso ya es mucho.

TIERRA ADENTRO

De la selva al altiplano

El Perú y el Reino de Quito se convirtieron bien pronto en el centro de colonización española más importante de América del Sur. Tomando base en alguna ciudad peruana o quiteña, los europeos iniciaron trayectorias de cientos, y a veces de miles de kilómetros, con el afán de ampliar la conquista, fundar poblaciones y extender el Imperio Español. Desde allí salieron las huestes conquistadoras y los primeros vecinos de las ciudades del sur y oriente ecuatorianos —Loja, Jaén, Zamora— a cuya cabeza marchaba Alonso de Mercadillo. Más adelante, mediado el siglo, Gil Ramírez Dávalos fundaba en esas mismas zonas las ciudades de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, cerca de la incaica Tomebamba, y Baeza, en el llamado «País de la Canela».

También salieron expediciones hacia el sur. Ya terminado el período conquistador se asientan las primeras poblaciones del interior argentino: en 1553 Francisco de Aguirre fundaba Santiago del Estero. Pronto surgirían San Miguel de Tucumán y Córdoba, esta última gracias a los esfuerzos de Jerónimo Luis de Cabrera. Es la del Perú una de las tres corrientes colonizadoras que convergieron en el actual territorio argentino. Las otras dos son las que penetran por el Río de la Plata con Don Pedro de Mendoza —a la que nos

referiremos oportunamente— y la procedente de Chile, que tendrá como fruto más granado la pujante ciudad de Mendoza, bautizada así en honor del gobernador de Chile.

Las tres *entradas* más importantes que se realizan desde el Perú de los conquistadores son las que llevan a cabo Benalcázar por el norte, Valdivia por el sur y Peransúrez por el sudeste. A la primera ya nos referimos ampliamente, aunque resta por relatar el descubrimiento del Amazonas, gloria de Quito y Guayaquil. De Chile ya narramos la entrada de Almagro, y dejamos para más adelante la expedición definitiva. Digamos algo de la tercera.

Siendo en 1537 Hernando Pizarro teniente de gobernador de su hermano Francisco en el Cuzco, organizó una expedición hacia la selva amazónica, y la confió a Pedro de Candía, uno de los Trece de la Fama, nombrado por Carlos V Artillero Mayor del Perú. Trecientos españoles y diez mil indios aliados se internaron por las intrincadas selvas y llegaron hasta las nacientes del río Madre de Dios. Pero lo difícil del terreno, la falta de alimentos y la belicosidad de los indios que se encontraron a su paso casi acaban por completo con los expedicionarios. Pedro de Candía decide regresar e informar a Hernando Pizarro sobre lo difícil de su situación. A mitad de camino se encuentra con el mismo Hernando, quien a sabiendas de sus deseos de desistir de la entrada quiso cerciorarse de que no se trataba de una intriga de los almagristas.

Así las cosas, Candía regresó al Cuzco y quedó el capitán Peransúrez al mando de las debilitadas huestes. Cien días aguantó Peransúrez en la selva. Al ver lo desesperado de la situación decide emprender el regreso con los sobrevivientes. En el camino se encuentran con Candía, que regresaba del Cuzco con alimentos y refuerzos. Sin embargo, eran demasiado los sufrimientos para poder seguir. Sólo ochenta españoles de los trecientos logran subir con vida al altiplano boliviano, dejando atrás el infierno tropical.

Peransúrez, una vez recuperadas las fuerzas, emprende la marcha hacia el sur, en vez de volver con Candía al Cuzco. Pasará junto al volcán Ilimani, donde unos lustros más tarde se fundaría La Paz. A fines de 1538 creyó encontrar un sitio apto para poblar. Sobre el pueblo aymará de Chuquisaca fundó La Plata, que cambiaría su nombre por el de Charcas. En su distrito se encontraron las minas de plata de Potosí. En la segunda mitad del siglo XVII la villa imperial de Potosí albergaría la astronómica cifra de cien mil habitantes, y sería la principal proveedora de riquezas para la Metrópoli. Peransúrez continuó su viaje, y en 1539, al pie del Misti, fundaba Arequipa, llamada a ser, con el paso de los años, la segunda ciudad más importante del Perú.

Un tuerto obstinado

La ciudad de Trujillo, en Extremadura, vio nacer no sólo a toda la estirpe de los Pizarro, sino también a otro ilustre capitán, Don Francisco de Orellana. Nació en 1511 y era considerado *persona principal*. Según su propio testimonio pasó a Indias en 1527, pero se ignora adonde llegó, aunque José Toribio Medina presume que lo hizo a Panamá.

Estuvo en la conquista del Perú. En los términos de Portoviejo —fundada el 12 de marzo de 1535— pierde un ojo en pelea con los naturales. Allí se estableció, y a principios de 1537 acude a Lima en auxilio de Pizarro, quien enfrentaba una sublevación indígena. En retribución a los servicios prestados el Marqués le nombró capitán general con el encargo de conquistar y poblar la provincia de Culata.

Después de vencer la indomable resistencia de los naturales en la actual provincia ecuatoriana del Guayas, Orellana fundaba la ciudad de Santiago de Guayaquil, que serviría de puerto a la ya conquistada y refundada Quito. Enterado Pizarro del éxito de la misión encomendada, le despacha los títulos de Capitán General y Teniente de Gobernador de Guayaquil y Portoviejo.

En 1540 Pizarro nombró a su hermano Gonzalo gobernador de las provincias de Quito, cuya jurisdicción comprendía los territorios costeños gobernados por Orellana. En consecuencia, el trujillano sube a Quito a prestar obediencia a su paisano Don Gonzalo. El flamante gobernador sabía, por confidencias realizadas por Atahualpa durante su cautiverio, de la existencia del «País de la Canela» al oriente de Quito. Sólo dos meses tardó el joven Pizarro en dirigirse allí, acompañado por doscientos españoles, cuatro mil indios, dos mil cerdos, unas cuantas llamas y perros bravos. En el valle de Quijos Gonzalo sentó su real, luego de vencer dificultades causadas por lo áspero del terreno, el frío del páramo —que se lleva a una buena parte de los indios—, la impractibilidad de las vías, etc.

Orellana había regresado a Guayaquil, y de allí volvió rápidamente a Quito con el ánimo de acompañar a su gobernador en la expedición. En Quijos se reúnen Orellana y veintitrés hombres más con el ejército ya diezmado y harapiento de Pizarro. Orellana es nombrado teniente general de la expedición.

Poca canela encontraron en sus penosas marchas. El hambre comenzó a hacerse presente entre los españoles cuando desaparecieron cerdos, llamas y perros. Gonzalo decide construir un bergantín en las orillas del Coca, y Orellana se ofrece a ir río abajo en busca de bastimentos. Le dijo *que si tardase, no se preocupase con ello el Gobernador; sino que volviese atrás, para donde hubiese comida e allí lo esperase tras tres o quatro días o el tiempo que le paresciese mejor. E si él no llegase, que no hiciera caso dél. Concordó el Gobernador en que él hiciese lo que le pareciera*.

Sesenta tripulantes van en el bergantín. Allí, entre otros, está Fray Gaspar de Carvajal, quien nos dejará una amena crónica de todo lo ocurrido en la expedición. Descienden los españoles río abajo en busca de comida. Ni encuentran alimentos suficientes para ellos y para los que se quedaron en tierra, ni pueden regresar a causa de las fuertes corrientes que lleva el río rumbo al Atlántico. Los soldados le requieren a Orellana para no regresar, y el extremeño, sensatamente, acepta. Más tarde, la tripulación añade: *nosotros vos nombramos agora de nuevo por nuestro Capitán en nombre de su Magestad*. Hay quienes hablan de traición, pero no la hubo. Lo que sí hubo fue una imposibilidad física de regresar donde el gobernador. La corriente impuso su voluntad, no la de Orellana.

El flamante capitán decide construir un nuevo bergantín. El «San Pedro» y «La Victoria» se hacían al agua un 24 de abril de 1542. En Machiparo pelean con los indios

omaguas. Son bravos, manejan con habilidad extraordinaria las piraguas, y tienen flechas envenenadas. El río inmenso ya se hallaba bajo el casco de los bergantines cuando deben pelear con unos indios capitaneados por unas mujeres *muy blancas y altas, y (que) tienen largo el cabello y en trenzado y revuelto a la cabeza, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios*. Eran las legendarias amazonas que cobraban realidad y que darían su nombre al Gran Río.

Los sesenta españoles, que pronto se quedarían en cincuenta, van río abajo en las frágiles embarcaciones. Se alimentan con peces y tortugas, y con lo que logran robar a los indios. Siguen el viaje, pero avanzan con creciente dificultad: la marea del Atlántico les impide ir más rápido. El 26 de agosto de 1542, un año y medio después de que Orellana saliera de Guayaquil, se abría a su único ojo el inmenso mar. Cuando en 1545 regrese a su Amazonas como gobernador de «Nueva Andalucía», la muerte lo esperaba en una flecha envenenada. Destino igual al de Solís en el Río de la Plata, al de Elcano en el Pacífico, y al de Soto en el Mississipi: las aguas que les llenaron de gloria se convirtieron en sus inesperadas tumbas.

Soldado de dos mundos

Después de haber servido a Vuestra Majestad como era obligado, en Italia en el adquerir el estado de Milán y prisión del Rey de Francia, en tiempo del Próspero Colona y del Marqués de Pescara, vine a estas partes en Indias, año de 1535. Quien esto escribe es un extremeño, oriundo de algún pueblo aún no identificado de la comarca de La Serena. De estirpe hidalga, Pedro de Valdivia trueca los campos de batalla europeos por las selvas venezolanas. Acudirá como otros cientos de españoles más al Perú en auxilio de Pizarro, sitiado como estaba por los indígenas sublevados en el año de 1536.

En la primera guerra civil del Perú lo hallaremos en el bando pizarrista. Su lealtad con el gobernador de Nueva Castilla le vale una rica encomienda en la región de los Charcas. Pero Don Pedro no sólo ha venido a Indias en busca de riquezas. Le interesa conseguir honra y fama para sí y para su descendencia. Pizarro le autorizará a conquistar y poblar la gobernación de Nueva Toledo, vacante desde la infausta muerte de Don Diego de Almagro. Valdivia abandonaba un presente cómodo y un futuro asegurado, y se lanzaba a la aventura incierta.

En enero de 1540 salen del Cuzco Valdivia y ciento cincuenta españoles. Infamado había quedado Chile después de la incursión de Almagro, y fue difícil conseguir más reclutas. Ni un centavo le dio Don Francisco, y el extremeño hubo de buscar por sí la financiación de la empresa.

La expedición de Valdivia fue un gran esfuerzo colonizador y, por lo tanto, poblador. En las cartas que Don Pedro dirige al Emperador Carlos se vislumbra su deseo de dejar una obra perdurable en una tierra que ya amaba entrañablemente. En el valle del

Mapocho Valdivia levantaba el primer establecimiento serio del poder español en tierras sureñas: Santiago del Nuevo Extremo.

Las relaciones entre los conquistadores y los naturales fueron pasando por distintas alternativas. En los territorios que habían permanecido bajo la tutela incaica —desde el desierto de Atacama hasta el río Maule— la conquista fue más rápida y los indios se sometieron, a pesar de levantamientos y ataques a las poblaciones cristianas. Pero ni aún la quema de Santiago era comparable a la resistencia que encontraron entre los belicosos araucanos, que dominaban el extremo sur de Chile. Ni los incas pudieron dominarlos, y el poder español no estaba lo suficientemente asentado como para hacer frente a la tenaz resistencia aborigen.

No fueron fáciles los primeros años en Chile. Valdivia escribirá en 1545 a Carlos V las siguientes palabras, llenas de satisfacción y lealtad: *Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando, pero los de la hambre concurriendo con ellos, para los sufrir, más que hombres han de ser: pues tales se han mostrado los vasallos de Vuestra Majestad en ambos debaxo de mi protectión, y yo de la de Dios y de Vuestra Mejestad, por sustentarle esta tierra*.

Y los trabajos y las hambres dieron resultado: bajo el gobierno de Valdivia se levantan poblaciones llamadas a gozar de larga vida: La Serena, Concepción, Valdivia, La Imperial...

El hidalgo extremeño hizo honor a su buena cuna. Como vasallo leal acude a defender el poder real junto a La Gasca y vence la rebelión de Gonzalo Pizarro. Su intervención en esta nueva campaña tendrá su premio: La Gasca le nombrará gobernador de Nueva Extremadura, confirmando lo que el cabildo de Santiago había hecho unos años antes, al enterarse de la desgraciada muerte de Francisco Pizarro, de quien era su teniente.

Valdivia morirá trágicamente. En 1553 estalla una sublevación general de los indígenas en el sur de Nueva Extremadura. Los indios son muchos, y los españoles que se hallan con Valdivia en las inmediaciones de Concepción son pocos. Frente a la derrota segura, los soldados de Don Pedro deciden pelear hasta morir. Muchos sucumben frente a los araucanos capitaneados por Lautaro, ex-caballerizo del de La Serena. Al fin el fundador de Santiago caía prisionero de los indios, y después de atroces torturas entregaba su alma a Dios.

Los araucanos seguirían defendiéndose por siglos de la conquista española. Fama de invencibles alcanzarían, como fama y honra conseguía Don Pedro de Valdivia, fundador de una nueva nación. En ese mismo siglo XVI, Alonso de Ercilla legaba a la posteridad su homenaje a la conquista española y a la resistencia indígena en *La Araucana*, poema heroico alabado por el mismo Cervantes.

LOS CONFINES DEL IMPERIO

La fuerza de los mitos

La fantástica realidad que los españoles encontraron en América avivó la imaginación de algunos conquistadores. La ambición y el quijotismo alentaron varias expediciones —casi increíbles, como los mitos que perseguían— que ampliaron el marco geográfico del Imperio Español en América. Pocas cosas duraderas dejaron tras de sí, pero fueron la base para posteriores intentos colonizadores y pobladores que sí alcanzaron relativo éxito al finalizar el siglo XVI o ya en las centurias siguientes.

La península de Florida fue descubierta en 1513, como ya se ha escrito, por Juan Ponce de León. Los sucesivos intentos de penetración fracasaron por la tenaz resistencia que presentaron los aborígenes. Las expediciones de Lucas Vásquez de Ayllón y Pánfilo de Narváez encontraron el fracaso más completo. De la encabezada por Narváez, en la que se alistaron seiscientos hombres, sólo quedaron vivos Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y el negro Estebanico. Las peripecias que sufrieron estos cuatro hombres, narradas en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca, parecen cosa de cuento. Salvaron la vida milagrosamente. Alvar Núñez cuenta de intervenciones extraordinarias de la Providencia para sanar indios, a fin de que los españoles ganaran autoridad moral entre los naturales y así salvar el pellejo. Después de varios años de deambular por el sur de los actuales Estados Unidos logran llegar en 1536 a Compostela, en el noroeste de México.

Si la Fuente de la Juventud que buscaron en Florida no apareció por ningún lado, igualmente imaginarias resultaron las noticias dadas por Alvar Núñez acerca de las Siete Ciudades de Cíbola repletas de plata y tesoros sin cuento. En su busca, hacia Nuevo México, saldría Francisco Vázquez de Coronado, quien partió de Nueva Galicia.

Era la gobernación de Nueva Galicia un territorio conquistado por Nuño de Guzmán, el mismo que presidió la primera Audiencia de México que tantos atropellos cometió contra los naturales. En 1529 había huido de México al instalarse la segunda Audiencia, y fue conquistando los territorios del noroeste. Allí fundó Guadalajara. Cuando la gobernación, una vez destituido Nuño de Guzmán por las atrocidades cometidas en contra de los aborígenes, pasó a depender de México, el virrey Mendoza se interesó por el incremento territorial de sus dominios y organizó una expedición en busca de Cíbola. A su mando iba Vázquez de Coronado, quien también se excedió en crueldades. Recorrió cientos de kilómetros a la caza de tesoros nunca encontrados. Sólo halló indios belicosos.

Las consecuencias inmediatas de las acciones de Nuño de Guzmán y Vázquez de Coronado fueron un levantamiento general de los indios chichimecas en el noreste mexicano y el suroeste de los Estados Unidos. Sólo la acción denodada del virrey Mendoza y la ayuda inapreciable de indios mexicanos y tlaxcaltecas logró sofocar la sublevación. Se emplearon distintos métodos, algunos persuasivos y otros violentos. A la larga, serían los misioneros los únicos que lograrían insertar a los chichimecas en el nuevo orden establecido tras la conquista.

Ni Fuente de la Juventud, ni Ciudades de Cíbola. La ironía española se vengó bautizando a unas tierras pobres y de escaso interés para aquel entonces —las costas del oeste de México y de la Unión— con el nombre de California, legendaria isla ubérrima de los libros de caballería. Mientras Vázquez de Coronado merodeaba por los desiertos entre tribus salvajes buscando a Cíbola, Francisco de Ulloa, Hernando de Alarcón y Juan Rodríguez Cabrillo recorrían las mencionadas costas, sin encontrar ningún aliciente económico. La imaginación calenturienta de los conquistadores tomó revancha de los mitos no hallados, llamando *California* a una tierra marginal del imperio, en la que en los siglos siguientes florecerían San Diego, Los Ángeles y San Francisco, nacidas al calor del empeño evangelizador.

No fue, según Álvaro del Portillo, la mente obnubilada de los conquistadores sedientos de oro la que bautizó estas tierras antes de conocerlas con un nombre novelesco, sino el sarcasmo español al comprobar que el territorio carecía de riquezas y que los mitos quedaban relegados al país de la imaginación. Como escribe el españolísimo Calderón de la Barca: *y los sueños, sueños son*.

Cuando la Corona intente en pleno siglo XVIII colonizar seriamente el territorio al norte de Nueva España, las trece colonias anglosajonas gozaban de una vitalidad ya imparable. Esa era la realidad, una vez desvanecidos los tesoros y las ciudades imaginarias.

El caballero del Mississipi

Quizá la figura más simpática y atrayente de entre los conquistadores sea la de Hernando de Soto. En páginas anteriores hicimos algunas breves referencias a este extremeño de Jerez de los Caballeros, quien pasó a las Indias en la expedición de Pedrarias. Como muchos de sus compañeros de viaje, era Hernando hidalgo de buena familia. Contaba sólo con dieciocho años cuando se lanzó a la aventura.

Soto fue fidelísimo a sus superiores. Sin entrar a juzgar la conducta de Pedrarias, secunda todas sus operaciones, y se pondrá en peligro, recorriendo la inmensa distancia que separa Nicaragua de Panamá para avisarle al gobernador sobre la traición de su lugarteniente Hernández de Córdoba. Es probable que en su lealtad con Pedrarias influyera el deseo que tenía de desposar a su hija, Isabel.

Soto será uno de los que abandone Nicaragua cuando *sonó el Perú*. Su llegada a la isla Puná, acompañado nada menos que de cien hombres y algunos caballos, no pudo ser más oportuna: Pizarro tenía que hacer frente a los punáes y evacuar la isla. El extremeño se convierte en ese momento en pieza clave de la expedición pizarrista. Don Francisco le encomendará misiones importantes: será Soto quien se presente ante Atahualpa en los baños de Cajamarca. El español procurará sorprender al Inca con su habilidad de jinete, montando un brioso caballo, animal visto por primera vez en el campamento indígena. Soto también tomará parte principal en la captura de Atahualpa: Pizarro le puso al frente de uno de los tres cuerpos de caballería.

La rectitud de vida de Hernando quedará patente en el episodio de la muerte de Atahualpa. Pizarro sabía que su capitán se opondría a la condena tras el inicuo juicio. Decide alejarle del campo de los acontecimientos, y le envía a averiguar si eran ciertas o no las noticias de una sublevación indígena en las provincias. Cuando Soto regrese a Cajamarca con la nueva de la total calma en el Incario, el delito ya se había consumado.

Soto abrirá el camino hacia el Cuzco y será allí lugarteniente de Pizarro. En julio de 1535 decide regresar a España y se embarca en la Ciudad de los Reyes recién fundada. Había conseguido fama y dinero: se calculaban en 100.000 pesos oro los que consiguió en la conquista del Tahuantinsuyo.

España recibe a su capitán con los brazos abiertos. Hidalgo con fortuna, de buenas costumbres, casa con Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias. Es recibido por el Emperador Carlos —quien aprovecha la oportunidad para pedirle plata— y arregla con él una nueva expedición a Indias. Esta vez sería a la Florida, tierra afamada por las fabulosas historias que de ella cuenta Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien se hallaba otra vez en la Metrópoli buscando el favor real.

En abril de 1538 zarpan los nueve navíos de la expedición de Soto. Van rumbo a La Habana, ya que Hernando había sido nombrado gobernador de Cuba. Además lucía el título de adelantado de Florida y la promesa de un marquesado en las tierras que conquistase. Después de un año de preparativos, en junio de 1539 llegaban a Florida el capitán extremeño acompañado de mil soldados, trescientos cincuenta caballos y algunos perros bravos. Comienzan a internarse por los paisajes tropicales de la península. Allí encuentran indios primitivos y belicosos. Después de meses de bregar, el trópico se muda en bosque de coníferas, en montañas agrestes —los Apalaches—, en amplias praderas. No hay riquezas por ningún lado, sólo indios de guerra, hambre y sufrimientos. En Mauvila se enfrentan con el cacique Tuscaluza. Caen ochenta y tres españoles, se pierden cuarenta y cinco caballos, y según las crónicas, mueren cinco mil indios. Junto con la batalla de Tiocajas, ésta es considerada una de las más importantes de la conquista desde el punto de vista numérico.

Ya llevan dos años de penalidades. Muchos han muerto ya. En mayo de 1541, Soto contempla junto a su diezmada hueste un espectáculo maravilloso: un río del que no se divisa la otra orilla. Al sur de la actual Menphis, Hernando es el primer europeo que divisa al «Padre de las Aguas» o Mississipi. Junto a las riberas del gran río erigen una inmensa cruz y hay oficios religiosos. Aún deambulan por esas tierras un año más, en busca de un paso interoceánico por el norte. Nada hallan, pero Soto encontró la muerte. En el primer aniversario del descubrimiento del «Padre de las Aguas», y a sus orillas, Don Hernando muere en una refriega con los indígenas. Para ocultar su cadáver a los indios, que lo consideraban un ser sobrenatural, envuelven su cuerpo en pieles de marta, y en un tronco ahuecado lo echan al río. Trecientos once sobrevivientes logran acercarse a Nueva España. Atrás quedaba el «Centauro de las Indias», como le llamara Blanco Castilla.

EL RÍO DE LA PLATA

Santa María del Buen Ayre

Si otorgamos veracidad a las narraciones vespucianas, la primera expedición en recorrer las costas argentinas fue la de Américo recién iniciado el siglo XVI. Ya nos hemos referido a la malhadada exploración del Piloto Mayor Juan Díaz de Solís. Precisamente será su sucesor en ese cargo, el veneciano Sebastián Caboto, quien continúe con la exploración de la zona platense. Doscientos diez hombres en tres navíos partieron el 3 de abril de 1526 de Sanlúcar de Barrameda. La expedición tenía un neto carácter comercial, acentuado una vez que Caboto recoge noticias sobre tesoros fabulosos en el Plata, de labios de los sobrevivientes de la aventura de Solís. Aunque Caboto debía dirigirse a las Molucas en auxilio de García Jofré de Loaysa, quien junto con Elcano intentaba dar la segunda vuelta al mundo, decide internarse por las aguas del Río de la Plata. Remontará el río Paraná, a cuyas orillas funda el fuerte de Sancti Spiritus, y llegará a la confluencia de los ríos Paraguay y Pilcomayo.

Diego García de Moguer, ex-maestre de la armada de Solís, había arribado poco después al Paraná con otra escuadra. Al encontrarse con Caboto, decide explorar junto a él el territorio, a la vez que envían emisarios a España para definir sus respectivos derechos. Los dos capitanes mandarán a Francisco César a explorar las tierras del oeste. De regreso en Sancti Spiritus, César transmitirá a sus compañeros las noticias que le dieron los indios sobre una Ciudad de los Césares, repleta de oro y plata. Era otra versión de las noticias que había recibido Alejo García en la costa del Brasil sobre la Sierra de la Plata y el Rey Blanco: ecos legendarios de las riquezas reales del Perú.

La destrucción del fuerte Sancti Spiritus en manos de los indios y la falta de tesoros minerales deciden el regreso de los españoles a la Península. Sin embargo, a pesar de los fracasos, la Corona estaba decidida a continuar la exploración y colonización del Río de la Plata. Las noticias de supuestas riquezas habían llegado a oídos portugueses, y una laxa interpretación del Tratado de Tordesillas podría hacer que los lusitanos se apoderaran de la región.

En 1534, Pedro de Mendoza, granadino de familia noble, caballero de la orden de Santiago y acompañante de Carlos V en sus campañas bélicas, capitulaba con el Emperador. Se le nombraba adelantado, capitán general y justicia mayor de los territorios del entonces llamado Río de Solís. Su jurisdicción alcanzaba hasta el Pacífico, teniendo por límite 200 leguas de costa que comenzaban allí donde terminaba la jurisdicción de Almagro. Se le recomendaba vivamente la evangelización de los indios y su buen trato.

La armada que organizó Don Pedro era importante: catorce navíos con mil quinientas personas a bordo. Parten en agosto de 1535. En el viaje se ajusticia a uno de los tripulantes, acusado de *traidor y conspirador*. Años después, el Consejo de Indias revocó la sentencia condenatoria.

El 2 de febrero de 1536, en la ribera occidental del Río de la Plata, Don Pedro de Mendoza fundaba el Puerto de Santa María del Buen Ayre, efímero asiento que estaba llamado a convertirse en la actual metrópoli porteña. El nombre era el propio de una advocación de la Virgen originaria de Cerdeña, a la que se encomendaban los marinos para encontrar buenos vientos en su navegación. La advocación sarda pasó a Sevilla, y su imagen ocupaba el puesto de honor en el retablo de la capilla de la Casa de Contratación.

Muy difíciles fueron los primeros tiempos de Buenos Aires. Los indios querandíes eran bravíos, y después de un breve lapso de colaboración atacaron la pequeña población, a la que pusieron sitio. El hambre comenzó a hacerse sentir, y los españoles tuvieron que comer hasta el cuero de sus zapatos. Incluso hubo escenas de canibalismo, cuando hambrientos soldados decidieron comer tres cadáveres.

Mendoza envió a Juan de Ayolas a remontar el Paraná. Fundará el fuerte de Corpus Christi, y al llegar a Paraguay, el de Candelaria. En él dejará como lugarteniente a Irala. Cuando Ayolas regrese de su expedición —que le llevó hasta Bolivia—, encontrará Candelaria abandonada, y en una refriega con los naturales mueren él y todos sus acompañantes. Mientras tanto, Don Pedro había iniciado el viaje de regreso a España. Según el bávaro Ulrico Schmidel, testigo de los hechos, Don Pedro *estaba lleno de gálicos y tullido*. Al regresar, en alta mar *Dios lo acometió, de manera que muriera miserablemente; Dios le sea clemente y misericordioso*.

Juan de Salazar había salido en busca de Ayolas. Él levantará el fuerte de Nuestra Señora de la Asunción el 15 de agosto de 1537. Desde allí, en julio de 1541, Domingo Martínez de Irala, heredero del poder tras la muerte de Mendoza y Ayolas, ordenaba la evacuación de Buenos Aires. Asunción se convertía en el centro de la colonización hispánica en el Plata. Habría que esperar hasta 1580 para ver definitivamente fundada Buenos Aires, a las orillas del ancho estuario.

Del «Paraíso de Mahoma» a «Madre de Ciudades»

Con la despoblación de Buenos Aires, Asunción quedaba aislada de todo centro civilizado. La alianza de los blancos con los indios carios produjo un relajamiento de la moral sexual, y los españoles vivían amancebados con numerosas indias. Tal era la fama de Asunción, que pronto se la denominó el *Paraíso de Mahoma*.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, a quien hemos visto salvar su vida de la desastrada expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida, había capitulado con el rey a principios de 1540. Se le nombraba adelantado, gobernador, capitán general y justicia mayor del Río de la Plata. Heredaba así los títulos de Don Pedro de Mendoza. En 1542 llegaba a las costas del Brasil. En Santa Catalina se divide la expedición: unos penetrarían por las selvas brasileñas hasta Asunción; otros seguirían hasta Buenos Aires y alcanzarían el Paraguay por el río Paraná. El 11 de marzo llegaba el adelantado a Asunción. En el trayecto, lleno de dificultades, había descubierto las cataratas del Iguazú. Los que

siguieron por el Río de la Plata vieron con sorpresa que Buenos Aires había sido abandonada.

Muy pronto se evidenciaron los diferentes puntos de vista que sostenían Alvar Núñez e Irala, quien quedaba como su teniente. El primero pretendía colonizar, es decir, repartir indios, evangelizarlos, fundar ciudades y abrir vías que comunicaran Asunción con España. Según esta visión era indispensable repoblar Buenos Aires. Dotado de espíritu cristiano, dictó las primeras ordenanzas sobre el buen trato que se debía dar a los indios e intentó poner orden al caos social y moral imperante en Asunción. Irala, por el contrario, consideraba que era conveniente mantener aislada a Asunción, para que sirviera de punto de partida a expediciones hacia el Noroeste, de donde provenían las noticias de sociedades ricas en metales. Según Levillier, en la Sierra de Parecis se habían refugiado algunos descendientes de los incas, y las noticias indígenas se referían a ese reino de los incas en el exilio.

Una confabulación llevada a cabo por Irala y los oficiales reales acabará con el gobierno de Alvar Núñez. El 25 de abril de 1544 tomaban preso al gobernador, y después de diez meses de duro cautiverio lo remitían en un barco a España. Quedaban Irala y los oficiales reales dueños de la situación, y con las manos libres para proseguir sus descubrimientos.

En 1545, 1547 y 1553 Irala dirigirá tres expediciones en busca del Paititi, como se denominaba al real o supuesto refugio incaico. En la segunda expedición los asunceños se internaron tanto hacia el oeste que llegaron al distrito de Charcas, ya conquistado por los españoles del Perú. Tras una entrevista con los gobernantes de Charcas, Nuflo de Chávez, capitán de Irala, sube hasta Lima para entrevistarse con La Gasca. Con las noticias recibidas, el Pacificador decide crear una nueva gobernación que entrega a Diego Centeno. Pero la prudencia y sobre todo la muerte del otrora opositor de Gonzalo Pizarro evitó que se produjera una nueva guerra civil entre los de Charcas y los de Asunción.

En España aún no se nombraba un nuevo gobernador para el Río de la Plata. Al fin, en 1555 se designaba a Irala. La corona olvidaba el atropellamiento sufrido por Alvar Núñez y legalizaba una situación claramente anómala. Pero Irala morirá en 1556, y los vecinos de Asunción eligirán democráticamente a Don Gonzalo de Mendoza.

En 1558 parte una nueva expedición de descubrimiento al mando de Nuflo de Chávez. Tres años deambula por las selvas paraguayas y bolivianas. Por primera vez se fundaban poblaciones: Nueva Asunción y Santa Cruz de la Sierra. Esta última sería trasladada a un sitio definitivo en 1593.

La actividad penetradora desde Asunción había sido estéril. Pero ya se había llegado al momento propicio para poner por obra el plan de Alvar Núñez. El gobernador de Asunción, Ortiz de Vergara, el obispo, y vecinos en número de trescientos realizan un éxodo de Asunción y se dirigen a Charcas. Pedían que su territorio dependiese de la Audiencia recién creada en materias de justicia. El oidor Matienzo, con visión de futuro, estructura un plan para integrar al Paraguay en el virreinato del Perú, a la vez que se abrían las vías de comunicación con la Metrópoli. De Charcas saldría Juan Ortiz de

Zárate para capitular con el rey la gobernación del Río de la Plata. Su pariente Juan de Garay, regidor de Santa Cruz de la Sierra, bajaba por orden suya a Asunción, y de allí seguiría por el Paraná hacia el sur. A sus orillas, en 1573 se levantaba Santa Fe, y siete años más tarde, Buenos Aires resucitaba. Asunción, de *Paraíso de Mahoma* se convertía en *Madre de Ciudades*. Un nuevo núcleo de civilización se estructuraba en torno a las vías fluviales de la Cuenca del Plata.

* * *

La inmensa extensión del territorio americano, su cambiante configuración geográfica y el distinto grado de civilización que alcanzaron los indígenas de América hicieron que la conquista se desarrollara en tiempos y ritmos diversos. Al tratar sobre la misma hemos intentado seguir un orden cronológico. Procuraremos en las siguientes líneas fijar la fecha final del período conquistador de cada territorio.

Las características principales que se dan en la coyuntura de cambio de período —del conquistador al propiamente colonial— se encuentran sobre todo en el ámbito de las instituciones políticas: el conquistador es reemplazado por el funcionario real. Ya no gobernará un particular que capituló con el rey, sino un mandatario —o un cuerpo colegiado— de designación real, con sueldo fijo y período de ejercicio en el poder. A su vez, la hueste del conquistador se transforma en el vecindario de la ciudad, regida políticamente por el cabildo. Se instalaba así el poder de la monarquía moderna con toda su fuerza, y la marcha de la historia dejaba atrás el intento de los conquistadores de recrear un régimen señorial en las Indias, continuación del mundo medioeval del que acababan de salir.

Lo dicho hasta aquí no significa que el cambio haya sido inmediato. A lo largo del siglo XVI veremos intentos de resucitar el régimen señorial: las revueltas de Hernández Girón y Lope de Aguirre van en esa línea. Pero la decisión de la monarquía por sentar su poder era definitiva y logró sofocar cualquier intento en su contra.

Las exploraciones y conquistas continuaron, aunque se realizaron en forma distinta que sus predecesoras. Los capitanes ya no trataban con el rey sino con la autoridad indiana —virrey, audiencia o gobernador— y los privilegios solicitados eran mucho menores que los suplicados a Carlos V por los conquistadores de la primera hora. En muchas ocasiones, estas últimas conquistas sirvieron para *limpiar* —como se decía entonces— los reinos indianos de antiguos conquistadores y soldados ociosos, peligro latente de desorden y subversión.

Refiriéndonos en concreto a cada reino indiano en particular, se nos impone comenzar por La Española. El cambio de signo político se produce tempranamente, en 1499, cuando Colón es reemplazado por Francisco de Bobadilla como funcionario real. Tras una reaparición en escena de los derechos señoriales de la familia Colón en la persona del segundo almirante, Don Diego, el poder real se asienta definitivamente con la creación de la Audiencia Gobernadora de Santo Domingo en 1524.

En el Istmo, tierra de Balboa y Pedrarias, se creaba la Audiencia de Panamá en 1538, extinguida en 1542 y recreada en 1563.

México, el primer gran reino indiano, deja de ser gobernado por Cortés en 1527, al ser reemplazado por la Primera Audiencia. Una segunda Audiencia, presidida por Ramírez de Fuenleal, hereda el poder. En 1535 se creaba el virreinato de Nueva España. En 1548 se erigía la Audiencia de Nueva Galicia, en los territorios conquistados por Nuño de Guzmán.

Guatemala logró salir del caos inicial cuando se funda la Audiencia de los Confines en 1543; la de Nueva Granada data de 1548. Venezuela se organizó políticamente y se da inicio a la colonización y poblamiento cuando los Welzer son reemplazados por un gobernador de nombramiento real, Pérez de Tolosa, en 1545.

El caso del Perú es más complicado. En 1543 es nombrado el primer virrey, Blasco Núñez de Vela, y se creaba una audiencia en Lima. Sin embargo, el poder de los conquistadores se mantendrá cinco años más, hasta 1548, cuando Gonzalo Pizarro es vencido en Jaquijahuana por el enviado real, Don Pedro de La Gasca.

En la década de 1560 se instalan sendas audiencias en Quito y Charcas. En Chile, a la muerte de Valdivia es nombrado gobernador Don García Hurtado de Mendoza. En 1567 se creaba una audiencia en Concepción.

En el Río de la Plata el proceso de asentamiento del poder real fue más lento, por ser más tardía su conquista. Se siguió con la costumbre de entregar el gobierno de la tierra a los adelantados que capitularan con el rey. Sin embargo, a partir de 1566 el territorio platense dependería en materias de justicia de la audiencia de Charcas.

Las funciones de virreyes, audiencias y gobernadores, las subordinaciones entre ellos y los ámbitos de poder fueron variando según el tiempo y los territorios. Pero en conjunto representan el asentamiento definitivo del poder real, reemplazando al nacido de la fuerza y vitalidad de los conquistadores.

El Imperio Español sentaba bases jurídicas y políticas sólidas, que no serán mudadas hasta que, a principios del siglo XIX suene la hora de la Independencia.

VI

LA EVANGELIZACIÓN

La evangelización de los pueblos americanos corre paralela con la conquista armada. Una vez asentado el poder español en una comarca, franciscanos, dominicos, mercedarios o agustinos comienzan a predicar el Evangelio. No siempre fue así —se harán referencias a los intentos de evangelización en zonas no conquistadas por las armas— pero fue la práctica acostumbrada de esta primera etapa conquistadora.

El sentido misional de la empresa americana

El Cristianismo nació con espíritu universal. En la tercera década del siglo I, Jesucristo dijo a sus apóstoles: *Id y predicad el evangelio a todas las gentes, bautizándolas en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*.

Los apóstoles se lanzaron a predicar en *todo el mundo*. Pero en aquellos tiempos los judíos conocían sólo una pequeña parte del orbe. En los cuatro primeros siglos los primeros cristianos convirtieron al Imperio Romano. También los pueblos germánicos abrazaron la fe cristiana en época temprana: Clodoveo, rey de los francos, se bautiza en el 498. Poco después, visigodos, ostrogodos, suevos, anglos, irán convirtiéndose a la fe cristiana.

El siglo VII marca el inicio de la expansión musulmana. El Islam también tenía pretensiones universalistas. El norte de África, el antiguo Imperio Persa, enclaves europeos serán conquistados para la Media Luna. Cristianismo e Islamismo se rechazaron mutuamente y, en líneas generales, no hubo intentos de conversión recíproca.

Cuando la casi totalidad del continente europeo estuvo convertido al Cristianismo, los afanes evangelizadores no encontraron nuevos campos de acción. La Cristiandad estaba aislada del resto del mundo por el Islam. En consecuencia, la Europa cristiana se reconcentra en sí misma y echa las raíces de las que germinarán los grandes frutos de la civilización medieval: la universidad, el arte gótico, la escolástica, los hospitales.

Las noticias llegadas a Europa de lejanos reinos orientales con civilizaciones refinadas y milenarias aviva el espíritu apostólico de algunos. Pero se carecía aún de los medios técnicos adecuados para entrar en contacto continuo con esos lejanos pueblos, y los intentos de misión no pasaron de ser aventuras audaces, sí, plausibles, pero ineficaces.

En la Baja Edad Media, por todo lo apuntado anteriormente, los cristianos carecieron del denominado *infiel convertible*, utilizando un feliz término de Alberto de la Hera.

¿Qué era un *infiel convertible*? Una persona, hombre o mujer, a quien no había llegado el mensaje evangélico, y que tendría posibilidades al menos teóricas de convertirse. Los musulmanes no entraban en este género de infieles, por la intolerancia de su fe. Los judíos convivían con los cristianos, y su conversión vendría dada por ósmosis, por el mero trato cotidiano. Los chinos, japoneses e indios sí lo eran teóricamente, pero en la práctica se carecía, como hemos dicho, de los medios técnicos adecuados para llegar con asiduidad hasta ellos.

El descubrimiento y conquista de las Canarias primero y de América después ofrecía a la Iglesia —a todos los cristianos— un campo apostólico enorme. Las bulas papales de 1493 encargaron a la Corona de Castilla que llevara a cabo la evangelización de los nuevos territorios descubiertos por Colón y de los que se descubrieren más adelante. No hacían más que reiterar el encargo dado a la Corona de Portugal con respecto a las tierras contactadas por los navegantes lusitanos.

En la mentalidad del siglo XV esta comisión, este encargo pontificio a la autoridad civil no llamaba la atención. La Corona de Castilla vivía su fe católica con todas sus consecuencias. Iglesia y Estado aún no estaban separados tan nítidamente como lo están hoy día, y los reyes asumieron esa responsabilidad con total sinceridad.

El sentido misional de la empresa americana está claro desde un principio. El mismo Colón, en sus escritos, se confiesa instrumento de la Providencia para acercar a la verdadera fe a sinnúmero de almas. Las ordenanzas reales desde la época de Isabel de Castilla insisten en la prioridad de la evangelización sobre los otros fines de la conquista. Porque, no podemos dudarlo, hubo otros fines: la evangelización ni fue exclusiva ni fue excluyente. La mayoría de las personas que cruzaron el océano no tenían como motivo principal el extender la fe. Francisco Pizarro se movía por distintos intereses que San Francisco Solano. Como bien escribe Álvaro del Portillo, «es indudable que se ha exagerado el afán misional de conquistadores, gobernantes y Reyes en las empresas españolas de América. No precisamente en su intensidad, sino al presentarlo como afán exclusivo. Pero también es indudable —y hay que afirmarlo más cuanto más se quiera escamotear esta verdad— que esa preocupación existió de un modo operante y vivo en toda la obra colonizadora, aunque sería ilusorio pedir que fueran los hombres de lucha quienes la mantuvieran de modo especial y quienes se atuvieran a ella rigurosamente en todas las coyunturas».

Que el afán evangelizador fue verdadero y eficaz lo demuestra el simple dato que, en los inicios del tercer milenio, casi la mitad de los católicos del mundo son americanos.

La Iglesia que vino a América

La Iglesia y el Estado son sociedades distintas, con distinto origen y distinto fin. La historia de las relaciones entre estas dos sociedades fue cambiante, y se pasó por

períodos de recio enfrentamiento —las persecuciones jalonan la historia del Cristianismo —, de entendimiento cordial o de absorción de una sociedad por otra, como fue el caso del cesaro-papismo establecido en el Imperio Romano de Oriente.

El caso que presenta el Patronato Regio español y portugués es peculiar, pero se puede explicar por las circunstancias históricas que le dieron origen. En 1493 la Santa Sede comisionaba a la Corona de Castilla la evangelización de los territorios transatlánticos descubiertos y por descubrir. En el segundo viaje de Colón se traslada al nuevo continente un legado pontificio, el P. Bernardo Boil. Pocos años después, en 1501, la Iglesia cedía a la Corona el cobro del impuesto eclesiástico, el diezmo. Más adelante, en 1508, la Santa Sede concedía a los reyes el Patronato sobre la Iglesia americana, con su prerrogativa más importante, el derecho de presentación. Consistía en que el rey presentaba a la Santa Sede el nombre de la persona que debía ser designada obispo de una determinada diócesis. El Papa consecuentemente, enviaba las bulas de consagración episcopal.

La jurisdicción real sobre los asuntos eclesiásticos fue en aumento. Por concesión papal o por interpretación amplia que los reyes realizaron de esas mismas concesiones, casi todo pasó a depender del trono: demarcación y erección de nuevas diócesis, aprobación regia para el pase a sus territorios de los documentos pontificios, cuestiones litúrgicas, etc.

A primera vista no se entiende cómo la Santa Sede pudo ceder tanto. Pero si consideramos la situación de la Iglesia a comienzos del siglo XVI las cosas pueden quedar más claras. La Iglesia del Renacimiento presentaba desde el punto de vista humano signos de relajación y de escaso celo apostólico. Contemporáneamente, las disputas doctrinales y los primeros atisbos de las herejías protestantes centraban la atención de los Romanos Pontífices. Si a esto añadimos la acendrada fe de los reinos descubridores —Castilla y Portugal— no parecen tan descabelladas las concesiones hechas en su favor por la sede romana. Los Papas podrían estar seguros de que la evangelización de los nuevos territorios sería llevada a cabo por los reyes castellanos y portugueses.

Los monarcas de Castilla gozaron así de un poder casi completo sobre la Iglesia americana, pero en contrapartida adquirieron unas obligaciones muy pesadas. La sincera fe profesada por los reyes del siglo XVI hizo que esas obligaciones fueran cumplidas a conciencia. Estos deberes eran también económicos: si bien recibieron los diezmos eclesiásticos, tuvieron que solventar todos los gastos que comportaban el sostenimiento del clero, la construcción de templos, el envío de misioneros, etc. La voluntad real de llevar a cabo el encargo pontificio de la difusión del evangelio explica, entre otras razones, que no se abandonaran territorios en un primer momento improductivos, como fueron las Californias, Paraguay, las Filipinas o el Río de la Plata. Echando cuentas, fue más lo que le costó al erario real el sostenimiento de la labor evangelizadora que lo obtenido de la recaudación de los diezmos.

Cuando la Iglesia, rejuvenecida y fortalecida por el Concilio de Trento y la Reforma Católica, intente recuperar al menos en parte, el terreno cedido, se encontrará con la

firme decisión de la Corona de mantener el control de la Iglesia americana. Incluso la decisión del Papa de enviar nuncios a América se estrelló contra la negativa real. El proceso de avance del poder civil sobre el eclesiástico en América no hará sino intensificarse en el siglo XVII, y sobre todo en el xviii, cuando los Borbones ocupen el trono de Madrid.

A pesar del control político a que estuvo sometida la Iglesia bajo el Patronato, el saldo que arroja esta institución en el siglo XVI es sin duda positivo. Se designó a personas idóneas —y a veces santas— para ocupar las diócesis americanas creadas, y se impulsó la acción misional de norte a sur y de este a oeste con el envío de miles de misioneros, que elevaron moral y materialmente a los indios. A fines del siglo XVI, la Iglesia americana había echado raíces hondas en la nueva sociedad y mentalidad hispanoamericanas.

Los evangelizadores

Con el término *evangelización* se designa estrictamente al primer anuncio del evangelio a personas que jamás habían tenido noticias de él. De tal manera, en el caso americano el destinatario de la evangelización fue el indio y, en menor medida, el negro no cristiano procedente de África.

La transmisión de la doctrina no fue obra exclusiva de ningún sector de la Iglesia en particular. Tanto los obispos como los sacerdotes seculares, los religiosos y los laicos colaboraron en esta tarea.

A lo largo del siglo XVI se fueron estructurando las distintas diócesis americanas, que alcanzaron en este siglo el número de treinta y dos. Sus sedes fueron ocupadas por un centenar de obispos, de origen noble y con títulos académicos en su mayoría. La labor espiritual y social realizada por alguno de ellos —Fray Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Santo Toribio de Mogrovejo— manifiestan el cuidado y la prudencia que pusieron los reyes a la hora de designar las personas idóneas para ocupar las sedes episcopales.

La labor de los laicos en el proceso evangelizador fue también importante, ya que muchos de los españoles que vinieron a América profesaban sinceramente su fe, y como natural consecuencia procuraron transmitirla. Sin embargo quedan escasos documentos que nos permitan narrar la historia de la evangelización llevada a cabo por los laicos.

Pero el sector que sin lugar a dudas fue el más importante en este proceso espiritual americano fue el de las órdenes religiosas. En el siglo XVI la Corona de Castilla envió a América, según Pedro Borges Morán, un número aproximado de dieciseis mil religiosos. Los primeros en llegar fueron los franciscanos y los mercedarios en 1493, los dominicos lo hicieron en 1510, los agustinos en 1532 y los jesuitas en 1566. Estas fueron las cinco órdenes evangelizadoras por excelencia. Basta recorrer los centros históricos de las ciudades americanas para comprobar que sus iglesias llevan los nombres San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, La Merced y San Ignacio o iglesia de la Compañía. El

hecho sucede en México y se repite en Bogotá, Quito, Lima, Cuzco, Córdoba o Buenos Aires.

A lo largo de los tres siglos de dominación española en América se defendieron distintas posturas teóricas acerca de la evangelización en su relación con la conquista armada. Para mayor claridad prescindiremos de matices y señalaremos las tres corrientes principales que surgieron en torno a este tema. La primera, la sostenida con el deseo por la mayor parte de los religiosos, pero de difícil aplicación en la práctica, consistía en la evangelización «apostólica», es decir, la misma que realizaron los apóstoles de Jesucristo, desprovistos de todo medio material y sin fuerza armada alguna. Otros religiosos se inclinaron por la evangelización «protegida»: el misionero iría acompañado de una escolta armada, no para atacar sino sólo como medio defensivo en el caso de que se produjera un ataque indígena. La tercera corriente era la de la evangelización «postbélica»: era necesario, según algunos, conquistar previamente un territorio por las armas, para que los misioneros pudieran contar con las ventajas que daba la sujeción política de los indígenas a las nuevas autoridades.

Hasta 1573, con la excepción de los intentos de evangelización pacífica de los dominicos y franciscanos en Tierra Firme y del Padre Las Casas en Verapaz, la evangelización fue postbélica. Por este motivo, la geografía y la cronología de la evangelización coinciden con la de la conquista armada: los primeros trabajos de los misioneros fueron en las Antillas, y luego siguieron las rutas de los conquistadores: Istmo, México, Guatemala, Tierra Firme, Perú, Chile y Río de la Plata. Una vez prohibidas las conquistas armadas por Felipe II en 1573 se adoptará la praxis de la evangelización protegida y, en algunos casos, de la evangelización apostólica. Así se penetró en territorios donde no habían llegado los europeos. Fueron los misioneros de los llanos venezolanos, de la hoya amazónica, del Chaco los que completaron el conocimiento de los pueblos y geografía americanos.

Huitzilopochtli o la Cruz

Las huestes conquistadoras solían llevar en sus filas a algunos religiosos. Tal es el caso del mercedario Bartolomé de Olmedo, que acompañó a Cortés, o de Fray Vicente Valverde con Pizarro. Pero los grandes contingentes de religiosos que pasaron a América lo hicieron una vez que la conquista de los distintos territorios estuvo asegurada. En 1524, por ejemplo, por iniciativa de Cortés llegan a México doce franciscanos —llamados *los doce Apóstoles*— que son la base sobre la cual se comenzó una evangelización masiva de los indígenas mexicanos.

En el primer período de evangelización se consiguieron logros sorprendentes: los indios —particularmente en México y Guatemala— se convirtieron en masa. En otros territorios las conversiones fueron más lentas, pero la tónica general durante el siglo XVI fue la rapidez del proceso. El mejor estudioso de este tema, citado varias veces en estas

páginas, Pedro Borges Morán, ha tratado de establecer los distintos factores que beneficiaron o perjudicaron la evangelización del indio americano.

Entre las dificultades cabe señalar la diferencia del idioma entre evangelizadores y evangelizados; la dispersión de los indígenas, incomunicados entre sí por ausencia de caminos; las rebeliones, que en ocasiones acabaron con la vida de algunos misioneros; el mal ejemplo dado por algunos cristianos; la oposición de los hechiceros indígenas; etcétera.

Entre los factores favorables para la evangelización se cuentan la protección oficial de las autoridades, tanto con las armas como a través del sostenimiento económico; la idiosincracia de los indígenas americanos, profundamente religiosa; y el espíritu apostólico de los misioneros, que les llevó a realizar toda clase de sacrificios para llevar a cabo su noble misión. No en vano los religiosos que cruzaban a América habían pasado por una rigurosa selección.

Las dificultades del idioma fueron superadas en un primer momento con las representaciones gráficas, hasta que los misioneros lograron aprender las lenguas de los aborígenes. Una vez dado este paso importantísimo en el proceso catequético, se enseñaba a los adultos y a los niños, separadamente y de forma más intensa para estos últimos, las oraciones vocales y la doctrina. La música fue un instrumento de gran ayuda para la memoria de los indios, que cantaban las oraciones aprendidas de boca de los religiosos.

Elemento indispensable para atraerse la voluntad de los indios fue el trato afectuoso que les dieron los misioneros. Y junto a ello, y en muchos casos, el ejemplo de una vida santa. Además, los religiosos intentaban demostrar la falsedad de las religiones indígenas, argumentando que de nada servían divinidades que se dejaban destruir. Según fuera la religión indígena, distinta actitud adoptaron los indios con el Cristianismo. La posibilidad más o menos cercana de ser sacrificados a Huitzilopochtli benefició sin duda la adopción de la nueva fe por parte de los mexicanos. Pero la relativa altura moral de la religión inca indujo a que muchos antiguos adoradores del sol compatibilizaran la adopción del Cristianismo con la supervivencia de sus antiguas creencias.

Las dudas prácticas y teóricas sobre la administración de los sacramentos a los indios surgieron bien pronto. En Nueva España se realizaron bautismos masivos sin tener los indios toda la formación catequética que en circunstancias normales hubiera sido necesario impartir. Los franciscanos, partidarios de esta praxis, confiaban en que la gracia del sacramento ayudaría a los indios a comprender más rápidamente la doctrina. Otros religiosos, sin embargo, pensaban que era más prudente retrasar el bautismo hasta que se hubiera dado toda la formación básica.

La evangelización del indio americano no fue perfecta ni completa. Hubo a veces superficialidad, regresiones a los ritos antiguos y apostasías. Pero significó un salto de calidad enorme en la conducta moral —personal y social— del aborigen. La sublime doctrina de Cristo no admitía comparación alguna con los ritos idolátricos, politeístas y a veces antinaturales de los indios americanos. Desde un punto de vista teológico, la evangelización de América supuso pasar *de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz*.

La elevación humana del indígena

La labor desempeñada por los misioneros en América no se limitó —aunque esa era la finalidad primordial— a evangelizar a los indios, a enseñarles la doctrina cristiana. Cristianismo y civilización iban unidos, y por tanto se impulsó una promoción humana de los naturales que los elevó, los dignificó.

Los antropólogos gustan hablar hoy de *etnocentrismo*, que significa aplicar categorías de la propia cultura a otras, y juzgarlas desde los propios parámetros culturales. Los conquistadores y los misioneros habrían pecado de etnocentrismo al no respetar los valores culturales de los aborígenes americanos. Esta visión es deformada e injusta. Exigir que en siglo XVI hubiera un concepto generalizado de *valor cultural ajeno* es ignorar la evolución de las mentalidades históricas. Pero la crítica es injusta además porque los misioneros se interesaron por las costumbres de los indios, las escribieron para la posteridad y respetaron todas aquellas que no se opusieran al Cristianismo. Prueba palmaria de esto es el hecho de que la evangelización se hiciera preferentemente en lenguas indias, sin pretender imponerles el castellano. Estas lenguas no sólo se conservaron sino que se beneficiaron con la adopción de la escritura alfabética.

Como ya hemos visto en páginas anteriores, la situación de los indios americanos era muy dispar, y la promoción humana se llevó a cabo en forma distinta según los territorios. Sin embargo podemos hablar de unos principios generales válidos para todo el continente.

Un empeño común fue el de procurar que los indios no vivieran desperdigados, sino en poblados. No olvidemos que civilización viene de *civitas* (ciudad), y vivir *en policía*, como se decía en el siglo xvi, era vivir en la polis, en la ciudad. La evangelización hubiera sido mucho más dificultosa si los indios hubieran seguido viviendo aislados. En los territorios previamente sometidos por las armas se pudo agrupar la población con la ayuda de las autoridades, y a veces se cometieron abusos. Pero en muchos casos los indios fueron convencidos por los misioneros de las ventajas de la vida en comunidad. En los territorios no sometidos a la autoridad española el único medio utilizado fue la persuasión.

En los poblados indígenas se realizó una labor social digna de todo encomio. Se confiaron cargos políticos a los naturales, al establecerse cabildos indígenas, se enseñaron oficios manuales como carpintería, herrería, albañilería o artes plásticas, y, lo que es más importante, se contó con el hábitat adecuado para infundir a los indios las virtudes familiares y personales.

El fortalecimiento de la institución familiar fue uno de los aspectos en el que más empeño pusieron los misioneros. Se intento generalizar la monogamia y purificar la moral sexual. Para eso se instituyó la vivienda unifamiliar y la separación de sexos en los dormitorios de los hijos.

En el aspecto personal se procuró evitar las borracheras y erradicar la antropofagia y las mutilaciones, así como las costumbres antihigiénicas. En un texto dominico escrito para los indios en México en 1548 se lee: *Tened mucho cuidado de aquí en adelante de*

vivir en mucha limpieza de la vida porque nuestro Dios es limpísimo y purísimo, así como os he dicho. Y las inmundicias y suciedades aborrecedlas para siempre porque Dios las aborrece eternamente, así de parte de las ánimas como de parte de los cuerpos. Por tanto no habéis... de ensuciar los cuerpos ni os habéis de embirar, ni os habéis de pintar, ni menos os habéis de cortar...

El capítulo de la formación humana en que los religiosos alcanzaron mayor gloria fue el de las escuelas de los indios. Se crearon por toda la geografía americana escuela de primeras letras para los niños, escuelas especiales para hijos de caciques, centros interraciales, colegios de enseñanza media e internados femeninos. Esta labor trajo como consecuencia la impresión de los primeros libros americanos, salidos de las tempranas imprentas de México y Lima.

Con razón pudo escribir López de Gómara sobre la labor de los europeos, y que nosotros queremos referir en especial a los misioneros: *Hanles mostrado letras, que sin ellas son los hombres como animales, y el uso del hierro, que tan necesario es al hombre; asimismo les han mostrado muchas buenas costumbres, artes y policía para mejor pasar la vida: lo cual todo, y aun cada cosa por sí, vale sin duda alguna mucho más que la pluma ni las perlas ni la plata ni el oro que les han tomado*.

La Iglesia en América supo conciliar satisfactoriamente la elevación espiritual con la dignificación humana de los indígenas.

VII

LA BÚSQUEDA DE LA JUSTICIA

El descubrimiento y la conquista de América desencadenaron en época temprana un sinfín de problemas teóricos —morales y jurídicos— a los que la cosmovisión cristiana de la vida imperante en el siglo XVI intentó dar soluciones.

Desde la esclavitud o libertad de los indios hasta los justos títulos que podía esgrimir España para la posesión de un entero continente, todo fue debatido en un marco de plena libertad de opinión por reyes, consejeros, religiosos, funcionarios y conquistadores. Quizá esta búsqueda de la justicia en la conquista de América sea el rasgo más sobresaliente de la labor de España en el Nuevo Mundo. No existe parangón en la historia universal de una —llamésmola así— *delicadeza de conciencia* por parte de una potencia militar a la hora de juzgar sobre sus actuaciones en las dilatadas tierras de su imperio.

En apretada síntesis hemos intentado presentar al lector una visión global de este proceso teórico, que encontró más o menos facilidad al procurar plasmarse en la práctica, según la mejor o peor conciencia de los funcionarios, religiosos o encomenderos de turno.

¿Libres o esclavos?

La institución de la esclavitud es muy antigua, y casi no ha habido sociedad histórica que careciera de esclavos. Cuando a fines del siglo xv se entra en contacto con sociedades de infieles hasta entonces desconocidas —los aborígenes americanos— la posibilidad de convertir las nuevas tierras en una cantera de esclavos se presentó tempranamente. En las cartas de Colón a Luis de Santángel, escritas en su regreso del primer viaje, enumera las riquezas encontradas en Indias: entre ellas se citan *esclavos cuantos mandaren cargar, e serán de los idólatras; y tantos esclavos para el servicio de la marina, cuantos quisieren exigir sus Altezas*.

Los pensamientos de Colón bien pronto se llevaron a la práctica: en 1495 llegan a España 500 esclavos hechos entre los indios alzados. El 12 de abril los Reyes Católicos disponen la venta de los esclavos indios en Andalucía. Pero la determinación injusta duró poco. Escasos días después, el 16 de abril, deciden suspender la venta hasta que los reyes sean informados por *letrados, teólogos o canonistas, si con buena conciencia se pueden vender estos... o no*. La junta de sabios tardó cinco años en dar una respuesta

definitiva. Por fin, en 1500 se establece con toda claridad que los indios son personas libres, vasallos de la Corona de Castilla. Y no fue sólo una declaración retórica: el pesquisidor Francisco de Bobadilla irá a La Española a hacerse cargo del gobierno acompañado por algunos de los indios remitidos por el Almirante, que gozaban ya de su recuperada libertad.

Don Rafael Altamira se refiere a la decisión de los Reyes Católicos de defender la libertad de los indios en 1500 como «fecha memorable para el mundo entero, porque señala el primer reconocimiento del respeto debido a la dignidad y libertad de todos los hombres, por incultos y primitivos que sean: principio que hasta entonces no se había proclamado en ninguna legislación y mucho menos se había practicado en ningún país».

La libertad de los indios tuvo, sin embargo, algunas cortapisas. En primer lugar se permitió que se esclavizacen los indios *caribes* o antropófagos y los que se capturasen en justa guerra. Por otro lado, la condición jurídica del indígena americano fue equiparada al del menor de edad: la Corona consideró que, dada su rusticidad, los naturales debían ser protegidos y gozar de una tutela especial por parte del Estado. A su vez, se instituyó el sistema de encomiendas, en donde el indio podía ser compelido a trabajar, aunque siempre siendo tratado como vasallo libre. También se establecieron servicios personales de los indios a los encomenderos. Estos fueron definitivamente abolidos por Carlos V en l549.

La política regia, a partir de 1500, nunca se volvió atrás en su decisión de considerar personas libres a los indios. En el codicilo del testamento de la Reina Isabel, la gran estadista manifestó como una de sus últimas voluntades la de proteger y beneficiar a sus vasallos ultramarinos. Desechada la esclavitud, el debate se centró en el grado de libertad que debían de gozar los indios. El sermón de Montesinos, las leyes de Burgos y Valladolid y el gobierno de los Jerónimos, episodios ya analizados, giran en torno a esta problemática.

¿Libertad o esclavitud?; ¿trabajo compelido o libre contratación?; ¿evangelización pacífica o conquista espiritual?; ¿justos títulos de España en la conquista de América o simple apropiación de lo ajeno? Problemas de conciencia que se suscitan en una nación cristiana, que intenta ser respetuosa de la dignidad de la persona humana, aunque muchas veces no lo logre.

Los Caballeros de la Espuela Dorada

Mientras Cortés se acercaba a Tenochtitlán y Magallanes surcaba los mares del hemisferio sur, un clérigo sevillano, Bartolomé de las Casas, movía cielos y tierra para conseguir la aprobación real a su proyecto de colonización indiana: habría que llevar labradores de costumbres morigeradas a América en vez de nobles de segunda, ex-soldados revoltosos y rufianes codiciosos. Así, la evangelización sería más fácil y la conquista espiritual se realizaría pacíficamente.

No es la primera vez que nos topamos en estas páginas con Las Casas. Lo encontramos a bordo de una de las naves que integraban la numerosa expedición a Santo Domingo de Frey Nicolás de Ovando en 1502. También lo vimos como Protector de Indios durante el gobierno de los Jerónimos en la Española. Pero ¿quién era este activo y visceral sacerdote andaluz? Había nacido en 1484 en Sevilla, y en su juventud parece que estudió en Salamanca. Su padre, Pedro, había acompañado al Almirante en su segundo viaje en 1493. En La Española Bartolomé gozó de una rica hacienda heredada de su padre. Se dedicó al cultivo de la tierra con trabajo indígena y obtuvo pingües ganancias. Estaba en Santo Domingo cuando Fray Antón de Montesinos predicó sus célebres sermones en defensa de los indios. Se relacionó amigablemente con los dominicos de la isla, sobre todo a partir de su ordenación sacerdotal: Las Casas fue el primer misacantano en tierras americanas.

En 1512 el Padre Bartolomé toma parte en la conquista de Cuba como capellán. De resultas de su participación en la campaña con Pánfilo de Narváez consiguió otra rica encomienda. Las Casas no trataba mal a los indios, pero cuando un dominico le negó los sacramentos por ser encomendero su conciencia se inquietó. En 1514, mientras estaba preparando un sermón para la fiesta de Pentecostés, unas palabras del Eclesiástico le llamaron poderosamente la atención: *El que sacrifica de una cosa mal adquirida su oferta es ridícula y los donativos de los hombres injustos no son aceptados*. Su conversión vino rápidamente. A partir de ella, toda su vida tendría un único sentido: la defensa de los indios americanos y la denuncia de las injusticias cometidas en la conquista.

Después de renunciar a sus encomiendas y viajar a España, le es asignado el cargo de «Protector de Indios», con el que vuelve a La Española. Sus desentendimientos con los Jerónimos y la decisión de éstos de preservar el sistema de encomiendas deciden el regreso de Las Casas a la Península. La muerte de Cisneros obliga al clérigo a dirigirse a los consejeros flamencos de Carlos V. Llegaba a España munido de un «memorial utópico», en el que proponía una serie de remedios para solucionar la triste situación indígena. Se trataba fundamentalmente de suprimir las encomiendas y de crear en su reemplazo comunidades hispano-indias en donde las dos razas trabajarían juntas. El contacto de los indios con familias de labradores castellanos de sanas costumbres haría sumamente sencilla la evangelización. El proyecto fue aprobado por la corte, pero la oposición de los señores a que se fueran los labradores de sus dominios y la traición de su ayudante Luis de Berrio hicieron naufragar el plan.

Sin arredrarse ante las dificultades, en 1520 Las Casas consigue que Carlos V le otorgue un permiso para colonizar los territorios de Tierra Firme entre Paria y Santa Marta. Prometía pacificar a los indios y convertirlos en buenos cristianos y vasallos del Emperador. Le acompañarían familias labriegas y cincuenta españoles seleccionados por sus buenas costumbres, a quienes se les otorgaría el título de «Caballeros de la Espuela Dorada». Estos vestirían un hábito blanco con una gran cruz roja en el pecho a fin de que los indios los distinguieran de los otros españoles que les habían ocasionado daños. El

rey, a su vez, prohibía que los españoles maltratasen o comerciaran con los indios de ese territorio.

La expectativa creada por la expedición de Las Casas era grande: se trataba, nada más ni nada menos, de averiguar si se podía realizar una conquista pacífica de las Indias, sin lesionar la justicia y los derechos de los indios. Por eso, quienes defendían la tesis de la necesidad del empleo de la fuerza para conquistar y posteriormente evangelizar a los indios habrán sonreído con placer al enterarse del fracaso de Las Casas en su intento de colonización pacífica. Antes de su llegada, misioneros dominicos habían asentado un convento en Tierra Firme, pero los frailes resultaron muertos por los indios, levantados a causa de los abusos a los que fueron sometidos por mercaderes españoles. La Audiencia de Santo Domingo había decidido castigar el crimen enviando una expedición punitiva. Casi nada pudo hacer Las Casas para evitar el caos. Sus apacibles labriegos se dedicaron al pillaje en Puerto Rico, donde hicieron escala. En Tierra Firme, encontraron a los indios en pie de guerra. Los esfuerzos fueron inútiles: se tuvo que abandonar el proyecto.

Muchos años más viviría Las Casas. Tiempo suficiente para plantear nuevos proyectos a la Corona. La batalla sólo comenzaba.

La utopía se hace realidad

Fray Bartolomé de Las Casas dedicó gran parte de su vida a escribir. En los largos años que permaneció en La Española después del sonado fracaso de colonización pacífica en Tierra Firme comenzó a componer dos de sus obras más importantes, la *Apologética Historia*, en donde quiere demostrar que los indios son seres racionales capaces de salvarse y no esclavos por naturaleza, y su celebérrima *Historia de las Indias*, en la cual aporta datos interesantísimos acerca del primer Almirante y de todo el período colombino.

Fray Tomás de Berlanga, descubridor de las islas Galápagos y hombre clave en la vocación dominica de Las Casas —quien tomó el hábito de Santo Domingo en este período— había partido rumbo al Perú en 1535. Lo seguirían Las Casas y otros dominicos, pero la nave que salió de Panamá no pudo allegarse a las costas sudamericanas por el mal tiempo reinante y trasladó involuntariamente a los frailes a las costas de Nicaragua. De allí paso Las Casas a Guatemala, donde llevará a cabo su segundo proyecto indiano: predicar la fe en forma pacífica sin intervención de soldados o funcionarios reales.

Había en Guatemala, gobernada por ese entonces por Don Pedro de Alvarado, un territorio no conquistado, pues los indígenas se hallaban en pie de guerra y era muy difícil penetrar en él: era el Tezulutlán. Las autoridades civiles y los dominicos firmaron un convenio por el cual se permitía a Las Casas y sus compañeros penetrar en el territorio y evangelizar a los indígenas, con la expresa prohibición para todo español de permanecer en Tezulutlán. Las anteriores experiencias de Tierra Firme habían fracasado

por no llevarse a cabo las órdenes reales que prohibían el mal trato de los españoles a los indígenas, y no estaba dispuesto Las Casas a fracasar otra vez.

Entre 1537 y 1556 se puede decir que el experimento de Tezulutlán —rebautizado con el simbólico nombre de la Verapaz— fue un éxito. Los frailes fueron bien acogidos por los indígenas, a quienes catequizaron mediante canciones compuestas en su lengua. El ejemplo de vida santa que dieron los dominicos a los aborígenes les convenció que el Cristianismo era la verdadera fe, y las conversiones se produjeron en masa. El fin de la Verapaz es triste: los indios vecinos, acaudillados por los antiguos sacerdotes desplazados por la implantación del Cristianismo, se alzaron y atacaron las comunidades cristianas. Los españoles de Guatemala no intervinieron aduciendo que las órdenes reales les prohibían entrar en ese territorio. Así naufragó este bello proyecto, que tantas esperanzas había forjado en muchos hombres de buena voluntad.

El éxito que en los años 40 alcanzó el proyecto de Las Casas, o quizá la intención de algunos cortesanos de alejarle definitivamente de la órbita real a un fraile tan molesto que se presentaba inoportunamente para clamar justicia, hizo que fuera promovido al obispado de Chiapas, en el sur de México. El flamante obispo causó tal revuelo en su diócesis al negar los sacramentos a los encomenderos y amenazar con excomuniones, que dimitió de su cargo en 1550.

Si importante fue en el terreno de los hechos la conquista pacífica de Verapaz, no menos interesante resulta el fondo teórico del proyecto. En 1537 en Guatemala Las Casas escribió un libro —*Del único modo de atraer a todos los pueblos a la religión verdadera*— en el que intenta demostrar una serie de tesis. En primer lugar —escribirá el sevillano—, Dios llama a todos los hombres a la verdadera fe, sin importar raza, tribu o costumbres. La única manera válida de enseñar la religión es la persuasión a través de razonamientos. Sujetar por la fuerza de las armas a los que han de creer es contrario al evangelio. Las Casas distinguirá cuatro tipos de infieles: los que viven sujetos a reyes cristianos, que están obligados a cumplir las leyes del reino; los que injustamente se han adueñado de territorios cristianos con el fin de implantar su religión y erradicar la fe: a estos se les puede hacer legítimamente la guerra; los herejes y apóstatas que han abandonado la verdadera fe: se les puede castigar espiritual y temporalmente. Por último, los infieles que no han hecho daño a nadie y que no han estado sujetos nunca a un príncipe cristiano: era el caso de los indios americanos. *La guerra que se les hace a los infieles de esta última especie, por respecto de que mediante la guerra sean sujetos al imperio de los cristianos y de esta suerte se dispongan para recibir la fe y la religión cristiana, o se quiten los impedimentos que para esto puede haber, es temeraria, injusta, perversa y tirana*.

El polémico Las Casas iba conquistando la enemistad de los conquistadores, de sinnúmero de funcionarios, de eclesiásticos con otros puntos de vista igualmente válidos. Pero el rey le oía atentamente: ¿era la guerra en Indias algo justo y cristiano? Por primera vez en la historia, un Emperador suspendía las conquistas hasta que argumentos sólidos tranquilizaran la conciencia real.

Una bula con historia

En el mismo momento en que se produjo el encuentro entre las dos razas surgieron las preguntas de los indios acerca de la naturaleza última de los españoles y viceversa. Sabemos que Moctezuma pensaba —por lo menos en un principio— que Cortés y sus huestes eran *teules* o dioses enviados por Quetzalcoatl. Otros, como los tlaxcaltecas, consideraban a los españoles de una naturaleza superior, que los hacía invencibles.

Los españoles también se cuestionaron por la naturaleza de los indios. Hubo unos pocos que se plantearon si eran o no hombres de verdad. No pasa de ser una opinión anecdótica. Pero entre la inmensa mayoría de los españoles que jamás dudaron de la verdadera naturaleza humana de los indios, las valoraciones sobre su carácter van de un extremo a otro. Lewis Hanke cita dos párrafos paradigmáticos. En primer lugar, uno de nuestro ya conocido Padre Las Casas. Así opinaba de los aborígenes: *Todas estas universas e infinitas gentes crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces. Obedientes, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quienes sirven. Son sumisos, pacientes, pacíficos y virtuosos. No son pendencieros, rencorosos o vengativos. Además, son más delicados que príncipes y mueren facilmente a causa del trabajo o enfermedades. Son también gentes paupérrimas, que no poseen ni quieren poseer bienes temporales. Seguramente que estas gentes serían las más bienaventuradas del mundo si sólo conocieran al verdadero Dios*.

Por el contrario, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo tenía un concepto opuesto. A lo largo de sus páginas se pueden entresacar los siguientes conceptos, que damos seguidos: *naturalmente vagos y viciosos, melancólicos, cobardes, en general gentes embusteras y holgazanas. Sus matrimonios no son un sacramento sino un sacrilegio. Son idólatras, libidinosos y sodomitas. Su principal deseo es comer, beber, adorar ídolos paganos y cometer obscenidades bestiales: ¿qué puede esperarse de una gente cuyos cráneos son tan duros que los españoles tienen que tener cuidado en la lucha de no golpearlos en la cabeza para que sus espadas no se emboten?*

Los religiosos, y en particular los dominicos, se erigieron en firmes defensores de los derechos de los indígenas. Por esta razón causó gran escándalo que un fraile de la Orden de Santo Domingo, el Padre Betanzos, hubiera declarado ante el Consejo de Indias que los aborígenes eran incapaces de la fe. Seguramente despechado de sus intentos fallidos de evangelización en el Nuevo Mundo, Fray Domingo de Betanzos había concluido que los naturales de América eran demasiado rudos para aprender los principios elementales del Cristianismo.

Otro dominico, Bernardino de Minaya, muy pronto cayó en cuenta de las consecuencias nefastas para la raza indígena que podía traer la posición adoptada por el Padre Betanzos. Decide tomar cartas en el asunto: de México se dirige a España, informa al Cardenal Loayza, Presidente del Consejo de Indias, sobre sus experiencias en la evangelización, e incluso consigue que la Emperatriz le de una recomendación para presentarse ante el Papa Paulo III.

El 9 de junio de 1537, en Roma, tras atender las súplicas del P. Minaya, el Papa promulgaba la bula *Sublimis Deus*. Allí declaraba: *Nosotros que aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas, que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducirlas a él, pues ese es nuestro oficio, conociendo que aquellos mismo indios como verdaderos hombres, no solamente son capaces de la Fe de Cristo, sino que acuden a ella con grandísima prontitud como nos consta, y queriendo proveer a estas cosas del remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí en adelante viniesen a noticia de los cristianos, aunque están fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes: y que no deben ser reducidos a servidumbre: declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados a la dicha fe de Cristo con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni firmeza, no obstante cualquier cosa en contrario*.

La Santa Sede hablaba sin ambages, Carlos V prohibía la circulación de la bula no porque estuviera disconforme con el contenido sino porque no se habían guardado las prerrogativas reales en su publicación y pase a sus territorios; y Fray Domingo de Betanzos se retractaba el 13 de septiembre de 1549, en su lecho de muerte, de su opinión acerca de la incapacidad de los indios. La retractación la daba en el convento de San Pablo de Valladolid, donde años antes se habían acordado disposiciones para el buen trato de los indígenas como vasallos libres de Su Majestad.

Los Justos Títulos

Anteriormente hemos analizado diversas cuestiones de conciencia que mentes españolas del siglo XVI se plantearon con ocasión del descubrimiento y la conquista de América. El lector recordará cómo en 1511 fray Antón de Montesinos había denunciado el maltrato proporcionado a los indios en las encomiendas. La Corona reaccionó con las Leyes de Burgos y Valladolid. Los maltratos prosiguieron, y vino el intento de los Jerónimos en la Española. Pocos años después Las Casas conseguía el favor de Carlos V para organizar una expedición y colonización pacífica con labradores en Tierra Firme, que nada consiguió en la práctica. En 1526 el emperador promulgaba unas leyes sobre el modo de hacer las conquistas: estaba sobre el tapete la justicia de las guerras indianas. El relativo éxito alcanzado por los dominicos en la Verapaz encendió una esperanza de conquista pacífica, que pronto se desvaneció.

Todos estos episodios son eslabones de aquella maravillosa cadena que Lewis Hanke llamara *la lucha española por la justicia en la conquista de América*. Pero surgió otro problema de conciencia más profundo que los ya citados, y que en parte constituye el presupuesto de aquellos: ¿qué títulos podía esgrimir España para apoderarse de un continente ya habitado? Oficialmente, la Corona se basó en la donación que Alejandro

VI hizo a los Reyes Católicos de las tierras descubiertas. Pero hubo voces que se levantaron declarando írrita tal donación. Otros esgrimieron que el emperador era *dominus orbi* o señor de todo el mundo. La infidelidad de los indios, sus pecados contra natura, su supuesta inferioridad mental también entraron entre los argumentos barajados.

En 1539 dictaba clases de Teología en la prestigiosa Universidad de Salamanca un fraile dominico de unos 50 años, Francisco de Vitoria. Su preparación académica era de lo mejor. Había estudiado en la casa dominica de Saint Jacques de París, y hacía 13 años que había ganado las oposiciones para su cátedra salmantina. En el transcurso de sus exposiciones en dicho año de 1539 abordó un tema de candente actualidad para aquel entonces: los justos títulos de España en Indias. Bajo el título de *Relectiones de Indis* se conocen las lecciones magistrales que pronunció delante de todo el claustro docente de la Universidad castellana.

Vitoria comenzará por pulverizar los falsos títulos que hasta entonces se habían esgrimido para justificar la posesión española: la autoridad universal del emperador no es válida, ya que hay una pluralidad de naciones que por derecho natural tienen sus propios gobernantes. Tampoco el Papa tiene autoridad universal en lo temporal. El Romano Pontífice goza de toda la autoridad espiritual sobre los cristianos por ser el Vicario de Cristo, pero la autoridad temporal tiene distinto origen y distinto fin. En consecuencia, las bulas alejandrinas deben interpretarse sólo como una comisión dada por el Papa a los reyes castellanos para evangelizar las tierras descubiertas. Tampoco el descubrimiento daba derechos, pues no se descubrieron tierras vacías sino habitadas desde hacía siglos. El rechazo de la fe no era un título válido, puesto que, como decía San Agustín, el creer es libre y la fe un don de Dios. Los pecados o la degradación moral americana nada tenía que ver con los justos títulos: ni el Papa tenía competencia sobre los infieles, ni el rey podía castigar delitos de quienes no fueran sus vasallos.

Después de destruir las teorías justificatorias anteriores, Vitoria procede a fundamentar los títulos por los que considera que España sí tendría derechos legítimos. El primero y más importante se basa en la sociabilidad natural de los hombres, que tienden naturalmente a comunicarse. Ergo, las naciones —que forman parte de una comunidad internacional— también tendrían ese derecho. Los españoles, en consecuencia, tienen derecho a viajar a las Indias, a tratar con los naturales, a comerciar con ellos, a explicarles la fe, siempre que respeten sus derechos. Si los indios niegan los derechos que los españoles tienen por su naturaleza social, están siendo injustamente agraviados y en el último de los casos se pueden abrir hostilidades. De la sociabilidad natural se desprenden otros títulos igualmente válidos, como son el derecho a predicar la fe, el derecho de intervención para que los convertidos no vuelvan a la idolatría, el derecho a intervenir por alianzas, etc.

Es Vitoria el padre del Derecho Internacional, pues suya es la concepción de una comunidad mundial de naciones regida por normas justas que se derivan de la común naturaleza humana. Derecho internacional que es fruto granado del tomismo, y una de las consecuencias más importantes del descubrimiento de América.

Las Leyes Nuevas

Uno de los episodios más destacados en el proceso teórico-jurídico que surgió en el tratamiento de las cosas de Indias fue sin duda la promulgación y posterior revocación de las llamadas Leyes Nuevas, dadas por Carlos V en Barcelona en noviembre de 1542.

El sistema de encomiendas databa, como ya se ha visto, de temprana época. El mismo Colón había sentado las bases de la institución. Consistía fundamentalmente en el repartimiento de indios entre algunos españoles. El encomendero recibía servicios personales y tributos de los naturales, a cambio de protección e instrucción religiosa. El sistema hundía sus raíces en la mentalidad feudal, y constituía un peligro para la afirmación del poder del Rey. De ahí que los intentos de los encomenderos por conseguir de la Corona encomiendas a perpetuidad hayan chocado habitualmente con la negativa real.

Si teóricamente la encomienda no estaba en contra del derecho natural, ya que los indígenas seguían siendo libres, pagaban sus impuestos a un particular pero eran liberados de sus obligaciones con el rey, y recibían el beneficio de la instrucción religiosa, en la práctica el sistema se prestó a abusos. La voz de Bartolomé de las Casas y las de otros religiosos se alzaron para que el rey suprimiera el sistema. Según Las Casas, las encomiendas de hecho esclavizaban a los indios. Al perder su libertad —argumentaba el sevillano— el rey dejaba de poseer justos títulos sobre sus vasallos.

Carlos V decidió seguir el criterio del dominico, y dictó las revolucionarias leyes, que prohibían el goce de encomiendas a funcionarios públicos, órdenes religiosas y a los que hubieran participado en las guerras civiles del Perú. A su vez, las encomiendas legítimas desaparecerían con la muerte de su primer titular, volviendo así en pocos años todos los indios a la Corona, quien los pondría bajo la tutela de funcionarios reales.

En otras partes estudiamos los conflictos sociales que trajo consigo la implantación de las Leyes Nuevas en Perú, con la revuelta de Gonzalo Pizarro y la muerte del virrey Núñez de Vela. En México pudo haber pasado algo similar, que se evitó gracias a la prudencia del Licenciado Tello de Sandoval. El comisionado regio comprobó la oposición de vastos sectores de la sociedad española residente en México a las Leyes Nuevas. Sus propios informes, los del santo arzobispo Zumárraga, los de los superiores de las órdenes religiosas, los de oídores y vecinos en general llegan al Consejo de Indias. La abrumadora mayoría de las personas pensantes de México se pronuncian en contra de la abolición de las encomiendas. Habida cuenta de los sucesos del Perú, el rey Carlos decide en 1545 revocar las disposiciones más urticantes de sus ordenanzas: Las Casas, por el momento, había sido derrotado.

A pesar de que pueda parecer una claudicación por parte de la Corona en su política de defensa de los indios, la revocación de las Leyes Nuevas fue necesaria por motivos de prudencia política, prudencia que lleva a evitar males mayores. Había que contentar a los conquistadores que habían dejado todo en servicio del rey, a la vez que se debía fortalecer el poder de la Corona. No se concedió la jurisdicción criminal sobre los indios, ni la perpetuidad de las encomiendas, y se mantuvo la prohibición de que gozaran de

ellas funcionarios y órdenes religiosas. Se reiteraron, además las disposiciones de buen trato y formación religiosa debida a los indios.

De otro lado, nos queda la duda acerca del beneficio real que habría aportado a los indígenas la aplicación total de las Leyes Nuevas. El simple paso de dependencia nada garantizaba: los funcionarios reales eran hombres como los encomenderos. Los habría buenos y malos, honrados o abusivos. A la larga, en la historia humana, el uso de la libertad lo decide todo.

¿Santo o embustero?

La corona española intentó legislar en Indias con el fin de que las conquistas fueran justas. A las repetidas exhortaciones reales sobre el buen trato que se les debía dar a los naturales, se sumaron en 1526 las «Ordenanzas sobre descubrimientos y buen trato a los indios», promulgadas por el Emperador Carlos. Allí se estipulaba que se explicara en primera instancia a los indios que el fin de su entrada en sus territorios era la evangelización. A su vez se debía leer el Requerimiento mediante intérpretes *tantas veces como fuere necesario*. Los religiosos que acompañarían a todas las expediciones tendrían que dar su consentimiento por escrito antes de declarar la guerra a los indígenas, una vez que se hubieran agotado todos los medios pacíficos.

Las Casas consideró insuficientes estas medidas para garantizar la justicia en las conquistas, y forzó a que se convocara una junta de teólogos que abordara con crudeza la siguiente cuestión: ¿era justa la guerra de conquista realizada por España a Indias?

En 1550 y 1551 se reunieron en Valladolid catorce personas notables entre los que había teólogos y funcionarios de los Consejos de Castilla e Indias. Mientras se desarrollaban las sesiones, Carlos V decidió suspender por el momento las conquistas. Como dice Hanke, «probablemente ni antes ni después un poderoso emperador... en todo el apogeo de su poder ordenó que cesaran sus conquistas hasta que se decidiera si eran o no justas».

Las Casas hubo de enfrentarse en los debates con el insigne humanista Juan Ginés de Sepúlveda, quien había escrito un libro —*Democrates alter*— donde justificaba la conquista española basándose en el concepto aristotélico de que algunos hombres son esclavos por naturaleza. La guerra era justa, según Sepúlveda, por la gravedad de los pecados cometidos por los indios, por sus pocas luces y por la necesidad de extender la fe, previo lo cual debería someterse a los naturales. También era necesario defender a los débiles de entre los mismos indios.

Frente a estos argumentos, Las Casas defendió la igualdad natural de todos los hombres, sin excepción de razas, la capacidad de los indígenas para vivir libremente, su derecho natural a poseer territorios y bienes económicos, y la necesidad de la evangelización pacífica.

Aunque tanto Las Casas como Sepúlveda cantaron victoria al terminar las sesiones de la junta, lo cierto es que se prohibió la impresión del libro de Sepúlveda, mientras que

Las Casas no encontró problema alguno para publicar obras cada vez más polémicas. La junta de Valladolid no dirimió la cuestión central, y los problemas de conciencia continuaron, así como se reanudaron las conquistas. Las Casas prosiguió incansable su lucha en favor de los indígenas hasta su muerte, ocurrida en 1566 cuando gastaba su 82º año de vida.

La polémica suscitada en torno a la personalidad lascasiana aún sigue viva. Ramón Menéndez Pidal lo ha calificado de loco, y Rómulo Carbia empleó adjetivos tales como falsario, ladrón, mendaz, embaucador, vengativo, frenético y pintoresco. Ellos y muchos otros acusan a Las Casas de ser el inventor de la leyenda negra anti-española, al dar pávulo a las críticas de franceses, holandeses e ingleses con las traducciones que se hicieron de su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Otros, sin embargo, le consideran el «Apóstol de los Indios», gloria de España y América y expresión viva de la conciencia de justicia cristiana.

Las Casas tuvo una santa pasión por la justicia y una santa ira contra la injusticia. Pero pecó de exagerado e inexacto en algunas ocasiones, de simplista en otras, y de extremista muchas más. Condenó globalmente la acción española en Indias y poetizó sobre las bondades de la pacífica naturaleza indígena, haciendo poco caso de sacrificios humanos, sodomías, canibalismo, conquistas injustas de unos pueblos sobre otros y otras lacras que se dieron entre algunos aborígenes americanos. Nunca una sociedad humana es buena o mala sin más. Es necesario matizar para no caer en simplificaciones.

Mas lo esencial del *affaire* Las Casas no consiste en saber si exageró o no en sus denuncias de crueldades e injusticias. Lo verdaderamente sorprendente y ejemplar —la idea es de Ángel Losada García— es que en la España inquisitorial se permitiera a un humilde fraile decir todo lo que dijo, que el Monarca todopoderoso le escuchara y que en ocasiones le hiciera caso. Para responder la leyenda negra, los españoles no deben recurrir a decir que Las Casas era un mentiroso. Si algo distingue a la conquista española es su decisión de plantear su política con justicia y equidad. Que en la práctica no siempre o casi nunca se lograra es otra historia. Pero esa lucha por la justicia es para España su mejor gloria y Las Casas, que duda cabe, hizo de esa lucha su afán vital.

¿Conquista o pacificación?

Casi acabados los tres cuartos del siglo XVI, en 1573, el taciturno rey Felipe II estampaba el *Yo, el Rey* en las «Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias». Era un 13 de julio en los bosques de Segovia.

La corriente de pensamiento cristiano y la tradición española de derecho natural triunfaban sobre la ambición y los abusos de algunos funcionarios, encomenderos o simples vecinos. Las ordenanzas después de muchos debates y cabildeos, daban la sentencia de muerte a las conquistas armadas. Incluso la misma palabra *conquista* debía de ser borrada del diccionario político español. En el capítulo 29 del cuerpo de ordenanzas se mandaba que *los descubrimientos no se den con título y nombre de*

conquistas, pues habiéndose de hacer con tanta paz y caridad como deseamos no queremos que el nombre de ocasión ni color para que se pueda hacer fuerza ni agravio a los indios.

Las ordenanzas estipulan que los nuevos descubrimientos los lleven a cabo personas *que sean aprobadas en cristiandad y de buena conciencia, celosas de la honra de Dios y servicio nuestro, amadores de la paz y de las cosas de la conversión de los indios*. Todas las penetraciones en territorios inexplorados se debían hacer con *mucha devoción y templanza*. No podía quitársele ningún bien a los indios, y si alguno tomara esclavos se le castigaría con la muerte.

La acción de España tomaba bajo Felipe II un cariz cada vez más misional y se rechazaba la guerra como medio eficaz de penetración. Aunque las conquistas armadas continuaron en algunos territorios periféricos, 1573 es una buena fecha para cerrar todo un período en el que se libró esta singular batalla por el triunfo de la justicia en la conquista de América.

Se ha escrito muchas veces que las Leyes de Indias fueron muy buenas en teoría, pero que en la práctica no se aplicaron. También se han cargado las tintas sobre los abusos cometidos en América, amparados los funcionarios locales en la enorme distancia que los separaba de la Metrópoli. Pero frente a estas afirmaciones generales valdría hacer alguna matización. Los documentos más numerosos con que cuentan los historiadores para realizar sus investigaciones son las procedentes de los archivos judiciales. Como es lógico, los juicios se inician cuando una ley no ha sido respetada o cuando se ha cometido algún abuso. El respeto a la ley y la buena conducción de los asuntos públicos y privados nunca han sido noticia, y los documentos, en consecuencia, son más escasos. Si quisiéramos redactar la historia de cualquier nación —incluso la de la más observante de la ley— en base a los juicios ventilados en ella, tendríamos la historia de un pueblo de estafadores, ladrones, violadores y explotadores.

Las Leyes de Indias honran a España y a América. Como toda obra humana tuvieron sus limitaciones en su redacción y en su aplicación. Pero manifiestan la altura moral a la que se llegó en una sociedad regida por los principios cristianos universales, que salvaguardan la dignidad espiritual del hombre, como lo demuestran los pasos dados por la Corona de Castilla, desde el codicilo del testamento de la Reina Isabel hasta las ordenanzas de 1573.

VIII

LAS CONSECUENCIAS

Lo sucedido el 12 de octubre de 1492 fue, sin duda, un *hecho creador de época*. Nada permaneció exactamente igual después del descubrimiento de América. Consecuencias definitivas en el ámbito geográfico, económico, político, filosófico se siguieron al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Y muchas de estas consecuencias alcanzan a nuestros días.

La universalidad fue posible

El hombre antiguo careció de una idea cabal de universalidad. El griego despreció al bárbaro, al escita. El romano difundió su cultura sólo dentro de las fronteras del Imperio. Lo universal se identificaba con lo latino, con lo romano.

En el siglo I irrumpió con fuerza en el torrente de la historia una religión salvífica que superaba la visión exclusivista greco-romana: el Cristianismo. Todos los hombres, sin importar razas o naciones, clases sociales o sistemas políticos, estaban llamados a salvarse. Jesucristo había muerto para redimir a todos los hombres de todos los tiempos. La universalidad cobraba carta de ciudadanía en la historia de los hombres.

San Pablo y los demás apóstoles difunden el Evangelio por todo el mundo entonces conocido: las tierras que baña en sus riberas el Mediterráneo. Se piensa que Santo Tomás llegó hasta la India, última tierra conquistada por Alejandro Magno. *La ecumene*, el mundo, se acababa allí.

La caída del Imperio Romano, la consecuente creación de los reinos germánicos, los ataques de vikingos por el norte, húngaros por el este y musulmanes por el sur aíslan a Europa: se encierra en sí misma, se feudaliza, se resquebraja, se particulariza.

El cese de las invasiones da un respiro a la sufrida Europa de la Alta Edad Media. El viejo continente se urbaniza, se desfeudaliza, se unifica. Surge el concepto de *Cristiandad*. Las renovadas fuerzas vitales se desfogan en las Cruzadas, que abren nuevas vías comerciales. Los venecianos ampliarán el horizonte geográfico y mental de los europeos; se traen noticias de lejanos reinos civilizados: Cathay, Cipango. El Papa enviará legados para extender la Cristiandad. También se sabe de la existencia de un reino cristiano al sur de las tierras del Islam: el reino del Preste Juan. No es un mito, es una realidad, ya que en Etiopía subsistía una comunidad cristiana, los coptos. Pero las noticias eran muy vagas, y las espaldas del Islam eran aún tenebrosas.

Desde la antigüedad clásica se sabe que el mundo es redondo. Pero se duda que pueda haber vida en el hemisferio sur. Los portugueses lo comprueban al recorrer el litoral africano. Los verdaderos contornos del continente negro, recorridos en época de los griegos pero perdidos con el paso de los siglos, se vuelven nítidos. El mundo se agranda con cuatro ámbitos bien definidos: la Cristiandad, el Islam, África al sur del Islam —de la que sólo se conocen sus costas—; y Cathay, Cipango e India.

Los proyectos de Colón intentan unir la Cristiandad con el Oriente. En medio surge inesperadamente un nuevo continente, ignorado por Colón, declarado por Vespucio y comprobado por Balboa y Magallanes. La verdadera dimensión del mundo comenzaba a tomar forma en la cartografía europea. Se revoluciona la geografía y se revisan conceptos en las ciencias naturales. Copérnico sitúa la Tierra en el Universo y Colón la reordena en su interior. Faltaban los viajes de Cook, Livingstone, Amundsen. Pero constituirán simples pinceladas para un cuadro casi acabado.

El Cristianismo pudo plasmar sus anhelos de universalidad en un mundo ya conocido ampliamente. La universalidad cristiana —católico significa universal— se hubiera quedado sólo en la doctrina si no se hubiera conocido el nuevo continente. La catolicidad la permite Don Cristóbal, que en latín se dice *Christo ferens*, lo que significa «Portador de Cristo».

De la papa al oro

Las consecuencias de orden económico que trajo consigo el descubrimiento de América son suficientemente conocidas por el público en general y no se ha exagerado al tratar sobre su importancia. Es que toda la economía mundial tomó nuevos rumbos a partir del siglo XVI. Analicemos, a vuelo de pájaro, las principales consecuencias.

América aportó a la humanidad nuevos productos agrícolas: maíz, papa, cacao, ají, tomate, tabaco, mandioca, algunas especies de algodón, etc. De todos estos cultivos, el que tuvo efectos verdaderamente revolucionarios fue el de la papa. Hasta el siglo XV Europa padecía de periódicas hambrunas y pestes. Entre las causas más importantes de estas últimas se contaban las enfermedades producidas por un hongo en el pan de centeno, alimento básico de la dieta europea. Con la implantación de la papa se produjo un cambio sustancial en la alimentación, que mejoró el estado sanitario de la población, eliminó la carencia periódica de alimentos y permitió la expansión demográfica de los siglos sucesivos. Paolo Emilio Taviani explica cómo las campañas napoleónicas fueron posibles gracias a la papa, tubérculo duradero y de fácil cocción, que reemplazó con ventaja al trigo y al centeno en las mochilas del ejército imperial.

Y si la papa tuvo efectos definitivos en la vida del mundo occidental, no se queda atrás el algodón americano. Aunque este cultivo no es oriundo de América, aquí se produjeron nuevas especies y con tanta abundancia que fueron la base de la revolución industrial del siglo xviii, con la importación del algodón por parte de Inglaterra. Como se sabrá, la revolución industrial comenzó por la actividad textil.

Sin el cacao sería imposible la mejor tradición repostera mundial, la de los postres de chocolate de Europa Central. El maíz constituyó un complemento importante de la nueva dieta. La producción azucarera y cafetalera americana contribuyó al abaratamiento de estos productos y a su consumo masivo.

Además de la producción agrícola, vital importancia reviste la exportación de metales preciosos —plata y oro— de Perú y México. La llegada a Europa de estos metales produjo el primer proceso inflacionario mundial, que cambió todas las relaciones económicas. El oro y la plata americanos iniciaron una rápida capitalización financiera, afirmando así a una nueva clase mercantil que había surgido en las postrimerías de la Edad Media.

Los productos americanos hicieron cambiar las rutas comerciales tradicionales. El Mediterráneo fue desplazado por el Atlántico. Venecia comenzaba una larga decadencia, mientras que Lisboa y Sevilla en el sur, y Amberes en el norte, crecían en importancia comercial. El sistema de flotas y galeones, implantado desde 1563 en previsión de ataques piráticos, conducían convoyes de numerosas embarcaciones entre Sevilla y Veracruz, en México, o entre Sevilla y Nombre de Dios —posteriormente Portobelo— en Tierra Firme. En los viajes de regreso, así como en las naves de piratas ingleses, franceses u holandeses, se transportaron los elementos revolucionarios de la economía mundial. El capitalismo, la expansión demográfica, la revolución industrial fueron consecuencias imprevistas de aquel 12 de octubre de 1492.

América y la idea de revolución

El título de este artículo es idéntico al de una conferencia dictada en Roma por Arturo Uslar Pietri. Las siguientes líneas son sólo un resumen de las ideas centrales que pronunciara en esa ocasión el brillante ensayista venezolano.

Entre las más importantes consecuencias que trajo el descubrimiento de América se cuenta el inicio de la crisis de conciencia europea que dará como resultado los procesos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX. El catalizador de este cambio de mentalidad fue un documento de 1493 que pronto se convirtió en un *best seller*: la carta que Colón dirigió a Luis de Santángel anunciando el descubrimiento. En ella, el Almirante pintaba una situación americana paradisíaca: una sociedad de hombres desnudos, dedicados al ocio y casi sin instituciones políticas. Desde un punto de vista antropológico, tal paisaje humano era erróneo —muy pronto lo pudo comprobar Colón al ver en el segundo viaje el fuerte Navidad destruido y todos sus hombres muertos— pero la primera visión europea de las sociedades indígenas causó una sensación de *shock* en el Viejo Continente.

La vida europea de finales del siglo XV era terriblemente dura: hambrunas periódicas, guerra endémica, persecuciones religiosas. Como escapismo a la recia realidad cotidiana, las distintas naciones fueron forjando mitos: el de la pasada edad de oro, donde todo era más fácil, o el del futuro reino milenario de Jesucristo, que vendría a instaurar una

sociedad justa y feliz. Pero lo que la visión deformada de Colón ofrecía a sus contemporáneos era la de una sociedad feliz e igualitaria *real*, no mítica.

La idea de una sociedad perfecta a la que se debía tender en sustitución de la injusta sociedad europea fue retomada pocos años después que Colón escribiera su carta, por el humanista inglés Santo Tomás Moro. El futuro canciller de Enrique VIII escribirá una obra, la *Utopía*, en donde describe esa supuesta sociedad perfecta. «Utopía» es una palabra griega que significa «en ningún lugar». Pasó luego a identificarse con el mito revolucionario. Pero he aquí que Moro sitúa —valga la contradicción— su Utopía en una isla americana, ya que de allí viene un personaje que en la obra describirá tal sociedad.

Posteriormente, Montaigne denunciará la decrepitud de la sociedad europea, y la comparará con una sociedad en estado natural, la de los aborígenes americanos. La idea será retomada por Rousseau, padre de la Revolución Francesa, en su *Discurso sobre las ciencias y las artes*, que le hiciera famoso.

El venezolano señala con agudeza que este proceso ideológico se dio en la Europa del Norte y no en España. En la península se sabía a ciencia cierta que la visión colombina de la Carta anunciadora del Descubrimiento era falsa. Los indios pertenecían a la común naturaleza humana, y en consecuencia tenían virtudes y defectos como los demás. En cambio, en los países donde el contacto con la realidad americana fue menor, la utopía pasó a ser algo real en las mentes de los ideólogos. La visión de una sociedad paradisíaca «real» dio paso a los procesos revolucionarios de largo aliento. Así, el descubrimiento de América tendría mucho que ver con las revoluciones democráticas.

Hasta aquí Uslar Pietri. Pero pienso que hay más que decir. América se convirtió desde el principio en nueva Tierra de Promisión. Desde el viaje de *Mayflower* con los *Pilgrims* hasta la llegada de oleadas de inmigrantes italianos, españoles, irlandeses, etc. a Estados Unidos, Canadá, Argentina y otras naciones, el Nuevo Continente se presentó a los ojos del mundo como tierra de libertad, progreso y dignidad humana. Aún hoy se habla, y con razón, de las inmensas riquezas potenciales —humanas y materiales— del continente. Y es que en América, Eldorado nunca muere. Mito y realidad van indisolublemente unidos por la geografía americana.

EPÍLOGO

Hemos llegado al final de este libro. Intentamos narrar los más importantes aspectos del encuentro entre dos mundos producido a fines del siglo XV. La objetividad que prometíamos en la introducción sólo el lector la puede juzgar. Siempre es un *desideratum* de los historiadores, que muchas veces se queda en las intenciones.

El descubrimiento y la conquista de América produjo una revolución mundial en el orden de las ideas, de las ciencias, de la economía. En resumidas cuentas, el proceso aquí tratado cerró una etapa y abrió otra. Se ha solido hacer hincapié en las consecuencias universales que trajo consigo el 12 de octubre de 1492. Pero si nos atenemos estrictamente a lo sucedido en América, el cambio entre los dos períodos no puede ser más acusado: se pasó, sin escalas intermedias, del neolítico a la edad moderna. A diferencia de otros imperios coloniales, España logró integrar sus posesiones ultramarinas a su misma civilización: la occidental y cristiana. América recibió el bagaje de la tradición judeo-cristiana, de la greco-latina y de la germánica. La dignidad de la persona humana, los sistemas políticos respetuosos de sus derechos, la visión trascendente de la vida humana cobraban carta de ciudadanía —por lo menos en los deseos— en la geografía americana.

Para conseguir estos avances hubo de correr mucha sangre. Quedaron atrás culturas enteras, de centenaria historia y costumbres arraigadas. Fue el alto precio que se tuvo que pagar. Hubiéramos preferido una historia pacífica, en donde el entendimiento y la confianza mutua primaran sobre el estruendo de las armas. Pero los procesos de conquista son así, y así lo han sido a lo largo de la historia.

No obstante la sangre derramada, el balance es positivo. Ni siquiera la triste situación de Hispanoamérica debe llevarnos a engaño. A pesar de los pesares, América Hispana sigue siendo el continente de la esperanza. Las veinte repúblicas hermanas son pueblos jóvenes, que todavía no han salido de su adolescencia. Sus características espirituales y humanas hacen posible augurar un futuro digno de la persona. El legado de fe y cultura recibido así lo permiten.

El V Centenario del descubrimiento bien mereció festejarse por los millones de almas que formamos parte de la Patria Grande, aquella que, como escribiera Rubén Darío, es la *América ingenua que tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español*.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas:

BAE: Biblioteca de Autores Españoles.

DFRI: *La Huella de España en América. Descubrimiento y fundación de los Reinos de Indias* (1475-1560), Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de Madrid, Madrid 1988.

HGEA: Descubrimiento y fundación de los reinos ultramarinos, vol. VII de la *Historia General de España y América*, Rialp, Madrid 1982.

Acosta, J. de, *Historia Natural y Moral de las Indias*, México 1940.

Altolaguirre y Duvale, A., *Descubrimiento y Conquista de México*, tomo VII de la Historia de América y de los pueblos americanos, Barcelona 1954.

Alvarado, P., *Relación hecha a Hernán Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala*, BAE, Madrid 1946.

Andagoya P. de, *Relación y documentos*, Madrid 1986.

Arciniegas, G., *Biografía del Caribe*, Bogotá 1978.

— *El Caballero de El Dorado*, México 1978.

AA.VV., *América después del Descubrimiento*, Colegio Mayor Zurbarán, Madrid 1988.

— *El Descubrimiento de América*, Colegio Mayor Zurbarán, Madrid 1986.

Ballesteros Gaibrois, M., «El arte precolombino», en DFRI pp. 107-118.

Ballesteros y Beretta, A., «Las fuentes», estudio introductorio de Altolaguirre y Duvale, *Descubrimiento...*, pp. 1-54.

Baudot, G., «La vida cotidiana en la América Española del siglo XVI», en DFRI pp. 339-358.

Blanco Castilla, F., *Hernando de Soto, el Centauro de las Indias*, Madrid s.f.

Blasco Bosqued, M.C., «La evolución del mundo indígena», en HGEA pp. 31-64.

Borges Moran, P., «Conquista y evangelización: influencias mutuas», en DFRI pp. 281-197.

— «La época de la reforma cisneriana», en HGEA pp. 198-219.

— «La Iglesia y la evangelización», en HGEA pp. 645-660.

— «La primera etapa de la evangelización de América», en DFRI pp. 145-164.

— *Métodos misionales en la cristianización de América*. siglo XVI, Madrid 1960.

— *Misión y civilización en América*, Madrid 1987.

Bravo Guerreira, M.C., «La conquista e integración del Imperio Incaico», en DFRI pp. 239-257.

Busto Duthurburu, J.A. del, «La conquista del Perú», en HGEA pp. 359-372.

Carvajal, G. de, *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran aventura el Capitán Francisco de Orellana*, Quito 1942.

Castañeda Delgado, P., «La justificación de la Conquista. 1492-1520», en DFRI pp. 89-95.

Cerezo Martínez, R., «Las cartas de navegación y los conocimientos náuticos», en DFRI pp. 17-35.

Cieza de León, P. *Crónica del Perú*, Buenos Aires 1945.

Colón, C., *Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias*, Madrid 1962.

Cortés, H., *Cartas de relación*, BAE, Madrid 1946.

Cuesta Domingo, M., «La casa de contratación y el Piloto Mayor», en DFRI pp. 63-70.

— «Legalismo, diplomacia y estrategia en la conquista de México», en DFRI pp. 219-237.

Díaz de Guzmán, R., *La Argentina*, Buenos Aires 1974.

Díaz del castillo, B., *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México 1960.

Díaz Trechuelo, M.L., «Filipinas en el siglo XVI», en HGEA pp. 563-571.

— «La primera visión de América en los descubrimientos y cronistas de Indias», en DFRI pp. 129-143.

— «Las expediciones al área de la Especiería», en HGEA pp. 315-335.

Encinas, D. de., *Cedulario Indiano*, Madrid 1945.

Ercilla, A. de, *La Araucana*, México 1978.

Ezquerra Abadia, R., «La etapa colombina» en HGEA pp. 69-119; 137-141.

Fazio, M., «Descubrimiento de América: derecho natural y pensamiento utópico», en Acta Philosophica (Roma) 1992, pp. 215-232.

— «Interpretaciones de la evangelización: del providencialismo a la utopía», en *Actas del Simposio Internacional sobre la Historia de la Evangelización de América*, Ciudad del Vaticano 1992, pp. 609-621.

— *1492... Once aventuras en América*, Buenos Aires 1992.

— *Francisco de Vitoria. Cristianismo y Modernidad*, Buenos Aires 1998.

— (y Gamarra, D.), *Historia de la filosofía moderna*, Madrid 2002.

— *Evangelio y culturas en América Latina*, San José de Costa Rica 2004.

— *Historia de las ideas contemporáneas*, Madrid 2007.

Fernández de Oviedo, G., *Historia General y Natural de las Indias*, BAE, Madrid 1959.

Fierro Benítez, R., *La escritura en la historia de los pueblos hispanoamericanos*, Quito 1988.

Fitte, E., *Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata*, Buenos Aires 1980.

Garcés Giraldo, D., *Sebastián de Benalcázar, Fundador de Ciudades*, Cali 1986.

García Villoslada, R. y Llorca, B., *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid 1967.

Garcilaso de la Vega, *Inca, Comentarios Reales de los Incas*, Lima 1958.

— *La Florida*, México 1956.

Gasteazoro rodríguez, C.M., «El ciclo de Pedrarias», en HGEA pp. 261-273.

Gil, J. y Varela, C., *Cartas de Particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Madrid 1984.

Góngora y Marmolejo, A. de, *Historia de Chile desde su Descubrimiento hasta el año de 1575*, BAE, Madrid 1960.

González Echenique, J., «Las conquistas y empresas de Chile», en HGEA pp. 390-399.

González gonzález, A.F., «Antillas y Tierra Firme en el siglo XVI», en HGEA pp. 588-589.

González Suárez, F., *Historia General de la República del Ecuador*, Quito 1969.

Hanke, L., *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Madrid 1959.

Haring, C., *El Imperio Español en América*, Buenos Aires 1966.

Henao, G. y Arrubia, J.M., *Historia de Colombia*, Bogotá 1985.

Hera, A. de la, «El sentido misional del descubrimiento», en DFRI pp. 165-177.

— «La polémica intelectual del Nuevo Mundo: la defensa del indio», en DFRI pp. 325-337.

Hernández Sánchez-Barba, M., «Crónicas e historiadores de Indias», en DFRI pp. 269-280.

— «El conocimiento geográfico de América en 1520», en DFRI pp. 71-87.

Hidalgo de Elvas, *Relación verdadera de los trabajos que el gobernador Fernando de Soto y ciertos hidalgos portugueses pasaron en el descubrimiento de la provincia de la Florida*, Buenos Aires 1952.

Hoffman, P.E., «La defensa de las indias», en HGEA pp. 727-739.

Hoz, P.S. de la, *Relación de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla*, Quito 1989.

Huaman Poma de Ayala, *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, Lima s.f.

Innes, H. *Los conquistadores españoles*, Barcelona 1969.

Jerez, F. de, *Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro*, BAE, Madrid 1947.

Jijon y Caamaño, J., *Sebastián de Benalcázar*, Quito 1983.

Juan Pablo II, *Ante el V Centenario de la evangelización de América*, Madrid 1984.

Konetzke, P., *América Latina II. La época colonial, en Historia Universal Siglo XXI*, Madrid 1972.

Ladero Quesada, M.A., «España en vísperas del descubrimiento», en DFRI pp. 1-16

Lapesa, R., «El castellano en 1492», en DFRI pp. 179-193.

Lasaosa Villanua, S., «La Hacienda Indiana», en HGEA pp. 711-724.
Las Casas, B. de, *Apologética Historia*, BAE, Madrid 1958.
— *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, BAE, Madrid 1958.
— *Historia de las Indias*, BAE, Madrid 1957.
— *Opúsculos, Cartas y Memoriales*, BAE, Madrid 1958.
Levillier, R., *América la bien llamada*, Buenos Aires 1948.
— El Paititi, *El Dorado y las Amazonas*, Buenos Aires 1976.
Lohmann Villena, G., «El virreinato del Perú», en HGEA pp. 525-546.
— «Las Leyes Nuevas y sus consecuencias en el Perú», en HGEA pp. 417-435.
López de Gomara,F., *Conquista de Méjico*, BAE, Madrid 1946.
— *Historia General de las Indias*, BAE, Madrid 1946.
López Ruiz, J.M., «Los nuevos intentos expansivos de los años 60», en HGEA pp. 573-586.
Lorenzo Sanz, E., «El comercio», en HGEA pp. 683-710.
Lucena Samoral, M.,»La evolución del mundo indígena» en HGEA pp. 3-30.
— «Las conquistas de Tierra Firme», en HGEA pp. 337-359.
— «La cultura», en HGEA pp. 291-309.
— «Las culturas precolombinas» en DFRI pp. 97-105.
Lujan Muñoz, J., «La conquista de América Central», en HGEA pp. 291-309.
Manzano Manzano, J., *Colón y su secreto*, Madrid 1976.
— Cristóbal Colón. *Siete años decisivos de su vida*, Madrid 1964.
Marco Dorta, E., «América: la nueva frontera del arte español», en HGEA, pp. 767-799.
Mariño de Lobera, P., *Crónica del Reino de Chile*, BAE, Madrid 1960.
Martínez Constanzo, P.S., «La conquista del Plata y del Tucumán», en HGEA pp. 399-412.
Martínez de Salinas, M.L., «La hacienda indiana en el siglo XVI», en DFRI pp. 299-311.
Martiré, E., «La política de Juan de Ovando y su actividad recopiladora», en HGEA pp. 455-463.
Maziel, J.B., *De la justicia del Tratado de Límites de 1750*, Buenos Aires 1988.
Medina, J. T., *Estudio crítico del descubrimiento del Río Amazonas*, Quito 1942.
Mendita, J. de, *Historia Eclesiástica Indiana*, BAE, Madrid 1973.
Mijares Pérez, L., «El mundo social de los conquistadores», en DFRI pp. 195-205.
Morales Padrón, F., «Armas espirituales y colaboracionismo indígena en la conquista», en DFRI pp. 205-218.
— «Los viajes y descubrimientos colombinos», en DFRI pp. 47-60.
— *Teoría y leyes de la Conquista*, Madrid 1979.
Muñoz Pérez J., «La sociedad estamental» en HGEA pp. 623-644.
Núñez cabeza de Vaca, A., *Comentarios*, en BAE, Madrid 1946.
— *Naufragios*, BAE, Madrid 1946.
Orellana F. de, *Cartas*, Quito 1989.

OTS CAPDEQUI, J.M., *El Estado Español de Indias*, México 1957.

OVIEDO Y BAÑOS, J., *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, BAE, Madrid 1965.

PEREÑA, L., *La Escuela de Salamanca, conciencia crítica de América*, Salamanca 1992.

Derechos y Deberes entre indios y españoles en el Nuevo Mundo, Salamanca 1992.

— «La polémica intelectual sobre la conquista», en DFRI pp. 313-324.

PINO YCAZA, G., *El muy magnífico Señor Don Gonzalo Pizarro*, Buenos Aires 1952.

PIZARRO, G., *Cartas*, Quito 1989.

PORTILLO, A. DEL, *Descubrimiento y exploraciones en las costa de California 1532-1650*, Madrid 1982.

PRESCOTT, W., *Historia de la Conquista de México*, México 1967.

Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, México 1952.

PIGAFETTA, A. DE, *Primer Viaje en torno del Globo*, Madrid 1963.

RAMOS GÓMEZ, L.J., «El cambio de la dinastía», en HGEA pp. 225-247.

— «La evolución del mundo indígena», en HGEA pp. 31-64.

RAMOS PÉREZ, D., «América, novedad en el mundo occidental cristiano», en DFRI pp. 375-387.

— «Don Diego Colón, gobernador de las Indias y virrey hereditario: la expansión antillana», en HGEA pp. 164-184.

— «El Descubrimiento del Nuevo Mundo», en DFRI pp. 37-46.

— «El gobierno del comendador Ovando: el nuevo orden», en HGEA pp. 141-164.

— «El segundo gobierno del virrey Diego Colón (1520-1523) y la nueva economía del azúcar», en HGEA pp. 249-259.

— «El siglo XVI como clave de la historia americana», en HGEA pp. XI-XXXVI.

— «La Junta Magna y la nueva política», en HGEA pp. 437-454.

— «La organización de las Indias en los tiempos de los Reyes Católicos», en HGEA pp. 184-198.

— «Los viajes de descubrimiento y rescate hasta el plan de 1501», en HGEA pp. 121-137.

— *Los contactos transatlánticos decisivos como precedentes del viaje de Colón*, Valladolid 1972.

REYES, O.E., *Breve historia del Ecuador*, Quito 1962.

RODRÍGUEZ CRUZ, A.. «Colegios y universidades en la fundación de los reinos indianos», en DFRI pp. 359-373.

RODRÍGUEZ VICENTE, E., «La producción indiana», en HGEA pp. 665- 679.

RUMEU DE ARMAS, A., *La política indigenista de Isabel la Católica*, Valladolid 1969.

SARANYANA, J., *El V° Centenario en clave teológica*, Pamplona 1993.

— *Joaquín de Fiore y América*, Pamplona 1992.

— *Teología profética americana*, Pamplona 1991.

SCHMIDEL, U., *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554*, Madrid 1986.

SOLANO, F., «Indios y conquistadores en el Plata», en DFRI pp. 259-267.

SOLÍS, A., *Historia de la Conquista de México*, Sevilla 1735.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., «La cultura española en vísperas del Descubrimiento», en DFRI pp. 119-128.

SZASDY NAGY, A., «El distrito de Quito», en HGEA pp. 546-562.

— «La conquista de Quito», en HGEA pp. 373-388.

TAVIANI, P.E., *Los diarios del gran Descubrimiento*, Guayaquil 1987.

THOMAS, H., *EL IMPERIO ESPAÑOL*, BARCELONA 2003.

TORRES VILLAR E. DE LA, «La conquista del área novohispana», en HGEA pp. 273-291.

— «Los reinos de Nueva España y Guatemala en el siglo XVI», en HGEA pp. 469-500.

USLAR PIETRI, A., *Medio milenio de Venezuela*, Caracas 1986.

— *Valores Humanos*, Caracas 1976.

VALDIVIA, P. DE, *Cartas*, Santiago de Chile 1953.

VARELA, C., *Cristóbal Colón, Textos y Documentos completos*, Madrid 1986.

VARGAS, J.M., *Bartolomé de las Casas, su personalidad histórica*, Quito 1974.

— *La economía política del Ecuador en la colonia*, Quito 1987.

— *Historia de la Iglesia en el Ecuador durante el Patronato español*, Quito 1962.

VÁZQUEZ DE PRADA, V., *Felipe II*, Barcelona 1978.

— *Historia Económica Mundial*, Madrid 1961.

— *Renacimiento, Reforma y Expansión Europea*, vol.VII de la *Historia Universal*, Pamplona 1981.

VELASCO, J. DE, *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*, Quito 1946.

VERDEJO, C., *Carlos V*, Barcelona 1968.

VESPUCIO, A., *El Nuevo Mundo*, Madrid s.f.

ZÁRATE, A., *Historia del Descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú*, BAE, Madrid 1947.

ZORRAQUÍN BECÚ, R., «La organización de las Indias en la época de los Austrias», en HGEA pp. 601-622

— *La organización política argentina en el período hispánico*, Buenos Aires 1959.

ZWEIG, S., Magallanes, el hombre y su gesta, Barcelona 1955.

ÍNDICE DE NOMBRES

Acamapichtli
Aguado, Juan de
Aguilar, Jerónimo de
Aguirre, Francisco de
Aguirre, Lope de
Ailly, Pedro de
Alarcón, Hernando de
Alcántara, Fco. Martín de
Aldana, Lorenzo de
Alejandro Magno
Alejandro VI
Alfinger, Ambrosio de
Almagro, Diego de
Almagro, Diego de (h)
Almeida, Francisco de
Altamira, Rafael
Alvarado, Diego de
Alvarado, Gómez de
Alvarado, Pedro de-96
Ameghino, Florentino
Ampués, Juan de
Ampudia, Juan de
Amundsen
Andagoya, Pascual de
Añasco, Pedro de
Arana, Beatriz de
Arana, Diego de
Arciniegas, Germán
Aristóteles
Atahualpa
Ayala, Pedro de
Ayolas, Juan de

Ayora, Juan de
Ayora, fray Juan de
aztecas
Bachicao, Hernando de
Balboa, Vasco Núñez de
Barbier, Pierre
Bastidas, Rodrigo de
Behaim, Martin
Benalcázar, Sebastián de
Berlanga, Tomás de
Berrio, Antonio de
Berrio, Luis de
Betanzos, Domingo de
Blanco Castilla, F.
Boabdil
Bobadilla, Francisco de
Bobadilla, Isabel de
Bobadilla, Isabel de (h)
Boil, Bernardo
Borges Morán, Pedro
Caboto, Juan
Caboto, Sebastián
Cabral, Pedro Alvares
Cabrera, Jerónimo Luis de
Cabrero, Juan
Calderón de la Barca, Pedro
Carbia, Rómulo
Carlos I de España y V de Alemania
Cartagena, Juan de
Cartier, Jacques
Carvajal, Francisco de-122
Carvajal, Gaspar de
Carvajal, María de
Castillo, Alonso del
Centeno, Diego
Cerda, Luis de la
Cervantes, Miguel de
César, Francisco
Cisneros, Cardenal Francisco Jiménez de
Claramont, Conde de
Clodoveo
Colón, Bartolomé

Colón, Cristóbal
Colón, Diego
Colón, Domingo
Colón, Hernando
Comagre
Conchillos, Lope de
Cook, James
Copérnico
Córdoba, Fray Pedro de
Cortés, Hernán
Cortés de Monroy, Martín
Cosa, Juan de la
Croix, Guillermo de
Cuathémoc
Cueva, Beatriz de la
Cuitlahuac
Chávez, Nuflo de
Chavín, cultura
chibchas-105
Chimú, cultura
Chincha, cultura
Dabeiba
Darío, Rubén
Deza, Diego de
Dias, Bartolomé
Díaz del Castillo, Bernal
Dorantes, Andrés
Ehinger, Jorge
Elcano, Juan Sebastián
Eliot Morison, Samuel
Enrique el Navegante
Enrique VII de Inglaterra
Ercilla, Alonso de
Erik el Rojo
Eriksson, Leif
Escobedo, Rodrigo de
Espinosa, Gaspar de
Esquivel, Juan de
Estebanico
Estrada, Alonso de
Faleiro, Rui
Federmann, Nicolás

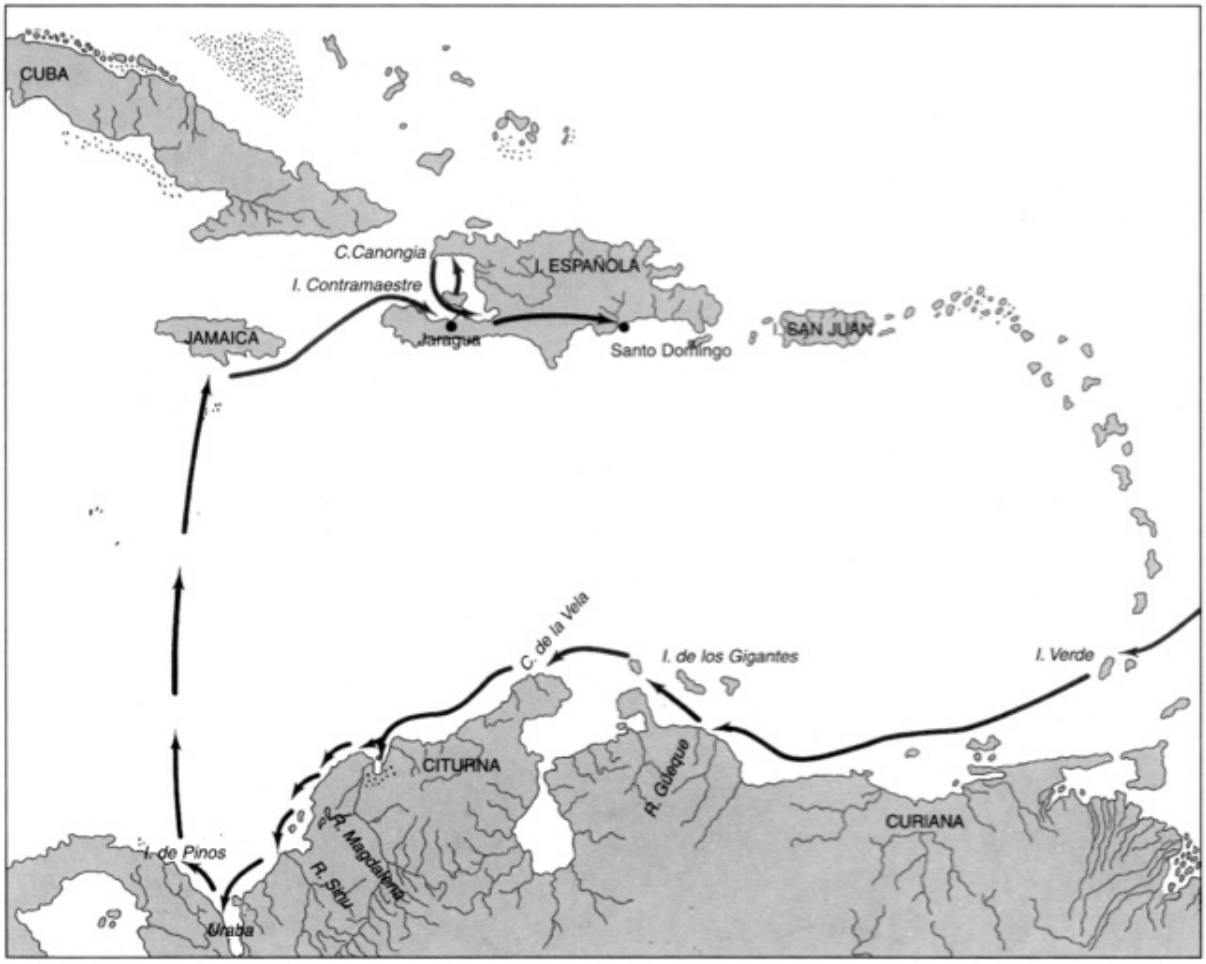
Felipe el Hermoso
Felipe II
Fernández de Córdoba, Gonzalo
Fernández de Enciso, Bachiller
Fernández de Lugo, Alonso
Fernández de Lugo, Alonso (h)
Fernández de Lugo, Pedro
Fernández de Oviedo, Gonzalo
Fernando de Aragón
Figueroa, Luis de
Fontanarossa, Susanna
Francisco I de Francia
Fugger, familia
Gama, Vasco da
Gante, Pedro de
Garay, Juan de
Garcés Giraldo, Diego
García, Alejo
García de Moguer, Diego
García, Martín
Gasteazoro Rodríguez, José
Gomes, Estevão
González Dávila, Gil
Gorrevod, Lorenzo de
Gorricio, Gaspar
Guerrero, Gonzalo
Guzmán, Nuño de
Hanke, Lewis
Hera, Alberto de la
Heredia, Pedro de
Hernández de Córdoba, Francisco
Hernández Girón, Francisco
Hernández de Puertocarrero, Alonso
Hrdlicka
Huáscar
Huayna-Cápac
Hurtado de Mendoza, García
Hutten, Felipe de
Incas
Infante, Rodrigo
Innes, Hammond
Irala, Domingo Martínez de

Irving, Washington
Isabel de Castilla
Jiménez de Quesada, Gonzalo
Juana la Loca
Juan II de Portugal
Karlsfeni, Thorfinn
La Gasca, Pedro de
Landa, Diego de
Las Casas, Bartolomé de
Las Casas, Domingo de
Las Casas, Francisco de
Lautaro
Legazpi, Miguel López de
Lepe, Diego de
Lerma, García de
Levillier, R.
Loayza, Cardenal
Loayza, García Jofre de
López de Gómara, Francisco
Losada García, Ángel
Luque, Hernando de
Magallanes, Hernando de
Manco Cápac
Manco Inca Yupanqui
Manuel el Afortunado de Portugal
Manzanedo, Bernardino de
Manzano Manzano, Juan
Marchena, Antonio de
Marco Polo
Margarit, Pedro
Marina (Doña)
Matienzo, Juan
mayas
Medici, Lorenzo di Pierfrancesco
Medina, José Toribio
Medina Sidonia, Duque de
Mendoza, Alonso de
Mendoza, Cardenal
Mendoza, Gonzalo de
Mendoza, Pedro de
Mendoza, Vélez de
Mendoza, Virrey

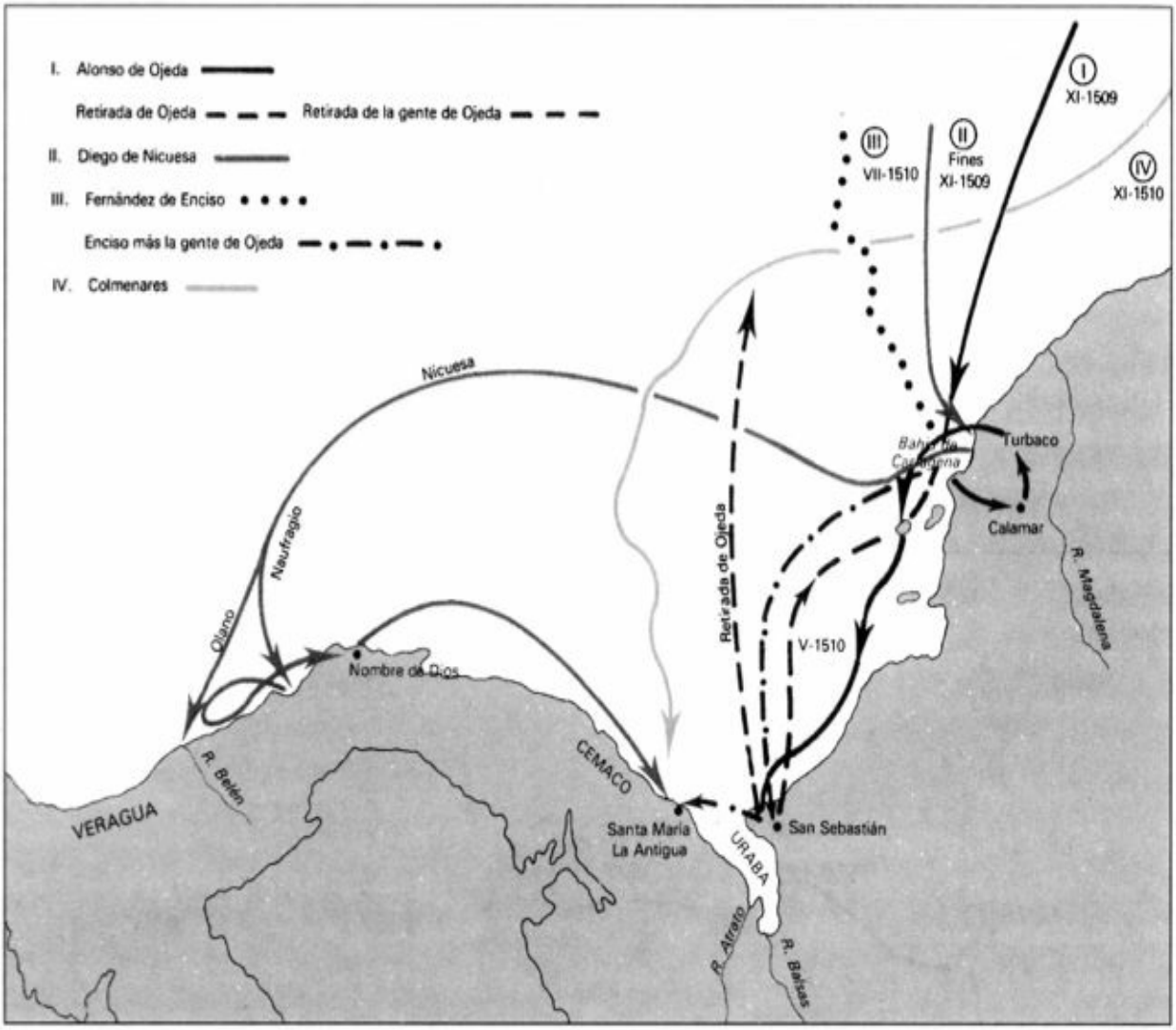
Menéndez Pidal, Ramón
Mercadillo, Alonso de
Minaya, Bernardino
Mochica, cultura
Moctezuma I
Moctezuma II
Monis de Perestrello, Felipa
Montaigne, Michel de
Montejo, Francisco de
Montesinos, Antonio de
Morales Padrón, Francisco
Narváez, Pánfilo de
Nazca, cultura
Nicuesa, Diego de
Niño, Andrés
Niño, Pero Alonso
Núñez Cabeza de Vaca, Álvar
Núñez de Vela, Blasco
Ojeda, Alonso de
Olid, Cristóbal de
Olmedo, Bartolomé de
Ordaz, Diego de
Orellana, Francisco de
Ortiz de Zárate, Juan
Ortiz, Tomás
Ovando, Nicolás de
Oviedo y Baños, Juan de
Pachacútec
Pané, Ramón
Panquiano
Paulo III
Pedrarias Dávila
Peransúrez
Pérez de Quesada, Hernando
Pérez de Tolosa
Pérez, Fray Juan
Pereyra, Carlos
Pigafetta, Antonio
Pinzón, Martín Alonso
Pinzón, Vicente Yáñez
Pizarro Altamirano, Catalina
Pizarro, Francisco

Pizarro, Gonzalo
Pizarro, Hernando
Pizarro, Juan
Ponce de León, Juan
Ponce de León, Luis
Portillo, Álvaro del
Ptolomeo
Quesada, Gaspar de
Quevedo, Juan de
Quintanilla, Alonso de
Rada, Juan de
Ramírez Dávalos, Gil
Ramos Gómez, Luis Javier
Ríos, Pedro de los
Rivet, Paul
Robledo, Jorge
Rodrigo de Triana
Rodríguez Cabrillo, Juan
Rodríguez de Fonseca, Juan
Roldán, Francisco
Rousseau, Jean-Jacques
Rumiñahui
Ruiz, Bartolomé
Sacresaxigua
Salazar, Catalina
Salazar, Juan de
San Agustín
San Brandan
Sandoval, Gonzalo de
Sandoval, Tello de
Santángel, Luis de
Santo Domingo, Alonso de
Santo Tomás Apóstol
Santo Tomás Moro
Santo Toribio de Mogrovejo
Sauvege, Jean de
Schmidel, Ulrico
Sepúlveda, Juan Ginés de
Silapulapu
Soderini, Pietro
Solís, Antonio de
Solís, Juan Díaz de

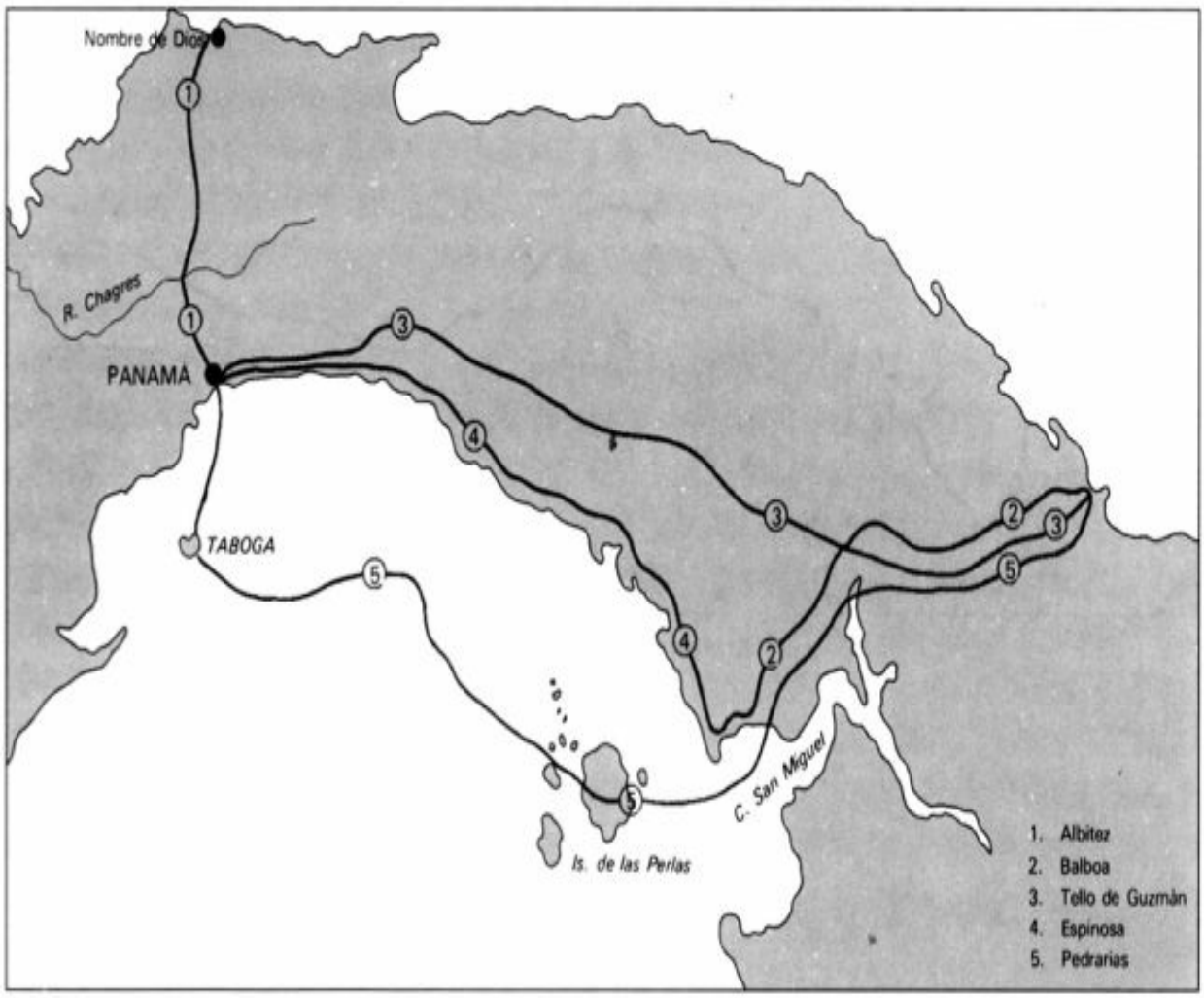
Sosa, Hernando de
Soto, Hernando de
Spira, Jorge
Suárez, Catalina
Tabasco
Tafur, Juan de
Talavera, Hernando de
Taviani, Paolo Emilio
Tecto, Juan
Tisquesusa
Toledo, María de
Torecha
Torres, Antonio de
Toscanelli
Tupac Yupanqui
Tuscaluza
Ubite, Juan de
Urdaneta, Andrés de
Uslar Pietri, Arturo
Vaca de Castro, Cristóbal
Valdivia, Pedro de
Valverde, Vicente
Vasco de Quiroga
Vásquez de Ayllón, Luis
Vázquez de Coronado, Francisco
Vega, Garcilaso de la
Velasco, Luis de
Verrazzano, Giovanni
Velázquez, Diego
Vespucio, Américo
Vitoria, Francisco de
Waldseemüller
Welzer, familia
Xicotenga
Zumárraga, Juan de
Zweig, Stefan



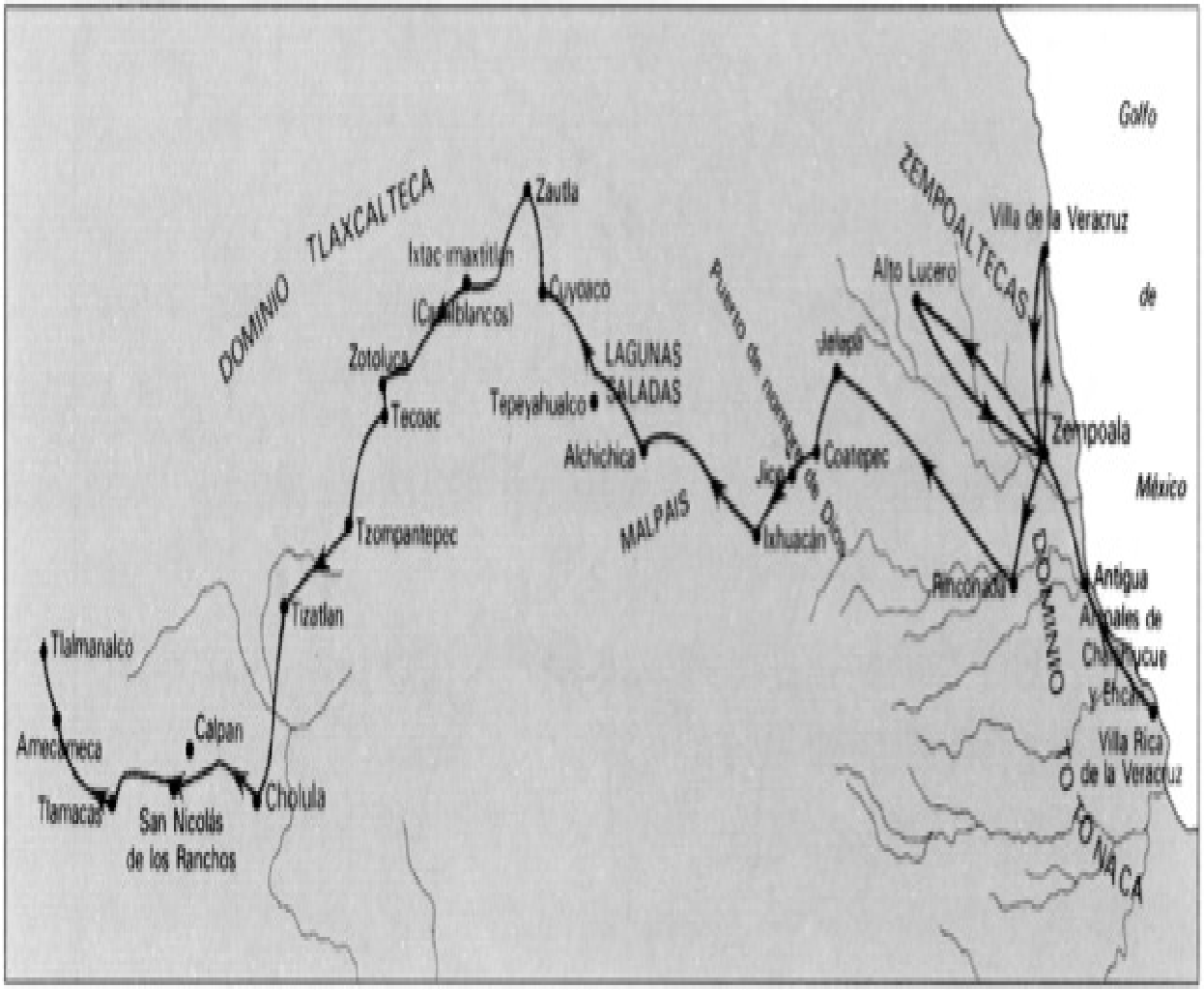
1. Viaje de Rodrigo de Bastidas.



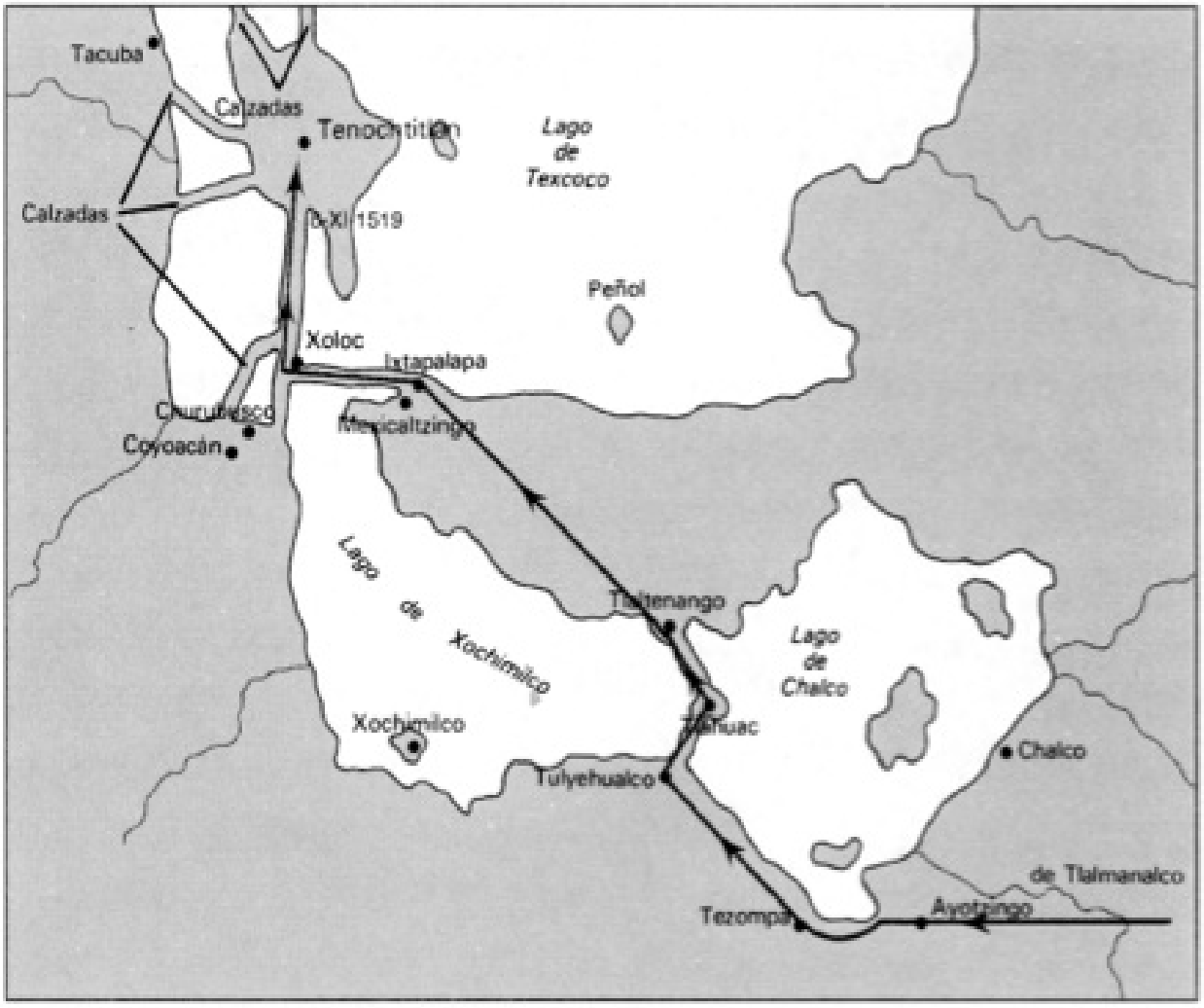
2. Las expediciones de Ojeda y Nicuesa.



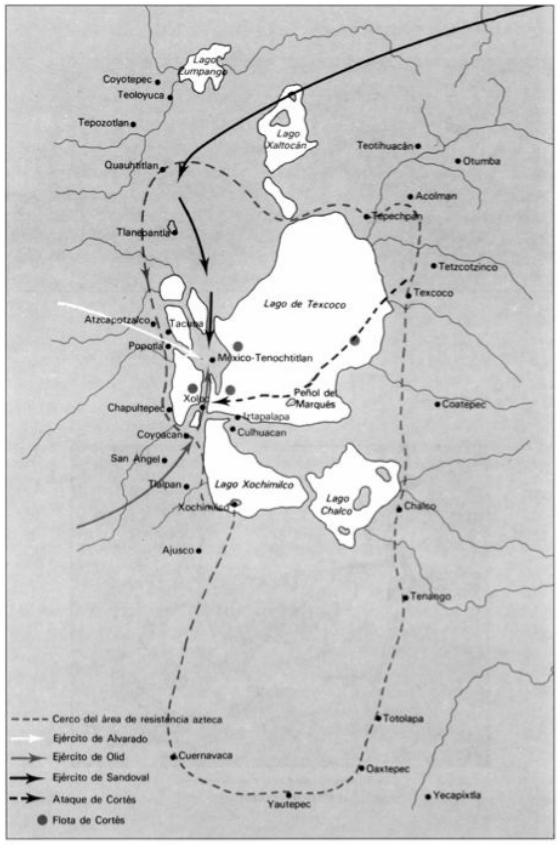
3. Primeras exploraciones llevadas a cabo durante el gobierno de Pedrarias Dávila y fundación de la ciudad de Panamá. Reproducido del original de Ángel Rubio, con autorización del autor.



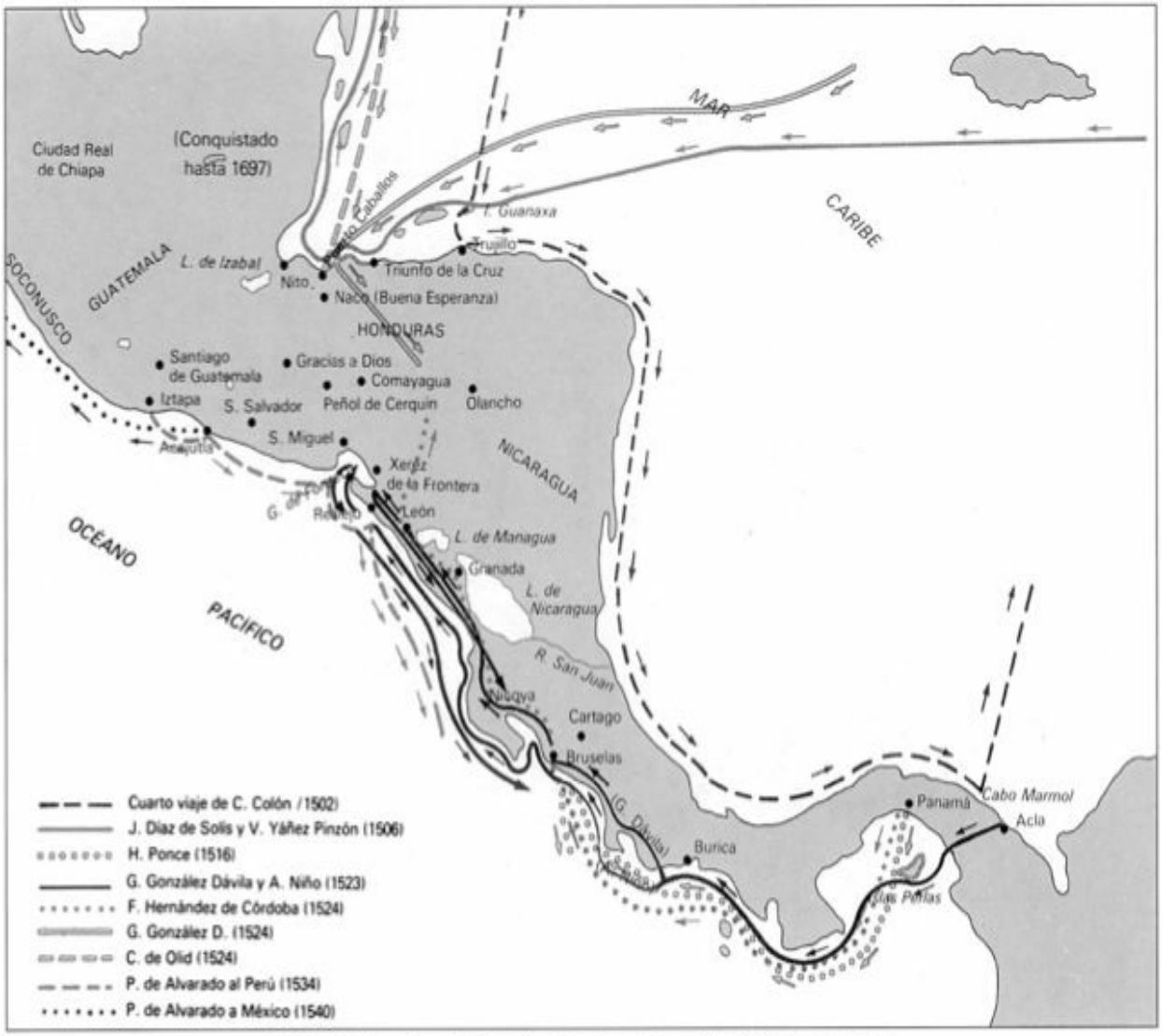
4. Itinerario de Cortés de Veracruz a Tlalmanalco.



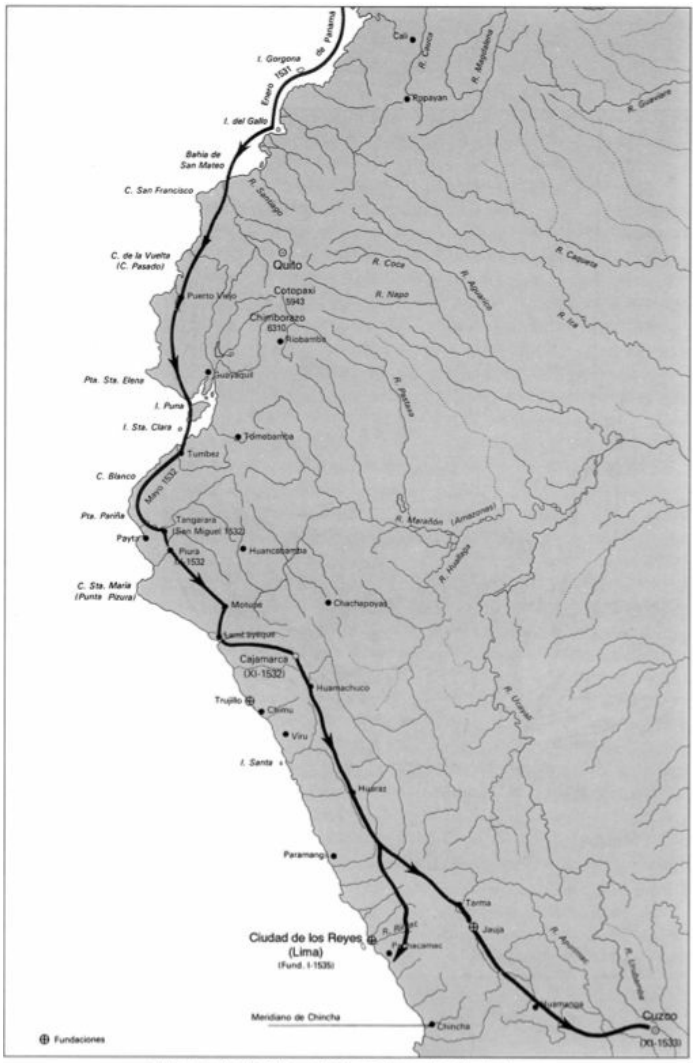
5. Itinerario de Cortés de Ayotzingo a México-Tenochtitlán.



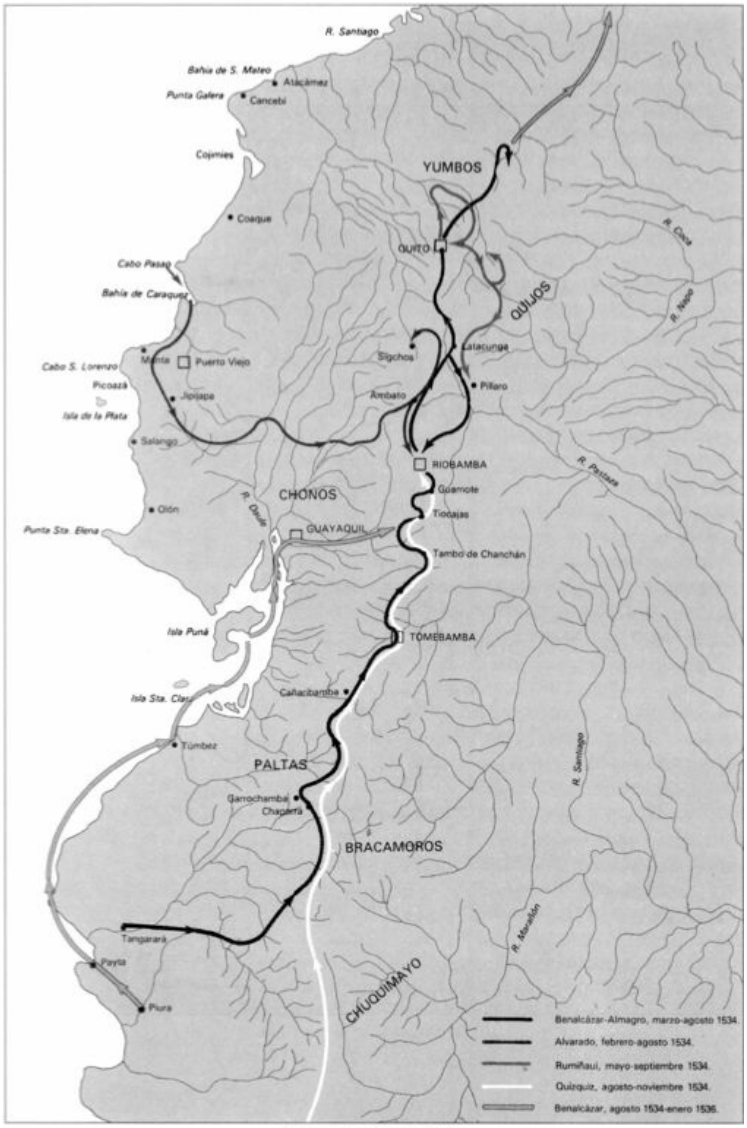
6.Asedio y toma de México.



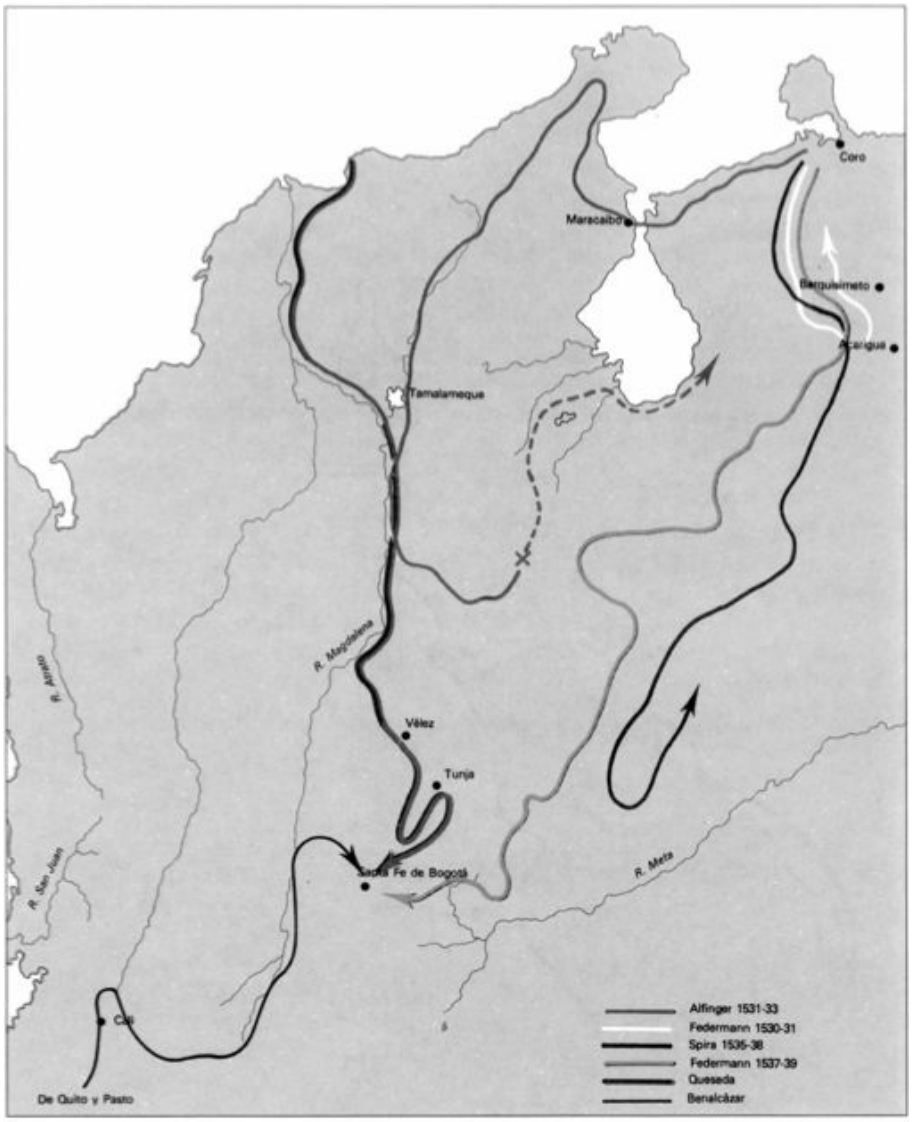
7. Principales rutas del descubrimiento y conquista de Centroamérica.



8. La marcha de Pizarro hasta el Cuzco y las fundaciones.

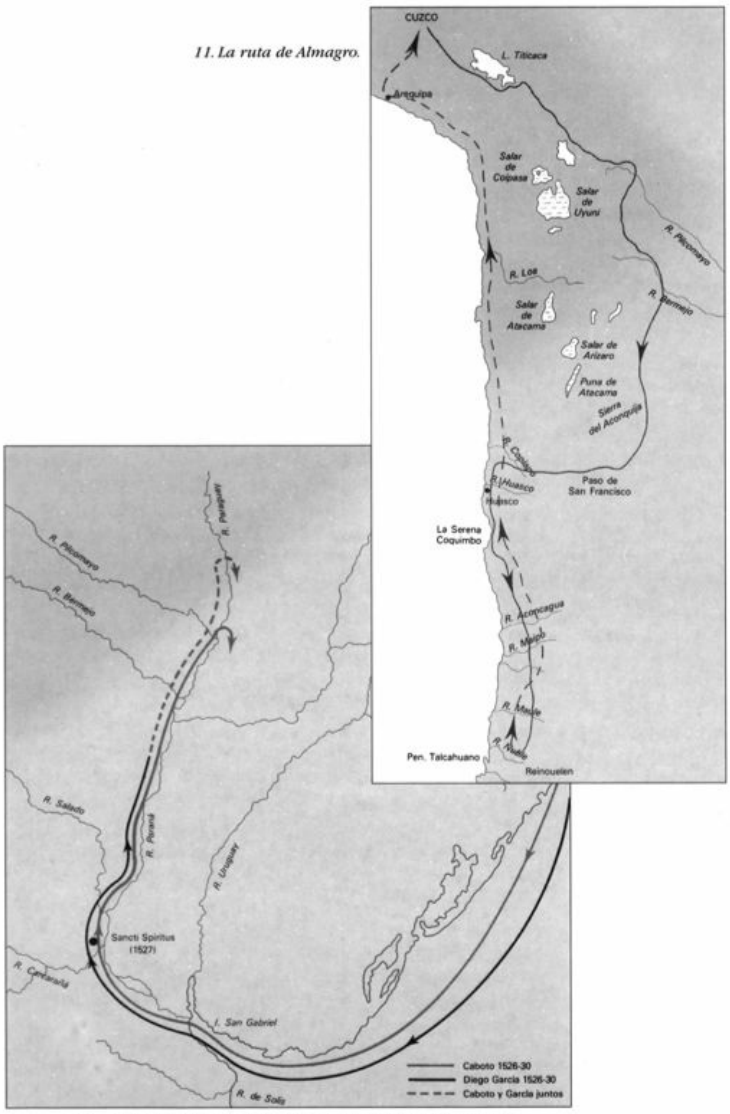


9. La conquista de Quito.



10. La conquista de Tierra Firme.

11. La ruta de Almagro.



12. Itinerario de los viajes de Caboto y García al Río de la Plata.